BAJO TIERRA

MARY WEBB



TRADUCCIÓN DE CARMEN FRANCÍ

Hija de una gitana galesa y un apicultor loco, la hermosa Hazel Woodus vive feliz en su pequeña y aislada cabaña en los bosques de las colinas de Shropshire, en armonía con los vientos, las estaciones, la naturaleza, los animales salvajes y la compañía de su zorrita Foxy. Sin embargo, las pasiones humanas mancillan esa atmósfera mágica de leyendas y supersticiones. Dos hombres muy distintos —el amable reverendo Edward Marston y el atrevido cazador Jack Reddin — se ven irresistiblemente atraídos por la belleza y la inocencia de Hazel, y ambos lucharán por conseguir su amor.

Mary Webb

Bajo tierra

Título original: *Gone to Earth*
Mary Webb, 1917
Traducción: Carmen Francí, 2025

Revisión: 1.0

 25/11/2025

A aquel cuya presencia es el hogar

CAPÍTULO 1



Las nubes, pequeñas y débiles, se precipitaban por el cielo inmenso y sereno —sin pastor, fútiles, imponderables— y se fragmentaban en pedazos al chocar contra los colmillos de las montañas, terminando así sus efímeras aventuras sin más rastro de su fugitiva existencia que algunas pocas lágrimas.

Hacía frío en el Callow, una zona donde un bosquecillo de abedules y alerces plateados coronaba una suave colina. En la bruma púrpura se insinuaban los brotes de las copas de los árboles, y un tenue tono malva envolvía el paisaje entre los troncos plateados y marrones.

Solo estaba presente la crudeza de la juventud y no su triunfo: solo la punta aguda del cáliz, el extremo del brote afilado como una lanza en lugar de la patena de la hoja, el cáliz de la flor.

Porque la primavera todavía no tenía vuelo ni canción y avanzaba como un polluelo, como un pájaro inmaduro que saltara indeciso a través de la maleza. El brillante azogue de la primavera que alfombraba los espacios abiertos acababa de colgar sus pálidas flores, y las hojas de la madreselva eran todavía lenguas de fuego verde. De entre los troncos de los alerces y por debajo de los matorrales de madreselvas y zarzamoras, surgió una silueta

silenciosa y dorada, portadora de la serena dignidad de las criaturas del bosque: un ser de ojos y miembros tan bellos y de un tono brillante que pocas mujeres habrían podido lucir sin sentirse cohibidas. Criatura ágil y de ojos claros, se detuvo un momento a plena luz del sol: era una zorra de un año con la cabeza redonda y las patas de terciopelo. Luego se deslizó entre las sombras. Procedente del bosque se oyó un silbido estridente y la zorra saltó hacia esa dirección.

—¿Dónde te habías metido? Seguro que te has perdido —exclamó en el dialecto del lugar una voz aniñada, regañona y maternal—. Y si tú te pierdes, yo también me pierdo; así que ven a casa. El sol se está poniendo ¡y hay huesos para cenar!

Tras esas palabras, la joven echó a correr y la zorrita corrió tras ella por el Callow bajo la fría luz hasta que ambas llegaron a la cabaña de los Woodus.

Hazel Woodus, la dueña de la zorra, había vivido siempre en el Callow. En ese lugar, su madre, una gitana galesa, la había parido en amarga rebeldía, pues odiaba el matrimonio, la vida sedentaria y a Abel Woodus, de la misma manera que un gato salvaje odia la jaula. Era una mujer vagabunda, nacida para la alegría y la pena del artista, y su espíritu no encontraba alivio para sus emociones, pues era mudo. Al pardillo su vuelo, al zorzal su canto; pero ella no tenía vuelo ni canción. Un zorzal sin lengua sigue siendo un zorzal y alberga música dorada en el corazón. El pardillo enjaulado puede estar abatido, pero su alma conoce el vuelo ascendiente y descendiente de una eterna mañana de mayo.

Todas las cosas que sentía y no podía decir, toda la miel almacenada, el odio feroz, el anhelo nostálgico por la naturaleza sin vallar… Todo lo que otras mujeres habrían puesto en sus oraciones, ella se lo entregó a Hazel. Toda la fuerza de su corazón incontrolable fluyó hacia el de su hija, que latía suavemente. Fue como si arrojara con pasión en los brazos de la niña una vida que no apreciaba.

Murió cuando Hazel tenía catorce años y legó a su hija su tesoro: un manuscrito viejo y sucio, ilegible en parte, con sortilegios,

encantamientos y otros saberes propios de los gitanos.

Su única petición fue que la enterraran en el Callow bajo las agujas amarillas de los alerces y no en un cementerio. Abel Woodus satisfizo su deseo y los vecinos lo miraron con recelo por no enterrarla en el camposanto, pero a él le dio lo mismo. Tenía su arpa y, mientras contara con ella, no necesitaba a ningún otro amigo. Precisamente, su dedicación a la música había impedido que comprendiera a su mujer, que en los primeros tiempos de su matrimonio había estado muy celosa de la alta arpa dorada que, cubierta de fieltro descolorido, se erguía en un rincón de la casita. Más tarde, los celos de la mujer se transformaron en amor y su único deseo fue arrancar algo de música a las quejumbrosas cuerdas. Nunca fue capaz de dominar ni siquiera los rudimentos de la música, pero en las tardes lluviosas, cuando Abel no estaba, se sentaba y pasaba las finas manos sobre las cuerdas con una pasión desesperada de amor afligido. Sin embargo, no soportaba oír cómo tocaba Abel. Al igual que algunas mujeres sin hijos que, con reservas de amor acumulado, no toleran la visión de una madre con su criatura, Maray Woodus, con su genio sellado, con su incapacidad para expresarse, no soportaba ver cómo otra persona lo hacía con facilidad. Porque Abel era, a su manera, un maestro de su arte; había lugares oscuros en su alma, y ese es el núcleo mismo del arte y su sustancia. Poseía las manos ágiles y el alegre ensimismamiento que traen el éxito.

Había conocido a Maray en un Eisteddfod[1] que se celebró en una colina llamada la Pequeña Montaña de Dios, coronada por una capilla y situada a ocho kilómetros del Callow. Maray escuchó, meciéndose entre lágrimas, el sonido y el lamento del arpa, y cuando Abel ganó el premio como arpista y se lo puso en el regazo, consintió en casarse con él en la capilla al final de la semana de festejos. Eso había sucedido diecinueve años atrás y Maray se había ido ya, igual que las hojas y los pájaros de veranos anteriores; pero la Pequeña Montaña de Dios todavía se alzaba oscura al este; el viento seguía soplando desde la capilla hasta los jóvenes alerces del

Callow; nada en absoluto había cambiado: solo había aparecido en escena una joven criatura, ansiosa e inquieta. Hazel tenía los ojos de su madre, extraños ojos acuosos de color ámbar con grandes iris claros con motas leonadas. Tímidos y francos, se parecían a los de la zorrita. Su cabello, de un color más intenso que el de su padre, tenía también un tono similar al del animal, y sus maneras eran gráciles y furtivas como las de una criatura salvaje.

Hazel se detuvo para contemplar la puesta de sol desde el sendero situado por encima de la casita que se acurrucaba más abajo y cuyo tejado se extendía a la altura de las raíces del seto. La roja luz del oeste le teñía el vestido viejo y roto, el rostro delgado y los ojos, hasta tal punto que parecía estar bañada en sangre. La zorra, con expresión ansiosa y concentrada en la cena, seguía la mirada de su ama, impregnada de la misma belleza feroz. Ambas se alzaban frente a los estanques de color carmesí de las montañas lejanas, dos pequeños objetos sensibles enfrentados al destino con patético coraje; tenían, en el frío atardecer de la colina solitaria, el aspecto de los predestinados al sufrimiento y casi se diría que las envolvía un aire de martirio.

Las nubecillas que se dirigían hacia el oeste fueron tomando el color dominante, una por una, y terminaron por desvanecerse, bañadas en sangre.

Mientras Hazel bajaba por el sendero, se oyó procedente de la cabaña el débil zumbido del arpa, y cuando llegó a la puerta empezó a sonar la melodía de *The Ash Grove*[2]. La casita tenía una sola planta y el techo, a escasa altura, era de chapa ondulada de color rojo. En los tres ventanucos de color azul desvaído colgaban cortinas de algodón escarlata. La casita parecía incluso demasiado pequeña para la menuda Hazel: era poco más grande que una buena pocilga, y solo el rastro del humo procedente de su escuálida chimenea indicaba que allí vivían seres humanos.

Hazel dio de cenar a Foxy y la acostó en la vieja tina de lavar donde dormía. Luego entró en la cabaña con una brazada de troncos del montón de leña y los arrojó al fuego.

—Tengo frío —dijo—. Ya no llueve y esta noche helará.

Abel levantó la vista distraídamente, tarareando la melodía que pensaba tocar a continuación.

—He ido al Callow y he encontrado una prímula —continuó Hazel, acostumbrada a los modales de su padre y sin desanimarse—. Y he cogido unas ramas de endrino, blanco como una dama.

En aquel momento, Abel estaba tocando *Ap Jenkyn*.

Hazel iba de un lado a otro, ocupándose de la cena, pues tenía tanta hambre como Foxy; sin dejar de hablar con su voz dulce y algo chillona, depositó las tazas cuarteadas, el pan y la margarina sobre la mesa desnuda. La tetera no hervía, así que echó un poco de grasa de tocino a las llamas y brotó una gran lengua de fuego que lamió la barba de Abel. Este se llevó una mano a la barba sin dejar de tocar con la otra.

Hazel se rio.

—Eres muy gracioso —dijo.

Siempre le hablaba en tono de camaradería; se llevaban muy bien, ya que eran completamente indiferentes el uno al otro. No había en ella nada filial ni nada paternal en él. Tampoco mostraban el menor afecto mutuo.

Abel atacó *Es un buen día de caza*.

—¡Oh! ¡No toques esa canción, es horrible! —exclamó Hazel con súbita irritación—. ¡Si tocas esa, me largo!

—¿Mm? —preguntó Abel absorto.

—¡Toca otra! —protestó Hazel— esa no; no me gusta.

—Eres una chica rara, Hazel —dijo Abel, saliendo de su ensimismamiento—. Pero no me importa tocar *¿Qué hace la gente?* En su lugar, también me gusta.

—¿No puedes dejar de enredar con la música y venir a cenar? —preguntó Hazel. El arpa siempre se llamaba «la música», de la misma manera que la armónica era siempre «la musiquilla».

Hazel estiró el brazo para coger la pieza de tocino y cortar un trozo, y su vestido, ya roto, se desgarró del hombro a la cintura.

—Si no lo coses, antes de que termine la semana estarás como

tu madre te trajo al mundo —declaró Abel con indiferencia.

—Necesito uno nuevo —contestó Hazel—, no tiene arreglo. Mañana iré a la ciudad.

—¿Pasarás la noche con tu tía?

—Sí.

—Entonces no buscaré tu cara hasta que vea tu sombra. Trae dos o tres armazones para hacer coronas. El viejo Samson del Yeath no durará mucho; querrán que les haga una.

Hazel se sentó y pensó en el vestido. Nunca tenía uno nuevo hasta que el viejo se le caía a trozos; entonces le compraban otro usado. Uno o dos chelines solo alcanzaban para la tela, pero podía comprar uno ya hecho si era de segunda mano.

—A Foxy le gustaría que me comprara uno de terciopelo verde —declaró Hazel.

Tenía la costumbre de expresar de ese modo sus deseos más fervientes, que eran pocos. Era una forma de protesta inconsciente ante una vida sin afecto. Puso las ramas de endrino en agua y contempló su blancura con deleite; pero no pensó que ella misma podría, con un poco de esfuerzo, tener una apariencia tan dulce y fresca como esa flor. Sería necesaria la espiritualización del sexo antes de que se le ocurrieran cosas semejantes. En aquel momento, tenía la misma conciencia del sexo que una hoja. Se quedaron junto al fuego hasta que se extinguió; luego se fueron a dormir sin molestarse en desearse las buenas noches.

En mitad de la noche, Foxy se despertó. La luna cerraba la entrada de su casita como si fuera una puerta y la luz brillaba en sus ojos. Se asustó: una linterna tan grande en una mano invisible, delante del hogar de una criaturita indefensa. Ladró bruscamente. Hazel se despertó al instante, como una madre ante el llanto de su hijo. Salió corriendo descalza a la feroz luz de la luna.

—¿Qué te pasa? —susurró—. ¿Qué te pasa, bichillo?

El viento acechaba el Callow y este gemía. Llegó también un gemido procedente de la llanura y unas siluetas negras se movieron mientras las nubes avanzaban.

—Quizás han salido —murmuró Hazel—. A lo mejor vienen esta noche y Foxy ha olido a la jauría de la muerte. —Miró nerviosa a su alrededor—. Veo algo negro que avanza sobre los pastos a lo lejos, seguro que han salido.

Metió a toda prisa a Foxy en la cabaña y echó el cerrojo a la puerta.

—¡Ya está! —dijo Hazel—. Ahora túmbate tranquila en el rincón y no te atrapará la jauría de la muerte.

Según se contaba, la jauría de la muerte, compuesta por los sabuesos fantasmales de un mal caballero cuyo cuerpo hacía tiempo que tenía mejores usos que cualquiera de los que le había dado en vida —transformado en margaritas de ojos claros y ardientes pimpinelas—, recorría la región durante las oscuras noches de tormenta. Llevaba el mal a la casa junto a la que pasaba y la muerte a quienes la oían.

Esta era la leyenda y Hazel la creía implícitamente. Cuando encontró a Foxy medio muerta ante su madriguera vacía, estuvo segura de que la jauría de la muerte se había llevado a la madre del animal. La relacionaba también con la muerte de su propia madre. Los sabuesos simbolizaban todo lo que odiaba, todo lo que no era joven, salvaje y feliz. Se identificaba con Foxy y con todas las criaturas acosadas, atrapadas, destruidas.

La noche, la sombra, los fuertes vientos, el invierno: todo eso era hostil; con todo ello llegaba la jauría de la muerte, sigilosa e incansable, siguiendo siempre el rastro de los indefensos. La luz del sol, la suave brisa, los colores brillantes, la amabilidad: estos eran refugios benéficos a los que huir. Tal era la esencia de su credo, el único credo que tenía; este residía en su corazón y ni siquiera se lo confesaba a sí misma. Pero cuando salió corriendo a la noche para consolar a la zorrita, estaba haciendo honor a su fe como pocos lo hacen; cuando recogía flores y se tumbaba al sol, moraba en una mística atmósfera tan vivida como la de los santos; cuando retrocedía ante la crueldad, Hazel pisoteaba el mal, quizás con más seguridad que aquellos grandes seres divinos que se destruían unos

a otros en su celo por su Hacedor.

CAPÍTULO 2



Al día siguiente, desayunaron a las seis de la mañana. Abel estaba ocupado construyendo una colmena para el enjambre del verano que estaba por llegar. Cuando fabricaba un ataúd, siempre aprovechaba hasta los últimos fragmentos de madera. Los ataúdes grandes no dejaban muchos trozos, pero algunas veces los ataúdes eran pequeños y con los restos podía hacer esplendidas colmenas. Los moradores del blanco municipio situado al sur del seto de lilos aumentaban tan lenta e incesantemente como la población del verde pueblo del lejano cementerio. En verano, el jardín estaba lleno del zumbido de las abejas y estas rodeaban la cabaña en época de enjambrazón. Más tarde se llenaba de trozos de miel; la miel goteaba de la mesa y caían al suelo fragmentos de panal que Foxy devoraba alegremente.

Cada vez que llegaba el pedido de un ataúd, Hazel iba a contar a las abejas quién se había muerto. A su padre le parecía innecesario, ya que la costumbre se aplicaba solo a los habitantes de la casa. Él mismo había ido a comunicar a las abejas la muerte de su esposa. Aquella vivida mañana de junio salió hacia sus colmenas y se quedó observando las filas de abejas que iban a buscar agua, sus sombras yendo y viniendo sobre las limpias tablas blancas. Luego se agachó y

dijo con una curiosa indiferencia confidencial: «Maray se ha muerto». Acercó el oído a la colmena y escuchó el profundo y solemne murmullo de su interior; pero lo que llenaba las pálidas galerías era el murmullo del futuro y no del pasado, la preocupación por la vida, no por la muerte. En aquel momento, las dieciocho colmenas se cobijaban bajo la cubierta de invierno y las inquietas criaturas dormían. Solo una o dos se extraviaban a veces para buscar las primeras arabis, desganadas y tristes, hasta que el frío las hacía recular y esperar el tiempo purpúreo de la miel. Los días más felices de la vida de Abel eran aquellos en los que se sentaba como un bardo ante las colmenas hirvientes y tocaba el arpa acompañado del sordo estruendo procedente de su interior.

Para Abel, todos sus medios de subsistencia suponían una alegría. Poseía el arte de la felicidad perpetua, ya que podía ganar tanto como necesitaba haciendo el trabajo que le gustaba. Tocaba en exposiciones florales y en bailes campestres, fiestas populares y casamientos. Vendía miel y, a veces, también abejas. Le gustaba confeccionar coronas, la jardinería y la carpintería, y siempre en el fondo estaba su música… una melodía nueva que probar en el arpa dorada, algún nuevo acorde o adorno que dominar. El jardín era casi tan grande y hermoso como el de una mansión. En verano se llenaba de lirios blancos que destacaban en el crepúsculo con su recatada zalamería, y Hazel decía que parecían «fantasmos». La vara de oro espumaba alrededor de la cabaña, embriagándola profundamente, y el espliego formaba una niebla gris junto a las canteras rojas del camino. Entonces Hazel se sentaba como una reina con un traje de gala hecho de flores, devorando el trozo de pan con miel que constituía su comida, y se cubría la cara con polen de lirio.

En aquel momento no había flores en el jardín; solo el tejo que crecía junto a la cancela tenía flores de cera en la parte inferior de las ramas. A Hazel no le gustaba nada el aspecto del jardín helado; tenía un ansia casi antinatural por todo lo rico, vivido y vital. Así se comportaba mientras se comunicaba con Foxy antes de ponerse en

marcha. Se había recogido el pelo alrededor de la cabeza en una gran trenza y su color contrastaba con el del viejo sombrero negro.

—Entre la ida y vuelta, tendrás que andar unos cincuenta kilómetros, a menos que alguien te lleve —dijo Abel.

—No quiero que nadie me lleve —contestó Hazel con desdén.

—Eres tan buen caminante como John, el de la parroquia desierta, ese que camina para siempre, según dicen —replicó Abel.

Cuando Hazel se puso en marcha en la mañana fresca y límpida, el Callow brillaba con tonos marrones y plateados, y nada hacía presagiar la nieve que se precipitaría desde las montañas de nubes sobre el Callow durante toda la noche.

Después de elegir un vestido —de una sarga de color azul pavo real— y de cambiarse en la parte trasera de la tienda, cerrada con cortinas con ese propósito, Hazel se dirigió a casa de su tía.

Su primo Albert la miró con cara de asombro. Trabajaba en una tienda que vendía margarina y se pasaba el día explicando que la margarina era tan buena como la mantequilla. Pero, mirando a Hazel, sintió que su prima era como la mantequilla: no necesitaba alegatos a favor para ser apreciada. El azul brillante le sentaba tan bien que su tía negó con la cabeza.

—Has salido a tu madre, Hazel —declaró con tono irritado.

—Me alegro.

Su tía resopló.

—Si fueras juiciosa, estarías tan contenta de parecerte a tu padre como a tu madre —dijo.

—Solo quiero parecerme a mí misma —Hazel se sonrojó de indignación.

—¡Vaya, parece que somos un poco orgullosas! —exclamó su tía —. Albert, no le des a Hazel todo el hígado y el tocino. Supongo que tu madre puede comer tanto como una jovencita.

Albert miraba a Hazel con tanto entusiasmo y era tan evidente que le gustaba todo lo que decía que la tía parecía bastante molesta.

—No me extraña que solo quieras ser como tú misma —dijo Albert—. Hazel, eres *güena* como la mermelada.

—¡Albert! —exclamó su madre ásperamente, con una patética nota de súplica—. ¿No te tengo dicho que se dice «buena»?

En realidad, no protestaba por la incorrección, sino porque aplicara a Hazel esa palabra.

Cuando Albert volvió a la tienda, Hazel ayudó a su tía a lavar los platos. Mientras recogía con inusitado cuidado y limpiaba los cuchillos —cosa que odiaba—, aguardaba ansiosa la esperada invitación a pasar la noche, igual que los justos anhelan la perdición de sus enemigos. No visitaba nunca a nadie, excepto a su tía, y estaba muy emocionada. La estufa de gas, la bonita vajilla de porcelana, el papel pintado con motivos de rosas, todo era tan raro y maravilloso como un cuento de hadas. En su casa no había papel, ni listones, ni yeso, solo ladrillos desnudos, y el techo era una vela abombada colgada bajo las vigas.

A todo ello se sumaba el nuevo deleite de la mirada de admiración de Albert, una mirada viva y alerta, algo hasta entonces insólito en él. Tal vez, si se quedaba, Albert la sacaría a pasear por la noche. Así vería las calles de la ciudad bajo la magia de las luces. Saldría a pasear con su vestido nuevo con un joven de verdad —un joven que poseía una cadena de reloj dorada—. La tensión, a medida que avanzaba la tarde invernal, se fue haciendo casi intolerable. Aun así, su tía no decía nada. El salón le pareció de lo más acogedor cuando se sirvió el té; la luz del fuego jugaba sobre las tazas; la tía corrió las cortinas. A un lado había alegría, calor… todo lo que pudiera desear; por el otro, una caminata solitaria en la oscuridad. Era ya tan tarde que se le estremeció el corazón ante la idea de los muchos kilómetros que debería recorrer sola si su tía no la invitaba a quedarse.

La tía sabía lo que pasaba por la cabeza de Hazel y sonreía sombríamente ante su inusual mansedumbre. Aprovechó la ocasión para decirle unas cuantas cosas sin tapujos.

—Pareces una actriz —declaró.

—¿De veras, tía?

—Sí. Tu aspecto es una desgracia: atraes la mirada de los

hombres.

—Es bonito atraer la mirada de los hombres, ¿no cree, tía?

—¡Bonito! Hazel, ¡me gustaría darte un buen bofetón en las orejas! ¡Niña traviesa! Vas a ir por mal camino.

—¿Por qué, tía?

—¡Algún día te abordarán para decirte cosas! —dijo las últimas palabras en un susurro—. Y como no sabrás comportarte como una buena chica, se te llevarán.

—¡Me gustaría que alguien intentara llevárseme! —dijo Hazel indignada—. Le daría una patada.

—¡Oh! ¡Qué poco femenina! ¡No quería decir que se te llevarán literalmente! Lo he dicho en sentido alegórico… como en la Biblia.

—¡Oh! Solo como en la Biblia —dijo Hazel decepcionada—. Pensé que lo decía en serio.

—¡Oh! Vas a conseguir que se me caigan las canas —se lamentó la señora Prowde.

Una actriz era mala cosa, pero una pagana era algo mucho peor.

—Que viva yo para oír estas cosas… en mi propia casa, con mi propio pastel en el molde… y ante mi propio hijo —añadió con dramatismo, ya que en ese momento entraba Albert—, que ahora viene para que le rompan ese corazón temeroso de Dios.

Albert se sintió incómodo porque era cierto el hecho, pero no la causa.

—¿Qué ha hecho Hazel ahora? —preguntó.

El afecto que revelaba la pregunta de Albert empujó a su madre a decidir que Hazel no se quedaría allí a pasar la noche.

—Hay una sesión de linterna mágica esta noche, Hazel —anunció Albert—. ¿Te gustaría ir?

—¡Claro!

—No podrás irte andando a casa a esas horas de la noche —dijo la señora Prowde—. Así que deberías salir ya.

—Pero Hazel se quedará esta noche, ¿no?

—Hazel debe volver con su padre.

—Pero, madre, tenemos una habitación de invitados.

—Estamos haciendo la limpieza de primavera.

Albert se precipitó; estaba desesperado y olvidó toda prudencia.

—Puedo dormir en este sofá —dijo Albert—. Y Hazel puede quedarse en mi habitación.

—Hazel no puede ocupar tu habitación. No es apropiado.

—Bueno, entonces puede compartir la suya con usted, madre.

La señora Prowde arremetió con todas sus fuerzas.

—Poco pensaba yo —dijo— cuando tu querido padre se fue, que antes de que pasaran tres años olvidarías mi comodidad (y su memoria) hasta el punto de sugerir tal cosa. Mientras viva, mi habitación es mía. Cuando me haya ido —concluyó, aniquilando a su adversaria con el peso de los años que le llevaba—, cuando me haya ido, y cuanto antes sea, mejor para ti, sin duda, puedes instalarte con ella en mi habitación, si quieres.

En cuanto pronunció esas palabras, ella misma se horrorizó. ¡Qué cosa más inadecuada había dicho! Ni siquiera la ira y los celos excusaban la incorrección, si bien eran una disculpa ante la falta de amabilidad.

Pero ante esto, Hazel gritó a su vez:

—¡Eso nunca! —Se encendió en ella el egoísmo de quienes son conscientes de su debilidad—. Me guardo para mí —concluyó.

—Si tales cosas llegaran a suceder, madre… —empezó a decir Albert con ojos repentinamente encendidos.

Hazel lo interrumpió aplaudiendo.

—¡Las farolas se han encendido, las farolas se han encendido! —exclamó, echándose a reír.

—Si tales cosas llegaran a suceder —insistió Albert—, se harían con toda decencia y no darían pie a habladurías.

Albert expresaba así sus creencias y las de su madre.

Llegados a este punto, terminó la discusión porque Albert tenía que volver al trabajo para terminar alguna tarea pendiente después del té. Mientras estampaba innumerables cisnes en la margarina, que cedía bajo su empuje, no dudó ni por un momento que su madre también había cedido, olvidándose de que hay que dar forma

a la vida con el hacha hasta que vuelen las astillas.

En cuanto se hubo ido, la señora Prowde se apresuró a cerrar la puerta, pues temía que el mal tiempo la ablandara. Tenía otros planes para Albert. Años más tarde, cuando las consecuencias de su acción eran ya hechos del pasado, siempre decía que se había portado lo mejor posible con Hazel. Ni se le pasó por la cabeza que por su egoísmo aquella noche puso los pies de Hazel en el oscuro y sinuoso camino que la joven recorrería desde ese momento hacia su oculto y sombrío final. La señora Prowde, durante sus muchos años de vida satisfecha, culpó alternativamente a Hazel, a Abel, a Albert, al diablo y (solo de modo tácito y secreto, incluso para ella misma) también a Dios. Si existía algún fuego purgatorio de remordimiento para las personas que crucifican el amor, estaba en otra parte, pero no en este mundo. Van como los tres niños del cuento, vestidos con abrigos, medias y sombreros, sin que el olor del fuego les llegue.

Hazel sintió que el cielo se cerraba a cal y canto, y vio la luz dorada filtrarse a través de sus puertas. Oía los cantos de alegría —una alegría inalcanzada y, por tanto, inmortal—; veía ir y venir las figuras de sus sueños. Pero el cielo estaba cerrado.

El viento corría arriba y abajo por las calles estrechas como un perro perdido, gimiendo. Hazel se apresuró, pues anochecía y, aunque no tenía miedo en el Callow y en los campos por la noche, sí le daban miedo los caminos. Porque el Callow era su hogar, pero las carreteras eran el ancho mundo. En la periferia de la ciudad vio luces en las ventanas de los dormitorios de las casas prósperas.

«¡Vaya! Se van pronto a la cama», pensó, ya que no había oído decir nunca que la gente se cambiara de ropa para cenar. Que la gente se acostara ya hizo que se sintiera más sola. Procedente de otras casas, le llegaba flotando la música o el sabroso olor de la cena. Al pasar junto a la última farola se echó a llorar, sintiéndose como un animalito perdido e indefenso. Había olvidado ya el vestido nuevo; los armazones para las coronas de flores no le cabían bajo el brazo y era molesto cargar con ellos, y el Callow parecía estar en la otra punta del país. Oyó chillar a un conejo atrapado en alguna

parte, un débil lamento de angustia que no pudo ignorar. Eso la retrasó bastante y, al liberarlo, se hizo una gran mancha de sangre en el vestido. Volvió a echarse a llorar. El dolor de una ampolla, que no había advertido en el viaje de la mañana, se hizo notorio; intentó caminar sin las botas, pero el suelo estaba frío y duro.

El viento helado y poderoso saltaba por la llanura como un jinete con una larga espada y, tras él, llegó sigilosamente el melancólico susurro de la nieve.

Cuando se puso a nevar, Hazel estaba en campo abierto, a medio camino de Wolfbatch. Se sentó en el escalón de un murete y suspiró por el alivio que suponía para sus pies. Entonces, a lo lejos, oyó el galope de un caballo, nítido y entrecortado. Contuvo la respiración para saber si tomaba una carretera secundaria, pero siguió adelante. Fue creciendo en volumen e importancia, y este se hizo casi ominoso en el silencio helado. Hazel se levantó y se quedó de pie bajo la luz irregular de la luna. Tenía la sensación de que los cascos que se acercaban se dirigían hacia ella. Era el único sonido en un mundo muerto y estuvo a punto de gritar al pensar que moriría en la distancia. No debería, no tenía que desaparecer.

«A lo mejor son un granjero y la parienta que han hecho un buen negocio y le han dicho a la chica que les tenga la cena caliente cuando lleguen. A lo mejor pueden llevarme. A lo mejor me dicen: "¿Te quedas a dormir?"».

Sabía que solo era un sueño absurdo; sin embargo, se detuvo donde pudieran verla, una figura esbelta e intimidada; el color de su vestido se difuminaba en aquel mundo gris.

Por un recodo del camino apareció un cabriolé balanceándose. Hazel gritó suplicante y el conductor paró en seco el caballo.

—¡Debo de estar ciego de tan borracho —dijo el hombre para sí — y veo fantasmas!

—¡Oh, por favor, señor! —Hazel no pudo decir nada más, pues la vista de un ser humano hizo que rompiera a llorar.

El hombre la miró atentamente.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó.

—Voy andando a mi casa. Tengo una ampolla en el pie y me he manchado de sangre el vestido —dijo, ahogada en sollozos.

—¿Cómo te llamas?

—Hazel.

—¿Qué más?

Por instinto de autoprotección, se negó a decir su apellido.

—Bueno, el mío es Reddin —dijo el hombre malhumorado— y no sé por qué no quieres decir tu apellido, pero, de todos modos, te llevaré.

El sol salió en la cara de Hazel. El hombre la ayudó a levantarse, estaba rígida por el frío.

—Su brazo —dijo ella en voz baja y temblorosa, después de que él la tapara con una manta—: su brazo tirando de mí ha sido como la historia que cuentan en la escuela dominical sobre Jesucristo y Pedro en el mar embravecido. Y yo soy Pedro.

Reddin la miró de reojo para ver si hablaba en serio. Al ver que así era, cambió de tema.

—¿Vas muy lejos? —preguntó.

—¡Ajá! Lejísimos.

—¿Te gustaría pasar la noche por el camino?

Por fin —sin duda, tarde, pero no importaba—, por fin la invitación había llegado. No de su tía, sino de un desconocido, lo que la hacía más emocionante.

—Muchísimas gracias —contestó Hazel—. ¿Dónde?

—¿Conoces Undern?

—De oídas.

—Bueno, está a tres kilómetros de aquí. ¿Quieres venir?

—¡Ajá! ¿Se enfadará su madre?

—No tengo madre.

—¿Y su padre?

—Tampoco.

—¿Quién estará allí, entonces?

—Solo Vessons y yo.

—¿Quién es Vessons?

—Mi sirviente.

—¿Es usted un caballero, entonces?

Reddin vaciló un poco. Hazel se lo había preguntado con tanta reverencia que parecía algo importantísimo.

—Sí. Sí, eso es lo que soy… un caballero —terminó por decir, consciente de la presunción de su respuesta.

—¿Habrá cena y fuego?

—Sí, si Vessons está de buen humor.

—¿Adónde ha ido usted? —preguntó Hazel a continuación.

—Al mercado.

—Y ha bebido a gusto —comentó Hazel, como si pensara en voz alta.

Sin duda olía mucho a *whisky*.

—¡Menudo descaro! ¡A ver qué pinta tienes tú!

La miró a los ojos, cansados pero expresivos, durante largo rato, y el cabriolé se movió de un lado a otro.

—¡Diantre! —exclamó el hombre—. ¡Esta noche estoy de suerte! —¿Por qué?

—Por haber conocido a una chica como tú.

—¿Atraigo la mirada de los hombres?

—¿Eh? —El hombre se sobresaltó y luego soltó una carcajada—. Sí —respondió.

—Es lo que ella ha dicho —murmuró Hazel—. Y ha dicho que me dirigirían la palabra. Y que se me llevarán. Aunque me alegre. Es una bruja.

—Ha dicho que se te llevarán, ¿no?

—Sí.

Reddin la rodeó con el brazo.

—¡Eres muy guapa, por eso lo ha dicho!

—No me haga daño.

—Tienes que ser amable, me estoy portando bien contigo.

Siguieron así, con el brazo de él alrededor de ella, preguntándose ambos qué clase de acompañante era el otro.

Cuando se acercaron a Undern tuvieron que abrir una cancela y

él admiró la ligereza de Hazel cuando saltó del cabriolé.

En los pastos de Undern, donde la pista marcada con profundos surcos estaba ya blanca de nieve, dos tristes potrillos permanecían junto a sus madres, contemplando el frío mundo con ojos desconsolados.

—¡Eh! ¡Mire, un caballo *crobizo*! —gritó Hazel.

Reddin agarró de repente los largos rizos que le caían sobre los hombros, se los enroscó alrededor del cuello y la besó. Hazel, inmovilizada, no pudo evitar sus besos.

El caballo aprovechó esta oportunidad, largo tiempo deseada, para encabritarse, y Reddin lo fustigó el resto del camino. Así que llegaron con estrépito y los recibió en la puerta Andrew Vessons, un hombre de ojos negros como un mirlo y el veneno de los áspides en la lengua.

CAPÍTULO 3



Undern Hall, con sus numerosas ventanas de múltiples paneles de vidrio, estaba hoscamente orientada al norte. Era un lugar sombrío y ominoso. Incluso en mayo, cuando las lilas se cubrían de espuma violeta, pavimentaban el césped con sombras y bañaban el aire de aroma; cuando las suaves hojas se rozaban con ternura brindándose consuelo; cuando los mirlos cantaban, se dejaban caer de las verdes alturas a las verdes profundidades, y cantaban de nuevo… incluso en ese momento, algo que rondaba el lugar hacía palpitar el corazón. No existe ningún lugar aislado del todo, y aquellos impregnados con antiguos conflictos ejercen una fascinación más poderosa.

Así que, fuera lo que fuere lo sucedido en Undern, ahí seguía presente; sus antiguos moradores también seguían ahí. Las praderas que crecían bajo los árboles guardaban luto con antiguo dolor o con alegrías desvanecidas, más patéticas que el dolor mismo en su fugaz remedo de inmortalidad.

Solo en pleno verano las ventanas se coloreaban con el alba y el crepúsculo; entonces tenían un aspecto sanguinario y parecían mirar fijamente hacia los delicados dramas que se sucedían en el cielo como ojos ciegos inyectados en sangre. En secreto, bajo las pesadas

hojas de los rododendros y en la furtiva luz del sol bajo los tejos, danzaban los mosquitos. Sus débiles movimientos hacían más tranquilo el jardín; su pequeñez lo hacía opresivo; la brevedad de su vida destacaba su antigüedad. En esos momentos, el estanque de Undern se llenaba de sombras de hojas como multitudinarias lenguas inquietas, y el olor a lodo llenaba el aire con un aroma dulzón y malsano. Los arbustos recortados y las chimeneas retorcidas proyectaban sombras oscuras sobre la hierba como si fueran campanarios, y los grandes rosales trepadores, hermosos y desolados, dejaban caer gotas rojas y bancas y competían por el espacio con los viburnos y los saúcos cuajados de patenas blancas. Las cerezas caían en el huerto con la misma rica monotonía, la misma fatalidad que si fueran gotas de sangre. Yacían bajo los árboles donde crecían los hongos hasta que las gallinas se las comían, picoteando cautelosas y satisfechas su lustrosa belleza, como el mundo hace con el corazón de un poeta. Las gallinas también se solazaban en el huerto de la cocina, atracándose bajo las oscuras ramas dispersas de un bosquecillo de grosellas rojas. En las paredes de arenisca de este jardín, los avispones construían sus nidos sin ser molestados, y los bordes de tomillo y espliego habían crecido hasta convertirse en bosques y habían borrado el sendero. El ganado dormitaba en los prados, los pájaros en los árboles de denso ramaje; los dorados lirios de un día caían como las hijas del placer; el mismísimo principio de la vida parecía dormitar. Era entonces, cuando se mezclaban el aroma de la flor de saúco, el de la fruta en descomposición, el del lodo y el tejo caliente, cuando el lugar mostraba su carácter, narcótico y afrodisíaco.

En invierno, los tejos y los abetos eran como ondeantes penachos funerarios y diosas sin cabeza cubiertas por un manto; entonces las hayas gigantescas se agitaban hasta el frenesí y, agachándose, azotaban el hielo del estanque de Undern y las paredes agrietadas de la casa, como seres ebrios de la pasión de la crueldad. Este era el segundo rasgo del carácter de Undern: la brutalidad. Los habitantes de la casa estaban, al parecer, ya en la

tumba, encerrados bajo el peso de la escarcha y la nieve o acallados por el viento. En una noche de enero, la casa parecía encontrarse fuera del tiempo y del espacio; un movimiento lento y ominoso que se había iniciado más allá de las ventanas ciegas y la suavidad inflexible de la nieve, difuminada sobre el vasto fondo de la noche, enterró el verano cada vez a mayor profundidad con amenazas invencibles y acariciadoras.

La puerta principal estaba acristalada en parte, de modo que una vela errante en su interior podía verse desde fuera, y tenía un aspecto inexpresablemente desolado, como si fuera una luciérnaga intentando escapar de una caja de cloroformo o la humanidad buscando el camino del cielo. En la casa nunca se iluminaban más de cuatro ventanas y tan solo de dos en dos: el salón de Jack Reddin, la cocina de Andrew Vessons y sus respectivos dormitorios.

A Reddin de Undern le importaban tan poco lo bello de la vida como sus lamentables rapsodias y sus tragedias cubiertas con mantos púrpura. No tenía tiempo para tales trivialidades. La caza del zorro, la cría de caballos y de perros eran su vocación. Cabalgaba en línea recta, vivía con intensidad y cultivaba solo las facultades creativas necesarias para su trabajo, y eso lo satisfacía. Tres veces al año declaraba en el banco de los Undern situado en la iglesia de Wolfbatch que tenía intención de seguir llevando una vida piadosa, recta y sobria. En estos momentos, con la luz ambarina de las ventanas jugando sobre su bien formada cabeza, su rostro serio parecía, como decían las señoritas Clomber de Wolfbatch Hall, «tan caballeroso, tan elevado». Las señoritas Clomber ronroneaban cuando hablaban, como si fueran gatos acechando a un ratón. La más joven aún cazaba; comprimía con esfuerzo su cuerpo sobrealimentado en un traje de montar pasado de moda y cabalgaba con un gesto tan adusto y una expresión tan sanguinaria como si odiara a muerte a todos los zorros. Tal vez, cuando cabalgaba tras la inquieta criatura rojiza, pensaba que perseguía un cruel destino que, de alguna manera, había dejado su vida vacía de alegría; tal vez, cuando la pequeña criatura se desgarraba en pedazos, se imaginaba

a sí misma despedazando de igual modo los frágiles poderes inconquistables del amor y la belleza. De todos modos, no se perdía nunca una cacería, y ella y su hermana no cejaban en su larga y silenciosa batalla por Reddin, que se fijaba tan poco en ellas como si fueran sus tías. Sin duda, él estaba muy por debajo de ellas en la escala social, era poco más que un granjero, pero, a pesar de todo, era un hombre.

Reddin se comportaba de acuerdo con sus costumbres dudosas y cuestionables; así, una mujer llamada Sally Haggard, que vivía en una casita en la hondonada, obtenía gracias a cierta agreste belleza aquello por lo que las señoritas Clomber habrían dado toda su riqueza.

El otro habitante de Undern, Andrew, giraba en su propia órbita y era un personaje desconocido por completo para su señor. Dos veces al año podaba los tejos y les daba forma esférica, de seta o de pavo real, y en aquellos momentos estaba creando un cisne. Le había dedicado veinte años y esperaba completarlo en unos pocos más, cuando las ramitas que iban a ser el pico hubieran crecido. Nunca se le ocurrió que el lugar no era suyo y que tal vez algún día tuviera que irse. Tenía su trabajo de primavera y su trabajo de otoño; en invierno se ocupaba de diversas tareas en el interior de la casa, y en verano, al igual que el resto de la finca, caía en un estado de somnolencia. Se sentaba junto a la mesa de la cocina, rota y manchada (que rara vez fregaba y en la que afilaba el cuchillo, aserraba huesos y picaba carne), y pasaba las tardes dormitando acompañado por el incesante zumbido de las moscas.

Cuando Reddin lo llamaba, rara vez contestaba y solo se dignaba a responder si estaba seguro de que le iba a hacer una petición razonable.

Todo lo que decía era evasivo; cada movimiento era de objeción. Reddin no se daba cuenta. Vessons se ajustaba a sus necesidades y preparaba las comidas a su gusto. Vessons era soltero. El monacato había encontrado, en una región rebosante de sexo, un discípulo silencioso y fanático. Si Vessons alguna vez había sentido la ironía de

su propia presencia en un establo de cría, nunca lo dijo. Hacía su trabajo con los labios apretados en un gesto de desaprobación, como si pensara que la Naturaleza tenía una deuda de gratitud con él por su tolerancia hacia sus excesos. Vessons iba de un lado a otro rumiando con aire crítico por la finca de oscura belleza con cubos para los cerdos, tinas llenas de ceniza o carretillas de estiércol. Tenía siempre las arrugas llenas de mugre y llevaba algún retal atado sobre un corte o una ampolla. Era un alma solitaria, como él mismo dijo una vez cuando estaba inusualmente amable en la taberna Hunter's Arms; no tenía padre, madre ni descendencia y lo prefería a los lazos familiares. Le gustaba vivir con Reddin porque nunca hablaban, salvo caso de necesidad, y porque le era bastante indiferente el bienestar de Reddin y a Reddin el suyo.

Pero no era indiferente a la casa de Undern. Lo ataban unos lazos profundos como la maraña de raicillas de la correhuela, fuertes como las grandes raíces de las hayas que crecían por debajo del lodo del estanque de Undern, que hacían de él un esclavo de una belleza que no podía comprender, de un terror que no podía expresar. Cuando caminaba por el embarrado huerto sembrando o arrancando patatas; cuando segaba la hierba con la hoz y con una rosa en el sombrero, con un aspecto más raro y más ridículo que nunca; y cuando sacudía los manzanos con una especie de humor agrio, como si dijera: «¡Ya está! ¡Eso es lo que consiguen los árboles teniendo manzanas!», parecía no tanto un individuo como una fuerza ciega. Porque, aunque su personalidad era fuerte, la del lugar era más fuerte todavía. Arraigado a la tierra y semejante al lirón y al escarabajo, debido a su pasión no expresada, era el protoplasma de un poeta.

CAPÍTULO 4



Vessons adoptó la postura de quien atiende a un nuevo paciente.

—Esta joven se ha perdido —declaró Reddin.

—¡Seguro que sí! Pero ya le encontrará usted algún camino, no me cabe duda, señor. Las aves ignoran por completo —dijo Vessons en dialecto, mirando con ironía la cesta de aves de corral tras cuya tapa asomaban caras ansiosas y picudas— el camino que sigue un hombre para llegar a una doncella.

—Trae las yeguas de cría del prado de abajo, deberían estar ya aquí a estas horas.

—Y el amor tardío es peor que el amor de muchacho, según dicen —concluyó Vessons.

—No hay nada de amor entre nosotros —espetó Reddin.

—¡No me extraña! —Andrew lanzó una mirada al rostro colorado de su señor y al pelo alborotado de Hazel y se retiró.

Hazel cruzó el porche, elaboradamente adornado, y miró el vestíbulo oscuro donde acechaban sombras profundas. Había arcones de roble y sillas talladas por doquier, todo más o menos polvoriento y desordenado como si acabaran de celebrar un festín. En un rincón había un piano con incrustaciones.

Hazel no se fijó en el polvo gris ni en el hogar lleno de cerillas y

colillas. Solo veía lo que le parecía un esplendor fabuloso. Cuando entraron, un perro de caza se levantó de la apolillada piel de leopardo que había junto a la chimenea. Hazel se tensó.

—No soporto los sabuesos —declaró—. Son unos animales asquerosos.

—Los mejores perros.

—No, matan a los pobres zorros.

—Que son alimañas.

El rostro de Hazel se endureció. Apretó las manos y adelantó la barbilla con aire decidido.

—¡Si se mete con mi Foxy, me marcho! —dijo.

—¿Quién es Foxy?

—Una zorrita que he criado desde que era cachorra.

—¡Oh! La has criado tú, ¿verdad?

—Ajá. A ella no le gustaba no tener mamá. Ahora yo soy su mamá.

Reddin la había estado contemplando tan pensativamente como su estado le permitía.

Había decidido ya que Hazel se quedaría en Undern y sería su amante.

—Seguro que algún día deseas ser madre de algo mejor que un zorro —dijo mientras atizaba el fuego con aire entre jocoso y cohibido.

—¿Eh? —exclamó Hazel, que se preguntaba cuánto tardaría en aprender a tocar música con aquello que había en el rincón.

Reddin se sintió molesto. Cuando alguien dice algo ingenioso espera una réplica adecuada.

Se incorporó y se dirigió hacia Hazel, que había tocado tres notas consecutivas y estaba encantada. Le puso una mano encima y se oyó un acorde discordante, tal vez como en ocasiones anteriores.

—¡Vaya! ¡Qué ruido! —exclamó Hazel—. ¿Por qué hace eso, señor Reddin?

Reddin se sintió incapaz de repetir el comentario y lo dejó correr.

—¿Qué es esa mancha marrón de tu vestido? —se limitó a

preguntar.

—¿Eso? Oh, eso es de un conejo que he soltado de una trampa. Ha sangrado mucho.

—¡Qué mala, mira que soltarlo!

—Lo que es de mala persona es cazarlos, con lo pequeñitos que son —contestó Hazel sin pestañear.

—Bueno, será mejor que te cambies de vestido; está muy mojado, y hay muchos por aquí —dijo. Se dirigió hacia un baúl y sacó un montón de vestidos pasados de moda—. Si vivieras en Undern podrías ponértelos todos los días.

—Si los «si» fueran judías con tocino, pocos se morirían de hambre —contestó Hazel sentenciosa—. Este verde está bien, es del color de las hojas tiernas y tiene rositas pequeñas y todo.

—Póntelo mientras veo lo que hace Vessons.

—Parece que está refunfuñando en la cocina —dijo Hazel.

Vessons siempre refunfuñaba. Su estado de ánimo solo podía juzgarse por la intensidad del gruñido.

Hazel le oyó responder a Reddin.

—No. Lo de comer no está listo; acabo de ponerlo al fuego.

Siempre atribuía el género masculino a los objetos asociados a sus tareas cotidianas.

Hazel dejó de abrocharse el vestido para escuchar lo que le contestaba Reddin.

—¿Tienes agua caliente para la señorita?

«¡La señorita! ¡Esa soy yo!», pensó Hazel.

—No, señor, no tengo. Ni tampoco tengo aloe, anacardos o mirra. No hay nada en mi cocina salvo un gato inútil y un hombre de sesenta y seis años, una olla de comida fría y un caballero que debería ser lo bastante prudente para no traer a una chica a Undern y arruinarle la vida a una pobre e inocente criatura.

«Esa también soy yo», se dijo Hazel. Reflexionó sobre el comentario y se sonrojó. «Quizás será mejor que me vaya», pensó. Sin embargo, solo un vago instinto la impulsaba a ello mientras que toda su alma estaba dispuesta a quedarse.

—No se dirá nunca —la voz de Andrew se elevó como la de un predicador— que una joven no encontró un amigo en Andrew Vessons; nunca se dirá —su voz se elevó por encima de las exclamaciones de enfado de Reddin— que una mujer se fue en diferente estado de cómo llegó.

—¡Cállate, Vessons!

Pero Vessons se sentía, como él mismo habría expresado, «como la miel que fluye», y no quiso callarse.

—Ha llegado doncella y doncella debería seguir. Se acabaron los besos y abrazos.

—Pero, Vessons, si no nacieran niños el mundo se vaciaría.

—Pues que se acabe el mundo, así descansaré de sus pecados.

«Eh, me gusta ese viejo», pensó Hazel.

La disputa continuó. Era el eterno debate entre el mundo y el monasterio: el hombre natural y el ermitaño. Al final, Vessons concluyó alzando la voz:

—Bueno, si le arrebata el buen nombre a esta chica…

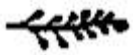
De repente, algo sucedió en el cerebro de Hazel. Fue la constatación de la vida en relación con uno mismo, un hito que marca el final de la infancia. Dejó de verse por encima de la vida y el destino, como hace un niño, y se dio cuenta de que formaba parte de todo ello; era mutable y mortal.

Había visto pasar la vida, había oído hablar de funerales, cortejos, confinamientos y bodas en su orden convencional —o en orden inverso— y había permanecido, por así decirlo, intacta. Había pasado hambre y había trabajado como una esclava; creía en supersticiones, quería a Foxy y toleraba a su padre. Las amigas habían insinuado que en algún lugar, en todas partes, tenían lugar locos encuentros que llamaban, como un tiovivo oculto, a cualquiera que se preocupara de oír su llamada.

Pero Hazel no la había oído. Habían dejado caer frases como: «Él se apoderó de mí», «Grité, y pensó que alguien se acercaba y me dejó marchar». Más tarde, oyó: «Y pensé que nunca lo soportaría cuando llegó el bebé».

Sentía una vaga lástima por esas chicas; pero no había aprendido nada de sus vidas; tampoco había asociado los funerales y la enfermedad con ella misma.

De la misma manera que la campanilla parece inalterable, detenida en una silenciosa eternidad rosa y blanca, como si no cambiara, así se sentía ella. Pero mientras pensamos que no pasa nada, esa copa sonrosada tan llena de dulzura brota, florece, vuelve a cerrarse y termina por morir, todo en un solo día.



Hazel se levantó de la silla junto al fuego y se dirigió, inquieta, con un rumor como de innumerables hojas de otoño, hacia la puerta del vestíbulo. Miró a través del cristal y vio los tristes revoloteos de las plumas de nieve que vagaban vacilantes hasta llegar al suelo. Daba la impresión de que se aferraban tanto como podían a su individualidad como copos, pero terminaban mezclados en la tierra con otros muchos.

Hazel abrió la puerta y se quedó en el umbral, de modo que los copos de nieve fueron aplastándose sobre las rosas amarillas del vestido. El mundo había desaparecido, solo quedaba una extensión gris y blanca. Como las hojas sobre un pájaro muerto, las capas blancas se iban apilando sobre Undern. Hazel se estremeció con el viento frío de la colina y vio que el estanque de Undern cuajaba y se espesaba bajo la escarcha. Ningún sonido recorría la extensa región. No había carreteras cerca de Undern excepto su propio camino de carros; no había ferrocarriles en kilómetros a la redonda. Nada se movía excepto los copos de nieve, cumpliendo su implacable destino de negación. Lo único que veía era la nieve y lo único que oía eran las voces en la casa discutiendo sobre ella.

«Tengo que irme», se dijo, apoyada en su remoto espíritu de libertad.

«Tengo que quedarme», se corrigió, débil en su pequeñez indefensa, muy cansada. Se volvió hacia el fuego. Pero el instinto

que había despertado al morir la infancia clamaba en su interior y no permitió que descansara.

Se quitó sin hacer ruido el vestido de seda y se puso el suyo.

Recogió con un suspiro los armazones de las coronas y volvió a abrir la puerta.

El camino de vuelta a casa sería largo y difícil, pero podría entrar sin ruido por la ventana de su dormitorio, que no cerraba con pestillo, hacer un gran fuego de retama seca y preparar un poco de té.

«¡Y dejaré entrar a Foxy y comeré un poco de pan porque estoy muerta de hambre!», se dijo.

Se escabulló por la puerta que había visto ir y venir tantas vidas humanas. Cuando salía, el ruido de la puerta la traicionó y Reddin, procedente de la cocina, la vio por los cristales.

CAPÍTULO 5



—Me voy a casa —anunció Hazel, pero Reddin tiró de ella y cerró la puerta.

—¿Por qué quieres marcharte?

—En esta casa tan espléndida estoy perdida.

—Tu cabello es más espléndido que cualquier otra cosa que haya en este lugar. Y tus ojos son como el jerez.

—¿Me lo jura por su vida?

—Sí. Ahora será mejor que vuelvas a cambiarte de vestido.

Reddin le tendió un viejo candelabro de plata, muy deslustrado.

—Sube al primer piso y verás un espejo en la primera habitación que encuentres. Luego cenaremos.

—Me sentaré a cenar con un espléndido vestido brillante y con rosas —dijo Hazel extasiada, y su voz se elevó como en una especie de cántico—, con un mantel blanco sobre la mesa como si fuera una fiesta del colegio, mientras el viejo sirviente nos atiende dando saltitos, como si fuera un zorzal persiguiendo gusanos.

—¡Zorzal lo serás tú! —murmuró Andrew que atisbaba por la puerta. Se retiró de nuevo y comentó al gato con voz agria y lúgubre, tal como siempre hacía cuando se enfadaba—: No hay gatos en la Biblia —dijo, y se puso a cantar—: «Junto a los ríos de

Babilonia…».

En el piso de arriba, Hazel intentó arreglarse pasando los dedos por la brillante melena, ya que no tenía peine, y se ajustó el corpiño para que le sentara mejor el escotado vestido. Desde el exterior de la habitación, con el áspero cabello mojado por la nieve, Reddin la espiaba amparado en la oscuridad.

La vio con la cabeza erguida y los hombros blancos y desnudos, sonriéndose a sí misma en el espejo. Y la vio ponerse otra vez el rico vestido y posar encantada, moviéndose de un lado a otro como un pajarillo. Observó su figura esbelta y los brillantes rizos de su cabello.

«Me vale», se dijo, sin preguntarse si él también le valdría a ella.

Entonces lanzó una exclamación ahogada. Hazel había abierto la ventana, había apartado la hiedra llena de nieve y se había asomado hasta apoyar el pecho, cubierto por pliegues de seda, sobre la nieve. Hazel miró hacia la inmensidad de la noche.

—No dejes que manche mi buen nombre, como dice el anciano, y deja que vuelva con Foxy mañana temprano y que no nos pase nada malo por los siglos de los siglos.

La noche recibió su plegaria en silencio. Nadie podría decir si la escuchó alguien más que Reddin. Este retrocedió, abatido. Había capturado a una extraña criatura.

Cuando Hazel bajó, Vessons seguía entregado a los ríos de Babilonia.

—¿Por qué no va más allá de esas cinco palabras? —preguntó Hazel—. Se para siempre en el mismo sitio y vuelta a empezar, como si fuera un perro atado con una cadena.

Hazel cantó el salmo entero con su voz aguda y clara. Se hizo el silencio en la cocina.

Reddin miró fijamente a Hazel.

—¿Quién te ha enseñado a cantar? —preguntó.

—Mi padre. Es un músico maravilloso —Hazel descubrió que en presencia de desconocidos sus sentimientos hacia su padre eran casi cálidos—. Cuando toca el arpa por las noches se te pone la piel de

gallina. Parece que todo esté encantado, como si fuera un bosquecillo en el mes de mayo. Y cuando me dice: «¡Canta!», me levanto y canto, aunque ni sepa lo que estoy cantando.

—Eso sí que me lo creo —comentó Vessons.

Reddin se dio la vuelta.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó.

—He venido a decir que la cena se ha quemado —anunció Vessons con tono seco.

—¿Se ha quemado?

—Sí, está hecha carbón.

—¿Cómo es que se te ha quemado, imbécil?

—Mientras escuchaba a la señorita enseñándome a cantar.

Reddin estaba furioso. Sabía por qué se había quemado la cena.

—¡Fuera! —gritó—. Vete al establo y quédate allí. Ya prepararé yo algo.

Vessons se retiró sin alterarse. Puesto que Hazel lo había ofendido, decidió que ella debía cuidar de sí misma.

—¿No podría quedarse en la casa? —preguntó Hazel con inquietud.

—No.

Cogieron de la cocina pan, cerveza y fiambre. Durante la cena, el anfitrión se mostró exultante y deferente. Estaba impresionado por la plegaria que Hazel había lanzado a la noche y por su belleza. Pero en cuanto satisfizo el hambre, su voz se hizo más fuerte y su mirada se tornó más apasionada.

La relación se tensó. Al mirarlo a la cara, Hazel volvió a tener el impulso de huir. Y cuando dijo que quería acariciar aquel vestido de seda y se acercó a ella, derribando la vela como sin querer, Hazel se alejó.

—¡No me toque! —exclamó Hazel.

Reddin no le hizo el menor caso.

—Me portaré bien contigo —declaró—, te lo juro. Incluso me casaré contigo mañana. Pero esta noche eres mía.

La cuestión, para Hazel, no tenía nada que ver con el

matrimonio, sino que era puramente instintiva. No quería pertenecer a nadie.

Reddin consiguió descubrir un hombro del escotado vestido, pero Hazel se escapó de sus manos como un pez de la red. Se quedó tan sorprendido que no reaccionó.

—¡Abuelo! —gritó Hazel corriendo hacia el patio—. ¡Rápido, rápido!

Apareció una cabeza gris.

—¿Qué pasa? ¿Ahora necesita algo de este viejo?

—¡No quiero estar con él!

Vessons la miró con interés. Al parecer, ella también era una devota de su religión: el celibato; otra que se atrevía a ir contra el mandato explícito de la naturaleza.

—La tengo a usted en buen concepto. Ya veo que el señorito se ha complicado la vida para nada —dijo, riendo entre dientes—. Puede quedarse en mi habitación. Nadie dirá que Andrew Vessons no es un hombre caritativo. ¡Por supuesto! La puerta puede cerrarse con llave.

Se dirigieron a la puerta trasera, subieron las escaleras y la condujo a su cuarto, situado sobre la cocina.

La mayoría de la gente habría preferido sufrir cualquier otro padecimiento antes que dormir en la habitación que se mostró cuando abrió la puerta con orgullo. Vessons tenía la inclinación de un ermitaño por las escasas posesiones y la ausencia de comodidades cotidianas.

En una caja invertida junto a la cama estaban su pipa de arcilla, unas cerillas, una lata de melaza que contenía *whisky* y algunos huesos de pollo. Por lo general guardaba algunos huesos para mordisquearlos. Un jilguero con aire acosado ocupaba una jaula de madera en la ventana, y en la repisa de la chimenea había ratones blancos en jaulas caseras. A Hazel le pareció una habitación agradable.

—Tenga cuidado con todas mis cosas —advirtió Vessons inquieto —. Llevo casi veinte años durmiendo en esta habitación a diario. Ese

pájaro nunca duerme sin mí, me echará de menos. No canta para nadie más.

Siempre lo afirmaba y el pájaro siempre lo desmentía cantando a Reddin y a cualquier visitante fortuito. Pero Vessons seguía convencido. Es necesario creer en algunas cosas, pues la duda nos llevaría a la desesperación.

Vessons era consciente de que estaba siendo generoso.

—Puede beber un trago de *whisky* si quiere —dijo—. Ahora me voy, antes de que ese pájaro se dé cuenta; si no, no me marcharé nunca.

El pájaro guardaba un silencio preocupado: tal vez estaba pensando en bosques y en dientes de león llenos de semillas. Pertenecía a la hermandad para la que la comodidad importa poco y la libertad significa mucho, igual que Hazel.

—¡Cierre la puerta con llave! —dijo Vessons en un susurro sepulcral desde las escaleras.

Hazel así lo hizo y se acurrucó para dormir en el caserón lleno de ruidos sin pensar en nada, igual que los ratoncitos blancos, tan indefensa como ellos e igualmente poco agradecida a Vessons por su protección, del todo ignorante de lo que el mundo podría llegar a hacerle si se le antojaba.

CAPÍTULO 6



A la mañana siguiente, temprano, mientras el jilguero aún dormía profundamente y los ratones eran todavía bolitas inmóviles, Hazel se despertó con un golpe en la maciza puerta de roble. Corrió hacia ella y la abrió una rendija, asomándose entre sus cabellos como una ardilla que atisbara entre las hojas de otoño.

Vessons estaba allí con una jarra de cerveza y se la ofreció. Pero Hazel prefería tomar té, como suelen hacer las mujeres.

—Si es que hay agua en el fuego —dijo disculpándose.

—¡Té! —exclamó Vessons—. ¡Demonios! ¡Qué pesadas se ponen las mujeres con el té! ¿Y se supone que tengo que prepararlo yo?

—Si hay agua hirviendo…

—¡Tetera! Por supuesto que hay agua hirviendo a esta hora. ¿Cómo si no iban a comer los terneros?

—Bueno, no hace falta que grite, despertará al señor. —Los ojos de Hazel mostraban el miedo intenso que sentía, inexplicable para sí misma—. Tengo que irme —susurró.

—Sí, váyase —dijo Vessons, contento de que por una vez el deber y la inclinación fueran de la mano—. La acompañaré —añadió —. ¿Dónde vive?

Hazel vaciló.

—No tiene que tener miedo de decírmelo —señaló Vessons—. Tengo sesenta y seis años y me importa usted tan poco como el más inútil de los gatos —añadió al ver que Hazel se sonrojaba.

Hazel frunció el ceño; pero quería una promesa de Vessons, así que no replicó.

—¿No se lo dirá? —suplicó.

—¿A él? Jamás de los jamases. Ni que me torturen tirando de mí con caballos pura sangre, de tiro, percherones o de Suffolk —declamó Vessons con elocuencia, pues de nuevo coincidían la rectitud y sus deseos. No quería que hubiera una mujer en Undern.

—Bueno —contestó Hazel, susurrando a través de la rendija—, vivo en el Callow.

—¡Qué! ¿Ese lugar perdido y olvidado al otro lado de la Montaña?

—Sí, pero no es un lugar perdido ni olvidado: es mejor que esto. Y tenemos abejas.

—Yo también tengo abejas.

—Y música.

—¿Música? ¿Qué es la música? Eso no se come.

—Y mi padre hace ataúdes.

—¿Ah, sí? —preguntó Vessons, interesado al fin. Volvió a pensar en los méritos de Undern—. Pero no tienen una morera —declaró triunfante— y yo sí.

Bajó las escaleras acompañado por el crujido de la madera.

Al poco llegó Hazel y bebió el té junto al rojo fuego de la cocina, contemplando cómo se borraban suavemente las flores de escarcha de la ventana como si alguien las estuviera frotando con una esponja. En el alféizar se amontonaba la nieve como azúcar tamizada; el patio, las dependencias, los campos, el estanque y los pajares tenían todos el tenue resplandor del antimonio.

—¿Dónde está el camino? —preguntó Hazel, de pie en el umbral y sintiéndose bastante perdida—. ¿Cómo lo encontraré?

—No lo encontrará.

—Ah, pero tengo que encontrarlo.

—¿Cree que Andrew Vessons permitirá que una mujer camine

por la nieve cuando tiene buenos caballos en el establo? —preguntó Vessons con grandilocuencia—. Yo la llevaré.

—Le estaré muy agradecida —dijo Hazel—. ¿Pero él no se enterará?

—Dormirá hasta el mediodía, si le dejo —contestó Andrew.

Se alejaron en silencio; la nieve amortiguaba los cascos que se hundían en ella. Hazel miró hacia atrás mientras el cielo enrojecía con las luces del amanecer. La mansión se alzaba ante ella con aire de poder y paciencia. Tuvo la sensación de que la casa aún no había terminado con ella. Se preguntó cómo se sentiría si Reddin apareciera de repente en una ventana. Y un pequeño deseo traidor se deslizó desde algún lugar de su corazón. Observó las ventanas hasta que una curva ocultó la casa y entonces suspiró. Casi deseó que Reddin se hubiera despertado.

Pero pronto lo olvidó todo encantada, pues la nieve brillaba y las huellas alargadas de los conejos y las liebres, el rastro de los pájaros en filas ordenadas y las pisadas profundas de las ovejas la hacían reír al contemplar su rumbo caprichoso, tanto en bucles como en círculos; parecían los pasos locos de un sonámbulo para quienes ignoraban el motivo de su actividad. También los actos de Hazel eran así; en realidad, así son los de todo el mundo si solo se observan los hechos y se desconocen los motivos.

Los chorlitos volaban en círculos y gritaban con desolación al ver la nieve, suave e implacable, interponerse entre ellos y los verdes pastos, tristes como los que advierten que el destino corre espesos velos entre ellos y los prados de sus esperanzas y alegrías.

Al llegar al pie del Callow, Hazel se bajó de la carreta.

—No se lo diga nunca —rogó Hazel, alzando la vista.

—Jamás en la vida —contestó Vessons.

Hazel vaciló.

—No se lo diga nunca —repitió Hazel— a menos que no pare de preguntarlo porque no consigue descanso.

—Por mí, puede preguntar hasta el día del Juicio Final —declaró Vessons— y puede estar tan inquieto como los diez mil fantasmas

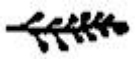
que rondan Undern cuando la luna está cerca del horizonte, porque nunca se lo diré.

Hazel suspiró y se dio media vuelta para subir la colina.

—¡Una mujer en Undern! —susurró Andrew al caballo mientras trotaban de regreso a casa—. ¡No, jamás de los jamases!

Una urraca salió de un bosque cercano a la carretera y lo contempló con aire burlón. Vessons miró a su alrededor como si alguien se hubiera reído de su determinación, y repitió:

—¡Jamás de los jamases!



—¿Dónde está Hazel? —preguntó Reddin.

—Ni con caballos salvajes, pura sangre, de tiro, percherones o de Suffolk… —empezó a decir Vessons, aficionado al estilo acumulativo y que, cuando acuñaba una buena frase, era propenso a trabajarla hasta la muerte como cualquier otro artista.

—¡Vaya, estás borracho, Vessons! —interrumpió el señor de la casa.

—… conseguirá arrancármelo —terminó Vessons.

Reddin sabía que eso era cierto y perdió toda esperanza. Aun así, decidió no abandonar la búsqueda hasta encontrar a Hazel.

Preguntó en la taberna Hunter's Arms, pero Vessons había estado allí antes y solo encontró una amable ignorancia.

Vessons era un miembro del pueblo y Reddin pertenecía a la aristocracia, por lo que la clientela de la taberna se alió como un solo hombre contra Reddin.

—No volverá a morder esa manzana —dijo Vessons con satisfacción cuando su amo regresó con el rostro abatido.

—No podré soportar tus modales mucho más tiempo, Vessons —protestó Reddin, irritado.

—Deme entonces la nota de despido cuando quiera —contestó Vessons con la frase habitual y anotándose otro triunfo.

Reddin tenía los defectos propios de los de su clase, pero

ninguno de ellos le permitía despedir a un viejo criado. Vessons lo sabía y por ese motivo decía y hacía lo que le daba la gana.

CAPÍTULO 7



Cuando Hazel entró, su padre había terminado de desayunar y estaba ocupado trabajando.

—¿Has traído los armazones de las coronas? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí.

—Por fin se murió, fue al caer la noche. Hasta ahora no han venido a pedirme un ataúd. Podré hacer más paneles para las colmenas. Ahora que está tieso y frío hace más por mí de lo que ha hecho en toda su vida.

—Mucha gente no hace nunca nada por los demás —dijo Hazel, imbuida de nueva sabiduría. Ninguno de los dos pensó que Abel siempre había sido así con Hazel y que esta, a cada año que pasaba, más se le parecía.

Abel no hizo ningún comentario sobre las aventuras de Hazel, y ella guardó un discreto silencio.

—Esa pequeña zorra se ha llevado un pollo —dijo Abel, al cabo de un rato—; y ya son dos.

—Solo lo hace cuando estoy fuera y porque tiene hambre —contestó Hazel suplicante.

—Bueno, si lo vuelve a hacer —anunció Abel—, la tiraré al agua

con una piedra alrededor del cuello. Así que ahora ya lo sabes.

—No te atreverás.

—Veremos si me atrevo.

Hazel huyó llorando hacia Foxy, tan impenitente como digna. A algunos nos cuesta sentirnos dignos cuando hemos hecho lo correcto; pero Foxy se sentía muy digna cuando obraba mal y, cuanto peor, más digna.

La zorra estaba muy mansa y tenía una expresión de profunda satisfacción —satisfacción digestiva, un estado rayano en el trance místico— en sus afectuosos ojos de color topacio.

Se había comido un pollo tierno y nutritivo; las horas que había pasado royendo la cuerda que la ataba habían merecido la pena.

—¡Oh! ¡Cosita mala! —se lamentó Hazel—. No lo vuelvas a hacer o te ahogará y te matará. ¿Por qué lo has hecho, Foxy querida?

Los ojos de Foxy se volvieron más elocuentes y más líquidos.

—¡Bendito animal! —volvió a decir Hazel—. Ojalá tú y yo pudiéramos vivir solas donde no hubiera hombres ni mujeres.

Foxy cerró los ojos y bostezó, dudando de que semejante paraíso pudiera existir en el mundo.

Hazel se puso en cuclillas y pensó. Sabía que, si no se llevaba a Foxy de allí, la zorra volvería a cometer alguna maldad de modo totalmente inexorable.

—Eres mala por naturaleza —dijo con tono triste pero comprensivo—. Al menos, no te han hecho como los perros guardianes, los gatos domésticos y las vacas. Te hicieron zorra y zorra serás, y me resulta raro que la gente no se dé cuenta. Esperan que seas lo que no eres. Te hicieron zorra ¡y cuando haces zorrerías, dicen que eres mala!

Después de estas reflexiones filosóficas, cuando Foxy bostezó de nuevo Hazel entró para hacerle una propuesta a Abel. Pero este la recibió como el mundo en general suele acoger una nueva verdad.

—Se llevó el pollo —dijo Abel—. ¿Haría eso un terrier? ¿Un terrier bien educado? Ya te digo yo que no.

—Pero no es justo aplicar la misma ley a zorros y perros.

—Yo hago las leyes que me convienen —dijo Abel—. Y lo que me contraría, muere ahogado.

—Pero no estás solo en el mundo —gritó Hazel.

—¿Eh?

—El mundo no se hizo en siete días solo para Abel Woodus —aventuró Hazel con audacia.

—Has vuelto muy respondona de Silverton —reflexionó Abel—. Muy respondona. ¿Cuántos jovenzuelos te han dicho que tenías el cabello de color *crobizo*? Ese tonto de Albert lo dijo la última vez, y tú estabas que no había por dónde cogerte. *¡Crobizo!* ¡Menuda tontería!

Pero no fue este arrebato lo que hizo callar a Hazel como él creyó, sino que sus palabras, por casualidad, evocaron en ella los recuerdos asociados a la palabra *crobizo*. Abel siguió hablando, algo ablandado por su victoria.

—Te diré lo que te pasa, Hazel: ya es hora de que te cases. Te estás volviendo muy arrogante.

—No me casaré nunca.

—¡Palabras! ¡Palabras! Te casarás con el primero que se presente… Si es que alguna vez hay alguno lo bastante tonto.

Hazel deseó poder decirle que alguien se lo había pedido ya y que no era precisamente un campesino, pero se impuso la discreción.

—A lo mejor me caso —dijo Hazel, alzando la barbilla— para marcharme del Callow.

—Bueno, bueno, las cosas no podrían estar más sucias; quizás estén más limpias cuando te hayas ido. ¡Mira el suelo!

Hazel montó en cólera. Su padre estaba siempre protestando por el estado del suelo. Odiaba el suelo.

—¡Juro que me casaré con el primero que aparezca! —gritó—. ¡Con el primero!

—Primero y último —añadió Abel—. ¿Y por qué lo juras?

—Lo juro por la Pequeña Montaña de Dios.

—Bien —dijo Abel satisfecho—, ahora que has hecho ese

juramento, estás obligada a mantenerlo y, si alguna vez se presenta un marido, no podrás hacerte la loca.

Hazel estaba demasiado furiosa para pensarlo en serio.

—Está bien ese vestido —dijo Abel—. Supongo que lo llevarás al encuentro de la Montaña.

—¿Qué encuentro?

—¿No te dije que les prometí que cantarías? Quieren que toque música.

El entusiasmo hizo que Hazel olvidara lo dicho.

—¿Seguro que vamos? —preguntó.

—Desde luego. Dentro de tres semanas a contar a partir del lunes.

—Tenemos que practicar.

—Dicen que al pastor le gusta mucho la música. Uno de esos aficionados que no saben tocar. Organizarán una merienda.

—¡Ah! —exclamó Hazel—: me gustará volver a estar en la casa de un caballero.

—¿Cuándo has estado tú en la casa de un caballero?

Hazel se quedó desconcertada.

—¡Ayer! —exclamó muy deprisa—. Si Albert no es un caballero, no sé qué será, porque lleva una cadena de reloj de latón dorado en el chaleco.

Abel soltó una carcajada y se agachó sobre el ataúd, silbando como un mirlo. Hazel se sentó y lo observó con la mejilla apoyada en la mano. La fría luz de la nieve se reflejaba suavemente en su rostro.

—Padre, mientras haces ataúdes para que descansen las almas, aunque no estén cansadas, ¿no has pensado nunca que por ahí está creciendo un árbol para hacer el tuyo? —preguntó.

—¡Demonios! ¿Qué te ha dado? ¿El sarampión? ¿Por qué iba yo a pensar en mi ataúd? Es la única cosa que tendré por la que no deberé pagar —dijo, echándose a reír—. ¿Qué te pasa?

—Nada, pero anoche se me ocurrió pensar que yo también me moriré, igual que todo el mundo.

—¿Y ahora te enteras? ¡Demonios! Me parece que eres la reina

de los tontos.

Hazel miró la estrecha caja y pensó en el viejo activo y anguloso para el que ahora sería una amplia morada.

—Me parece que el mundo es como una gran trampa de resortes y nosotros estamos encerrados en ella —dijo Hazel muy despacio. Luego se levantó de un brinco—: venga, ensayemos hasta que nos pongamos tan roncos como un grajo joven —exclamó.

Así que entre el martilleo se elevaron sus voces como dos llamas agudas. Luego Abel tiró el martillo y empezó a tocar el arpa con frenesí hasta que la casucha vibró con el sonido de las cuerdas y el lamento de las voces que subían y bajaban con ingenua habilidad. La cabaña parecía un árbol lleno de tordos.

Tras la comida de las doce, Abel cortó acebo para las coronas y Hazel empezó a hacerlas. Por primera vez, su hogar le pareció aburrido. Se puso a pensar con nostalgia en el vestido de seda verde y en la cena en el viejo comedor señorial. Pensó en Vessons y en los ojos de Reddin mientras tiraba de ella y cerraba la puerta. Pensó en Undern como un refugio para Foxy.

«A lo mejor un día voy a hacerles una visita», pensó.

Se acercó a la puerta y miró hacia fuera. El aire estaba helado y en el depósito del agua de la lluvia se habían formado carámbanos. El extraño zumbido silencioso del frío intenso la envolvió y congeló sus deseos de aventuras.

«Me quedaré como estoy», pensó. «No quiero ser suya».

Para ella, Reddin era terrorífico y fascinante. Volvió a trabajar en la punzante corona cosiendo una a una las abigarradas hojas de acebo e intercalando racimos de bayas rojas.

—¿De qué le servirá al muerto? —preguntó—. No podrá verla.

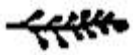
—¿Quién quiere que la vea él? —respondió Abel, divertido—. Cuando murió su padre, tuvo su homenaje y Samson estaba orgullosísimo porque había siete coronas, ni una menos.

Los pensamientos de Hazel volvieron a la fiesta que se avecinaba. Todos admirarían su pelo y su vestido azul pavo real. La admiración era una sensación nueva y maravillosa. Cogió un paño y

frotó la mancha marrón, pero fue imposible sacarla. Mientras llevara el vestido ahí estaría, como el estigma del dolor que todas las criaturas soportan mientras lleven el vestido de la carne.

Terminó por echarse a llorar.

—¡Quiero otro vestido sin sangre! —se lamentó. Y con su llanto expresó el profundo lamento, viejo como el gemido de los bosques y las aguas, que asciende a lo largo de los siglos hasta el cielo distante y silencioso, sin obtener jamás respuesta alguna.



A Hazel no le gustaban los entierros porque entonces tenía que ayudar a Abel a llevar el ataúd a la casa del difunto. Partieron el segundo día después de su regreso. El empinado sendero que bajaba a la llanura, y que conocían con el nombre de la escalera del mono, se había convertido en un verdadero río debido al deshielo. Pero a Hazel eso le importaba mucho menos, aunque sus botas dejaran entrar el agua, que la atmósfera de penumbra en la casa con las ventanas cerradas del viejo Samson. Hazel nunca quería «ver al difunto», tal como hacía Abel, y eso siempre lo tomaban como una ofensa. Así que esperó en el camino, cubierto de agua y de nieve, y pensó con pesar en Undern y en su gran hoguera de leños, en el verde y lujoso vestido y en Reddin, con su fuerza y su virilidad, su voz poderosa y sus fuertes dientes. Le parecía muy vivo en un mundo donde los viejos se morían.

Abel salió al fin, muy alegre, pues le habían dado, además del pago habitual, una propina y un vaso de cerveza.

—Vamos a tomar algo a la taberna —anunció.

Así que fueron para allá. A Hazel le pareció que la sala con cortinas rojas, chimenea encendida y jarras y vasos de vivos colores era un lugar maravilloso. Se sentó en un rincón del banco de la chimenea y contempló cómo salía vapor de sus botas mientras iba adormilándose. Pero de repente se oyó un gran estruendo en el exterior, el ruido de un caballo frenado bruscamente, resbalando

sobre el empedrado, y un grito llamando al tabernero.

—¡Oh, santo cielo! —murmuró Hazel—. Será el Cazador Negro en persona.

—No, no quiero entrar —anunció el jinete—: que me traigan una jarra.

Hazel reconoció la voz.

—¿Puede decirme —continuó la voz— si vive por aquí una señorita con el pelo cobrizo? Su padre toca el violín.

«Se equivoca de instrumento», pensó Hazel.

—¡Una señorita! —repitió el tabernero—. ¿Y con el pelo *crobizo*? No, por aquí no hay ninguna dama con el cabello de ese color. Las mujeres que hay son maduras y están muy curtidas.

—La que busco es joven… joven como un gatito e igual de revoltosa.

Hazel se llevó las manos a la boca.

—¿No hay ningún violinista por aquí, entonces?

Abel se levantó y se dirigió a la puerta.

—Si es música lo que quiere, conozco mejores instrumentos que los violines: las arpas —anunció Abel—. Los violines parecen sierras. La única vez que me gustó un violín fue cuando lo oí tocar pulsando las cuerdas con los diez dedos a toda prisa.

—¡Oh, maldita sea! —dijo Reddin—. No he venido a oír hablar de arpas.

—Si se trata de un funeral o de una cena de guardabosques, de un concierto o de una boda —Abel prosiguió, impertérrito—, soy la persona que necesita.

Reddin se rio.

—Pues quizás se trate de lo último que ha dicho —dijo.

—Casamiento o ayuntamiento: cualquiera de las dos cosas o ambas, supongo —dijo el tabernero, que tenía fama de ingenioso.

Reddin soltó una gran carcajada.

—¡Ambas! —exclamó.

—¡Ninguna de las dos! —susurró Hazel, que se había quedado indecisa, como si dudara en acercarse a la puerta. Se desplazó hacia

el rincón más oscuro y al instante Reddin se había ido.

—Quienquiera que sea —dijo el tabernero, asintiendo sabiamente con su gran cabeza—, ¡la conseguirá, seguro que la hará suya!

Durante toda la noche, llena del murmullo de los pequeños riachuelos de agua fundida, el gorgoteo del abrevadero lleno y el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado metálico de la cabaña y los tejadillos de las colmenas, Hazel se fue despertando de un sueño intranquilo, oyó esas palabras y las murmuró.

En sus sueños asustados tendió la mano hacia algo que le parecía que tenía que estar más allá del agradable sonido del agua al caer, tenue y transitorio; más allá del goteo y el repiqueteo de los destinos humanos… algo vasto, solitario y silencioso. ¿Cómo iba a encontrar lo que nadie jamás ha nombrado o conocido? El ser humano solo se aproxima cuando dice Eternidad, Destino, Dios. Todos los gritos de todas las criaturas, vivas y moribundas, se hunden en su profundidad como en un océano sin fondo. ¿Quién puede decir si este silencio que escucha, incrédulo, y que lo oye todo es benigno o malévolo? Los sueños nostálgicos de los hombres rondan este tema para siempre; los credos de los hombres son otras tantas llaves que no encajan en la cerradura. Lo meditamos en nuestros corazones y algunos encuentran la paz y otros el terror. El silencio nos presiona cada vez más pesadamente hasta que la Muerte llega con su voz seductora y nos promete la llave. Entonces corremos tras ella, hacia la quietud, y nadie nos oirá nunca más.

Hazel y su padre ensayaron sin tregua durante las tardes oscuras y lluviosas. Hazel iba a cantar *Arpas del cielo*, una canción que le había enseñado su madre. Abel, además, acompañaría al coro procedente de los pueblos y campos de gran parte de la región.

—Bueno —dijo Abel la mañana del último ensayo—, es una canción un poco tonta, pero tienes que sacarle partido. Canta fuerte, no como si fueras un ratoncito.

Su gusto musical se sentía ofendido porque Hazel era más teatral que musical. En los fragmentos tristes convertía su voz en un murmullo y después la elevaba en un lamento agudo.

—Pareces el perro pastor de Owen aullando a la luna llena.

Pero la idea que Hazel tenía de la música seguía siendo la de un pájaro. Era un ser salvaje y cantaba según su instinto, sin seguir ninguna norma, aunque gracias a su buen oído afinaba siempre.

Partieron temprano, pues tenían por delante una buena caminata y el sol de abril quemaba con intensidad. Hazel, bajo los alerces verde pálido, con su vestido brillante, con su corona de pelo leonado, parecía la encarnación de los bosques secretos.

Abel iba delante vestido con una levita negra, unos pantalones de color tabaco y un sombrero de copa con una cinta de adorno. A medida que fue haciendo calor se lo fue echando hacia atrás. Llevaba el arpa colgada del hombro y, a la luz del sol, su color dorado resultaba estridente. Durante el camino, se detuvo en un par de ocasiones —una vez en un claro entre abedules y otra entre los pinos—, depositó el arpa en el suelo y se puso a tocar, sentado sobre un tronco caído. Hazel, embriagada por el entusiasmo del día, bailó entre los delgados troncos hasta que se le deshizo el peinado que llevaba recogido y la larga trenza le colgó sobre los hombros.

—¡Si viniera gente a lo mejor creerían que soy un hada! —gritó.

—¡Deja de moverte de esa manera! —exclamó Abel, saliendo de su abstracción—. Es indecente, ahora ya eres una mujer hecha y derecha.

—¡No soy una mujer hecha y derecha! —gritó Hazel con voz aguda—. ¡No quiero serlo y nunca lo seré!

Las copas de los pinos se inclinaban bajo el viento como cabezas atentas, como si fueran dioses que, majestuosos, asintieran al meditar sobre el destino humano desde las alturas. Como si oyeran y tomaran nota del grito de Hazel: «No seré nunca una mujer» y, sardónicos, se mostraran de acuerdo.

Llegaron a la cantera de la montaña; los desiertos montículos y simas parecían más desolados que nunca en el mundo primaveral. Aquí y allá las hojas de los árboles jóvenes bordeaban las pendientes de color gris pálido, como si intentaran tomarles cariño, igual que un niño intenta acariciar a un padre adusto.

Treparon por los montículos más grandes y bordearon un precipicio.

—No me gusta nada este sitio —exclamó Hazel—, es muy triste.

—Hace tiempo, antes de que nacieras, una vaca se cayó por aquí y rodó cientos de metros.

—¿La salvaron?

—¡Demonios, no! Quedó hecha papilla.

Hazel prorrumpió en un repentino llanto apasionado.

—¡Oh, no! —dijo, echándose a llorar.

Así reaccionaba siempre ante cualquier mención del sufrimiento indefenso y se tiraba al suelo en un ataque de abandono y rebeldía hasta tal punto violento que llegaron a pensar que sufría de epilepsia. Pero no era epilepsia, solo era pena. Hazel, a su manera inexpresiva e infantil, compartía con el mártir de amor de Galilea una desgarradora capacidad de simpatía basada en la imaginación. Igual que Él y otros individuos parecidos a la propia Hazel, no solo estaba familiarizada con la pena, sino que había sufrido el rechazo y el desprecio. Durante el tiempo en que asistió a la escuela, los niños le llevaban ranas mutiladas y se las tiraban en el regazo para observar, desde una distancia segura, sus enloquecidos ataques de pena y rabia.

—¿Qué te pasa? —preguntó padre—. Eres demasiado blanda, eso es lo que te pasa: tienes un espíritu blandengue.

Abel no podía entenderlo; para él, el arte no era producto de la creación sufriente y cálida, sino del talento pulido con esmero.

Hazel estaba de pie al borde del escarpado acantilado gris con las manos cruzadas y una rara expresión de fatalidad en la mirada.

—Aquí me sucederá algo malo —dijo Hazel—. Algo malo y horrible.

Las sombras oscuras que se proyectaban inmóviles sobre los sucios montículos blancos tenían un aspecto siniestro, y las grandes hojas suaves de un plátano de sombra aleteaban impotentes sobre el esquisto como si fueran personas importantes que susurraran exclamaciones de tristeza.

Abel caminaba por delante. De repente se dio la vuelta, entusiasmado como un niño.

—¡Han empezado! —gritó—. ¡Escucha la música! Siempre empiezan con el órgano.

Hazel lo siguió, ansiosa de alegría, corriendo obediente y esperanzada tras los talones de la vida como un corderito corre con su madre. Olvidó los oscuros presagios; solo se acordaba de que quería divertirse y de que, si era una buena chica, seguro, segurísimo, que Dios se lo permitiría.

CAPÍTULO 8



En la Pequeña Montaña de Dios, la capilla y la casa del pastor estaban unidas en un solo edificio largo y bajo de piedra gris rodeado por el cementerio, donde las lápidas, erguidas y torcidas, ocupaban el lugar de un inexistente jardín de flores. A lo lejos, a la izquierda, justo sobre una elevación, la colina estaba hendida por las rampas grises de las canteras. Delante se alzaba otro promontorio cubierto de espeso bosque. A la derecha estaba el torrente —que en invierno se convertía en un riachuelo— por el que discurría un camino que llevaba al valle. Detrás de la casa, la Pequeña Montaña de Dios se prolongaba en una pendiente ascendente y se encaminaba, tal vez, hacia su dueño.

La congregación de los domingos era uno más de los misterios de un lugar lleno de ellos, ya que parecía brotar milagrosamente de las rocas, bosques y tumbas.

Cuando el pastor de la iglesia, Edward Marston, llegó al lugar con su madre, lo encontró espantoso; pero al cabo de un tiempo se fue haciendo sitio en su corazón y le pareció que daba un carácter más intenso a su religión. Siempre había sido religioso por naturaleza y había aceptado las enseñanzas recibidas; disfrutaba de modo instintivo con las cosas limpias y saludables. Pero en las noches de

invierno en la Montaña, cuando las estrellas inquietas entraban y salían de su negro escondrijo y la escarcha agrietaba las lápidas, o en verano, cuando los relámpagos crepitaban en el bosque y rasgaban la ladera como mil demonios, la necesidad de un Dios se hacía incluso más urgente. Habló de ello con su madre.

—No, querido, no puedo decir que tenga más necesidad de nuestro Señor aquí que en Crigton —dijo—. En Crigton tenía miedo del autobús y las bicicletas. Aquí me limito a taparme las orejas para protegerlas del viento, a ponerme una enagua de franela para las heladas y a sentarme en la carbonera para ponerme a salvo de los truenos. No es que me olvide de Dios, ya que Él está siempre con nosotros, por supuesto, en la carbonera o en otra parte.

—¿Pero no siente algo ominoso en el lugar, madre? Siento como si aquí fuera a ocurrir algo horrible, ¿no le parece?

—No, querido. Ni te lo parecerá a ti cuando hayas tomado un poco de magnesia. ¡Martha!

Martha era la sirvienta que acudía a diario desde la primera casita del sendero.

—Martha, pon una chuleta más para el señor. No estarás enamorado, ¿verdad, querido?

—¡Por Dios, no! ¿De quién podría estar enamorado, madre?

—Tienes toda la razón, querido. No hay nadie por aquí más interesante que una col de Bruselas, y no es que tenga nada en contra de las coles. Martha, ve a mirar si quedan algunas, las pondremos para comer.

Edward contempló el bosque situado al otro lado del sendero y se preguntó por qué era tan triste el verde tierno de los alerces y de las sámaras de olmo, y por qué parecía tan desolado el balido de una oveja que llegaba desde los pastos más altos.

—Espero, Edward —dijo la señora Marston— que no tengamos hoy música seria. Me parece que la música seria interfiere con la digestión. Tu pobre padre y yo fuimos a ver *La Creación* en nuestra luna de miel y no me pareció gran cosa; otra vez fuimos a ver *La Crucifixión*, y, aunque fue muy agradable, luego no pude digerir las

ostras. Y, además, esos músicos tan brillantes se permiten apasionarse tanto que una podría pensar que están ebrios. Los que tocan las flautas y las cornetas tienen que concentrarse en que no les falte el aliento, aunque los violinistas pueden volcar sus sentimientos en el instrumento sin sufrir por ello.

Edward se rio.

—Espero que el músico que viene hoy sea fácil y tranquilo —prosiguió la señora Marston, como si Abel fuera un poni—. Y espero que la cantante no sea una contralto. Lo que hacen las contraltos, a mi parecer —prosiguió plácidamente, agitando con una cucharilla la cerveza negra antes de bebería—, es rugir, y eso lo considero de lo más indecoroso.

Se bebió la cerveza con placer, sosteniendo la cucharilla con un dedo.

Si hubiera podido ver a padre e hija mientras se acercaban entre risas y hubiera imaginado aquel tumulto en la apacible Pequeña Montaña de Dios, su placidez habría sido mucho menor.

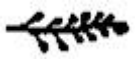
Resultaba relajante sentarse a contemplar su rostro viejo y amable, suave y redondo bajo la cofia de encaje, sumida en una paz más profunda que el letargo. Aquella mujer era uno de los opiáceos de la naturaleza y lo administraba sin proponérselo a todos los que la trataban con asiduidad. El padre de Edward, tras sufrir una sobredosis, no había sobrevivido. La señora Marston siempre decía «mi pobre marido se quedó dormido» como si hubiera echado una cabezada en un sermón. Para la señora Marston, el sueño era un fetiche, una panacea y un arte. El mayor insulto que podía dedicar a alguien era decir que era «un cuerpo inquieto». Aquel día, mientras los preparativos se intensificaban en la cocina, tejía con placidez. Siempre estaba haciendo punto: calcetines para Edward y chales para ella misma. Había hecho tantos chales y era tan friolera que se ponía varios en sucesivas capas: rosa, gris, blanco, verde y uno cruzado de color morado.

Cuando Martha y la amiga que había ido a ayudar empezaron a discutir a gritos, la señora Marston murmuró:

—¡Pobrecillas! ¡Qué alteradas están!

Y cuando después de un estruendo se oyó decir a Martha: «¡Y ahora la jarra de nata! Bueno, ¡qué rompa una, que rompa tres!», se limitó a negar con la cabeza y murmurar que ya no había criadas como las de antes. Cuando el hijo de la amiga de Martha tiró un jarrón, grande como una regadera, regalo al difunto señor Marston de la congregación agradecida, y la mujer le gritó: «¡Te voy a calentar el culo!» y procedió a hacerlo, la señora Marston permaneció impasible como el sol.

Por fin se dispuso la cena: los manteles se escalonaban según las distintas alturas de las mesas; los juegos de té —unos de Coalport y otros con diseños de sauces, algas o plumas— estaban dispuestos como en una tienda de porcelana; el jarrón, ahora algo abollado, presidía. En ocasiones como aquella, los comensales pagaban su cubierto y esperaban comer hasta hartarse. Pero esa vez la señora Marston le había dicho a Martha, sin pensarlo mucho, que podría llevarse lo sobrante como forma de pago adicional, lo que dio lugar más tarde a *acontecimientos tormentosos*.



Mientras Abel corría cuesta abajo —con el arpa trotando sobre sus hombros como un extraño demonio que se aferrara a su cuello y lo poseyera—, desde el rincón de la ladera donde se alzaba la capilla le llegó un estruendo. La banda de música de Black Mountain estaba en el estrado. Las ventanas doradas brillaban acogedoramente en la fresca tarde de primavera, y Hazel corrió hacia ellas como si fueran las anchas puertas de ónice del palacio de las hadas.

Llegaron sin aliento y jadeantes al cementerio, donde las lápidas parecían darse codazos mientras contemplaban sardónicas la cueva de luz azafrán y rosada alegría como si supieran que los que estaban a su abrigo pronto se quedarían sin él, sin refugio en la tormenta de la muerte; que los que llegaban tan alegres de dos en dos y de tres en tres saldrían de uno en uno sin decir palabra. Hazel se asomó

para mirar.

—¡Qué música! —susurró—. Toda la banda está allí, colorada de felicidad, y sudan como si segaran.

Abel miró hacia dentro.

—Mira, Hazel —dijo Abel—, esos están ahí plantados como para tocar toda la noche, no habrá manera de entrar. No hay quien pare a la banda de Black Mountain cuando se pone a tocar, aunque dejen al público sordo e incapacitado para cuidar abejas (porque para cuidar abejas hay que tener oído o estás muerto), pero les da igual. Ahora les piden un bis, vamos, que toquen otra vez. Y cada vez que les piden un bis se les sube a la cabeza y tocan más fuerte.

—Bueno, pero tú tocas mejor —contestó Hazel con intención de consolarlo; porque la voz de Abel había temblado, y Hazel tenía la necesidad de consolar la pena dondequiera que la encontrara, pues la pena implicaba debilidad.

—Sí, ya lo sé —asintió Abel—, pero ¿qué puedo hacer contra diez hombres fuertes?

En la montaña, como en el mundo del arte y de las letras, parecía que el artista debía abrirse paso a codazos y empujones, y que, si no interrumpía de vez en cuando sus palabras melosas para vocear la mercancía, no se le oiría en absoluto.

—¡Qué graciosos están! —comentó Hazel con una risita—. Están todos dormidos y silenciosos, como si fueran abejas y les hubieran echado humo. ¿Ese de ahí es el pastor? El que está junto a la señora que dormita… ¡a ella le han echado más humo que a los demás!

—¿Dónde?

—Allí. Lleva un abrigo negro y tiene la cara amable, un poco triste.

—A lo mejor si lo persigues con un hacha se casa contigo… cuando caiga la luna por la chimenea de la capilla y los conejos persigan al perro pastor.

—No pienso casarme con nadie. Entremos —dijo Hazel.

Se quitó el sombrero y el abrigo para estar más guapa. En la cabeza, descansando con suavidad entre los bucles de pelo rojizo, se

colocó una corona de las violetas que crecían por todas partes en el Callow; llevaba un ramito prendido en el cuello como si fuera un camafeo.

Cuando Hazel entró, la banda vaciló y el cornetista, un joven fogoso a quien nadie podía cansar, dejó de tocar. Edward, volviéndose para averiguar qué había causado ese hecho tan deseable, la vio avanzar por la sala con la radiante fatalidad de un hada en un sueño. Edward se sintió profundamente impresionado, no solo por su aire fresco, sus ojos expresivos y la corona de violetas, sino por la melancolía que expresaban su rostro, su porte y cada uno de sus movimientos. Se sintió como si en una noche de tormenta hubiera entrado un pajarillo brillante por la ventana. Hazel entró en la habitación vacía de su corazón y a partir de aquel momento su único pensamiento fue mantenerla allí.

Cuando Hazel subió a cantar, los ojos de Edward se detuvieron en ella. Era el ser más vital que había visto en su vida. Los rizados mechones de cabello brillante que le rodeaban la frente y las orejas resplandecían de vida; la vida también bailaba en sus ojos; su cuerpo estaba tenso como una flecha esbelta, lista para volar desde el arco de la vida.

Abel se sentó en el centro del estrado y empezó a tocar sin preocuparse por Hazel, que tuvo que empezar cuando pudo.

Tocan para ti las arpas del cielo;
tocan para Cristo, de ojos tan bellos;
tocan para Pablo, tocan para Pedro,
y no para mí, y yo me lo pierdo.

Las arpas del cielo son de un material
que a todos parece de puro cristal.
Belleza divina, tan pura y remota,
y la mía está rota… ¡la mía está rota!

Las arpas del cielo tocan sin cesar;

mientras yo camino sin nunca parar,
en busca de un arpa, hermosa y dorada…
Mi arpa está rota, sin cuerdas y ajada.

Hazel cantaba con pasión y en su voz se percibía el lamento de la pérdida. No tenía ni la menor idea de lo que significaban las palabras (y lo más probable era que no tuvieran ningún sentido), pero la cadencia triste encajaba con su tono emocional, y las ideas de pérdida y exilio expresaban su vaga desconfianza hacia el mundo. Edward la imaginó tal como estaba, con su vestido verde azulado y su corona de violetas, tocando una gran arpa de cristal rodeada de ángeles.

«¡Pobre criatura!», pensó. «¿Es un anhelo místico o un sentimiento de pecado lo que se percibe en su voz?».

No era ninguna de las dos cosas; no era nada que Edward pudiera comprender en aquel momento, aunque más tarde lo entendiera. Era el dolor de los bosques lluviosos; el gemido de las aguas tormentosas; la queja amortiguada de las hojas arrastradas por el viento; el grito —salvaje y universal— de la vida por lo que tiene de perecedero.

Hazel expresaba cosas de las que no sabía nada, como hace un mirlo. Porque, aunque Hazel era joven y fresca, tenía su origen en el corazón antiguo y oscuro de la tierra, lleno de innumerables agonías, y ahora y siempre, habitaba en ese corazón, cantando desde su penumbra como un pájaro canta en un tejo. Su ser estaba más lleno de ecos que los corazones de los que viven más lejos de la tierra; y todos estamos tan llenos de ecos como un bosque rocoso —ecos del pasado, ecos del futuro y ecos de la tierra (estos últimos reverberan a través de nuestros sueños más tenues, como el sonido de un trueno en un huerto en flor)—. Guardamos ecos de grandes voces lejanas, los gritos desconocidos de enormes bestias de las montañas; los hoscos objetivos de las criaturas del limo; la llamada de amor del avetoro. Conocemos, también, ecos de cosas ignotas: el pensamiento que se plasma en el cerebro de la abeja y se convierte

en una caja de cera de dulces; la tiranía de la juventud que se agita en el útero; el loco terror de las pequeñas bestias sacrificadas; el empuje hacia arriba de la hierba doblada, y cómo la hoja siente en todas sus venas la lluvia fría; la ceremonia anual que tiene lugar en los templos esmeralda del capullo y el cáliz… Hemos recorrido esos templos; somos el sacrificio en esos altares. Y el futuro flota en la corriente de nuestra sangre como un cargamento secreto. Como cantos en la noche, oímos los ideales de nuestros descendientes mucho antes de engendrar a nuestro primogénito. Nosotros —y sobre nosotros caen el polen y el polvo, brota el grano y se desprende la baya, el oscuro pasado y el oscuro futuro, llanto y llamada— preguntamos: ¿quién es este Cantor que envía su voz a través de la oscuridad del bosque, nos habita con música atemporal e inmortal, y lanza ecos que resonarán para siempre?

El público, sin embargo, no se daba cuenta de la presencia de esos ecos en Hazel y se habría quedado boquiabierto si alguien hubiera proclamado que Dios moraba en su voz. La miraban con ojos críticos y ciegos ante la verdadera Hazel. La señora Marston pensó que era una pena que pareciera tan salvaje; Martha pensó que era una pena que no llevara una redecilla en el pelo para mantenerlo ordenado; y Abel, que la veía a través de las cuerdas del arpa, con ese pelo rojo como si fuera un animal inteligente enjaulado, no pensaba en ella en absoluto.

Pero Edward compensaba todo ese desinterés, ya que no paró de pensar en Hazel durante todo el rato. Antes de que terminara el concierto había llegado a la convicción de que era la única muchacha con la que querría casarse jamás, si bien su yo sacerdotal añadió una breve salvedad: «Si es una buena chica»; pero al instante su otro yo le gritó que una chica tan guapa por fuerza tenía que ser buena.

Durante las últimas piezas del programa —dos obras corales interpretadas con el estrado tan abarrotado que resultaba maravilloso que los cantantes pudieran expandir el diafragma—, Edward estuvo angustiado por pensar que el cornetista querría

acaparar a Hazel durante la cena. El cornetista se había ido poniendo cada vez más colorado a medida que Hazel cantaba, así que Edward estaba preparado para lo peor. Estaba decidido a luchar y pensaba que, aunque su posición le negaba el privilegio de luchar, al menos podría utilizar la sutileza, ya que eso nunca se le ha negado a ninguna Iglesia.

—Querido hijo —susurró la señora Marston—, ¿tienes algún huésped inoportuno?

Así era cómo la señora se refería educadamente a las pulgas.

—No, madre.

—Bueno, querido, pero algo te ronda; estabas tan inquieto que casi no he podido echar ni una cabezada.

—¿Qué le ha parecido esa chica, madre?

—¿Quién, querido?

—Esa chica tan guapa.

—La primera que cantó tenía una bonita melodía —dijo la señora Marston, que no había oído ninguna otra—. ¡Pero qué modales tan salvajes y qué pelos! Parece un gatito acariciado a contrapelo. Y hay algo un poco peculiar en ella, porque cuando canta sobre el cielo, de alguna manera, parece impropio, y eso —añadió somnolienta— no puede ser así en ningún caso.

Edward comprendió lo que su madre quería decir. Él mismo había sido consciente de que había algo muy excitante en el porte de Hazel Woodus… algo que penetraba en el submundo de su interior y que, como un rayo de luz, ponía en movimiento la vida insospechada que pululaba por ahí.

A medida que avanzaba la cena, Edward fue acaparando la atención de Hazel, y los tranquilos ojos grises de él se encontraron cada vez más a menudo con los inquietos ojos ámbar de ella.

—Si voy un día de estos a visitarla a su casa, ¿cantará para mí? —preguntó Edward.

—No puedo. Estoy comprometida para el descortezado.

—¿Qué es eso?

Hazel lo miró con lástima.

—¿No sabe lo que es?

—Me temo que no.

—Es recoger la corteza de los árboles talados antes de que se los lleven.

—¿Dónde están esos árboles talados?

—En el bosquecillo del cazador.

—Eso está cerca de aquí.

—Ajá.

Edward estaba sumido en sus pensamientos. El cornetista susurró a Hazel:

—¡Estará pensando en el sermón del próximo domingo!

Pero Edward reaccionó de modo desconcertante.

—Ya que le pillará de camino, ¿por qué no viene a tomar el té con mi madre? A lo mejor yo no estoy, pero ¿le importaría?

—Claro que me importa, no quiero hablar con una anciana.

—En ese caso, estaré en casa —replicó Edward divertido y lanzando una mirada de triunfo al cornetista—. ¿Qué día?

—Dentro de dos miércoles.

—Venga el miércoles, entonces.

—¿Qué dirá la señora dormilona?

—Mi madre —contestó Edward con mucha dignidad— aprobará cualquier cosa que yo considere correcta.

Pero su corazón lo ponía en duda. Hasta el momento, su madre solo había «considerado correcto» lo que sus convenciones aprobaban, ya que Edward rara vez había actuado por iniciativa propia. Por ese motivo, su madre decía: «Mi querido Edward siempre tiene razón». Era posible que, cuando abandonara su incuestionable concordancia con ella, dejara de decir eso de que «Mi querido Edward siempre tiene razón». Hasta la fecha, Edward nunca había querido nada en particular y, como era tan difícil discutir con la señora Marston como encender una cerilla de una caja húmeda, nunca había habido ningún roce. A la señora Marston le gustaban las cosas, como ella decía, «bonitas y agradables». Para hacer justicia a la Providencia, siempre había sido así. Incluso cuando murió su

marido, todo fue, en cierto modo, bonito y agradable, pues falleció tras el testimonio de agradecimiento y el jarrón de regalo y no antes, como habría hecho un hombre menos considerado. Murió un domingo, algo «muy adecuado», y al amanecer, que «era algo muy hermoso»; además, para emplear la frase que se utiliza con los criminales y los moribundos, «se fue sin hacer ruido». No es que la señora Marston no lo lamentara; lo sintió tanto como su naturaleza le permitía, pero lo vivió a través de varias capas de convenciones, de la misma manera que un niño gordito siente un azote. Ahora, el descubrimiento de que la vida no era tan agradable como creía sería poco menos que una tragedia.

—De acuerdo, iré, y le estoy muy agradecida —dijo Hazel.

—Me reuniré con usted en el bosquecillo del cazador y la acompañaré a mi casa —decidió Edward.

A esto, también Hazel asintió tan encantada que el cornetista hizo retroceder la silla y se marchó a otra mesa con una risa socarrona. Pero sus comentarios quedaron ahogados por una voz que proclamó:

—¡Todos los años he comido tartaletas en estas cenas! Este año no tengo. He pagado lo mismo que los demás y quiero tartaletas.

—Pues no hay más en la fuente —dijo Martha, sonrojada y decidida.

—Eso no es asunto mío: hay que traer más.

Se unieron otras voces y se oyó a la señora Marston murmurar: «Qué desagradable».

Edward era ajeno a todo eso.

—¿Le gustaría —preguntó con seriedad— que fuera al bosquecillo?

—¡Sí, claro! —dijo Hazel, que ya sentía su aura de protección—. Estaré más segura, como cuando era pequeña y cogía margaritas con el abuelo.

Edward tenía cada vez más clara qué clase de relación deseaba tener con Hazel. Y no era la de un abuelo.

Cualquier respuesta que hubiera podido dar quedó ahogada por

el alboroto que estalló al grito de «¡Las ha escondido! ¡Mirad en la cocina!».

El primo de Martha, policía en sus ratos libres en un pueblo lejano, consideró que si la pillaban cometiendo un fraude él también quedaría en mal lugar, de modo que plantó su nervuda persona en la puerta de la cocina. Cuando se produjo un silencio de sorpresa para bendecir la mesa, sin que por ello se dejara de oír la voz incansable: «No he comido tartaletas, no estoy agradecido por nada», Edward aprovechó el momento.

—Madre —dijo, cuando el último invitado revoltoso hubo desaparecido en la agitada noche de abril, y la viva presencia de Hazel, su fragancia a violetas y su joven risa se habían apoderado de la oscuridad—, he invitado a Hazel Woodus a que venga a tomar el té el miércoles.

—Esa chica no es de tu clase, Edward.

—¿Qué importa la clase social?

—El hermano de Martha te llama «señor», y Martha desprecia a esa chica.

—No la llame «esa chica», madre.

—Querido, tanto si se trata de una amabilidad inadecuada como de un tonto flirteo te perjudicará delante de la congregación.

«Los hombres y las mujeres jóvenes ya no son como antes», murmuró para sí la señora Marston mientras subía las escaleras con el candelabro inclinado, sujeto por su torpe mano.

CAPÍTULO 9



El bosquecillo del cazador ocupaba una colina cónica casi tan alta como la Pequeña Montaña de Dios y se extendía entre esa elevación y Undern. Estaba densamente arbolada; solo la cumbre carecía de árboles y allí la luz se tornaba rojiza. Era un lugar silencioso y desierto, envuelto en antiguas leyendas. Allí el Cazador Negro detenía su corcel y la jauría de la muerte, al llegar a sus inmediaciones, se paraba. Allí, en los crepúsculos de noviembre, cuando los pájaros mudos se acobardaban en los oscuros pinos, desde la cima se oía el claro sonido de un cuerno tocado con maestría y el rumor de ladridos como si aserraran madera, y luego el tumulto espeluznante de la jauría devorando la presa.

Aquel día, cuando Hazel se puso a trabajar, los radiantes bosques estaban llenos de tonos pálidos, colores tan delicados y luminosos que la belleza parecía una presencia fugitiva de algún otro mundo, atrapada y luchando por liberarse. Las pequeñas patenas de las hayas brillaban como cristal verde, y los castaños, pálidos y espigados, parecían candelabros a ambos lados del empinado sendero. En los tranquilos calveros entre alerces, los mosquiteros cantaban suavemente, pero con una vitalidad sin límites. En las laderas soleadas, los jacintos mostraban unos brotes apretados,

envueltos en las hojas de cobertura; no tardarían en extender su color azul como una alfombra de oración. Edward, mientras subía por el sombreado sendero, vio a Hazel, vestida con un viejo delantal multicolor, sus brazos desnudos brillaban como árboles sin hojas, y le pareció que era el espíritu mismo de la belleza. Advirtió que su ocupación no era la adecuada para la futura esposa de un pastor de la iglesia. «Pero creo que nunca lo será», pensó con desesperación.

—¿Ha pensado alguna vez en el matrimonio, Hazel? —dijo más tarde, sentándose en un tronco.

—No lo había pensado hasta que Foxy se comió los pollos.

Edward pareció desconcertado.

—Mi padre, ¡menudo es él!, dice que ahogará a Foxy si mata otro.

—¿Quién es Foxy?

—¡Oh! ¡Pero si no conoce a Foxy! Es mi cachorrita. ¡Es preciosa! Lo más bonito que habrá visto en su vida.

Edward pensó que, sin duda, había visto algo más bonito.

—Pero no se acostumbra a cómo vive la gente —dijo Hazel, y este era un nuevo punto de vista para Edward—. Es una zorra y no puede ser otra cosa. Y prefiero que sea una zorra.

—Las zorras son muy traviesas —comentó Edward con timidez.

—¡Traviesas! —Hazel tronó como una pequeña tormenta—. ¡Traviesas! ¿Y quién las hizo traviesas?, me gustaría saber. No es decisión suya.

—Dios las hizo así —se limitó a contestar Edward.

—¿Y por qué las hizo así, si no le gustó el resultado?

—No podemos conocer todas sus razones; Él camina en la oscuridad.

—Bueno, eso no nos sirve de nada ni a Foxy ni a mí —dijo Hazel con sentido práctico—. Lo único que puedo hacer es casarme y llevarme a Foxy donde no haya pollos.

—Entonces, ¿piensa en el matrimonio?

—¡Ajá! Y le dije a mi padre que me casaría con el primero que apareciera. Lo juré por la Montaña.

—¿Y quién vino? —Edward sintió una especie de desvanecimiento en el corazón.

—Nadie.

—¿Nadie en absoluto?

—En absoluto.

—Y si alguien viniera y se lo pidiera, ¿lo aceptaría?

—Bueno, parece que tendría que hacerlo. Pero no importa. Nunca vendrá nadie. ¿Por qué iba a venir nadie? —Hazel respondió a su pregunta envuelta en la luz del atardecer. Los ojos de Edward eran elocuentes, pero ella estaba demasiado ocupada para fijarse.

—¿Y le gustaría casarse? —preguntó Edward con tono amable.

Edward esperaba una afirmación tímida, pero recibió una rotunda negativa.

—A mi madre no le gustaba. Y me dijo que con el matrimonio se acabarían el ir por el bosque y los días de juego. Y dijo que el matrimonio eran lágrimas y tormento; nada más que lágrimas y tormento era la suerte de los casados. Y me dijo: «Guárdate para ti misma. Tú tampoco has nacido para casarte. Come en compañía, pero duerme sola». Eso fue lo que me dijo, señor Marston.

Edward se sobresaltó tanto ante aquella franqueza sin titubeos que no dijo nada. Pero enterró en silencio las dulces esperanzas que habían ido creciendo como jacintos durante una semana. Estaba poseído por la locura ancestral que, en su caso, era mayor y más espiritual que la de Reddin, ya que el cielo es más grande y etéreo que las nubes que lo oscurecen. Estaba más acostumbrado a pensar en dar que en recibir, así que en ese instante se concentró en lo que podía hacer por Hazel. Sentía que su belleza sería una amplia retribución por cualquier cosa que pudiera hacer como marido para conseguir su felicidad. Si Hazel confiaba en él y corría hacia él en busca de refugio, no podría pedirle más a la vida. Todavía ignoraba la fuerza de las antiguas leyes de la tierra. Desconocía la ferocidad del conflicto en el que se estaba involucrando por Hazel: el conflicto inmemorial entre sexo y altruismo.

Pero si lo hubiera sabido, tampoco habría vacilado.

De repente, Hazel miró a su alrededor con aire asustado.

—Es tarde para estar aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Es peligroso quedarse hasta tarde. Dicen que la jauría aparece en el crepúsculo.

Miraron hacia las oscuras escarpaduras, y el futuro pareció descender sobre ellos.

—Quizás nos pase algo malo en este bosque —susurró Hazel.

—Nada malo puede sucedernos cuando estamos bajo la custodia de Dios.

—Entonces supongo que no hay mucha gente bajo su custodia.

—¿Reza usted, Hazel? —preguntó con cierta tristeza.

—Ajá. Siempre digo:

Guárdame un año, guárdame setenta,
hasta que el oro de mi cabello en plata se convierta;
llévame contigo al cielo,
y permite que muera en mi lecho.

—¿Quién se la enseñó?

—Mi madre.

—Ah, bueno, entonces debe de ser una buena oración si fue ella quien se la enseñó, ¿no? —dijo.

De repente, Hazel se agarró a su brazo con temor.

—¡Escuche! ¡Se oye un galope! ¡Vámonos corriendo, es el Cazador Negro!

Era Reddin que regresaba a su casa bordeando el bosque tras rondar en busca de Hazel. Si hubiera entrado en el bosquecillo, los habría visto, pero siguió recto.

—¡Nos traerá mala suerte! —gritó Hazel, tirando del brazo de Edward—. Mire, tengo escalofríos: es el sonido del galope sobre mi tumba.

Edward decidió que combatiría esas supersticiones y las sustituiría por una religión sana. Aún no se había familiarizado con el

poder cruel y poderoso procedente de la tierra. Tampoco se había dado cuenta de que Hazel estaba atada a la tierra y era prisionera de esta casi en la misma medida que lo son las hayas y los jacintos: siervos unidos a la tierra.

Cuando Edward y Hazel entraron en el salón, como si fueran la luz del sol en un viejo jardín, los recibió un fuerte olor a merino quemado. La señora Marston había estado durante algunas horas lo más cerca del Paraíso a lo que los simples mortales podemos aspirar. Sus botas de tela con los costados elásticos descansaban sobre el guardafuego, y la falda, arremangada con cuidado, mostraba una enagua gris con un toque de franela blanca debajo. Se cubría con el chal rosa, señal de optimismo. En el caso de la señora Marston, el optimismo era el resultado directo del calor. Tenía los anteojos sobre la cabeza y un aspecto de amable travesura. En su cómodo regazo yacían un libro de oraciones y un gran ovillo de lana que imitaba el pelo de un animal. Edward observó con optimismo que el chal rosa lo cubría todo.

—¡Aquí está Hazel que viene a verla, madre!

La señora Marston se enderezó los anteojos, observó a Hazel y le preguntó si no quería peinarse. Terminada esta ceremonia, se sentaron a tomar el té.

—¿Y cuántos hermanos y hermanas tiene usted, querida? —preguntó la anciana.

—Ninguno. Solo tengo a nuestra Foxy.

—Edward tampoco tiene. ¿Quién es Foxy?

—Una cachorrita.

—Habla como si los animales fueran de la familia, querida.

—Los animales son mis hermanos y hermanas.

—Lo sé, querida. Es cierto, en teoría. Pero, en realidad, los animales son solo animales y no hablan. Los animales no tienen alma.

—¡Sí, tienen alma! ¡Si ellos no la tienen, usted tampoco!

Edward se apresuró a intervenir para calmar los ánimos.

—No lo sabemos, ¿verdad, madre? —dijo—. ¿Y si tomamos el té?

La señora Marston miró a Hazel con suspicacia por encima de los anteojos.

—Querida, no tenga usted ideas extrañas —dijo.

—Cuéntenos, Hazel —dijo Edward con una sonrisa—, cuáles eran sus ideas en el bosquecillo.

—En el bosquecillo del cazador pasan cosas muy raras —dijo Hazel—. Algunas veces más que otras y el Día de San Juan más que nunca.

—¿Qué clase de cosas raras? —preguntó Edward para poder observarla mientras respondía.

Hazel cerró los ojos y juntó las manos, hablando en un tono monótono y suave, como si repitiera una lección.

—La Noche de San Juan, en el bosquecillo del cazador las cosas se mueven más que nunca, libres y rápidas; cosas que gritan como si les hicieran daño. —De repente abrió los ojos y continuó con dramatismo—. Primero viene el Cazador Negro, agazapado en su caballo, y el animal se pone panza a tierra. Y John Meares, el de la taberna, vio las narices llenas de espuma roja sobre los frenos una mañana mientras estaba cazando faisanes. Y la jauría de perros está con él, grandes perros de caza, verdaderos de verdad, solo que sin ojos: tienen las cuencas vacías con una luz detrás. Nadie sabe lo que buscan. Si los viera, me moriría —terminó diciendo Hazel a toda prisa, y luego mordió un gran bocado del pastel.

—Los mitos son interesantes —comentó Edward—, en especial los mitos relacionados con la naturaleza.

—¿Qué es un mito, señor Marston?

—Algo que no es verdad, querida —dijo la señora Marston.

—¡Pues entonces eso no es un mito! ¡Ya les he dicho que John vio la sangre!

—Cuéntenos más —instó Edward, que habría escuchado con placer cualquier disparate de sus labios.

—Y nunca nadie les lleva la contraria en los bosques —prosiguió Hazel—, excepto en la víspera de San Juan.

—¡El solsticio de verano! —dijo la señora Marston con un tono

algo melancólico—. Es la única época del año en la que de verdad no tengo frío. Vamos, al menos cuando el tiempo es el que tiene que ser. ¡Pero el tiempo ya no es como antes!

—¡Cuéntenos más cosas, Hazel! —suplicó Edward.

—¿Para qué quiere oír eso, alma mía?

Edward se sonrojó ante la cariñosa frase, y la señora Marston adoptó una expresión tan indignada como le era posible a su fisionomía hasta que se dio cuenta de que era una simple forma de hablar.

—Porque estoy enamorado… de las leyendas.

—Bien, si es así, vaya a ese lugar —Hazel se inclinó hacia delante, seria y misteriosa— después de que la jauría se haya ido y oirá las suaves pisadas, verá las caras y las manos agitándose en el aire. Y la gente acude galopando bajo las hojas, pero no se ven bien, van demasiado deprisa. Otros llegan después, todos alterados. Y el lugar se llena de susurros y gemidos y voces que llaman desde lejos. Mi madre decía que esa noche los árboles quedan libres… o bien la gente de los árboles… se arrastran y luchan por salir de los agujeros como un polluelo de un huevo… corren como los muchachos al salir de la escuela y van tras la jauría como los pájaros detrás del cuco. Y, por último, llega la dama del soto de Undern, sola y algo rezagada, cabalgando en una tropa de sombras diciendo entre sollozos: «¡Perdida… perdida! ¡Oh, mi jardín verde!». Y dicen que los helechos florecen en la víspera de esa noche, ningún pájaro canta y ninguna estrella cae.

—¡Qué sarta de disparates! —murmuró somnolienta la señora Marston.

—¡Ni hablar! —gritó Hazel—. ¡Es la verdad, maldita sea!

La somnolencia de la señora Marston desapareció y Hazel sintió la tensión.

—¡Madre! —intervino Edward con voz temblorosa al intentar contener la risa, aunque estaba indignado con el padre de Hazel por haberla educado tan mal—, ¿querrá darle a Hazel la receta de este exquisito pastel?

—Con muchísimo gusto —dijo la anciana al ver que le ofrecían la posibilidad de hablar de su tema favorito—: Y si quiere la del pastel de semillas, también se la daré. ¿Ha preparado ya mantequilla para guardar?

Hazel nunca preparaba nada para guardar, no hacía conservas ni cocinaba nada. No pretendía hacer nada más que freír panceta y cocer patatas.

—No sé a qué se refiere —contestó algo desconcertada.

Edward se sintió decepcionado, ya que la había tomado por la perfección misma. «Bueno, la cocina es, al fin y al cabo, algo secundario. Tanto da».

—¿Quiere decir que no sabe hacer mantequilla, mi pobre niña? A lo mejor se dedica a cosas más complicadas como la crema de limón y la fruta confitada: seguro que eso sí sabe hacerlo.

Hazel se sintió aturdida y pensó que era preferible dejar las cosas claras.

—No sé hacer nada —declaró con tono desafiante.

—Vea, madre —Edward acudió de nuevo al rescate—, cuánta razón tiene usted al decir que la educación de las niñas ya no es como antes. ¡Qué educación tan descuidada la de Hazel! ¡Piense en lo mucho que podría enseñarle! Si empezara muy pronto…

—Veamos —comenzó la señora Marston como un filósofo exponiendo su teoría—: suele empezarse con una mezcla bien batida de huevos y harina. Repita lo que digo, querida.

—¿Para qué? Se entera tan poco de lo que come como los cerdos. No pienso cocinar para él.

—¿De quién habla, querida? —inquirió la señora Marston.

—De mi padre.

La señora Marston levantó las manos con la labor y miró a Edward con los ojos muy abiertos.

—¡Ha dicho que su padre es un cerdo, querido!

—No lo dice en serio —dijo Edward con lealtad—, ¿verdad, Hazel?

—¡Claro que sí! Y mucho más.

Los anfitriones suspiraron.

—Sí, pero no siempre se dedicará a cuidar la casa de su padre —dijo Edward al cabo de un instante, y se sintió tan confuso que tuvo que ir a buscar la pipa.

Después acompañó a Hazel durante parte del camino a su casa y al volver bajo el cielo en movimiento —que parecía desplazarse todo en bloque, como si fuera una ventana, y mostraba la luna como una esbelta dama a la espera de imprevistos—, se habría echado a llorar al pensar en la brusca dulzura de Hazel. Era de una honestidad tan despiadada hacia sí misma como hacia los demás; sus ojos, su voz, su alma eran una sucesión de extrañas luces y sombras; estaba llena de defectos y rebosante de fascinación.

—Oh, Dios, si pudiera tenerla para guardarla y defenderla, para que brillara en mi casa como una rosa, no pediría nada más —murmuró.

Las copas de los pinos se inclinaron de forma tan señorial como cuando Hazel había gritado: «No seré nunca una mujer». Escuchaban de la misma manera que los adultos atienden al parloteo de un niño. Y las estrellas, como dioses con armadura de plata, sentados a lo lejos en salones de mármol negro, parecían oír y desdeñar la pequeña voz de mosquito, mientras oían el desafiante «¡Jamás de los jamases!» de Vessons, las difusas oraciones de la señora Marston y los cascos del caballo de Reddin. Los deseos de la humanidad —depredadores, fugitivos o meramente negativos— se pierden por esos oscuros salones y ya no se oyen más. Entre los pilares de la noche. ¿Él escucha y recuerda, juzga la insensatez del ser humano no por los efectos, sino por los motivos? Y ese Uno, en su majestad de vida eterna y paz absoluta, ¿ve alguna vez cómo corremos tras las mariposas pintadas de nuestros deseos y caemos por el oscuro precipicio? Y si Él ve y oye la vida vacilante y calamitosa de todas las criaturas, y en especial de las más bellas y las más indefensas, ¿alguna vez suspira y llora, como nosotros cuando vemos a un niño muerto o el ala de una polilla clavada en una espina?

Nuestra pesada carga es que no podemos saberlo. A pesar de todas nuestras lágrimas y oraciones, de nuestro fatigado sueño, no podemos saberlo.

Edward permaneció despierto toda la noche y oyó aventurar su canto al primer mirlo; un canto que provocaba las lágrimas ante la dorada certeza de la alegría en un mundo en el que no hay nada seguro.

La antigua locura irrumpió en Edward con más fuerza a medida que la luz iba creciendo e intentaba leer el Evangelio de san Juan (su favorito), pero las palabras no dejaban huella en su pensamiento. Hazel estaba allí y, como un serbal con bayas escarlata contra el cielo, retenía la mirada por la perfecta belleza del cuadro que componía. La inclinación de la mente y de la educación de Edward eran contrarias a la precipitación de sus deseos y circunstancias. Hazel había dicho: «Con el primero que aparezca», y estaba seguro de que, dado el estado de oscura superstición en el que vivía, se atendría a su promesa. ¿Y si algún otro, algún granjero incapaz de vislumbrar a la verdadera Hazel, hubiera estado pensando en eso mismo y fuera el primero en presentarse ese día? Así sucedían las cosas. Entonces su flor desaparecería, y el otro hombre nunca sabría que era una flor. Edward alcanzó un estado tan febril que no pudo descansar, de modo que se levantó y salió a tomar el aire fresco, vio el sol alzarse a través de las praderas teñidas con el pálido color verde y el tenue amarillo de las prímulas. Vio cómo el hielo resbalaba de los puntiagudos brotes de las lilas y las ovejas pastaban en la hierba escarchada, caminando de un lado a otro sin rumbo, tal como hacen los animales a primeras horas del día, antes de que el ser humano aparezca con sus restricciones. Lo vio, pero no advirtió nada hasta que el tono vivo de una franja de nubes escarlata le recordó a Hazel y encontró una violeta junto a la puerta del cementerio.

—¡La pequeña Hazel! —susurró.

Reflexionó sobre el futuro e intentó imaginar un paseo temprano como aquel con Hazel a su lado, pero fue incapaz de concebir

semejante maravilla. Y, a continuación, se puso a razonar consigo mismo: aquella prisa tan enloquecida tal vez no estuviera bien. Tenía que esperar. ¡Pero ahí estaba la promesa de Hazel! ¡Aquella promesa infantil y alocada!

«Podría cuidar de ella. Aquí podría florecer como una violeta en un jardín tranquilo».

Nunca era demasiado pronto para mostrarse generoso.

«Y no le pediría nada, al menos durante años. Podría vivir su vida mientras quisiera como si fuera la hija de mi madre y mi hermana pequeña. ¡Mi hermana pequeña!», repitió en voz alta, como sí una voz le hubiera llevado la contraria. Y lo cierto era que la mañana entera parecía llevarle la contraria: las aves apareándose; las ovejas amamantando a sus corderos; los insistentes relinchos y bramidos que surgían de los campos y las granjas; las mismas lápidas con las inscripciones que indicaban familias numerosas, y la voz que llamaba al hombre y a la mujer, no con palabras, sino con el ardor de la tierra y el aire: «¡Engendra, da a luz y luego vete, porque ya no haces falta!».

Un fuerte chaparrón de agua fría le salpicó en las mejillas y vio un frágil capullo de rosa, roto y embarrado, golpeando indefenso contra la tierra húmeda. Cogió una estaca y lo ató. «Me parece que me han puesto en este mundo para enderezar rosas rotas, y también a una que todavía no lo está, gracias a Dios. Es un milagro que nunca le haya pasado nada malo porque esa especie de niño grande que es su padre no la cuida en absoluto. Sí, esta es mi misión. No sé predicar». Sonrió con pesar al recordar que la congregación se dormía durante sus mejores sermones. «No sé decir las cosas adecuadas en el momento oportuno. No se me da bien. Pero puedo cuidar de Hazel. Y ese es el trabajo de mi vida», añadió *con* ingenuidad, «tal vez sea mejor que empiece ya y vaya a verla hoy».

¡Ah! Después de tomar aquella decisión que, en realidad, estaba ya tomada de antemano, cómo brillaba la mañana dorada y escarlata en el regreso a casa. ¡De qué manera relucía el tejado de

la casa parroquial como si fuera la Nueva Jerusalén! Y de qué manera las palomas, rotundas habitantes de esa ciudad, arrullaban mientras caminaban con cautela —las baldosas estaban frías para sus rosadas garras en las mañanas heladas— de un lado a otro bajo el sol temprano.

Edward deseaba tanto quedarse con la violeta que había encontrado que decidió que tenía que dársela a su madre. Así que se la puso en el plato y buscó un pasaje adecuado para leer en las oraciones.

El Cantar de los Cantares le pareció que era lo único que estaba en verdadera sintonía con la mañana, pero decidió con bastante tristeza que un fragmento de los Corintios complacería más a su madre. Así que leyó: «Pero el mayor de ellos es el amor», con una voz tan ronca e ingobernable que la señora Marston, que no se percató de los matices dorados que hacían juego con el canto del mirlo, se levantó del reclinatorio donde se arrodillaba para rezar y se fue derecha a la despensa para preparar miel con limón, cosa que Edward detestaba.

—Tienes carraspera, querido; debes tomarte una cucharada rasa —dijo.

Solo en la poesía todo el mundo comprende al enamorado. En la vida real se dice que tiene carraspera y se le da una cucharada rasa de esa pócima nauseabunda llamada sentido común.

CAPÍTULO 10



El jardín del Callow estaba lleno de flores viejas de colores tristes que habían perdido su nombre, excepto el término vulgar. Entre todas ellas destacaba por su rusticidad una pequeña planta llamada orgullo de virgen. Sus pétalos efímeros, pálidos, visitados por las abejas, ondeaban como estandartes de alguna causa perdida y olvidada. El jardín parecía cubierto por una neblina de flores recatadas y levemente perfumadas, y la voz de las abejas se alzaba triunfante en un suave rugido, como los gritos de los soldados victoriosos que regresan con el botín ganado con esfuerzo.

Abel había estado colocando algunas secciones nuevas en las colmenas y, como de costumbre, tras un largo rato escuchando su música grave e inmutable, corrió a buscar el arpa. Se sentó bajo el espino situado junto a la cancela donde, iluminado por la luz de color verde pálido, parecía un patriarca. A medida que el día declinaba, la música crecía; tocaba con una ternura, un furor de deleite poco común en él, salvo en las tardes de primavera. Rozaba la genialidad. Hazel salió, dejando el suelo a medio fregar, y empezó a bailar sobre el campo de patatas.

—¡No espachurres las patatas, Hazel! —dijo Abel.

—¡Ya se enderezarán! —respondió ella, sin dejar de bailar.

Abel no malgastaba las palabras. Siguió tocando con una mano y con la otra le tiró una piedra que le dio en la mejilla.

—¡Eres un bestia! —gritó Hazel.

—¡Sal de las patatas! —ordenó mientras tocaba el arpa.

Hazel se alejó del campo de patatas con una mano en la mejilla y el ceño fruncido, pero sin dejar de bailar. Ninguno de los dos permitía que la rabia, el trabajo o la limpieza se interpusieran en la diversión. Así que Hazel siguió bailando en otro lugar, entre las flores orgullo de virgen.

La música, salvaje, tosca y melancólica, le llegó a Edward flotando en el aire mientras se acercaba. El sol se deslizaba hacia el horizonte y las sombras de las hojas empezaban a temblar en el delantal de Hazel que, con su azul descolorido y sus muchas manchas, se transmutaba en la viva luz y se parecía a las flores llamadas orgullo de virgen.

—*¡El fresno!* —gritó Abel, que siempre anunciaba así las melodías que iba a tocar, tal como hacen los cantantes en público.

La música desolada recibió a Edward en la cancela. Se detuvo, sobresaltado ante la imagen de Hazel bailando en el umbroso jardín con el pelo suelto y un abandono atemperado solo por el cansancio. Se quedó detrás del seto hasta que Abel puso fin a la melodía antes de tiempo con una orden lacónica:

—¡La cena!

Y entró en la casa con el arpa.

Edward abrió la cancela y entró.

—¡Eh, señor! ¡Qué susto me ha dado! —gritó Hazel sin aliento.

—¿Así que esta es su casa?

—Ajá.

Edward la encontró más inquietante aquella tarde que en el concierto; el abismo entre ellos era más evidente; en la ocasión anterior tenía un aspecto más aseado; ahora su indumentaria contrastaba más con el abrigo negro y el aire de bienestar civilizado de Edward.

Hazel se acercó.

—No es tan difícil vivir con él como parece —dijo, moviendo la cabeza para señalar la cabaña—. Aunque está siempre enfadado y tiene un carácter de mil demonios.

—No debería hablar así de su padre, Hazel.

—¿Por qué no? Él es así.

—¿Todos estos manzanos son suyos? —preguntó para cambiar de tema.

—No, son de mi padre. Pero me quedo con las manzanas que tira el viento y con las magulladas, hay muchas —declaró con aire triunfal—. A Foxy le gustan. Una vez él me pilló estropeándolas. Rediós, qué paliza me dio.

Edward se sintió abatido. La personalidad de Hazel no encajaba con la de su madre y le sobresaltaba su manera de expresarse. Era lo bastante exigente como para que le desagradara la suciedad, y la idea de Abel como suegro era poco menos que espantosa. Sin embargo, a pesar de todas estas cosas, había sentido euforia, un arrebato primaveral al ver a Hazel bailando; el mundo adquiría unos colores nuevos tan extraños cuando ella lo miraba que se daba cuenta de que la amaría siempre. Tuvo la sensación de que, a medida que sus emociones se hacían más fuertes —y Se parecían cada vez más a un rebaño de terneros jóvenes en la hierba—, su forma de expresión tenía que ser cada vez más correcta.

—Hazel… —empezó.

—Me gusta como dice mi nombre —interrumpió ella—. ¡Sí, me gusta! Respirando fuerte, como la gente que sube por la escalera del mono.

—¿Qué es eso?

—¿No conoce la escalera del mono? Es ese camino de ahí. Ahora sube alguien a caballo.

Ambos miraron hacia Reddin que subía despacio a lo lejos. No sabían quién era ni qué destino se les acercaba junto con aquella figura que avanzaba, ni por qué Reddin rondaba por aquel y otros caminos todos los días, pero una inexplicable sensación de urgencia se apoderó de Edward. Para su propia sorpresa, de repente dijo:

—He venido a preguntarle si quiere casarse conmigo, Hazel Woodus.

—¿Eh? —dijo ella, aturdida por la sorpresa.

—¿Quiere casarse conmigo, Hazel? Puedo darle un buen hogar e intentaré ser un buen marido, y… y te quiero, Hazel, querida.

Hazel ladeó la cabeza como si fuera un pajarillo cantando. Le gustaba que la llamaran «querida».

—¿Le gusto tanto como a mí me gusta Foxy?

—Mucho más.

—Se ha dado mucha prisa.

—Me temo que sí.

—¿Me comprará un vestido verde con rosas amarillas?

—Si tú quieres… —dijo Edward con tono dubitativo, preguntándose qué diría su madre al respecto.

—¿Y nos sentaremos a comer en una mesa con un mantel como… —Se detuvo. No podía hablarle de Undern—… como hacen los señores? —añadió.

—Sí, querida.

—¿Y le dirás a la anciana dormilona que vive contigo…

«¡Oh, pobre madre!», pensó Edward.

—… que deje de mirarme fijamente por encima de los anteojos como mira una vaca en un trigal por encima de la valla?

—Sí… sí —se apresuró a contestar Edward pensando que ya se ocuparía de su madre cuando tuviera clara la respuesta de Hazel.

—Vale, pues de acuerdo.

Edward le cogió la mano; luego le besó la mejilla con suavidad. Ella aceptó el beso plácidamente. No había nada en ese beso que le recordara al de Reddin.

—Y harás siempre lo que quieras —continuó Edward— y serás mi hermana pequeña —añadió. Luego, para dejar las cosas más claras, prosiguió—: y tendrás una habitación empapelada con ranúnculos y margaritas solo para ti.

—¡Eh! ¡Qué lujo!

—¿Te gustará? —preguntó con voz ansiosa, temiendo el rechazo.

—¡Ajá! Me gustará mucho.

Edward no respondió. Nunca se le había dado bien hablar en favor de sí mismo. Por lo general se quedaba al margen de las cosas y permanecía contento en un rincón mientras hombres de menor valía se le adelantaban.

—Y ahora te daré un regalo —dijo Edward—, ya que todavía no puedo ofrecerte un anillo.

Cogió un ramillete de las flores azules y rosas.

—¿Cómo se llaman? —preguntó él.

—Orgullo de virgen.

Edward le lanzó una mirada y se dio cuenta de que Hazel era tan inocente como su zorrita y tan libre de artificios como el animal. La planta se llamaba así y así se lo decía.

—Una florecita muy bonita y un nombre muy lindo —dijo Edward —. Y, ahora, ¿dónde está tu padre?

—Tragando la cena.

Edward frunció el ceño hasta que vio el lado cómico de la situación y se echó a reír. Cuando aparecieron por la puerta, Abel se levantó.

—Bien, señor —preguntó cabizbajo—, ¿qué quiere? ¿Dinero para las misiones y para comprar ropa a los salvajes que prefieren ir desnudos? ¿O dinero para los pobres clérigos? Yo soy más pobre que el clero…

—Quiero casarme con Hazel.

Abel echó la cabeza hacia atrás y rugió. Luego señaló a Hazel con el pulgar por encima del hombro.

—¿Qué? ¿Con esa? —preguntó en un éxtasis de alegría—. ¡Mírela, hombre! ¡Mire el delantal que lleva! Demonios, seguro que no la quiere como parienta.

—Pues sí —contestó Edward, molesto e incómodo.

—Bueno, solo tiene dieciocho años. —Abel miró a Hazel como habría mirado a una vaquilla para valorarla—. Supongo que es una mujer en edad de merecer. Vale, llévesela. Me da lo mismo. ¿Cuándo la quiere?

—Le preguntaré a ella cuándo querrá casarse conmigo.

Abel volvió a reír.

—¡Dios bendito! —exclamó Abel—. ¿Se lo va a preguntar? Dígale el día y ya está. Dígale lo que tiene que hacer y lo hará si le da alguna paliza de vez en cuando. Así que quiere casarse, ¿de verdad?

Edward estaba enfadado. La actitud y la forma de expresarse de Abel le crispaban los nervios.

—Le dejaré todos los preparativos a ella —contestó con rigidez.

—Pues que el diablo le ayude —dijo Abel— porque yo no podré.

Hazel permanecía de pie con la mirada baja; sumisa pero incómoda. Le habría gustado abalanzarse sobre su padre y gritarle: «¡Cállate la boca!» porque le parecía odiosa aquella manera de dirigirse a Edward. Por algún motivo, se ruborizó y se avergonzó por decirle a Edward que le diera algún bofetón. Lo miró con los ojos bajos y se preguntó si lo haría. No le disgustaba del todo la idea. Tenía la sensación de que lo correcto sería que le dieran órdenes unos labios jóvenes y le propinara algún azote la mano de un hombre joven. Examinó a Edward y concluyó que no lo haría. Si hubiera deducido lo contrario, es muy probable que se hubiera enamorado al instante de él.

Edward se acercó a ella y le cogió la mano.

—¿Cuándo serás mi esposa, Hazel? —preguntó.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—¡Ja, ja! —rio Abel—. Mire lo que dice. No le haga ni caso.

—Preferiría hablar con ella en su ausencia —dijo Edward, capaz por fin de expresar su desagrado.

—¿Eh?

—¡Váyase! —exclamó Edward con tal brusquedad que se sorprendió a sí mismo.

Abel se retiró con la boca abierta y Hazel se echó a reír con ganas.

—Pero ¿por qué no le has pegado? —preguntó Hazel con ansia.

—¡Mi querida niña! ¡Qué cosas dices!

—¿Es raro?

—Sí. Pero centrémonos, ¿cuándo nos casaremos?

—Dentro de muchos años —dijo Hazel, complacida por la consternación de la cara de Edward y disfrutando de su nuevo poder. Más tarde reflexionó sobre las muchas delicias insólitas de aquella nueva vida.

—Bueno, dentro de muchos días —se corrigió Hazel—. ¿Me dará golosinas todos los días?

—¡Golosinas! Mi querida Hazel, debes pensar en cosas mejores que las golosinas.

—Es lo que más me gusta.

—Pero, querida —razonó Edward con suavidad—, ¿no quieres pensar en que me ayudarás e irás conmigo a la capilla?

Hazel reflexionó.

—¿Suelta sermones largos y solemnes? —preguntó.

—No —dijo Edward con cierta brusquedad—. Pero si lo hiciera, deberían gustarte.

Hazel volvió a examinarlo con aire reflexivo. Luego dijo con picardía:

—Le diré lo que haré si suelta sermones largos y solemnes, señor: le sacaré la lengua.

Edward se rio a su pesar y pensó por vigésima vez: «¡Pobre madre!». Pero eso no impidió que estuviera ansioso por tener a Hazel a salvo en la Montaña. Le parecía que todos los hombres del condado tenían que querer casarse con ella.

—¿Qué te parece en mayo, Hazel? ¿A principios de mayo, cuando florecen las lilas?

—Me gustaría mucho.

—Y supongamos que fijamos la boda para el día después de la exposición de flores de primavera en Evenwood y vamos juntos.

—Iré con mi padre a cantar.

—Bueno, cuando hayas cantado, puedes tomar el té conmigo.

—Muchas gracias, señor Marston.

—Tienes que llamarme Edward.

—Edward.

Abel apareció por la casa.

—Puede venir a ver las abejas, si le apetece —dijo con indulgencia.

En sus enfados y en sus alegrías, Abel era como un niño. Era, de hecho, lo que parecía: un niño salvaje prematuramente avejentado. Había envejecido y tenía arrugas en la cara porque disfrutaba mucho de la vida, porque la alegría muerde tan fuerte como la enfermedad o la pena o cualquier otra tensión física. Hazel envejecería pronto, pues vivía en un mundo más intenso que la mayoría de la gente, como si lo viera todo a través de una lupa y un cristal de colores.

Edward fue a ver las abejas como habría ido a ver a los perros: con tristeza. Le disgustaban más las abejas que el propio Abel, que cuando se encontraba de un humor expansivo era todavía menos atractivo que en su estado natural poco sociable. Abel ni se daba cuenta de que en un par de ocasiones estuvo a punto de frustrar un acontecimiento que él creía muy deseable. Un hombre menos firme que Edward, menos altruista, habría huido de Hazel por culpa de la vulgaridad de Abel.

—¿Y qué pasa con la zorra? —preguntó a Edward después de ver las abejas—. ¿Se la lleva o la ahogo?

La rabia flameó en el rostro de Hazel —una rabia tanto más destructiva cuanto que la causaba la compasión—. La tranquilidad con la que su padre daba por sentado que el destino de Foxy (y el suyo propio) dependían de su capricho y del de Edward, y la imagen de Foxy dentro de un saco para ahogarla —Foxy, el objeto de todo su amor— la enfurecieron.

Edward se inquietó al ver la expresión de los ojos de Hazel. Aún no había tenido muchas oportunidades de contemplar las feroces luces rojas que arden en los ojos de un cazador, se reflejan en las de su presa y hacen de la vida una pesadilla escabrosa. La escena le puso los pelos de punta.

—Por supuesto —dijo Edward, pero al pensar en su madre fue consciente de lo temerario de su afirmación—: por supuesto, la zorrita puede venir con nosotros.

—Y seguro que también podrá llevarse a la gata tuerta, al pájaro ciego y al conejo viejo —exclamó Abel—. Bien, señor pastor, puede montar una casa de fieras y ganar dinero.

—Pueden vivir en cualquier rincón —dijo Hazel inquieta—. ¡Y ni se notará que están ahí! Y el pájaro canta muy bien.

Abel soltó una risotada.

—¡Tiene tres plumas y un pico! —dijo—. Y el conejo estaría mucho mejor convertido en un manguito.

Edward se apresuró a poner fin a la discusión.

—Por supuesto, vendrán todos —declaró.

De alguna manera, Hazel hacía de la protección de estas pobres criaturas una cuestión de religión. Edward pensó que algo tenía que ver con la frase: «De cierto os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis»[3]. Nunca había interpretado el texto desde ese punto de vista, aunque dudaba de que su madre lo contemplara del mismo modo.

—Estarán muy agradecidos —dijo Hazel—. Ven a verlos —le pidió, como si le estuviera ofreciendo un tesoro.

Foxy —muy digna y limpia en su cama de paja, hecha una bolita de color blanco y marrón— miró con desconfianza a Edward con sus ojos dorados y le mostró sus colmillos blancos de cachorro.

—Animará a la anciana —comentó Hazel.

—Me temo… —comenzó Edward, pero se interrumpió para añadir —: me enseña los dientes.

—Porque tiene miedo.

—No tiene por qué asustarse. Cuidaré de ella y de ti, y me ocuparé de que no os pase nada malo.

La tarde —crítica, atenta— acogió esa afirmación con un silencio tan profundo que pareció inquisitivo.

De camino a casa se sintió consternado ante lo que se avecinaba ya que, para hacer feliz a Hazel, haría desgraciada a su madre.

«En fin, todo saldrá bien», pensó. «Porque Él es amor y Él me ayudará».

El sonido entrecortado de un caballo al galope surgió detrás de

él. Era Reddin que volvía de dar una vuelta. Se detuvo a su lado.

—¿Hay algún violinista en su parroquia, párroco? —preguntó.

Edward reflexionó.

—Hay un hombre al otro lado de la Montaña.

—¿Tiene una hija bonita?

—No. Solo tiene veinte años.

—¡Maldita sea! —exclamó y desapareció.

En la desordenada habitación del Callow, Hazel dio de comer a sus animales y cenó mientras soñaba que vivirían todos en paz. No habría sentido tanta paz si hubiera visto el encuentro de los dos hombres en el crepúsculo. Ambos la deseaban por igual con una pasión semejante en lo intenso y repentino, pero distinta en el fondo. Hazel no quería a ninguno de los dos. La única pasión que sentía, con intensidad no menor, era por la libertad, por el sendero del bosque, por los lugares verdes donde corrían los pies suaves y se asomaban los ojos ávidos, donde la vida llena de aventura se vivía en la copa de los árboles y en el suelo cubierto de musgo.

Estaba fascinada por Reddin; Edward le inspiraba confianza, pero no amaba a ninguno de los dos. Tal vez en los años venideros habría sitio en su corazón para las pasiones humanas, pero todavía no. Solo había espacio para las pequeñas criaturas de las que era amiga y para su propio yo en rápido crecimiento. Porque, como su madre, poseía un egoísmo más desinteresado que el altruismo de la mayoría de la gente: el egoísmo divino del genio.

CAPÍTULO 11



Cuando Edward llegó a casa, su madre estaba dormida en el sillón. Toda su persona subía y bajaba como un mar tropical. Sus ojos cerrados eran como los de una estatua, tras cuyos párpados se sabe que no hay pupilas. Tenía las cejas algo arqueadas, como si protestara por tener que respirar. Su estampa expresaba esa dignidad de la vejez que quizás pueda achacarse al reumatismo.

Al mirarla, Edward se sintió como quien ha estado leyendo un cuento de hadas y de golpe lo interrumpen para asistir a una comida familiar. Todas las cosas que había pensado decir, que había encontrado tan elocuentes, ahora le parecían una bobada. Se apresuró a despertarla por si su valor flaqueaba ante el obstáculo más adamantino: un ambiente poco propicio.

—Tengo que darle una noticia, madre.

—Espero que no sea desagradable, querido.

—No, es agradable, me hace muy feliz.

—Los buenos siempre son felices —contestó la señora Marston con aplomo.

Ante la anodina pasividad de este comentario, le pareció que hasta la ironía debía atenuarse.

—Estoy comprometido, madre.

—¿Para qué, querido?

—Voy a traer a casa una esposa.

La anciana era un poco sorda y estaba somnolienta.

—¿Qué clase de sopa? —preguntó.

—Voy a casarme con Hazel Woodus.

—No puedes hacer eso, querido —contestó con calma imperturbable, como si Edward tuviera tres años.

—Claro que puedo y, además, voy a hacerlo, madre.

—Ah, bueno, pero eso será dentro de mucho mucho tiempo —dijo, pensando en voz alta como hacía a menudo, y añadió con la insensibilidad que a veces acompaña a la edad y no es producto de la dureza del corazón, sino de la atrofia de las emociones— y, por supuesto, a lo mejor se muere antes.

—¡Morirse! —exclamó Edward alzando tanto la voz que se sorprendió a sí mismo y sobresaltó a su madre.

—Los jóvenes también se mueren —prosiguió la señora Marston —: todos tenemos que irnos, tu pobre padre se quedó dormido. Yo también me quedaré dormida.

Y dicho y hecho. Pero las palabras de Edward la despertaron por completo otra vez.

—Me voy a casar en mayo, el mes que viene.

La señora Marston se opuso a ese propósito con todo el peso de su resistencia pasiva.

—¡Qué prisa tan indecorosa! —murmuró—. ¡Qué desmedida, qué matrimonio tan apresurado!

Pero Edward tenía motivos para resistirse a las presiones.

—¿Qué pensará la congregación?

—¡Qué más me da la congregación!

—Es la segunda vez que dices eso, Edward. Me temo que estás yendo de mal en peor.

—No. Lo único que pasa es que me voy a casar.

—Pero lo mínimo es tener un año de compromiso; es lo mínimo que podría tolerar —insistió ella—. Y un año pasa rápido. Comes, duermes y el tiempo vuela.

—Oh, ¿no lo entiende, madre? —Edward intentó ponerle un ejemplo—: supongamos que ve un hermoso chal en un seto bajo la lluvia, ¿no querría cogerlo y quedarse con él?

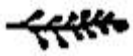
—Desde luego que no. Sería muy improcedente. Además, tengo siete chales.

—Bueno, de todos modos, no puedo posponerlo. Incluso en este mismo momento puede haberle ocurrido algo a Hazel —dijo Edward con el temor que sienten los enamorados ante las penas de la vida.

—Pero habrá que comprar cosas —replicó la señora Marston—. Y que hacer cosas.

—Hay tiempo de sobra, varias semanas todavía. ¿No le gustaría ocuparse de la ropa de Hazel? —sugirió—. Es demasiado pobre para comprarla ella misma. ¿Podría darme algo de dinero, madre?

—Creo que sí —dijo ella, empezando a recuperar su benignidad —. Creo que podría darte cierta cantidad.



Aquella noche, según sus propias palabras, la señora Marston no pegó ojo. Es decir, se mantuvo despierta durante media hora después de meterse en la cama. La idea de una boda, si bien en cierto modo era molesta por el mero hecho de alterar su rutina diaria, le resultaba bastante agradable. Sería una oportunidad para utilizar la multitud de cosas guardadas en los armarios que nunca se usaban porque se consideraban demasiado buenas para todos los días. La señora Marston era una de esas personas que, a pesar de tener grandes posesiones, no disfrutaba de ellas a diario. Es extraño que las sucesivas generaciones dediquen sus efímeros años a este culto fetichista, sin atreverse nunca a embellecer la vida cotidiana con el uso de las cosas bellas y ocupándose tan solo de conservarlas.

La porcelana de la señora Marston brillaba tanto, estaba tan impecable y bien conservada que parecía como si hubieran sacrificado a cambio la vida de todas las jóvenes de la familia.

Todas habían bebido hacía mucho tiempo de la copa de la muerte y su belleza había desaparecido tiempo atrás, pero la hermosura de la porcelana antigua se conservaba. Las dos docenas de tazas y platillos, la jarra de crema de leche, el azucarero y las grandes bandejas decoradas con plumas estaban tan impecables como el día en que se compraron. El rico color dorado que cubría por completo la parte externa de las piezas apenas estaba desgastado, como tampoco lo estaban las brillantes plumas de ave o las flores rosa en relieve. Sería muy agradable volver a utilizarlas, pensó la señora Marston con nostalgia. Además, tenía toda la fruta envasada, la crema de limón y la jalea; una boda sería una ocasión muy agradable y propicia para hacer uno de sus famosos pasteles de capas y para ponerse el vestido de seda púrpura. Mezclada con estas ideas estaba la convicción de que, dado que esa era la voluntad de Edward, se irritaría si tuviera que retrasar la boda. «No lo he visto nunca actuar de modo tan imprudente», reflexionó; «de todos modos, se calmará cuando se case. Y ella también se tranquilizará un poco cuando lleguen los niños. Y será agradable: una abuela tiene todos los placeres de una madre y ninguna de sus penalidades. Y seguro que ella no pretenderá dirigir nada, como ha dicho Edward. No *me gustaría tener una* nuera mandona. Edward ha hecho una buena elección porque, aunque sea una chica ruidosa, se calmará un poco con la llegada de los bebés, y espero que haya muchos».

Era muy propio de la clase y el credo de la señora Marston (sumado al hecho de que era la madre de Edward) que no tuviera en cuenta a Hazel en absoluto. El punto de vista, la personalidad, las esperanzas y los temores de Hazel no existían para ella. Hazel quedaría absorbida por la familia Marston como un mueble nuevo. Se encargarían de su manutención sin que se le consultara nada nunca; se velaría por que cumpliera con su deber, también sin consultarla. Se convertiría, como todas las demás mujeres de aquella familia y todas las demás familias del mundo, en la criada que cuidaba de la porcelana, los objetos plateados y el mobiliario, y ella sería el medio por el que los hijos de Edward vendrían al mundo.

Además, siempre que pudiera, le iría a buscar algún chal y en toda ocasión diría: «Sí, querido» o «Como quieras, Edward». Dadas las circunstancias, qué más daban la personalidad o la opinión propia. No tenían la menor importancia. Si traía al mundo todos los nietos sanos y salvos, bien enteros con sus piernas, brazos y narices, sería una adquisición satisfactoria. Pero a la señora Marston se le olvidó, en esa recapitulación, averiguar si a Hazel le gustaba más Edward que la libertad.

La señora Marston bajó a desayunar con aire de resignación.

—He decidido afrontar el asunto por el lado bueno, mi querido Edward —dijo la señora Marston—. Por supuesto, tenía esperanzas de que no te casaras, pero eso no importa. Te daré dinero y seré tan buena abuela como sepa. Y ahora, querido, ¿cómo puedes llevarme a la ciudad? —dijo, haciendo recaer en Edward la responsabilidad de sus movimientos.

Aquí se presentaba un problema. La pequeña estación de ferrocarril estaba a varios kilómetros de distancia, no podía ir andando y ningún granjero de la vecindad tenía un caballo lo bastante tranquilo como para ser de su gusto.

—En mis tiempos, querido, los caballos eran tan tranquilos, estaban tan bien educados y domados y, sobre todo, estaban tan gordos que era imposible, descartando la voluntad divina, tener un accidente. Mi querido padre, cuando iba a buscar el té verde de Jeremy, un té buenísimo de estupendo aroma, con el dibujo de un hombre negro en la lata… ¿Por dónde iba? Ah, sí, mi querido padre se tomaba todo un día para un viaje de quince kilómetros entre ida y vuelta. Era muy agradable, pero los caballos ya no son…

Edward la interrumpió con una sugerencia.

—¿Y por qué no va usted en el tractor con remolque? Una vez viajó en él y le gustó.

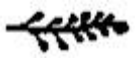
El tractor con remolque, que era propiedad de una cantera de piedra, pasaba dos o tres veces por semana y, dado lo montañoso de la región, nunca estaba tan lleno que no cupiera un pasajero.

Así pues, se arregló que Edward fuera a ver al conductor, hablara

luego con Hazel y lo organizara para que esta también viajara a la ciudad. Él tendría que quedarse en casa. La señora Marston no quería dejar la casa «sin respiración», tal como ella decía, aunque no era capaz de explicar el motivo y tenía a gala no ser supersticiosa. No se fiaba de Martha lo suficiente como para dejarla sola; así que Edward se vio obligado a hacerse cargo de «respirar», como si se tratara de un fuelle que tenía que ahuyentar el mal a soplidos.

Acordaron que irían el día antes de la exposición de flores y Hazel se quedaría a pasar la noche con ellos. Sería la antevíspera de la boda.

Mientras tanto, Hazel seguía descortezando árboles y el destino se empeñaba en llevar al caballo de Reddin en todas las direcciones menos en la correcta. Edward iba al bosquecillo del cazador todos los días. Empezó a vislumbrar un nuevo mundo entre los jacintos que brotaban por todos lados sobre el suelo blando y frondoso con el empuje ansioso de la vida, y el aire lleno de esos aromas esquivos y estimulantes que solo la primavera conoce.



Cuando llegó el día de ir a Silverton y Hazel apareció fresca y sonrosada tras el paseo temprano, a Edward le entraron ganas de desobedecer a su madre. Sin embargo, alguien tenía que respirar en la casa y solo su madre podía elegir la ropa.

La señora Marston tardó varias horas en prepararse y tuvo a Edward y a Martha de un lado a otro. No es que fuera necesario buscar o remendar la ropa de la señora Marston ni mucho menos, pero había muchos armarios cerrados con llaves escondidas en cajones cuyas llaves, a su vez, estaban en otros armarios. Cuando se resolvió la inextricable maraña, que ningún ladrón habría podido solventar, la señora Marston quiso algo del primer armario y tuvieron que volver a empezar. Pero por fin estuvo lista. Edward y Martha dieron un paso atrás y la observaron con orgullo; miraron a su vez a

Hazel para ver si demostraba admiración, pero era demasiado joven y estaba demasiado feliz para comprender el talante o el humor de las señoras mayores.

Bajó bailando por el empinado sendero con un brazo lleno de chales y haciendo muecas ante la idea de ponerse alguno.

El camino descendía en zigzag por un lado del acantilado de la cantera, donde Abel le había contado a Hazel que se había caído una vaca y ella se había asustado. También en aquella ocasión, mientras bajaba con paso cada vez más lento, se apoderó de ella el horror.

—¡Tengo miedo! —gritó—. ¿No podemos darnos prisa?

Pero la rapidez no era algo propio de la señora Marston. Apareció aferrada al brazo de Edward, avanzando con mucha cautela, como un gato sobre el hielo.

Martha, con sus fornidos y desnudos brazos rubicundos, el vestido de guinga azul y el delantal blanco agitándose con el viento, sostenía la capa de la señora Marston a su espalda, tal como se tira de las riendas en una cuesta abajo, para mantenerla en pie. Edward llevaba una silla de la cocina para que su madre se sentara durante el viaje en el remolque.

Hazel sintió que ninguno de ellos le resultaba de ayuda; ninguno de ellos sabía lo que era tener miedo. Así que se alejó corriendo y abandonó el lugar secreto, cálido y omnisciente, con sus feroces tonos blancos y sus sombras.

Llegó a un pequeño campo que ascendía hasta el bosque y allí, entre los ranúnculos brillantes que parecían barnizados, las abejas zumbaban como las mareas en el mundo de las hadas. Hazel olvidó el miedo, el inexplicable temor enfermizo que le inspiraba la cantera. Persiguió a un abejorro gordo por todo el suelo dorado, cubierto de corolas ansiosas, tiernas y brillantes. Podrían haber sido, en aquella pequeña meseta y en la llanura rodeada de zafiros, los dos seres más jóvenes del Paraíso, rodeados para siempre de un invierno sombrío sin miel, de sombríos corazones sin miel.

El lento cortejo bajó por el sendero; Martha se veía obligada, a medida que este se hacía más pronunciado, a echarse hacia atrás

como si jugara al tira y afloja, ya que la señora Marston iba cogiendo impulso y soltando gritos de impotencia.

—¡Me voy, Martha! ¡Estoy perdiendo el control! ¡No me sujetes por los adornos de la capa, Martha! ¡Cuidado con la trenza!

Cuando llegaron a la carretera, el tractor con remolque no estaba a la vista, así que se sentaron en la ladera y esperaron. La señora Marston, acomodada en la silla, tenía un aire regio; Hazel acercó un ranúnculo a la barbilla de Edward para ver si le gustaba el aroma de la flor.

—Muy cálido y agradable —murmuró la señora Marston, y dio una cabezada.

Edward escuchaba a los zorzales; lanzaban sus voces —como los malabaristas lanzan bolas doradas— contra los lados descarnados de la cantera. Ascendía un torrente de notas brillantes, rebotaba en la sombría pared y regresaba de nuevo, derrotado.

A Edward, mientras observaba a Hazel, los zorzales le parecían personas que daban *gracias a Dios por las* bendiciones recibidas; luego el Señor atendía sus palabras y los bendecía de nuevo. A Hazel le parecían otras tantas Hazel cantando porque era un día de fiesta. Para la señora Marston eran «pájaros ruidosos y muy molestos». Martha hacía ganchillo. Estaba haciendo ribetes, cientos de metros, para su ajuar. Era este un acto de fe tanto más meritorio cuanto que hasta entonces ningún joven había parecido en absoluto deseoso de casarse con Martha.

Por fin apareció el tractor e izaron a la señora Marston al remolque; este tenía los laterales pintados de color escarlata e iba medio lleno de piedras que habían amontonado en la parte delantera para hacer sitio a la señora Marston y a Hazel. Bajaron un lateral del remolque y, con la ayuda de uno de los hombres, Edward y Martha consiguieron sentarla con seguridad. Sin duda, era una anciana espléndida. Su sombrero, una cosa con forma de cuchara, estaba profusamente adornado con uvas de cristal negro que entrechocaban con suavidad cuando ella se movía. Llevaba también un velo con lunares de chenilla blanca. El sombrero estaba atado

bajo la barbilla con cintas negras y su amable rostro anciano, muy sonrosado, regordete y encantador, contemplaba el mundo con aire pacífico. Lucía su mejor capa, bordada con abundantes piezas de azabache, y la falda de alpaca quedaba recogida con un broche en forma de mariposa. Colgado de un brazo llevaba un paraguas y sujetaba el bolsito de red con ambas manos para mayor seguridad. Así, con todos sus pertrechos, permaneció sentada, agradablemente consciente de que era a la vez una mujer digna y aventurera.

Se pusieron en marcha en un torbellino de despedidas y gritos de alegría de Hazel, después de que la señora Marston recomendara al conductor que pusiera el freno y no lo quitara en todo el viaje. Hazel se encaramó a su lado, cerca de ella. El conjunto tomó una curva con gran dignidad y la señora Marston —con una expresión de orgullo, miedo y resignación— se meció majestuosa como un mascarón de proa.

—Por favor, señora Marston, ¿podré comprarme un vestido de seda verde con rosas amarillas?

—Desde luego que no, querida. Sería de lo más inadecuado. Me parece muy poco discreto.

—¿Qué quiere decir discreto?

—La discreción es el secreto de los buenos modales. Cuanto más discreta, más cerca estarás de que te consideren toda una señora. Todas las personas buenas de verdad son discretas en sus modales, forma de vestir y de expresarse. De la misma manera que los caballos deben ser también de movimientos tranquilos, pero pocos lo son.

—¿Ha tenido usted que ser muy discreta para ser una señora?

—Sí.

—¿Y por qué lo ha hecho?

—Porque es lo correcto, querida. Mi pobre marido era tan discreto que nunca sabías si estaba allí o no. Y Edward también, tan discreto como…

—¡Oh! ¡No, no! —se lamentó Hazel.

—¿Te ha picado algo, querida?

—No. ¡No me diga que Edward es discreto!

La señora Marston la miró por encima de los anteojos con cordialidad.

—Querida, ¿por qué no? —preguntó.

—No me gusta.

—¿Podrías explicarte un poco, querida?

—No me gustan los hombres discretos… ni los caballos tranquilos. Mi madre se quedó muy tranquila cuando se murió. Todo el mundo se queda tranquilo cuando se muere.

—Muy muy tranquilos —dijo la señora Marston con tono cantarín —: sí, todos nos quedamos dormidos cuando nos llega el momento.

—¡Me gustan las cosas que van deprisa —continuó Hazel con su voz más bien ronca, áspera por la juventud, como la de un joven mirlo—, y los hombres que hablan fuerte y miran con intensidad y cabalgan como el diablo!

Se interrumpió, sonrojada por la expresión de la señora Marston y por la repentina conciencia de que acababa de describir a Reddin.

—No tiene la menor importancia lo que te guste, querida — declaró la señora Marston en un tono que, en ella, resultaba severo —. Pero supongo que te gusta Edward, ya que él te ha elegido y te has comprometido —añadió en tono más suave.

Hazel sacudió los hombros como si quisiera librarse de un yugo. Ambas se sumieron en el silencio, y, mientras la señora Marston dormitaba, Hazel pudo cumplir el deseo que había tenido en cuanto había visto a la señora Marston: aplastar una de las uvas redondas y frágiles.

Su rápida manita, reluciente al sol, se cernió un instante sobre el sombrero negro como una libélula, cayó en picado y listo: la aburrida respetabilidad de la señora Marston quedó al instante destrozada y ridiculizada.

CAPÍTULO 12



Avanzaron con gallardía, si bien bastante despacio, por caminos estrechos, iluminados a ambos lados por la bella frescura de las hojas nuevas de los espinos. Las prímulas, húmedas y altas, de tallos rosados y hojas enormes, las miraban como si fueran *madonnas* desde sus hornacinas de hierba y maleza.

Los carros con los que se encontraban tenían que retroceder hasta dar con algún acceso lateral para dejarlos pasar, y cuando ya se encontraban en el camino principal, los caballos se encabritaban y tenían que cederles el paso. A Hazel todo le parecía divertidísimo. Cuando el conductor se detenía frente a las pequeñas posadas del camino, le gustaba atisbar la penumbra donde brillaban las ollas de peltre y las hileras de jarras de porcelana y donde, sobre los suelos de baldosas rojas recién limpiadas, los taberneros avanzaban con jarras llenas de espuma.

La señora Marston desaprobaba por completo esas paradas, pero le pareció mal discutirlas, ya que le estaban haciendo un favor.

En Silverton, la señora Marston se entretuvo un buen rato delante de las tiendas que mostraban imágenes sagradas. Las que miró durante más tiempo eran las de ese tipo peculiarmente sórdido y emasculado que parece producir la religión moderna. Hazel,

inquieta por ir a comprar su ropa, las miraba y se preguntaba qué tenían que ver con ella. Contempló una estampa con una mujer desaliñada sentada en un jardín de lirios —sin duda, alguien la había obligado—, que hablaba con un hombre de aspecto anémico con el pelo sin cortar y la cabeza fosforescente. Hazel no conocía el fósforo ni sabía lo que era un halo, pero recordó que una vez fue a la cocina de noche y gritó al ver sobre la mesa la cabeza de una oveja que brillaba con una extraña luz verdosa. Esa imagen se lo recordó y se apresuró a mirar las otras. Le gustaba más otra con ovejas, aunque el pintor las había dibujado de tal manera que parecían almohadas y había puesto al pastor unos ojos como platos. Luego vio una imagen de la crucifixión, un tema sobre el que el artista había desplegado todos los adormecidos instintos de tortura que tanta gente alberga.

—¡Oh! ¡Qué horror! No me gusta esta tienda —exclamó Hazel con lágrimas en los ojos—. ¿Qué le están haciendo? ¡Qué bárbaros!

Tal vez había visto, a su manera atenuada e infantil, la sempiterna tiranía de lo material sobre lo abstracto; de la arrogancia sobre los nervios sensibles; de la fuerza sobre la belleza; de los estados sobre los individuos; de las iglesias sobre las almas; de los nobles cazadores de zorros sobre las criaturas a las que honran con su atención.

—¿Qué ocurre, querida? —La señora Marston miró por encima de los anteojos y sus ojos le parecieron medias lunas que se asomaran sobre lunas llenas.

—¡Esa estampa! Le están haciendo daño con saña. Y él está atado.

—¡Oh! —exclamó la señora Marston asombrada—. No tienes que enfadarte. ¿No sabías que Jesucristo murió por nosotros?

—¡Por mí no! —se apresuró a responder Hazel.

—¡Qué dices, hija mía!

—¿Por qué iba a morir por mí? Nadie morirá nunca por mí ni mucho menos lo torturarán.

—Es necesario que un hombre muera por el pueblo —citó la señora Marston—. Solo con la sangre se puede lavar el pecado.

—La sangre hace que las cosas se pongan rojas, no blancas; y si alguien tiene que morir, ya moriré yo por mí misma.

Las viejas casas con tejados a dos aguas, de roble tallado oscuro y solemne, los elegantes escaparates de cristal de las tiendas modernas, las torres cuadradas de la iglesia y las agujas puntiagudas: todo pareció escuchar con sorpresa a aquel ser que no quería que otro sufriera por él. Pues la civilización tal como es ahora se basa justo en eso: en el sufrimiento vicario. De la doctrina central de su credo al sistema de su comercio; de la mesa de vivisección al genio tísico que muere para que multitudes de gordos puedan salvar el alma sin esfuerzo: todo se basa en el sacrificio ajeno.

—¿Qué le parecería que Edward muriera por usted? —preguntó Hazel con crudeza.

—¡Querida! ¡Qué indecoroso! ¡Decir esas cosas en la calle!

—¿Y qué haría si Foxy muriera por mí?

—Bueno, bueno: Foxy es solo un animal.

—¡Pero usted y yo también somos animales! —gritó Hazel tan alto que la pobre señora Marston se sonrojó.

—¡Qué indecente! —murmuró—. Querida —dijo después de coger a Hazel y alejarla de la tienda—: me parece que necesitas una buena taza de té.

Y más tarde, tras añadir mucha crema de leche a la taza de Hazel, como si pusiera aceite lubricante en una vieja máquina de coser, añadió:

—Espero que con el tiempo te hagas más cristiana.

—Si Foxy muriera por mí —insistió Hazel con obstinación; aunque estaba agradecida por la festiva merienda, no podía dejar pasar una regla básica de su vida—: si Foxy muriera por mí, yo también me moriría. Sería inevitable.

—Las cosas son ahora muy diferentes —dijo la señora Marston, nerviosa, sonrojada y sintiéndose desamparada—. Ya no son como antes.

—¿Y eso por qué, señora Marston?

Pero la señora Marston era incapaz del todo de responder a esa

pregunta. Si hubiera sabido la respuesta —que el cambio estaba en ella misma y que el mundo no era diferente, sino que seguía la guerra entre el amor y la respetabilidad, la belleza y las masas—, no le habría gustado y por ese motivo tampoco se la habría creído.

Eran las siete cuando las dejaron, cansadas y llenas de paquetes, en la cantera que quedaba a media ladera de la Pequeña Montaña de Dios. Edward llevaba allí más de una hora, atormentado por el temor a que a Hazel le hubiera pasado algo y enfadado consigo mismo por haberla dejado marchar. Había estado inquieto toda la tarde, molestando a Martha con sugerencias sobre el té y terminó por ir a la tienda, situada a varios kilómetros de distancia, a comprar un poco del pastel favorito de Hazel, sin acordarse de que su misión era estar en la casa respirando. Lo que tuvo como resultado una hermosa merienda, tal como pensó Hazel cuando llevaron a casa a la señora Marston con tirones y empujones.

Con la alegría de pasar la noche allí y la felicidad de la ropa nueva, Hazel estaba tan radiante y hablaba tan rápido que Edward no podía hacer otra cosa que observarla.

En su corta vida, Hazel no había tenido muchos momentos de bienestar y felicidad. Era también el momento más feliz de la vida de Edward, ya que, para él, Hazel era como las flores bajo un cielo cálido y como los pájaros en un árbol lleno de frutos. Mientras la miraba abrir paquete tras paquete con franca inocencia y dando gritos de alegría, como un pajarillo, conoció la dulzura intolerable de dar felicidad al ser amado, una felicidad tan intensa como intolerable es el sufrimiento de ver el dolor incurable y la impotencia en el rostro de un ser querido.

—¿Y esto qué es? —preguntó Edward, como una madre que ayuda a su hijo en un juego. Señaló un paquete que contenía camisolas y camisones.

—Eso… —dijo la señora Marston, mirando con el ceño fruncido a Hazel en señal de advertencia porque ya estaba rasgando el paquete para abrirlo— son otras prendas útiles.

—¿Por qué no puedo enseñárselas a Edward? Quiero enseñárselo

todo, el dinero es suyo.

Era todo un tributo al autocontrol de Edward que Hazel no mostrara ante él ninguna timidez.

—¡Querida! ¡Edward es un hombre! —susurró la señora Marston.

De repente, por alguna extraña nigromancia, a Hazel se le apareció una imagen de Reddin —tal como lo había visto justo antes de huir con Vessons— sonrojado, con una mirada fría y una expresión que había despertado en ella recelo e incluso terror. Y al recordarlo, se ruborizó tanto que la señora Marston se alegró del hecho de que su futura nuera no careciera del todo de pudor y recato.

Si hubiera sabido la causa del rubor y quién había despertado el amor por la ropa bonita que ahora Edward satisfacía, la señora Marston habría albergado pensamientos muy diferentes y se habría sentido muy mal. Su amor por Edward era lo bastante profundo como para desear que tuviera lo que él quería y no lo que ella pensaba que él debía querer, siempre y cuando no chocara con su religión. Y si Edward lo hubiera sabido, en un momento en que empezaba a florecer su amor por Hazel, el cielo y la tierra se le habrían caído encima. Incluso Hazel, encerrada en una concha de egoísmo infantil, se daba cuenta de que aquello no estaba bien.

«Pero todo irá bien», pensó Hazel mientras se acurrucaba en el lujo de una cama extrañamente limpia y cómoda, «todo irá bien. El que está allí arriba se ocupará de que el señor Reddin no aparezca por aquí, porque la anciana ha dicho que él cuida desde el cielo de la gente buena, y Edward es bueno. Pero me gustaría que alguien cuidara de los malos» pensó, mirando hacia el norte, por donde quedaba Undern.



—¡Querido, espera un momento! —dijo la señora Marston a Edward mientras este encendía una vela—. Me temo que debes estar preparado para lo que voy a decirte.

—¿Y bien, madre? —Edward sonrió.

—¡Hazel no es cristiana! —dijo en un susurro sepulcral. Lo miró después, como diciendo: «¡Menuda sorpresa te he dado!».

—¿Y usted cómo lo sabe, madre?

Edward se inquietó al darse cuenta de que, en el fondo de su corazón, ese hecho no suponía ninguna diferencia en el amor que sentía por Hazel.

—No. No es cristiana, querido —repitió la señora Marston con la respiración entrecortada—: no quiere que nadie muera por ella.

Arriba, Hazel rezaba sus oraciones ante la ventana.

—Si hay alguien allí arriba —murmuró Hazel mirando hacia la oscuridad que había absorbido todos los colores, todas las formas, excepto la silueta amenazadora de la Pequeña Montaña de Dios que destacaba bajo la pálida luna ascendente—: si hay alguien allí arriba, le agradecería que echara un vistazo a mi Foxy, que está sola. A mí no me pasará nada bajo el techo de Edward.

Hazel nunca se había sentido así, como una niña en el regazo de su madre, ni siquiera con la suya propia. Su madre había sido una mujer ausente y abstraída, con un aire de perplejidad y extravío. Se quedaba quieta mirando por la puerta —que estaba siempre abierta, excepto cuando Abel insistía en cerrarla— y no tenía tiempo para Hazel. Solo de vez en cuando la cogía por los hombros, la miraba y le contaba extraños cuentos de hadas. Pero en aquel momento, mientras contemplaba la habitación de techo bajo con un sillón convertible en cama y un tocador con faldones de percal rosa satinado, Hazel se sentía cuidada. Sobre la chimenea, un texto decía:

> Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá[4].

Mientras se cepillaba los largos rizos brillantes ante el espejo colgado en la pared, la frase le pareció especialmente tranquilizadora. En el alféizar de la ventana había un cuenco con prímulas dobles —rojas, malvas y blancas— y una tarjeta que decía:

«Con todo mi amor, Edward».

Las flores en un dormitorio eran algo muy nuevo. Para ella, como para tantos otros pobres, el dormitorio era un lugar sofocante donde meterse por la noche y salir lo antes posible por la mañana.

«¡Vaya! ¡Será impresionante vivir aquí!», pensó somnolienta mientras yacía acostada en las frescas sábanas limpias y oía el gran reloj de pared del descansillo haciendo tictac con un ritmo pausado que acrecentaba la paz. Oyó pasar a la señora Marston deslizándose en sus suaves zapatillas con su característico caminar, como si patinara. Después pasó Edward (sin duda, descalzo, pues solo oyó los crujidos de los pasos). A Hazel ni se le ocurrió que se hubiera quitado los zapatos para no molestarla.

La luna, dejando atrás las nubes en su galope, proyectaba la sombra de las prímulas de Edward sobre la cama —un gran ramillete redondo como un pudin de Navidad con hojas sobresalientes y flores claramente definidas, todo muy negro sobre la colcha—. Undern parecía estar muy lejos.

«Esto me gusta más que ese otro sitio viejo y oscuro, tenga o no tenga el vestido verde», pensó. «Y no volveré nunca. Y no es verdad eso que dijo de que me conseguirá y me hará suya, porque voy a vivir con Edward, y la anciana dormilona me enseñará a hacer esa mezcla con huevos y no sé qué más».

Se quedó dormida.

En su habitación, Edward caminaba arriba y abajo, demasiado contento para irse a la cama.

—¡Mi pequeña! ¡Mi pequeña! —susurró Edward.

Y rezó para que Hazel alcanzara una felicidad rosada e inmortal, custodiada por fuertes ángeles a lo largo de un camino de flores durante toda su vida, y al final pudiera entrar corriendo por las puertas celestiales como un niño corre hacia su casa.

Un viento primaveral, lluvioso y lúgubre, llegó procedente de

lugares desolados y gimió por toda la casa como un hombre que llora por su amor. La caverna de la noche, vasta e impenetrable, estaba llena de ecos, como si una voz terrible y violenta llevara tiempo gritando y pudiera alzarse de nuevo, incluso antes de que las reverberaciones milenarias se hubieran apagado, si esa era la voluntad del Poder (invisible pero tan inmanente que presionaba sobre el cerebro) que habitaba la oscura caverna repleta de estrellas.

CAPÍTULO 13



A la mañana siguiente, la señora Marston salió de la cocina con las tostadas, cuya preparación no delegaba en nadie, y con una cara que presagiaba grandes acontecimientos.

—Asegúrate de que está todo bien colocado, Edward; debería estar todo junto en el mismo lugar de la sala.

—¿A qué se refiere? —preguntó Hazel.

—1906, ciruelas; 1908, grosellas; 1909, cerezas, sin azúcar. Las que llevan azúcar son más antiguas. —La señora Marston hablaba de modo tan peculiar que Hazel se quedó mirándola fijamente.

—Son las conservas que mi madre envía al concurso, Hazel —explicó Edward.

—Sí. Todos los años van y quedan muy bien; solo espero que los constantes viajes no provoquen la fermentación. Me gustaría que esas guindas me sobrevivieran. Es una receta de Jane Thorn, que murió de hidropesía, la pobre, y estuvo haciendo conservas hasta el final de sus días.

—¿Y no se las van a comer nunca? —preguntó Hazel.

Eso era una blasfemia. ¡Comerse las guindas de 1909! Lo pasaron por alto en un silencio tenso: era normal que la pobre novia estuviera distraída.

Los frascos que iban a la exposición, empaquetados en un lecho del vivido musgo que crecía en los secretos recovecos del bosque, esperaban en el escalón delantero, dentro de la caja habitual. Había unas maravillosas jaleas recién preparadas que hicieron que Hazel deseara ser la señora Marston y tener el control de la despensa. Esta era una habitación oscura donde las hojas de la hiedra rozaban la ventana llena de telarañas y en cuyas estanterías se alineaban los botes altos y verdes acompañados de tarros de cristal, etiquetados con pulcritud, y barriles de vino casero; donde los jamones colgaban del techo y las hierbas aromáticas, atadas en ramilletes y colocadas en bandejas, desprendían un dulzor acre. La magia del lugar en aquel momento se acrecentaba por la presencia —hermosa, incluso a media preparación— de un pastel nupcial en pleno proceso de glaseado.

La gente se preguntaba a menudo cómo lo hacía la señora Marston. Nadie la había visto nunca ajetreada ni ocupada, pero las pruebas de su laboriosidad estaban ahí. Trabajaba como el coral, en la oscuridad, por puro instinto. Y, como el coral, iba levantando una estructura que la encerraba en su interior.

Salieron temprano, guiados por un importante miembro de la parroquia de Edward, que era organizador, destacado expositor y juez principal del espectáculo. Las piezas expuestas tenían que estar listas a las diez; pero a Edward le daba lo mismo pasar allí el día entero: lo único que ensombrecía el día era otra cuestión.

Cuando llegó la calesa y Hazel subió alegremente, Edward se olvidó de los frascos de la exposición y se habría ido sin ellos si no hubiera llegado Martha volando por el camino y gritando:

—¡Señor Edward, señor Edward! ¡Mil novecientos seis! ¡Mil novecientos nueve! ¡Mermeladas!

—¿Por qué grita Martha cosas raras? —preguntó Hazel.

Edward, al mirar a su alrededor, vio el rostro de su madre en el umbral de la casa, consternado, sorprendido, herido. Saltó y subió corriendo por el sendero.

—¡Oh, madre! ¿Cómo he podido olvidarme? —exclamó muy

apenado.

La señora Marston levantó la vista; la boca le temblaba lastimosamente con un gesto de disgusto y los ojos le brillaban con las densas y dolorosas lágrimas de la vejez.

—No has sido tú, querido —dijo—. Tú nunca te habrías olvidado. Ha sido… esa chica.

Edward, que era para ella como un dios, no podía tener la culpa.

La besó, pero con reserva, y cuando subió a la calesa rodeó a Hazel con un brazo protector.

«¡Qué tonto soy!», pensó. «Ahora todo se ha estropeado».

En la silenciosa despensa, la señora Marston paso horas con la manga pastelera construyendo complicados dibujos con una mezcla de azúcar y huevos.

Le dolía la espalda y las vueltas alrededor de la tarta parecían inmensas, pero siguió trabajando hasta que Martha, con una nota de comprensión en la voz, le anunció:

—La comida está lista, señora, y también una taza de té.

La señora Marston suspiró agradecida.

—¡Qué bien y qué agradable! —exclamó—. Pero no tan bien y tan agradable como… era antes.

—¡Desde luego que no! —asintió Martha con entusiasmo.

En el concierto, Hazel había conseguido atraer la atención de todos los solteros disponibles y había sido de lo más molesto.

—A lo mejor, Martha —dijo la señora Marston con aire melancólico—, cuando lleve aquí mucho tiempo, nos hayamos acostumbrado a ella y forme parte de la casa… quizás todo vuelva a ser tan bonito y agradable como antes.

—Hay cambios que no tienen vuelta atrás: «Un poco de levadura leuda toda la masa»[5] —sentenció Martha con pesimismo.

A medida que Edward y Hazel se acercaban al recinto ferial fueron adelantando a los caminantes y otros carros los adelantaron.

Un hombre pasó a todo galope y a Hazel le recordó a Reddin.

—¿Qué te parecería, Edward —preguntó luego—, que alguien te persiguiera, como una comadreja acosa un conejo o un terrier persigue a un zorro? ¿Qué harías?

—¡Qué cosas tan morbosas piensas, querida!

—¿Qué harías?

—No lo sé.

—No hay nada que hacer.

Edward recordó su credo.

—Debería rezar, Hazel.

—¿Para qué serviría?

—Dios responde a las plegarias.

—¡Claro que no! Creo que Dios no responde a las plegarias de los zorros o los conejos.

—Las niñas no deben llenarse la bonita cabeza de preocupaciones.

—Si hubieras encontrado tantas criaturas encerradas en trampas como yo y las hubieras soltado, y si hubieras contemplado las patitas rotas y los ojos como si hubieran visto fantasmas, seguro que te preocuparías. ¡Y mi padre mata un cerdo cada Viernes Santo!

—¿Y por qué precisamente en Viernes Santo?

—Toca ese día. Y cada Viernes Santo me peleo con mi padre.

—Pobrecita mía.

—Tú también te enfadarías si hubieras visto al cerdo feliz y contento y supieras cómo iba a estar a los pocos minutos. Habría matado a mi padre si hubiera podido.

—Pero ¿por qué? Es peor que tú quieras matar a tu padre que el hecho de que él quiera matar a un cerdo.

—No lo sé, pero no puedo soportarlo. Una vez le di un tremendo mordisco, él me dio en la cabeza con un rastrillo y me quedé como dormida.

La frente de Edward estaba húmeda de sudor.

«¡Dios misericordioso!», pensó. «¡Qué cosas tan terribles!».

—Y cuando oigo a algún animal metido en una trampa gritando y

llorando para que lo suelten, y solo le he podido ayudar yo, se me ha ocurrido preguntarme quién me liberaría a mí si yo también cayera en una trampa.

—Dios te tendría de su mano.

—No lo creo. No se ocupa de los animales.

Edward guardó silencio. El radiante día se había oscurecido y tenía la sensación de avanzar a tientas.

—¿Por qué no los tiene de su mano? Les da boca para que griten, pero no los escucha. Yo escucho a Foxy cuando grita.

En ese momento, Edward vio acercarse a Abel con el arpa. Nunca se había alegrado tanto de verlo; casi sintió afecto por él.

—¡Demonios, Edward! —gritó Abel, poniendo en peligro ese afecto—. Me parece que te lo estás pasando en grande con tanto baile y diversión.

—No, me iré antes del baile.

—Pues no conseguirás que nuestra Hazel vuelva contigo, entonces. Le gusta tanto bailar como a una hoja en otoño.

—Hazel, preferirías venir a casa conmigo en la víspera de la boda, ¿verdad? —preguntó Edward.

Abel, al ver la cara de consternación de Hazel, se rio a carcajadas. Edward lo odió tanto como solo odian los temperamentos sensibles, y le remordió la conciencia cuando se dio cuenta.

—¿Y bien, Hazel? —insistió Edward con voz suave, tensando la situación.

—No lo sé —contestó Hazel dudosa. Se hizo un silencio deprimente y ambos se sintieron muy decepcionados.

Abel, como un viejo gnomo travieso, se alejó mientras gritaba a Hazel:

—¡Despéjate la garganta antes de que termine el concurso!

Los jueces estaban encerrados en el granero donde se exponían las piezas del concurso. Les tomó mucho tiempo juzgar, con toda probabilidad porque tenían que probarlo todo, incluso los nabos (la señora James tenía debilidad por los nabos tiernos). Edward y Hazel

pasaron junto a una ventana y miraron hacia dentro.

—¡Míralos, tienen ganas de comerse la mermelada de la anciana! —dijo Hazel—. ¡Menos mal que las tapas están bien pegadas o se meterían dentro como si fueran avispas! ¡Mira al señor Frodley con los huevos! ¡Se está comiendo uno como si fuera un chaval que hubiera pillado un nido de zorzales! Oh, mi padre debería ver esto. Nunca se come un huevo cocido, siempre crudo. Oh. El señor James ha abierto un frasco de la miel de mi padre y está metiendo el dedo ¡Mira cómo se lo chupa!

—¿La gente compra los restos? —preguntó Edward, divertido y disgustado.

—Claro, ¿por qué no iban a hacerlo?

Los jueces habían pasado a devorar los quesos.

—Me pregunto de quién serán esos quesos —caviló Edward.

Eran, de hecho, de Vessons. Siempre insistía en elaborar quesos por algún motivo: quizás porque, como a los antiguos sirvientes, le gustaba demostrar que sabía hacer más cosas qué ganarse un sueldo. Preparaba montones de quesos y los llevaba a ferias y exposiciones sin el más mínimo aliento de su amo, quien, cuando Vessons regresaba, alborozado y congestionado por la contienda, y acariciando el dinero con intenso orgullo, exclamaba: «¡Aquí está! He ganado tres peniques», se limitaba a asentir sin interés. Sin embargo, los quesos de Undern iban a las ferias con la etiqueta «Finca del caballero John Reddin, elaboración de A. Vessons».

Por fin salieron los jueces. El mero hecho de juzgar no llevaba mucho tiempo, ya que el señor James solía considerar que sus productos eran los mejores y así lo decía; los demás, al ser solo pequeños propietarios, por lo general eran demasiado educados para llevarle la contraria.

Edward y Hazel entraron en el granero donde estaban dispuestos los frascos con total sencillez, hermosos y valientes en su terrenal atractivo. Había panecillos de mantequilla dorada, huevos morenos, níveos ramos de brócoli, narcisos con destellos de sol en sus pétalos, masas de oscuros alhelíes donde se regocijaba una abeja

descarriada.

Allí estaba la miel de Abel, con un gran cartel escrito por él mismo que decía en mayúsculas torcidas:

ABEL WOODUS. MIELERO
ATAÚDES. MIEL. CORONAS.
SE TOCA EL ARPA EN FUNERALES Y FIESTAS Y BODAS

Los frascos dorados brillaban; los trozos de pastel en cajitas con encajes bien cerradas, que eran tan provocativas como la reserva de una mujer hermosa.

Edward compró una para Hazel.

—Para estrenar el día de tu boda —dijo. Pero esta no pilló el simbolismo, tan evidente para él.

Entre el concurso y la hora del té el tiempo se hacía largo. Las carreras no habían comenzado y, aunque un anciano de aspecto benigno anunciaba sin cesar su deseo de apostar dos contra uno, no respondía nadie.

La gente daba vueltas como abejas drogadas, recreándose en el bienestar como sí fuera un anestésico. De vez en cuando, un anciano de una montaña lejana se encontraba con otro anciano de otra más lejana y se estrechaban la mano durante, tal vez, un buen cuarto de hora.

Cuando tocó Abel, aguardaron estoicos y en silencio, por lúgubre o frenética que fuera la música, que disfrutaban como un derecho.

Entonces Hazel cantó con la vista fija en las murallas púrpura de las colinas que se alzaban sobre el recinto de la feria, y a Edward se le llenaron los ojos de lágrimas.

Un hombre muy anciano, de rostro terso y maravillado como si fuera un bebé, se acercó, apoyándose en su bastón, y se plantó ante Hazel, mirándole la boca con la curiosidad que mostraría un perro ante un gramófono. Si ella se movía, él se movía, absorto, mostrando interés con la boca abierta. Hazel no reparó en él, volaba libremente en las alas migratorias de la música. Tampoco vio a

Vessons, que contemplaba la multitud con consternación, ni supo que se alejaba, murmurando:

—¡Otra vez esa chica! ¡Jamás de los jamases!

Edward se alegró cuando terminaron los cantos y el concurso, y pudo llevar a Hazel a la carpa donde ofrecían té por un chelín; allí se sentaban los más pudientes. Los presentes, en un estado sésil, aguardaban tomando el té mientras la carrera principal de la tarde comenzaba con el repique de una campana. Los jinetes tenían que dar tantas vueltas que la carrera resultaba muy larga; el público se dedicaba a tomar té y solo miraba de vez en cuando para ver cómo avanzaban las cosas y contemplar el paso de los jinetes: uno tenía tirantes de color rojo vivo, otro un abrigo de algodón azul, dos hombres de mediana edad llevaban sus mejores sombreros de fieltro, y uno, sin duda mejor vestido que los demás, lucía un correcto traje de montar. Daban vueltas siempre en el mismo orden: primero el del traje de montar, luego el de los tirantes rojos, más tarde el del abrigo azul y, por último, los de los sombreros. Era evidente que el más adelantado sabía que podía ganar con facilidad y los demás no le disputaban la plaza. La regularidad de las vueltas, la posición inalterada y el ritmo tranquilo hacían que pareciera un tiovivo.

—¿Cuántas vueltas han dado ya? —preguntó Hazel a la camarera, que servía el té y conversaba con los clientes.

—Ahora darán la séptima. Podrían dejarlo ya, no adelanta nadie.

—Quisiera verlos llegar a la meta —dijo Hazel.

Salieron, pero Abel se acercó y se llevó a Edward para mostrarle una abeja reina en una caja traída de Italia. Edward detestaba las abejas, estuvieran dentro o fuera de una caja, pero era demasiado bueno para negarse. Abel era tan poco perspicaz que resultaba conmovedor.

Hazel encontró un lugar a cierta distancia del recorrido donde podía ver la recta final hasta la meta; le encantaba oír cómo retumbaban al pasar. Se inclinó sobre la barandilla y los vio acercarse; aunque habían dado ya por bueno el resultado, corrían

con ganas, agachados sobre el caballo. El primero avanzaba cerca del lateral donde se encontraba Hazel que miraba fijamente al jinete que se acercaba, consternada. Los intensos ojos azules de este, atrapados por la mirada fija de Hazel o por su brillante cabello, repararon en ella con una mirada triunfal. El jinete tiró fuerte del caballo a pocos metros del poste de la meta, giró y retrocedió entre los abucheos y los aullidos de la multitud, que pensaba que debía de estar borracho.

—Lo que me ha costado encontrarte —dijo, inclinándose hacia ella—. ¿Dónde diablos vives?

—¡Oh, no se pare! Viene ahora mismo.

—¿Quién?

—El señor Marston, el pastor.

—¿Qué me importa a mí una docena de religiosos?

—Pero se enfadará.

—Le haré sangrar la nariz de un golpe como se atreva.

—¡Oh, ya viene, señor Reddin! Tengo que irme.

Se dio la vuelta y Reddin la siguió.

—¿Por qué debería enfadarse?

—Porque nos vamos a casar mañana.

Reddin silbó.

—Y vendrán Foxy y todos los demás. Y hay un reloj grande y una anciana que siempre duerme, y Edward me ha comprado una caja llena de vestidos.

—Yo también te di un arcón lleno —dijo Reddin con una nota de súplica—. ¡Pero te escapaste!

A Hazel le molestaba que la presencia de Reddin la alterara tanto. Quería librarse de él y, al mismo tiempo, quería ejercer el poder que tenía sobre él. Así que lo miró y dijo con picardía:

—Los suyos eran viejos. Los de Edward son nuevos… nuevos como la mañana.

Reddin se enfadó demasiado para soltar un juramento.

—Esta noche tienes que venir a hablar conmigo mientras bailan —dijo.

—No quiero.

—Tienes que venir. Si no vienes, le diré al pastor que pasaste la noche en Undern. Seguro que sabes que entonces no se casará contigo.

Sabía que, llegado el caso, Vessons le contaría la verdad a Marston, pero lo dijo de todos modos.

—¡No, por favor! —suplicó Hazel.

Reddin se echó a reír.

—De acuerdo, pero no se lo cuente —dijo Hazel.

—¿El pastor se quedará para el baile?

—No. Y tengo que irme con él.

—Ya sabes lo que te conviene.

Hazel se apartó bruscamente cuando Edward se acercó y Reddin reconoció al pastor con el que se había cruzado cerca del Callow. Edward estaba atando unos narcisos para regalárselos a Hazel y no vio a Reddin.

El jinete de los tirantes rojos, abandonado todo fatalismo, se acercó al trote.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con indisimulado aire de triunfo.

—De todo —le espetó Reddin.

Llamó a Vessons y se dirigió a la carpa donde vendían cerveza para esperar a que empezara el baile.

—Son para tu habitación, Hazel —dijo Edward—: ha llegado el tiempo en que cantan los pájaros.

Pensaba que, en efecto, Dios lo conducía por las aguas del consuelo.

Hazel no dijo nada. Se preguntaba qué excusa podría inventar para quedarse.

—No frunzas el ceño, pequeña. Ya no hay más preocupaciones para ti.

—¿De verdad?

—Vivirás en la Pequeña Montaña de Dios. ¿Qué te puede suceder allí? Mírame y sonríe, Hazel.

Hazel buscó sus ojos grises, tiernos y afectuosos. Sin embargo, en su lugar vio unos ojos azules, duros y muy poco afectuosos.

CAPÍTULO 14



Llegó la hora de la concesión de los premios y la más joven de las señoritas Clomber, quien iba a entregarlos, intentó persuadir a Reddin para que subiera al estrado, que era un carro con sillas. Allí ya estaban el señor James y el secretario, contando el dinero de los premios. Abajo estaban los ganadores, junto a los cuales destacaba Vessons vestido con un chaleco rojo. La señorita Clomber estaba satisfecha de su aspecto: llevaba un traje de *tweed* para demostrar que aquella no era una ocasión tan especial para ella como para las damiselas campesinas.

—No. Me quedaré aquí —contestó Reddin, respondiendo a su mirada invitadora con otra de indiferencia.

—Como último representante de una familia tan antigua…

—Oh, maldita familia —replicó, malhumorado por haber perdido de vista a Hazel.

Como la señorita Clomber seguía insistiendo, zanjó la discusión.

—Me interesan más las familias jóvenes que las viejas.

La señorita Clomber se sonrojó de modo poco favorecedor y se apresuró a subir al carro.

Reddin fue en busca de Hazel mientras el señor James comenzaba a leer el nombre de los ganadores.

—Señor Thomas, señor James, señora Marston, señor James…

El señor James dio un montón de chelines a la señorita Clomber y esta los fue entregando con los habituales comentarios banales. Cada vez que el señor James ganaba un premio, lo recogía con una inclinación, quitándose el sombrero. Como su nombre se mencionaba con una frecuencia inusual, empezó a sentirse algo cohibido. Miró a su alrededor el círculo de rostros y se sintió algo tenso al percibir la expresión con que lo miraban.

¿Quizás sería mejor tomárselo a broma? Se quitó el sombrero con un amplio ademán y dijo jocosamente mientras recibía el siguiente montón:

—Manzanas de guardar, señor James. Al bolsillo.

Como no fue capaz de sostener las bromas, terminó refugiándose en la defensa de su honestidad intachable.

—¡Justo y razonable! ¡Gana el mejor!

Pero aquello no parecía prueba suficiente contra la cantinela: «Colinabos, señor James. Remolachas, señor James. Peras guisadas, señor James». Empezó a entrar en pánico. Se inclinó un poco, se metió el dinero en el bolsillo con discreción y leyó su nombre en un tono bajo y de disculpa. ¡Imposible! Tenía que recuperar la compostura.

—Señor Vessons. Señor James.

Vessons permaneció inmóvil, al alcance de la mano de la señorita Clomber. En cada ocasión que obtuvo un premio, que fueron tres, ya que nadie más había enviado ningún queso, extendió el brazo y no le dedicó ni una reverencia ni una sonrisa. Le disgustaba la señorita Clomber porque sabía que quería ser la señora de Undern. El señor James siguió con una actitud algo chulesca.

«¿Qué más me da lo que piense la gente? El premio es mío».

Entonces percibió la mirada de Abel, llena de sorna, y se vino abajo. Le pareció más adecuado el tono aséptico y profesional y volvió a adoptarlo sin mirar en dirección a Abel, ayudado con la conciencia de tener los bolsillos cada vez más llenos.

Cuando leyó en voz alta: «Cerezas en conserva, señora Marston»

y Edward fue a recoger el premio, Reddin se acercó a Hazel y le preguntó:

—¿A qué hora se va el pastor?

—No lo sé.

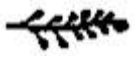
—Cuidado con olvidarte.

—¡Oh, señor Reddin, tengo que irme! ¿Por qué no me deja en paz?

Pero Reddin, al ver que la señorita Clomber no le quitaba el ojo de encima, se había marchado ya.

El señor James había llegado al final de la lista. Leyó en voz alta el nombre de Abel y el de un viejo encorvado con mechones grises de duende, un famoso apicultor. El señor James miró a Abel como diciendo: «Tú también tienes tu premio, ¿ves? Se actúa con justicia».

—Gracias —dijo Abel a la señorita Clomber, y luego, con fina ironía se dirigió al señor James—: Usted no cría abejas, ¿verdad, señor James?



Las colinas se alzaban en el crepúsculo sobre el recinto de la feria. Tenían un color frío y terrible: ni púrpura ni negro ni gris, sino todos esos colores a la vez. Regias, lúgubres, amenazantes, dominaban la vida que se extendía a sus pies como la raza domina al individuo. Hazel las contempló. Estaba de pie, con la actitud de quien escucha, pues en sus oídos se oía una voz que nunca había oído antes, una voz profunda e inflexible que la instaba a hacer… no sabía bien qué cosa. Miró hacia la redonda colina boscosa que ocultaba la Pequeña Montaña de Dios, tan alta y tan fría que resultaba difícil que trepara por ella una pobre niña. Intuía que allí la vida sería demasiado recta, demasiado correcta. Esa idea hizo que, de repente, echara de menos el Callow y la suciedad.

Pensó en el caserón de Undern, agazapado bajo la colina como un sapo. Recordaba el eco de sus habitaciones y el rumor que, como

si fueran telas, recorría los pasillos mientras ella se ponía el vestido verde. Undern suscitaba en ella más añoranza que la casa parroquial.

Edward se había ido. Hazel le había dicho que quería quedarse con su padre; Edward pensó que era una buena hija y se mostró de acuerdo, aunque con cierta tristeza.

Ahora Hazel esperaba a Reddin. El baile no había comenzado, aunque la carpa estaba lista. La luz amarilla fluía por cada hueco de la lona y Hazel se sentía muy desamparada en la oscuridad; la luz parecía ser su entorno natural. Mientras esperaba, pequeña y menuda, parecía acobardada. Siempre que se cobijaba bajo un árbol o se resguardaba de la lluvia, tenía esa mirada de refugiada, furtiva y ceñuda. Cuando corría, parecía una fugitiva huyendo por el mundo sin pueblo ni amparo al que acudir.

La señorita Clomber se acercó y la sobresaltó.

—¡Quisiera decirle unas palabras! —declaró la señorita Clomber con su voz enérgica y antipática—. La he visto con el señor Reddin dos veces —añadió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro —. Solo quería decirle, en tono fraternal y con espíritu cristiano, que no es un buen hombre.

—Bien —dijo Hazel con un suspiro de alivio en medio de su timidez y la sensación de opresión que le producía la Montaña—: Algo es algo.

La señorita Clomber, indignada y furiosa, se alejó a grandes zancadas.

Hazel se quedó de nuevo observando las colinas. La taciturnidad del invierno todavía se cernía sobre ellas y en el cielo se alzaba el cínico distanciamiento que acompaña a las heladas tras la puesta de sol.

Les dio la espalda y miró la carpa iluminada. El resplandor dorado era como una brillante criatura encarcelada. Abel se había enzarzado en una interminable discusión con el anciano de los mechones de duende y ahora comenzaba a rasguear el arpa en el interior de la carpa.

Los hombres y mujeres jóvenes se acercaban al son de la música, como las moscas acuden a la flor del mimbre. Entraron, como los bienaventurados entran en el Cielo. La lona empezó a mecerse y a ondear con el viento del baile. Hazel sintió que la vida transcurría alegremente sin ella, recluida en la oscuridad. Sus pies empezaron a bailar.

«Voy a entrar», se dijo desafiante. «¿Por qué no?».

Pero justo cuando estaba levantando la lona de la carpa oyó la voz de Reddin a su lado.

—Hazel, ¿por qué huiste?

—No lo sé.

—¿Por qué no me quisiste decir tu apellido? Te he estado buscando por toda la región.

—¡Ajá, eso sí que es cierto! Lo vi pasar.

Reddin no supo qué decir.

—Mi padre y yo estábamos en la taberna y vino usted. Pensé que era el Cazador Negro.

—Gracias. Supongo que no hay gran diferencia.

—Ninguna.

—Estamos perdiendo el tiempo, ¿qué es eso del pastor?

—Ya se lo he dicho.

—Pero no puede ser verdad, ¡el pastor y tú!

Se echó a reír. Hazel lo miró con desagrado.

—Cuando se ríe así parece un sabueso, y a mí no me gustan los sabuesos.

Reddin dejó de reír.

Oyeron el sonido del arpa de Abel, y el suave rumor de los pies sobre la hierba, como el pisoteo de las ovejas, fue creciendo en volumen a medida que los más tímidos se veían arrastrados al baile.

Un aguacero, con forma de pilar, avanzaba despacio por el valle, bordeando la base de las colinas. Era como un dios gris con los brazos cruzados y la cabeza en lo más alto del cielo. A medida que se acercaba poco a poco a la pareja —que, sin serlo, parecía de enamorados— y los azotaba en los ojos, podría haber sido el

destino.

—Hazel, ¿no ves que estoy enamorado de ti?

—¿Y eso por qué? —Había una nota de lamento en la voz de Hazel, y la lluvia corrió por su cara como lágrimas—. Lo está usted y lo está Edward. Y no sé por qué.

Reddin la miró con asombro. Le parecía increíble que a una mujer no le gustara que un hombre estuviera enamorado de ella. Se irguió contra el cielo oscuro; inclinó un poco la cabeza hermosa y fuerte para contemplar a Hazel.

—Nunca pensé… —reflexionó Reddin con expresión de impotencia—. Nunca pensé, tras llegar a los cuarenta sin necesitar a las mujeres (o, mejor dicho, el amor) —se corrigió—, que me vería así.

Miró a Hazel con ojos acusadores; luego contempló la noche que se avecinaba como un león examinaría el sonido de un trueno.

—¿Tiene usted cuarenta años? —exclamó Hazel con asombro—: qué barbaridad, cuántos.

—Todavía no soy viejo —contestó Reddin con tono inusualmente humilde.

Hazel se rio.

—Supongo que el pastor es más joven —dijo Reddin con voz melancólica.

—Tiene la edad adecuada.

Reddin se irritó.

—¡Te demostraré que no soy viejo! ¡Te demostraré quién es mejor amante, yo o un muchacho tonto!

—¡Quite esas manos, señor Reddin!

Pero sus palabras se las llevó el viento solitario que había empezado a azotar la carpa iluminada.

—Bien —exclamó Reddin, complacido tras besarla—, ahora ven y baila, y verás si un tipo de cuarenta años no puede cansarte. Después nos ocuparemos del tema del pastor.

Levantó la solapa de la carpa, entraron y se dejaron llevar por la vida brillante y animada del interior.

Hazel estaba encantada de bailar con él o con cualquiera, con tal de poder bailar. Reddin mantuvo la cabeza alta, pues aquella noche se sentía enamorado, cosa que no le había sucedido nunca en sus amoríos previos.

Estaba enfadado y embelesado con Hazel, y las dos emociones juntas eran embriagadoras.

Cuando bailaba, Hazel era una flor en un vendaval, un esbelto álamo temblón que se mecía en el amanecer, una joven haya cediendo a la voluntad del viento.

Abel la observaba con orgullo. Al final, estaba resultando ser un motivo de satisfacción para él: algo por completo inesperado.

«Merece la pena tocar para los pies de Hazel: los demás parece que vayan dando pisotones. ¿Y quién es el tipo que está con ella? Será mejor que esté atento: un trato es un trato».

—Ha cumplido su palabra —exclamó Hazel de repente a Reddin.

—¿Yo?

—Ha conseguido que me canse.

—Vamos fuera y te llevaré una taza de té.

Eso hizo y se sentó junto a ella en una caja de naranjas.

—Escúchame bien —dijo Reddin—, no le demos más vueltas, ¿quieres casarte conmigo?

Reddin se sorprendió a sí mismo.

Andrew Vessons, que había salido de la carpa de puntillas tras ellos, alzó las manos y miró al cielo con una mirada de suprema desesperación, tanto más intensa cuanto que no podía hablar. Volvió desolado a la carpa, donde permaneció con una sonrisa cínica, algo inclinado hacia delante y con los brazos a la espalda, observando el baile, una apoteosis del sexo que para él no solo resultaba absurda y lamentable, sino incluso repugnante. De vez en cuando negaba con la cabeza, se acercaba a la entrada para ver si venía su señor y volvía a hacer un movimiento negativo. Un amigo se acercó.

—¿Por qué tu señor ha echado a perder la carrera? —preguntó.

—¿Y por qué Dios puso a las mujeres en este mundo?

En el exterior de la carpa, las cosas iban más a su gusto de lo

que creía.

—¿Por qué insiste, señor Reddin? Ya le he dicho que estoy prometida a Edward.

—¿Pero te gusto un poquito? ¿Más que el pastor?

—No lo sé.

—Vente conmigo ahora mismo, te juro que me portaré bien.

—¡Lo juré! —exclamó Hazel—. Lo juré por las Montañas y es un juramento que no puede romperse.

—¿Qué juraste?

—Casarme con el primero que apareciera. Y fue Edward. Si rompo este juramento, cuando muera mi alma vagará sin descanso, llorando por las montañas, y Edward pensará que es el viento.

—Si lo abandonas se le pasará pronto. Pero si me abandonas a mí no lo soportaré. A él nunca le han gustado la bebida y las mujeres.

Era un curioso argumento por parte de un enamorado.

—La señorita Clomber me ha dicho que usted no es un buen hombre.

—¡Bueno, me dejas de piedra! Mira, si el pastor te pierde se sentirá mal un tiempo, pero si te pierdo yo las consecuencias serán terribles. ¿Te ha besado?

—Muchísimas veces.

—¡No puedo tolerarlo!

—¡Hazel! —gritó su padre.

—¿Vas a ir?

—Tengo que ir, es mi padre.

—¿Y no volveré a verte hasta que estés casada? Oh, cásate conmigo. ¡Hazel! ¡Cásate conmigo!

Le temblaba la voz. Ante la misteriosa pena que expresaba su rostro —una pena que era, en gran medida, pura furia, y por ese motivo daba todavía más pena—, Hazel se echó a llorar. Abel apareció en aquel momento.

—Qué reunión tan triste —exclamó, sosteniendo un fanal para alumbrar las caras.

—Quiero casarme con su hija.

Abel soltó un rugido.

—¿Otro? ¡Primero lía a un pastor y luego a un caballero!

—Soy un granjero.

—El próximo será el rey en su trono. ¡Demonios, muchacha!, eres como la cerveza con melaza.

—No me ha contestado —dijo Reddin.

—Está ya colocada.

—¿Qué?

—Colocada. Prometida.

—Tiene derecho a cambiar de opinión.

—Ni hablar: un trato es un trato. Vamos, si hasta han comprado ya la ropa, los muebles y el pastel.

—Si la chica viene conmigo, se irá usted a casa con un cheque de cincuenta libras, y eso es todo lo que tengo —dijo Reddin con cierta ingenuidad.

—Le digo, señor, que está colocada —repitió Abel—. ¡Y un trato es un trato!

A Abel se le ocurrió pensar que, con cincuenta libras, podría llenar de colmenas el terreno del Callow de extremo a extremo.

—Señor —prosiguió Abel, casi al borde de las lágrimas—, no debería torturarme. Rediós, la de madera que podría comprar, pintura blanca y paneles, y reinas de países extranjeros. —Hizo un gesto de desesperación acompañado de una mueca.

—Podría comprarse un arpa nueva si quisiera —sugirió Reddin.

Abel tragó saliva.

—¡Un trato es un trato! —repitió Abel—. Y se lo prometí al pastor. —Se volvió para marcharse—. Hazel —le dijo mientras se alejaba—: no puedes irte con este caballero. Y ya me has desobedecido muchas veces —añadió, dándose la vuelta y observándola con mal humor.

Con una larga mirada suplicante se colgó el arpa a la espalda y se alejó con paso cansino.

Hazel lo siguió, pero Reddin se puso delante de ella.

—¡Mira, Hazel! Dices que no te gusta hacer daño: pues estás haciéndome daño.

Hazel vio su rostro demacrado y se dio cuenta de que era cierto. Se secó las lágrimas con la manga.

—No es culpa mía. Siempre estoy haciendo daño. No puedo poner un pie en el huerto ni cocinar una col sin matar a un montón de bichitos y de preciosas mosquitas. Y cuando cogemos la miel, siempre queda alguna abeja herida. Tengo que disgustarle a usted o a Edward, y no puedo ir contra Edward; él me aprecia. Tendría que haber visto las prímulas que puso en mi habitación anoche; dormí en la casa parroquial porque llegamos tarde.

Reddin frunció el ceño como si sintiera dolor físico.

—Y me compró medias, todas finas, y una enagua azul cielo.

Reddin miró a su alrededor. La habría cogido en ese momento y se la habría llevado en volandas a Undern, pero el camino estaba lleno de gente.

—¡No podría hacer nada contra Edward! Es muy amable. A Foxy también le gusta; nunca le gruñe.

—Tal vez yo también le gustaría a Foxy si le diera huesos —dijo Reddin con voz ronca.

—No lo creo, usted tiene sangre en las manos.

Hazel se apartó con frialdad ante este recuerdo, que había olvidado por un instante al ver la pena de Reddin.

—Está manchado por la sangre de muchos zorritos —insistió, y su voz le cortó como aguanieve afilada—; zorritos que podrían haber muerto rápidamente de un tiro. Y usted se entretuvo viendo cómo morían despedazados.

—Dejaré la caza si plantas al pastor.

—Me pregunto si no se le aparecen de noche y lo miran en la oscuridad con sus ojos dorados como caléndulas. Me pregunto si no oye sus gritos.

Reddin se dio cuenta de que había perdido, pero siguió insistiendo.

—No —insistió Hazel—. Aunque no lo hubiera jurado por la

Montaña, tampoco me habría ido con usted. Está manchado de sangre.

En ese momento pasó un vecino y se ofreció a llevar a Hazel. Ahora que se casaba con el pastor, se había convertido en una personalidad. Hazel subió al carro y se marchó; el trágico momento de Reddin se extinguió y, tal como sucede con las grandes fogatas, se convirtió en ceniza gris.

Reddin regresó a su casa, abatido. Su camino pasaba por delante de la casa parroquial donde Edward y su madre dormían con placidez. La blanca calma del amor desinteresado envolvía a Edward, pues sentía que podía hacer feliz a Hazel. Esa noche, cuando estaba a punto de dormirse, pensó: «Ha nacido para ser la esposa de un pastor de la iglesia».

Reddin, apoyado pesadamente en el muro bajo, con la mirada fija en las lápidas, torcidas como borrachos, y en la tranquila casa bañada por la luna, pensó: «Ha nacido para ser mía».

Los dos hombres la veían como lo que querían que fuera, no como era.

Mientras permaneció allí, hora tras hora, en la fría noche de mayo, muchos pensamientos ensombrecieron el rostro de Reddin. La escarcha le blanqueaba los anchos hombros mientras se apoyaba en la pared, y a la luz de la luna los cabellos blancos de las sienes brillaban en la oscuridad como si se burlaran de la juvenil pasión que se había apoderado de él.

La Pequeña Montaña de Dios yacía encogida en el sueño; los bosques se agazapaban en la noche como criaturas maltratadas; las pequeñas hojas tiernas colgaban exangües bajo la escarcha.

Reddin seguía allí de pie, helado por dentro y por fuera, cavilando sobre la casa.

No se movió hasta que el alba cortó el este como un cuchillo y lo llenó de sangre.

Suspiró.

—Demasiado tarde —dijo.

Luego se echó a reír.

—¡Derrotado por el pastor!

Brotó en él una rabia demoniaca. Cogió una piedra y, levantándola con ambos brazos, la arrojó contra la casa. Destrozó la ventana de la cocina, pero antes de que Edward se asomara, Reddin se había perdido de vista por el sendero.

—Querido hijo —declaró la señora Marston con voz trémula—, desde el principio he temido que sucediera un desastre por culpa de esta extraña boda.

—¿Cómo puede Hazel tener algo que ver, madre?

—Creo, querido, que es una señal de Dios. ¡En la mañana de tu boda! ¡Un cristal roto! Sí, es una señal de Dios. Ojalá no hubiera sido necesario que fuera tan violento. Pero, por supuesto, Él sabe lo que hace.

CAPÍTULO 15



En la casa parroquial todo estuvo listo temprano. Edward, inquieto tras ver interrumpido su sueño, se había levantado a las tres y había terminado sus preparativos, de modo que cuando bajó pudo ayudar a la señora Marston, que seguía bastante disgustada. Cada vez que pasaba delante de la habitación de Hazel o veía a Edward poner flores decía: «Ay, Dios mío», y movía la cabeza con tristeza. El tipo de vida en la que parecía estar pensando Edward no incluía la presencia de nietos. Y los nietos habían adquirido, tras largas reflexiones, el prestigio de lo tradicional. También la alteraba Martha que, a diferencia de sus pastas, estaba muy seca. Dado el estado de ánimo de las dos mujeres, enfadadas y apenadas, y el hecho de que el día de su boda solo tuviera la mitad del esplendor que debería haber tenido, podría haberse esperado que Edward estuviera triste, pero no era así. Corría arriba y abajo, bromeaba con Martha, calmaba a su madre e incluso estuvo cantando hasta que Martha, que pensaba que la actitud de un pastor en una boda debía ser solo un poco menos grandilocuente que en un funeral, dijo:

—Parece un nido de pájaros y no un pastor.

Ella y la señora Marston estaban colocando las tazas de porcelana con dibujos de plumas en el salón bueno.

En ese momento Edward se detuvo delante de la puerta de la habitación de Hazel y se dio cuenta de que no entraría más en ella. No vería el dulce desorden mientras se instalaba ni descansaría noche tras noche en el círculo encantado de su presencia. Casi sintió, al experimentar el sufrimiento de la pérdida —la pérdida de algo que nunca había poseído, la más amarga de todas— que, si hubiera podido tener a Hazel, incluso los niños de pelo rojizo y ojos dorados de sus sueños podrían desaparecer. Se arrodilló junto a la cama de Hazel y apoyó su oscura cabeza en la almohada, desgarrado por la pasión física y espiritual. Tenía el cabello húmedo y ese día se le dibujó en la frente una arruga nueva. Estaba tan quieto que cualquiera que lo viera habría pensado que rezaba. Era el destino de Edward que lo consideraran una persona tranquila porque los fuegos que ardían en su interior no hacían ningún ruido, aunque alcanzaran la temperatura del fuego blanco.

No rezaba. La oración quedaba a una distancia lejana, como si fuera una indicación en la carretera que hubiera pasado tiempo atrás. Quizás volvería luego, pero en aquel momento se encontraba en un desierto sin huellas. Solo los que han sufrido de modo moderado hablan de la oración como el refugio del doliente y en eso se reconocen: los que han sido torturados recuerdan que lo peor de la tortura es que imposibilita la plegaria.

Edward imaginaba, arrodillado allí con los ojos cerrados, el pelo de Hazel fluyendo suavemente sobre la almohada; cómo sería sentir su cálido brazo alrededor del cuello; lo dulcísimo que sería, en alguna hora oscura, aliviar los miedos del sueño y tranquilizarla para que se durmiera. La tierna intimidad del matrimonio nunca le había parecido tan atractiva. Pero, en realidad, tendría la misma intimidad que con su madre, tal vez incluso menos. Todas las noches se detendría en el umbral de la puerta, daría a Hazel un beso fraternal y se marcharía. Su vida sería ese frío umbral. Mes tras mes, año tras año, leería las tiernas y francas historias de amor de la Biblia —historias que, de haber sido escritas por un novelista, estarían prohibidas, dada la verdad que contienen—. Año tras año vería nidos

y criaturas, iría por las casas de campo donde los bebés, envueltos en mullidos chales, lo mirarían con la sabiduría de un anciano y le agarrarían los dedos con tiránica debilidad. Y Hazel estaría siempre allí, seduciéndolo con una magia imperecedera aún más fuerte que la belleza, alterando su calma ganada con dificultad con el simple movimiento de la muñeca, la curva de una cinta en la cintura o una onda de su pelo. Pero, se repente, llegó la dura hora de la crisis y una voz estentórea le gritó, no con la astucia que habría esperado, sino con la majestuosidad de la mañana en las alturas: «Tómala. Es tuya».

Sabía que era cierto. ¿Quién le llevaría la contraria? Era suya. Faltaban pocas horas para que fuera su esposa y estuviera en su propia casa, lo que le daría sobre ella los derechos que otorgaban el credo y la raza. En realidad, el mero hecho de no satisfacer sus deseos supondría un ultraje al credo y la raza. Podía levantar el pestillo de su puerta en cualquier momento. La cámara de rosas y oro, arcoíris y plata gritaba como los pájaros al alba, se abría ante él como una rosa a una abeja. Su madre también se alegraría, pues había censurado blandamente aquel «matrimonio que no era matrimonio». Sería eso que tanto acompaña e inspira: la norma. Sería uno de esos hombres que trabajan, se casan, crían a sus hijos, tal vez vean a sus nietos y luego, con la gloria de la misión cumplida, acuestan la cabeza plateada en la almohada del sueño. A Edward siempre le habían gustado las cosas normales. No era un hombre de los que se apartan con el extraño distanciamiento del genio, cuyas almas arden con una luz salvaje en lugar del reconfortante resplandor del fuego del hogar. Era un hombre corriente, le gustaban las cosas corrientes. No era afeminado o célibe por instinto, aunque no poseía la furia masculina de Reddin. En él, el sexo nunca se habría despertado sin el amor espiritual. Pero este había llegado; había despertado y amenazaba con dominarlo.

Las imágenes se presentaban ante él de forma tenue y, sin embargo, radiante: Hazel de pie aquella misma noche cepillándose el pelo; aquella habitación tal y como estaría cuando Hazel hubiera

apagado la luz y solo la iluminaran las estrellas; el aroma a flores, el sonido de su suave respiración; y luego, en un arrebato tempestuoso, las emociones que sentiría al poner la mano sobre el pestillo: amor, triunfo, embriaguez.

¿Qué aspecto tendría Hazel? ¿Qué diría? Ella no podía prohibírselo. E incluso, quizás cuando despertara a la dulzura del matrimonio, lo amaría con tanta pasión como él la amaba.

Lo poseyó un fuerte deseo de dominio: tendría lo que quería de la vida. ¿Qué necesidad había de renunciar? Y entonces, como un acorde en tono menor, suave y quejumbroso, oyó murmurar la voz de Hazel con desconcierto:

«¿Para qué, alma mía? Te estoy tan agradecida…».

Lo que se interponía entre él y su deseo era la indefensión de Hazel; su personalidad que, como un delicado cristal, se rompería si la agitaba. Las creencias y las convenciones lo empujaban a seguir adelante. Porque la Iglesia y el Estado están hechos para la justicia material, la letra de la ley. El florecimiento espiritual, los motivos elevados revestidos de una aparente anarquía, apenas están en su territorio, ya que son para aquellos que aún necesitan normas brutales. Para los escribas y, más aún, para los mercaderes de palomas del templo, Cristo era un provocador.

Antes que romper aquel cristal, se quedaría quieto. ¿Qué eran para él la raza y la opinión pública comparados con el espíritu de Hazel? Sus principios debían hacer una excepción con Hazel. Aquellas cosas eran insignificantes. Los únicos que importaban era él y Hazel; su pasión, la libertad de Hazel; su anhelo de ser esposo y padre, y la incapacidad élfica de Hazel para ser esposa y madre. De repente, se odió a sí mismo por las imágenes rosadas que se había pintado. Se sintió muy abatido al darse cuenta de que, por un momento, había pensado en hacer valer sus derechos, en descorrer el pestillo. El uso egoísta de la fuerza siempre le había parecido de lo más despreciable. Contempló su crisis con vergüenza. Había tomado una decisión; pero sabía lo fácil que habría sido tomar la contraria. Qué fácil ¡y qué agradable! Se quedó donde estaba durante mucho

tiempo, demasiado cansado para levantarse, agotado por un conflicto que apenas había comenzado. Entonces oyó que su madre lo llamaba y se levantó; cerró la puerta a su espalda como quien renuncia a un sueño. Aún sostenía en una mano el ramo de tulipanes rosa que había comprado para Hazel en la feria, pero tenían la cabeza gacha.

—¡Oh, querido hijo! —exclamó la señora Marston—. ¡Te he llamado una y otra vez y no he obtenido ninguna respuesta! ¿Dónde estabas?

Edward podría haber dicho sin mentir: «En el infierno».

—En un valle de esta mente inquieta —contestó.

—¿Qué valle, querido? Oh, ¿no era ningún valle, solo un poema? ¡Qué peculiar!

«Ay, ay», pensó la señora Marston; «espero que todo esto no le esté afectando al cerebro: parece decir disparates».

—Estás tan pálido, hijo mío, tan angustiado —prosiguió—, creo que necesitas una…

—No, madre. Gracias, no quiero nada.

Mientras la pronunciaba, se dio cuenta de la amarga ironía de la frase.

La señora Marston le miró las rodillas.

—Oh, querido hijo, ahora me doy cuenta —dijo la señora Marston —; te pido perdón por pensar que querías un poco de rapé. Estabas con el Señor. ¡No podrías haber estado mejor ocupado en la mañana de tu casamiento!

Estaba muy conmovida. Edward enrojeció intensamente, consciente de cuál había sido su verdadera ocupación.

—¡Vaya! —exclamó la señora Marston—. Antes estabas pálido y ahora te sonrojas. Es la fiebre. Te prepararé algo que te curará muy deprisa.

—Ojalá pudiera, madre —suspiró.

—Lo que yo quería, hijo mío —dijo ella, aferrándose a la idea anterior con la misma ceguera con que se agarraba las faldas en los días de barro—, lo que yo quería es que como el pastel pesa tanto…

—¿Quiere que lo ponga en otro sitio, madre?

—Sí, querido. ¡Qué bien me entiendes! Y ten cuidado de no estropear el glaseado; es difícil porque es muy blanco y quebradizo.

—No, no lo mancharé —dijo muy serio—, pondré mucho cuidado.

La señora Marston no se dio cuenta de que la seriedad de su hijo no era natural, ya que ella se tomaba siempre los asuntos domésticos con enorme seriedad.

CAPÍTULO 16



La majestuosa mañana de mayo, engalanada con diamantes y con la solemnidad propia de la belleza perfecta, había emergido de la bruma púrpura y avergonzaba a la casucha donde Hazel se vestía de novia. La casita se había hundido de modo casi irreconocible en la espuma de la primavera. Los viejos lilos se erguían a su alrededor e inclinaban las flores con coronas violáceas hacia la única chimenea. Su olor arrasaba con todos los demás olores como una fuerte personalidad y se imponía a todos los pensamientos. Dos laburnos, bifurcados y de tronco enorme, arañaban el techo con las ramas inferiores y dejaban caer gotas de oro sobre este. Las ramas superiores crecían y se adentraban en el cielo azul.

El espino albar que se alzaba junto a la cancela estaba en pleno esplendor, cubierto de brotes de cristal que brillaban como la lluvia entre las brillantes hojas verdes. De cada uno de los perales —que, llenos de flores, rociaban con pétalos el suelo— y de cada manzano rosado llegaba el zumbido de las abejas.

Abel se levantó muy temprano, pues consideraba que lo apropiado era hacer una corona para Hazel, ya que era un artista en tales asuntos. Los lirios de los valles estaban casi agotados, pero la víspera había puesto algunos en agua caliente y se sentó bajo el

castaño de indias para elaborar la corona. Las sombras de las hojas dibujaban ondulaciones sobre él como si lo cubriera el agua, y Abel, de vez en cuando, miraba las torrecillas de flores blancas con ojos de propietario, pues sus abejas trabajaban allí con una ferocidad industrial.

Estaba malhumorado y abatido, pues pensaba en la ciudad de colmenas que Hazel podría haberle proporcionado. Se consoló con la idea de que algo sacaría de provecho. En ningún momento se le ocurrió lamentar perderla; de hecho, no tenía motivos para echarla de menos. Ambos habían vivido una vida solitaria y autosuficiente; eran compañeros por completo inadecuados el uno para el otro.

Tejió los lirios húmedos, algo blandos por el agua caliente, en torno a un trozo de alambre tomado de uno de los armazones para las coronas.

Así que Hazel fue a su boda con una corona funeraria.

Se despertó muy cansada por la crisis de la víspera, pero feliz. Ella y Foxy, la gata tuerta, el conejo y el mirlo iban a vivir en un lugar alejado de las cosas turbulentas, en la paz del amor de Edward, en la ladera de la Pequeña Montaña de Dios.

Se le habían olvidado ya las dificultades de la nueva vida y aquel día solo veía las alegrías. La señora Marston parecía sonreír sin cesar con una eterna bondad amorosa, y el rostro adusto de Martha tenía un aire de buena camaradería. Los fuertes vientos, cargados con un regalo en forma de bálsamo, soplarían suavemente alrededor de la casa de Edward. La escarcha no haría acto de presencia en la Montaña de Dios, a diferencia de lo que sucedía en el frío Callow.

Hazel no había visto los hombros escarchados de Reddin ni el brillo gélido de las tumbas.

Mientras se vestía, cantaba con la estridente dulzura de un petirrojo. Nunca había visto prendas semejantes; apenas sabía cómo ponerse algunas de ellas. Se cepilló el pelo hasta que brilló como una azucena tigrina y lo recogió en grandes trenzas sobre la cabeza. Cuando se puso el vestido blanco de muselina, dio un largo suspiro al verse en pequeños fragmentos en el diminuto espejo.

—¡Parezco una estampa! —se dijo con voz entrecortada. Alrededor de su esbelto cuello bronceado por el sol, colgaba una pequeña cadena de oro con un topacio del mismo color que sus ojos.

Cuando Hazel salió de la casita, como un lirio del barro, Abel se tambaleó hacia atrás; en parte era broma, pero en parte por verdadero asombro. Estaba tan impresionado que él mismo se preparó el desayuno y después fue y se frotó las manos hasta que le dolieron. Hazel, sentada como una reina en una de las sillas rotas, abrochó el collar de fiesta de Foxy, hecho de nomeolvides azules.

Foxy, inmensamente digna, inmóvil y relajada, estaba sentada sobre las patas traseras y tenía el hocico metido en los nomeolvides. No cabía duda de que era apta para su nuevo papel; parecía que llevara toda la vida relacionándose con la iglesia. La gata tuerta estaba a su lado, con un lacito azul, ronroneando como una gaita rota debido a su tormentosa juventud.

—¡Ajá, haces bien en ronronear! —dijo Hazel—. Vas a pasar el resto de tu vida en un cojín junto al fuego, ¡y Foxy tendrá una tina nueva!

Pocas novias pensaban tan poco en sí mismas y tanto en sus pequeños compañeros como Hazel aquella mañana. El desayuno fue sociable, pues Abel hizo varios comentarios. De vez en cuando miraba a Hazel y exclamaba: «¡Demonios!». Hazel reía con alegría. Cuando se detuvo junto a la cancela para esperar el carro del vecino que debía llevarlos, parecía tan llena de blancas promesas como el espino albar que crecía por encima.

Hazel no pensaba mucho en Edward excepto como una presencia protectora. En cambio, la invadían otros pensamientos: el rostro de Reddin, lleno de un fuerte y misterioso pesar; la sensación del contacto con el brazo de Reddin mientras bailaban; su mano, caliente y musculosa, en la de ella… Se esforzó en rechazarlos, consciente de que no eran adecuados para la novia de Edward.

Por fin apareció el carro subiendo la colina con el peculiar tambaleo de las carretas del mercado. El poni llevaba un ramo de

caléndulas en cada oreja, y había lilas en el látigo. Instalaron a los animales: la gata, que daba maullidos ventrílocuos dentro de la cesta, el conejo en la conejera, el pájaro en su jaula de madera y Foxy, que se sentó frente a Hazel. El arpa completó la carga. Se alejaron entre los vítores de los niños vecinos y avanzaron tranquilamente, envueltos en la fragancia resinosa de los bosques de alerce.

El poni de color crema era cojo, lo que daba al carro un balanceo peculiar, y el animal estaba atormentado por los deseos de comerse las caléndulas que colgaban cerca de su nariz, de modo que se contorsionaba en su esfuerzo por alcanzarlas. El viento suspiraba en los altos alerces que, una vez más, como el día del concierto, inclinaban atentos la copa hacia Hazel. En los claros, los jacintos, muy extendidos, pronto palidecerían, camino de la eutanasia; las flores dominaban el arte de morir con igual maestría que el de vivir; eran afortunadas, como pocas criaturas sensibles, pues eran capaces de morir con dignidad.

Cuando atravesaron la cantera, donde se extendían profundas sombras, Hazel se estremeció de repente.

—Alguien camina sobre tu tumba —dijo Abel.

—¡Oh, no digas eso! Me traerá mala suerte el día de mi boda —exclamó Hazel.

Mientras subían la colina, Hazel se inclinó hacia delante como si se esforzara por salir de algún profundo horror.

Cuando la extraordinaria comitiva se detuvo en la cancela, Abel blandió bulliciosamente el látigo cargado de lilas y gritó elaboradas pero incomprensibles ocurrencias; Edward salió de la casa al instante.

Sus ojos se posaron en Hazel, tan vivos, tan rebosantes de ternura, que Abel se quedó en mitad de una frase chistosa.

—Mi Hazel —exclamó Edward, de pie junto al carro y mirando hacia arriba—, bienvenida a casa, ¡y que Dios te bendiga!

—No se puede decir nada mejor que eso —señaló Abel—. ¿No te parece que nuestra Hazel está preciosa? ¿A que va elegantísima?

Edward ni lo oyó. Miraba a Hazel, buscando hambriento una pizca de la misma pasión arrolladora que él sentía. Pero solo encontró alegría infantil, gratitud, afecto y una tenue sombra misteriosa que le hizo albergar muchas esperanzas.

Si en aquella silenciosa habitación del primer piso de la casa hubiera llegado a la decisión contraria; si ese mismo día le hubiera dicho a Hazel lo que implicaba su amor, paradójicamente ella lo habría amado y habría volcado en él la pasión oculta de su naturaleza.

Pero Edward había elegido el camino menos egoísta.

—Bien —dijo en tono práctico—, ¿y si empezamos por descargar a los animalitos y a Hazel?

Apareció la señora Marston.

—Oh, ¿va a ir a un espectáculo, señor Woodus? —preguntó la señora Marston a Abel—. Habría sido muy agradable que tocara el arpa.

—Sí, señora. Para eso he venido. No voy a ningún espectáculo, vengo a una boda a llenarme la barriga.

La señora Marston, bastante aturullada, preguntó qué hacían ahí esos animales.

—Creo, madre, que son para ti —Edward sonrió.

La señora Marston observó a Foxy, llena de vitalidad tras el paseo; al pájaro, abatido y desaliñado; al conejo, con una oreja al revés, con un aire muy poco respetable. Oyó los maullidos ventrílocuos.

—No los quiero —declaró la señora Marston con gran decisión.

—Su casa va a ser un refugio para gatos, señora —dijo Abel.

La señora Marston no encontró palabras para expresar sus emociones.

Pero mientras Edward y Abel acomodaban a los animales, le dijo a Martha:

—Las bodas ya no son como antes, Martha.

—Regalos de la novia al novio —anunció Martha, que siempre leía las reseñas de las bodas locales—: una gata tuerta, un conejo

tonto que estaría mejor en una empanada de carne, un pájaro contrahecho ¡y una asquerosa zorra maloliente!

La señora Marston relajó su dignidad hasta el punto de reírse un poco. Decidió que le subiría el sueldo a Martha el año siguiente.

CAPÍTULO 17



Hazel se sentó en una gran lápida plana con Foxy a su lado. Parecían la escultura en mármol de alguna tumba antigua. Tras el breve y extraño instante de terror vivido en la cantera, al encontrarse entre los muertos, la asaltó un miedo indefinido. Las cruces y las piedras tenían, en aquella ladera azotada por las tormentas, un aire de horrible bravuconería, como si supieran que, aunque los vientos eran más fuertes que ellas, en cambio, ellas eran más fuertes que la humanidad; como si supieran que el mundo entero es la tumba de la belleza y ha sido convertido por el hombre en la cámara de tortura de la debilidad.

Miró lo que decía la lápida: era la tumba de una chica.

—¡Oh! —murmuró, mirando hacia la tremenda cúpula azul, vacía y adamantina—. ¡No permitas que muera joven! ¿Por qué moriría tan pequeña? No dejes que me muera, no lo permitas.

Y la inmensa cúpula vacía y adamantina recibió su plegaria. De repente le entró pánico y huyó de las tumbas llamando a Edward.

Y Edward llegó al instante. Tenía las manos llenas de la col que estaba dando al conejo.

—¿Qué te pasa, pequeña?

—¡Todo esto!

—¿Las tumbas?

—Sí. Me dan miedo.

Edward señaló un laburno que había roto una tumba y ahora se agitaba por encima de ella.

—Mira —dijo—: está fuera de la tumba y de la puerta de la muerte.

—¡Ajá! Pero la que entró en la tumba no ha salido, solo ha salido el árbol. Y seguro que ella quería irse.

En ese momento llegó el amigo de Edward que iba a casarlos.

—Ahora me iré y esperaré a que vengas —susurró Edward.

Edward aguardó en la capilla de paredes encaladas; estaba iluminada tenuemente y tenía unas pocas ventanas emplomadas, casi cubiertas por la hiedra; el espíritu de Edward solo albergaba pensamientos altruistas.

Su madre, vestida de púrpura, entró y pensó que su hijo parecía una imagen sagrada, lo que, para ella era un elogio superlativo. El hermano de Martha estaba presente y hacía sonar la única campana; esta producía un sonido tan leve y fugaz que la blanca capilla parecía un carnero perdido entre las colinas.

El señor James estaba presente, así como varios miembros de la congregación y también Martha, que se había puesto a toda prisa su mejor vestido y un sombrero del que su hermano dijo que «sacaría lágrimas de un huevo».

Cuando la hija del señor James estaba interpretando una pieza en el órgano se oyó un griterío en el exterior.

—¡Se sentirá sola sin mí!

—No les gustará. Es una blasfemia.

Entonces se abrió la puerta y Abel, muy sudoroso y consciente de la importancia de la ocasión, condujo a Hazel con su corona de lirios marchitos. La luz verdosa daba al rostro de Hazel una palidez antinatural, y sus ojos, en los que moraba algún viejo temor procedente de las tinieblas de la vida, miraron hacia Edward como hacia un salvador.

Podría haber sido una novia de un cuento de hadas como las que

surgen de un río o un estanque con un misterioso icor en las venas, escapan de las garras del amante mortal y se derriten con el contacto humano como la nieve. Edward, observándola, se sintió presa de un miedo inexplicable. Deseó que no fuera tan extrañamente bella, que el aroma de los lirios no le hubiera provocado un desfallecimiento tan intenso y le evocara las cámaras mortuorias.

Hasta que Hazel no llegó al fondo de la capilla, los presentes no advirtieron la presencia de Foxy, una pequeña figura rojiza que trotaba de buena gana tras la novia como una dama de honor tan cariñosa como incompetente.

El señor James se levantó y avanzó por la capilla.

—Voy a llevarme de aquí a este animal —dijo; entonces vio que Hazel dirigía el paso de Foxy. La ofensa era, pues, deliberada—. Los animales no pintan nada en un lugar de culto.

—¿Por qué no? —preguntó Hazel.

—Porque… —el señor James se vio incapaz de continuar—. Pues porque no —terminó con aire autoritario.

Cogió la cuerda, pero Foxy se puso alerta.

El colega de Edward se dio la vuelta, con la mano en la boca. Se vio obligado a contemplar la hiedra de la ventana mientras duraba el altercado.

—El mismo que le dio a usted la vida se la dio a Foxy —replicó Hazel—. Donde pueda estar usted, Foxy puede estar. Foxy es mi dama de honor.

—Eso es palabrería pagana —dijo el señor James.

«¡Qué traviesa es Hazel!», pensó la pobre señora Marston. Sintió que no podría volver a levantar la cabeza. La congregación soltó una risita. Las uvas negras y los topos de chenilla temblaban. «¡Qué situación tan desagradable!», concluyó la anciana.

Entonces intervino Edward con una voz llena de autoridad que asombró al señor James.

—Dejemos al animal —dijo—. «También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz»[6].

James, ese animal tiene el mismo Señor que nosotros.

Se hizo el silencio. El otro pastor se volvió con una mirada de admiración hacia Edward y empezó la ceremonia. Esta fue breve y sencilla, pero fue adquiriendo una emoción extraordinaria a medida que se desarrollaba.

Los narcisos de los alféizares de las ventanas miraban a Hazel en un silencio absoluto y sus ojos dorados de rocío parecían semejantes a los de Foxy y a los de la propia Hazel. La fragancia de las flores primaverales llenaba el lugar de una tristeza melancólica. No hay aromas tan desgarradores, tan tristes, como el de los lirios de los valles y los narcisos agrupados fantasmagóricamente junto al oscuro seto del jardín, el de las lilas blancas, cargadas de viejos sueños, o el de los pensamientos, que recuerdan de modo remoto un misterioso éxtasis perdido.

Edward lo percibía todo y se sentía oprimido. Se apoderó de él una gran pena por Hazel y sus criaturas desamparadas; experimentaba una especie de pavor al pensar que no podría defenderlas como habría deseado y le parecía que la debilidad estaba acosada sin remedio. Desde que Hazel había llegado con su triste filosofía de la experiencia, había empezado a advertir esos hechos.

Miró hacia el cielo distante, tal como había hecho Hazel.

«Él es amor», se dijo.

El cielo azul recibió su certeza igual que había recibido la pregunta de Hazel: en total silencio.

La señora Marston observaba a Edward con atención. Luego escribió en su libro de himnos: «Recordar: tengo que darle a Edward un reconstituyente con malta».

Terminó la ceremonia. Edward le sonrió al pasar y se enfrentó con buen humor al ceño fruncido del señor James.

Foxy, aún más dispuesta a salir que a entrar, corrió delante; cuando llegaron todos a la casa, procedente del armario situado debajo de la escalera oyeron el epitalamio de la gata tuerta.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Hazel con voz trémula, mirando

el pastel—: ¡Nunca, en toda mi vida, he visto nada parecido!

—Lo ha glaseado mi madre, querida.

Hazel corrió hacia la señora Marston, le rodeó el cuello con los delgados brazos y la besó efusivamente con gratitud.

—¡Ya, ya! Tranquila, querida —dijo la señora Marston—. Me alegro de que te guste.

Se alisó la seda púrpura con una sonrisa. Hazel estaba perdonada.

—Habría traído la sierra grande si lo hubiera sabido —comentó Abel jocoso.

Solo el señor James se mostró taciturno.

A Foxy se le permitió entrar y deambuló por la habitación ante la incomodidad extrema de la señora Marston; cada vez que Foxy se le acercaba soltaba un grito ahogado. A pesar de estos diversos inconvenientes, fue una fiesta alegre y no se disolvió hasta el anochecer.

Después del té, Abel tocó el arpa; el señor James, con tono condescendiente, decía después de cada pieza: «Muy bien», hasta que Abel de forma brusca le preguntó: «¿Pero usted sabe tocar el arpa?».

Edward acudió al rescate ofreciéndole tabaco al señor James. Se acercaron al fuego, pues el crepúsculo llegaba con frialdad y Abel se quedó solo en el rincón, tocando frenéticamente. Tras semejante merienda le parecía que le correspondía a él tocar lo más fuerte posible.

Hazel, feliz pero inquieta, jugaba con Foxy junto a la oscura ventana, baja y con muchos cristales, donde se agrupaban unos muebles muy apreciados por la señora Marston.

Edward le mostraba a su amigo un mapa ciclista de la región.

La señora Marston hablaba somnolienta de las gallinas —buenas ponedoras, buenas para empollar, buenas aves para la mesa— con el señor James. Hazel, cansada de jugar con Foxy, se arrodilló en la gran otomana redonda con su pico central de tapicería y miró distraída por la ventana.

De repente, Hazel gritó. Edward se puso alerta en un instante.

—¿Qué pasa, querida?

Hazel se había hundido de nuevo en la otomana, pálida y sin habla; pero se dio cuenta de que debía recomponerse.

—Me he clavado un alfiler —dijo.

—¿Un alfiler en un traje de novia? Qué cosas —dijo la señora Marston—. Punzada en la boda, por siempre pinchada.

—¡Oh, no, querido Edward! —gritó Hazel, rompiendo a llorar y dejándose caer a los pies de Edward.

Sin saber bien qué le pasaba, Edward intentó consolarla.

La señora Marston pidió que trajeran la lámpara; se bajaron las persianas y todo quedó envuelto en una apacible luz azafrán.

En el exterior, en la misma actitud que antes, inclinado e inmóvil, se encontraba Reddin. Había visto a Hazel, la observó retirarse y se dio cuenta de que ella lo había visto. Cuando de repente la ventana brilló con el color de los narcisos, retrocedió como si le hubieran dado un latigazo y, dándose la vuelta, bajó pesadamente por el sendero. Giró hacia el bosque y retrocedió hasta situarse frente a la casa. Desde allí vio partir a los invitados y más tarde vio a Martha dirigirse a su casita. Las luces vacilaban y deambulaban. Observó como una de ellas subía las escaleras.

En el interior de la casa, la señora Marston, sin saber muy bien cómo tratar a los recién casados, decidió con tacto desearles buenas noches y dejarlos en el salón. Edward intentó no pensar en todo lo que se estaba perdiendo. Se levantó por fin, encendió la vela de Hazel y, en su puerta, le dio las buenas noches apresuradamente. Hazel aceptó aquella situación con naturalidad; en parte, porque había dormido en esa misma habitación dos noches antes y, en parte, porque Edward nunca le había mostrado un atisbo de pasión.

Cuanto más elevada es la naturaleza, más se da por hecho su grandeza. Edward se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio.

Reddin, bajo el negro techo de pinos, contó las luces y, al ver que eran tres, se volvió a casa con un suspiro de alivio. Pero mientras atravesaba los campos, recordó a Hazel en la noche

anterior; cómo bailaba como una hoja, lo esbelta y joven que era. Reddin era un hombre gobernado por las debilidades y pasiones. De niño, cuando su padre y su madre aún mantenían un poco su posición, rompió una figura de cristal veneciano de valor incalculable tan solo porque no pudo resistir la tentación de agarrarla con la mano. Su padre, que era de esos idiotas que creen que el castigo corporal puede cambiar el alma, le dio una azotaina. Y Reddin, al día siguiente, hizo justo lo mismo con una pieza de porcelana fina como la cáscara de huevo.

Así que ahora, al pensar en la cintura esbelta de Hazel, sus ojos grandes y asustados, sus esbeltas muñecas, se puso a maldecir hasta que las avefrías se alzaron y gritaron a su alrededor. En la espesa oscuridad de los campos solitarios podría haber sido algún héroe de los muertos que pronunciara un recitativo satánico en medio de un coro de almas perdidas.

La larga búsqueda de Hazel, que había iniciado por un capricho, había terminado convertida en una pasión. Si no la hubiera buscado, si nunca hubiera sentido la molesta sensación de frustración al no encontrarla o si hubiera dado con ella enseguida, nunca la habría deseado con tanta intensidad. Ahora, por primera vez en su apasionada vida, sentía que algo misterioso e inoportuno comenzaba a mezclarse con su deseo. Sobre todo, la vida sin ella le parecía sosa e inerte, como si se hubiera instalado ya en la mediana edad. Contempló ese panorama sobrecogido. Caminó cansadamente y el patetismo de la pérdida hizo que pareciera más viejo de lo que era.

La vida con ella significaba una juventud prolongada de modo indefinido, un éxtasis con el que ni siquiera había soñado, el bienestar de toda su naturaleza. Anduvo de mal humor, pensando en cómo habría empezado de nuevo, habría arreglado Undern, habría trabajado para dar a sus hijos —suyos y de Hazel— una buena educación, se habría vuelto más sobrio.

Pero había llegado quince días tarde. ¡Una miserable quincena! A pesar de que había recorrido los campos de toda la región, no había dado con ella. Marston, que se había limitado a permanecer en su

Montaña, la había conseguido.

—¡No es justo! —gritó, y el patetismo se desvaneció en la rabia. Todos los vagos pensamientos de las dos últimas noches, oscuros y turbios, fueron tomando forma muy despacio.

Ya no maldecía ni cavilaba. *Pensaba con* total concentración mientras caminaba. Su rostro adoptó una expresión decidida —nunca había sido un rostro débil, ni siquiera en el peor de los momentos— y parecía un hombre al que no sería fácil combatir. Lo poseía un odio amargo hacia Edward, una furia silenciosa contra el destino, la implacable determinación de conseguir a Hazel, quisiera o no. Ahora tenía un propósito en la vida. Vessons se sorprendió al oír sus órdenes tajantes y autoritarias.

—Mañana a primera hora prepárame unos sándwiches —ordenó —; irás tú a la subasta, yo no puedo ir.

—¿Cómo voy a ir yo? ¿Quién va a hacer los quesos?

—Dáselos a los cerdos.

—¿Quién va a encontrarse con el mozo de cuadra de Farnley? No iré.

—Si eres tan insolente, tendré que echarte.

—¿Quién va a ver al mozo? —preguntó Vessons con mansedumbre no exenta de asombro.

—Al infierno con el mozo. Ponle un telegrama.

—Me llevará casi dos horas ir al telégrafo y cuesta dinero. Y la comida en la subasta cuesta dinero.

—¡Oh! —exclamó Reddin con intensa irritación—. ¡Toma esto, imbécil!

Le tiró la bolsa a Vessons.

«Bueno, bueno», pensó Vessons. «Está de mal humor. Se ha puesto furioso porque ella se ha casado con el pastor. ¡Viva el pastor!».

CAPÍTULO 18



A la mañana siguiente, Vessons salió de casa muy alegre; Hazel había desaparecido del horizonte. Reddin se marchó al mismo tiempo que él y, durante todo el largo día de mayo, la casa de Undern quedó desierta, quieta y silenciosa como si reflexionara sobre su soledad. Reddin no regresó hasta después del anochecer.

Pasó el día de una manera curiosa para un hombre de su categoría: bajo un tejo gigantesco y negro con el tronco partido que dominaba la casa de Edward; apoyado en el tronco que había visto tantas generaciones, había sombreado tantas madrigueras de zorro, había gemido en tantas tempestades.

Por encima de su cobijo navegaban esas vagabundas, las nubes blancas de mayo. Eran ferozmente puras, parecían tan imperecederas como un gran ideal. Avanzaron majestuosas por el cielo, primero sobre la casa parroquial, luego sobre Reddin, y dejaron caer sobre ambos, una y otro, una sombra de color jacinto.

Reddin observaba la casa con indiferencia mientras Martha iba de un lado a otro limpiando la capilla después de la boda.

Entonces la señora Marston se acercó a la puerta principal y la cerró.

Después de eso, durante mucho rato no se movió nada, salvo las

lentas sombras de las lápidas, que se acortaban a medida que el sol ascendía. El laburno ondeaba con suavidad y proyectaba una sombra de encaje sobre la tumba donde la hierba era larga y estaba cubierta de margaritas.

Una paloma torcaz comenzó un soliloquio con su voz profunda y dorada, memorable como la de un santo, rica como la de un amante. Reddin se agitaba con desconsuelo, pisoteando las finas hojas y las delicadas flores de la acedera.

Por fin se abrió la puerta y Edward salió con una pala. Hazel iba detrás. Giraron hacia un lado de la casa y se alejaron del cementerio. Edward empezó a cavar, Hazel estaba sentada en la hierba y parecía evidente que le hacía sugerencias. Con la rapidez de los celos, Reddin adivinó que Edward estaba haciendo un jardín para Hazel y se enfureció.

«¡Yo podría haberle hecho un jardín mucho mejor que ese!», pensó. «Le habría dedicado medio acre del jardín de Undern. Y se lo habría hecho muy deprisa».

Lanzó una exclamación de desprecio: «Qué manera de hacer el tonto con la pala, no ha cavado un hoyo en su vida».

Al poco tiempo, Hazel sacó la jaula del pájaro y la colgó al sol. Y de modo sorprendente, *casi alarmante*, el viejo *pájaro comenzó a* cantar. Era como oír a un viejo entonar una canción de amor. El pájaro estaba ahí, desplumado y casi ciego, cantando a la juventud con la magia de un maestro.

Hazel y Edward se quedaron quietos para escuchar los trinos, cogidos de la mano.

—No había cantado nunca —comentó Hazel, asombrada—. ¡Le gusta la Montaña!

En el pequeño y cálido jardín, en compañía de Hazel, entre las densas margaritas y con la alegría del otrora desolado pájaro resonando en sus oídos, Edward experimentó la felicidad más absoluta.

Se quedó mirando a Hazel con ojos llenos de amor. Hazel parecía florecer en el tranquilo día. Se inclinó y le besó la mano.

Reddin, oculto en una profunda sombra, veía con claridad todo lo que hacían, ya que estaban a pleno sol. Aplastó la acedera con el pie. Al cabo de un rato, Martha hizo sonar la campana de la comida porque era lo habitual, no porque no viera y oyera al señor de la casa. A Reddin le pareció que la nota cascada de la campana era algo sardónica, pues estaba convocando a otro hombre para comer y beber con Hazel. Se comió los sándwiches: no estaba tan enamorado como para perder el apetito. Luego se sentó y leyó las noticias de las carreras. No había peligro de que nadie lo viera, pues el lugar era muy solitario, con la doble soledad de la colina y el bosque. No había niños en el sendero, excepto el hijo pequeño de la amiga de Martha, y este era asustadizo y no se dedicaba a buscar nidos de pájaros. El único sonido, además del canto intermitente de los pájaros, era el ruido lejano del hacha de un leñador que sonaba como ladridos dispersos de sabuesos hambrientos. Nada más se agitaba bajo los arcos complejos de los árboles excepto la luz del sol, que se desplazaba como un fantasma.

Aquellos bosques tan densos de crestas remotas poseían para el ojo vigilante un secreto a medio revelar y para el oído atento estaban llenos de voces urgentes. La resolución de todos los enigmas de la vida podría llegarle a uno aquí en cualquier momento. En una hora o en la siguiente, del tronco ceniciento de un fresno o del rojo sangre de un pino podría aparecer el espíritu desnudo de la vida con un rostro feroz o encantador. Parecía que Dios dormitaba en las largas lianas trenzadas de la madreselva que caía de los tejos muertos; enroscado en una hoja del año pasado; atrincherado en una piña de abeto o descansando en el musgo verde. En cualquier momento, Él podría despertar para bendecir o maldecir.

Reddin, que carecía de ojos y oídos atentos a esas cosas, no era consciente de nada más que de una sensación de soledad. Leyó el periódico sin tregua. Al cabo de casi una hora, Edward y Hazel volvieron a salir, ella con su sombrero blanco y nuevo. Subieron a la Pequeña Montaña de Dios donde las laderas de color verde pálido se extendían hasta el cielo azul oscuro. Desaparecieron en la línea del

horizonte, y Reddin, impaciente, se dispuso a seguir esperando. ¿No iba a tener nunca la oportunidad de ver a Hazel a solas?

«Ese tipo la sigue como un perrito», se dijo.

A Edward le pareció que las laderas transfiguradas de la Montaña eran el lugar adecuado para una cosa que deseaba contarle a Hazel.

—Hazel —dijo—, si alguna vez sientes que preferirías tener un marido en lugar de un hermano, solo tienes que decirlo.

Hazel se sonrojó. La voz de Edward dejaba traslucir una pasión contenida y esta la conmovió. Desde que conocía a Reddin, su ignorancia había empezado a reconocer el sonido de la pasión y también a sonrojarse con facilidad.

Si Edward hubiera entendido mejor a las mujeres, habría sabido que sus palabras eran un error; porque, aunque una mujer sepa que desea un marido, nunca se lo dirá a este.

Volvieron a casa en un silencio forzado. Foxy, asustada por una bandada de perdices, los distrajo al tirar de la correa de la mano desatenta de Hazel y alejarse de la casa parroquial.

—¡Oh! ¡Quiere ir al bosque! —gritó Hazel, echando a correr—. Ve a ver si se ha metido en su tina y yo miraré entre los árboles.

Reddin se sobresaltó al ver a Hazel, que había dejado atrás a Edward y se dirigía directamente hacia su escondite. Corrió hacia él entre los árboles con una gracia fácil, una independencia que le ponía frenético. Una mujer bonita no debería poseer aquella gracia natural; a aquellas alturas, debería haber adoptado ya un porte de matrona, y la independencia debería haberse rendido al servilismo…, al varón, a él. Con sus cabellos, sus ojos de color vivo y su paso grácil y esbelto, Hazel atravesó las sombras vacilantes como si fuera un cervatillo. Pasó junto a su árbol sin verlo y se quedó escuchando. Entonces empezó a suplicar a la fugitiva:

—¿Por qué te has escapado, querida Foxy? ¿Dónde estás? Vuelve conmigo, se está haciendo de noche.

Reddin se alejó del árbol que lo ocultaba y le dirigió la palabra.

Hazel lanzó un grito ahogado y se dio la vuelta para huir, pero él la interceptó.

—No. Ya he esperado bastante. Así que estás casada con el párroco, ¿no?

—Ajá.

—Te arrepentirás.

—¿Por qué viene a atormentarme, señor Reddin?

—Estabas hecha para mí. Eres mía.

—Qué manía tiene la gente de decir que soy de alguien: preferiría ser mía.

—Ya que no quisiste casarte conmigo, Hazel, lo menos que puedes hacer es venir y hablar conmigo de vez en cuando.

—¡Oh, no puedo!

—Cuando tengas tiempo libre, ven hasta este árbol, yo estaré por aquí.

—¿Pero por qué? Es usted un terrateniente con una gran casa y las damas importantes le van detrás.

—Porque yo lo quiero así.

—Déjeme en paz, señor Reddin. Yo estoy bien como estoy y Foxy también, y todos están muy a gusto. El pájaro ha cantado.

—El párroco también, sin duda. Si no vienes a verme con suficiente frecuencia, me acercaré a la casa y miraré por la ventana. Y si sigues sin venir, le diré al párroco que pasaste la noche conmigo y te echará.

—¡Él no lo haría! ¡Y no se atreverá usted!

—Sí, claro que me atreveré. Y él seguro que te echa. Un párroco no quiere una esposa que no sea respetable. Así que como tienes que venir de todos modos —dejó de hablar con dureza e intentó ser persuasivo—, es mejor que vengas de buena gana.

—Pero no me quedé a dormir por mi culpa. Fue culpa de la tía Prowde. ¿Por qué la gente iba a censurarme a mí y no a mi tía?

—¡Señor, no lo sé! Porque eres guapa.

—¿Sí?

—¿No te lo ha dicho ese hombre?

—No, no habla mucho.

—Podrías hacer de mí un buen tipo si quisieras, Hazel.

—¿Cómo?

—Dejaría la bebida.

—¿Y la caza del zorro?

—Bueno, a lo mejor renunciaría incluso a eso… por ti. Sé amiga mía, Hazel.

Hablaba con un encanto indefinible heredado de algún antepasado cortesano. Hazel estaba fascinada.

—¡Pero tiene usted las manos manchadas de sangre! —protestó.

—¡Tú también! —replicó Reddin de modo inesperado—. Me dijiste que matabas moscas, así que eres tan mala como yo, Hazel. Así que sé mi amiga.

—Tengo que irme.

—Di que vendrás mañana.

—Solo un minuto, entonces.

La voz de Edward llegó desde la casa.

—¡La he encontrado!

Hazel corrió a la casa. Pero al salir del bosque se volvió, miró hacia las sombras verdes y vio a Reddin encaminándose a la suya. Lo observó hasta que se perdió de vista; entonces, suspirando, se fue a casa.

CAPÍTULO 19



Al día siguiente Hazel no fue al bosque. Por la tarde, sentada en el tranquilo salón mientras Edward leía en voz alta y la señora Marston tejía, sintió miedo al recordarlo. Sin embargo, todavía le daba más miedo la idea ir.

Había ayudado a la señora Marston a envasar el ruibarbo en la oscura despensa mientras Edward visitaba a un enfermo que se hallaba a cierta distancia. Había sido muy divertido pegar las tapas limpias y escribir luego en ellas. Había comido a placer el contenido de la caja de galletas. Cuando regresó Edward, trabajaron en el jardín. Ahora estaban instalados para pasar la tarde y Hazel aprendía a tejer y retorcía la rebelde lana alrededor de las anárquicas agujas mientras la señora Marston —cubierta con el chal rosa— canturreaba: «¡Derecho, revés, derecho, revés!».

—¿Conseguiré hacer algo? —preguntó Hazel—. Por ahora, esto es como una cuerda.

—Conseguirás lo que quieras, querida —dijo la anciana.

—¿Tejer se parece tanto a la vida, madre? —preguntó Edward divertido.

—Pero esto es solo una maraña —se lamentó Hazel.

Edward le ofreció su ayuda; su intervención fue recibida con

grandes risas mientras la señora Marston seguía canturreando: «¡Una del derecho, otra del revés!».

Reddin pasó por delante de la casa en la oscuridad, oyó las risas y se sintió furioso y desdichado.

Hazel oyó los pasos sobre las ásperas piedras y, alarmada, tuvo la certeza de que era él. Le aterrorizaba que se lo contara a Edward. Entonces se le ocurrió una idea ¿y si se lo decía ella misma a Edward?

Sentada a la luz del fuego con la cabeza inclinada, dio vueltas a aquella idea con tan poca eficacia como retorcía la lana azul alrededor de las agujas. Y desde las sombras silenciosas, mientras Hazel jugaba con el hilo del destino, dos presencias se enfrentaban por encima de su brillante cabeza: una portaba armas, la otra llevaba rosas. Ni la señora Marston, con su melodioso «¡Dos al derecho, dos al revés!», ni Edward, que leía con su dulce voz —le gustaba, pero intentaba no recrearse—, veían aquellas presencias impalpables, las dos con el brazo extendido en dirección a Hazel a la espera de su decisión.

«¿Y por qué no iba a contárselo? No pasó nada malo», pensó Hazel. Entonces se acordó de que sí había pasado algo: tuvo una sensación extraña y esta hizo que saliera corriendo hacia la nieve.

No quería contarle a nadie aquel episodio.

Miró a Edward a través de las pestañas —a Edward, esa mirada le recordaba el estanque situado sobre la casa parroquial, donde el agua ambarina brillaba través de los juncos—. Edward advirtió la mirada, pues siempre observaba a su alrededor mientras leía porque había deducido de un libro sobre elocución que eso era correcto. Sonrió a Hazel y siguió leyendo.

El libro era uno de los que le gustaban a la señora Marston y a las damas como ella. No guardaba la menor relación con la vida real. Los ideales, los personajes, la ética y la trama formaban un conjunto sobrenatural que, además de ser por completo inútil como tónico o bálsamo, era puro veneno. Era imposible imaginar a la protagonista enfrentarse a cualquiera de los hechos de la vida o participar en

cualquiera de esos actos físicos a los que toda la humanidad está obligada y que necesitan algo más que resignación —es decir, total honestidad— para pasar de la humillación a la gloria. Además, era imposible imaginar cómo podía haber llegado a nacer el niño que aparecía discreta y puntualmente en la última página, ya que no parecía posible que lo hubieran engendrado aquellos padres tan anodinos.

Hazel escuchaba con ansia para saber si la heroína había ido alguna vez de noche en un carruaje con un hombre que la escrutaba con osados ojos azules y si se había asustado y se había refugiado en un dormitorio con ratoncitos blancos. Pero en ninguna página había ratones, ni caminos oscuros ni hombres audaces. Cuando terminó la lectura, Hazel había llegado a la conclusión de que no podía decírselo a Edward. La lana azul estaba inextricablemente enredada y una de las presencias fantasmales se había desvanecido.

Entonces mantuvieron lo que la señora Marston llamaba «una pequeña charla»; acercaron la mesilla auxiliar con la bandeja de la tarde, que contenía pastel y cacao, pusieron la tetera y no tardaron en encender las velas.

La presencia que quedaba acompañó a Hazel mientras subía a su cuartito, cuando se desvestía y cuando se acostó para dormir. En la repisa de la chimenea, iluminada por la tenue luz de la luna, brillaba el fondo blanco del texto: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá».

Pero la noche borró las prometedoras palabras.

A la mañana siguiente, y en algún momento durante todos los días posteriores, Hazel se encontró con Reddin bajo el tejo oscuro.

—Te gusta mucho el bosque, querida —dijo la señora Marston una mañana—. Debe de estar muy bonito y agradable en este momento.

—La verdad es que no, señora Marston. Me da miedo.

—Si pudiera salir muy temprano —continuó la señora Marston—, iría contigo. Porque siempre te vas cuando Edward está de visita, y es solitario para que no vayas acompañada.

Aquella mañana salió corriendo a encontrar a Reddin.

—¡No vuelva nunca más, señor Reddín! —exclamó—. La anciana dice que va a venir mañana.

Reddin soltó una maldición. Le estaba yendo muy bien. Era capaz de hacer que Hazel enrojeciera o palideciera a su gusto y, aunque no había intentado besarla, ya se había apoderado de su imaginación.

Cada vez que se veía a sí mismo como lo verían los demás si lo supieran, se apresuraba a decirse: «Todo vale en el amor», y cerraba los ojos. Además, tenía la sensación de que actuaba mal por el bien de Hazel.

«Porque ¿cómo puede una chica vivir en ese agujero mal ventilado con esa vieja y ese tipo sin sustancia?», pensó. «Sería mucho más feliz si viviera con un hombre de verdad y pudiera hacer lo que quisiera en Undern. Siempre que no me llevara la contraria, claro. ¡No, por…! Que bastante tontería he aguantado. Aquí estoy, como si fuera un perro que acosa a un gato subido a un árbol».

Reddin se puso furioso. Su mirada era como un latigazo mientras decía:

—Te lo has inventado para librarte de mí.

—¡No me he inventado nada! —gritó Hazel, temblando—. Pero, señor Reddin, ¿puede dejarme en paz? Edward está leyendo la parte de las muchas mansiones de Salomón, es buenísimo, y la anciana me enseña a tejer.

—Pronto harás algo mejor que tejer.

—¿Para qué?

—¡Oh! ¡Mujeres! ¿Eres del todo inocente, Hazel? ¿O eres una maldita mujer muy lista?

—No lo sé. Pero no puedo venir más.

—No quieres venir, pues muy bien.

—¿Qué quiere decir con ese «muy bien»?

—Quiero decir que, si un hombre decide ver a una mujer, la verá. Ya se las apañará. Si ella quiere esconderse, bien puede hacerlo. Eso lo hace todavía más estimulante. Ahora, vete a tejer un rato. Uf… ¡punto de media!

Ante su risa repentina, las palomas, sobresaltadas, alzaron el vuelo con un acerado repiqueteo de alas.

—¡Oh! ¡Sssttt! Le van a oír y vendrán.

—Me da igual. Me daría lo mismo que me oyeran los muertos, salieran y se interpusieran entre nosotros. ¿Qué estás susurrando?

Hazel había dicho: «Quienquiera que sea, la conseguirá, seguro que la hará suya».

No quiso repetirlo, y él se dio la vuelta, súbitamente enfadado.

Hazel también se dio la vuelta con un suspiro de alivio, pero casi de inmediato miró hacia atrás y observó su figura en retirada hasta que se perdió entre los árboles.

CAPÍTULO 20



En la Montaña, el día del Señor más que ningún otro, Hazel se sentía como una barquita abandonada y varada en una orilla tranquila. No se oía el rumor de Martha limpiando ni se olían aromas procedentes de la cocina y reinaba un silencio hipnótico. Los domingos comían fiambres con col encurtida, ese concomitante de la misteriosa beatitud sabática. A la hora del servicio religioso invadía la casa una leve animación y todo se calmaba luego, igual que el viento en las copas de los árboles.

Hazel se sentía muy orgullosa de Edward en la capilla y un poco sobrecogida por su porte y su aire abstraído. Los domingos perfumados de lilas, cuando leía esas viejas y fragantes historias de amor que él tanto había temido, estaba cerca de enamorarse de Edward. Tenía una voz agradable y profunda.

—«Y tomó para sí a su mujer, la cual dio a luz un hijo»[7].

Tal vez las modulaciones de la voz de Edward fueran para ella tan elocuentes como sus palabras o quizás Reddin había terminado con su distanciamiento infantil, pero Hazel empezó a ver cierta relación entre esas viejas historias y su propia vida. Envidiaba a esas mujeres fascinantes del mundo antiguo. Eran altas, iban vestidas con gran riqueza, moraban bajo árboles de frutos dorados bajo cielos

eternamente azules. Todo era muy sencillo para ellas. No tenían Reddins ni ancianas.

Sus historias transcurrían sin embrollos, no como la lana de su labor. Empezó a desear ser una de esas damas de ojos oscuros, claras e inmutables como el marfil pulido, que se deslizaban lentas y majestuosas por el amanecer rosado, llevando sobre la cabeza, con gracia y sin esfuerzo, hermosos cántaros de agua para un mundo sediento.

Edward le había mostrado una imagen así en la Biblia ilustrada de su madre. De modo instintivo, recurrió al único vínculo existente entre ella y aquellas mujeres.

«Edward me tomó por esposa», pensó. Nuevas ideas, difusas y dulces, se abrieron paso en sus pensamientos, como los brotes de hojas dentro de la corteza de un árbol en primavera, y llevaron una nueva expresión a su rostro.

Los ojos de Edward se desviaban una y otra vez hacia el rayo de luz polvorienta donde Hazel estaba sentada, su rostro inclinado era tan misterioso como lo es toda vitalidad cuando se ve en un nuevo aspecto. El aire recatado que tenía en la capilla se contradecía con un naciente gesto de desenfreno que le rondaba los labios.

Edward intentaba seguir atento a sus oraciones y, por un momento, deseó ser episcopaliano y tener ya las plegarias escritas. En una ocasión se lo mencionó a su madre y esta se escandalizó mucho. En su opinión, las oraciones hechas en casa eran las mejores, igual que el pan y la mermelada casera.

—En cuanto a la mermelada que se compra hecha, ese es el recurso de los descuidados, y no hay nada más que decir. Lo mismo pasa con las oraciones. La mejor oración impresa no es mejor que la mermelada ya hecha a cuatro peniques la libra y, además, un poco fermentada.

Edward predicaba con tropiezos, tal como decía el señor james: «Igual que mi vieja yegua Betsy, un paso y un tropezón, un cabeceo y una caída… Y llegamos al final cuando Dios quiere, es decir, tarde».

En la capilla todavía hacía calor, aunque el verde frescor de la tarde se imponía fuera y los pájaros habían salido del estado comatoso en el que pasaban el día. En los pinos oscuros del otro lado del sendero, las palomas torcaces hablaban con voces profundas en un idioma más antiguo que la escritura más antigua del hombre. Los cucos gritaban en los alerces mecidos por el viento, de un verde más allá de lo imaginable, situados en la parte trasera de la capilla. Un mirlo meditaba en alta rapsodia, muy ociosa, pero muy incansable, sobre asuntos más profundos que el estanque del soto situado más abajo, profundos como el misterio de los huevos pecosos que había en su nido en el espino. Las alondras jugaban a entrar y salir de las retamas amarillas con pequeños vuelos y breves cantos. Las abejas silvestres de color naranja brillante y los abejorros negros entraban flotando por las ventanas abiertas. Las gallinas negras y blancas de la señora Marston, así como el gallo menorquín, picoteaban en la puerta abierta y entraron llenas de curiosidad, ante lo cual, Martha, que se sentaba cerca de la puerta con ese propósito, las echó con el palo del tendedero, que manejaba con habilidad magistral.

La señora Marston, que miraba a Hazel cada vez que decían «amén» —momento en el que hay que alzar la vista, como hacen las aves después de beber—, pensó que era una lástima. No se dijo ni a sí misma qué era lo que le daba pena, pero concluyó con una reflexión: «En fin, los padres sin hijos no pecan», y cerró los ojos apresuradamente al darse cuenta de que estaba a punto de llegar otro amén. La voz de Edward había adoptado un tono de alivio que anunciaba el fin de una oración.

La señora Marston le echó un vistazo y decidió ponerle un poco de anís en el té. «Pensar mucho es tan malo como un coágulo en la sangre», reflexionó. Pero Edward no estaba pensando. Hacía algo mucho más extenuante: sentir.

Hazel se maravilló de la viveza de los ojos de Edward cuando este, que estaba de rodillas, se levantó.

«Me alegro de ser la señora de Edward y no la del señor

Reddin», pensó.

Hacía una semana que no veía a Reddin, pues desde su última cita en el bosque temía tanto encontrarse con él que apenas había salido de la casa.

Los días eran bastante aburridos sin las visitas al bosque, pero más seguros.

Edward leyó su texto:

—«A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió»[8].

Toda su ternura por Hazel se filtró en su sermón. Habló del poder de la protección como casi el mayor bien en la vida, la mejor de las tareas. Arguyó que era la recompensa inevitable de la abnegación y que, si uno estaba dispuesto a la abnegación, podría proteger de todo daño a los seres queridos.

Se oyó un crujido de grava fuera y Reddin entró. Se sentó justo detrás de Hazel. Edward levantó la vista, satisfecho de tener tan importante feligrés en su parroquia, y siguió con el sermón. Hazel se puso roja y blanca alternativamente y parecía tan incómoda que Reddin estuvo cerca de sentir pena, pero no apartó la vista de su perfil.

Por fin la señora Marston, siempre atenta a los síntomas físicos, susurró:

—¿Te mareas? ¿Quieres salir?

Hazel salió con torpe precipitación y la señora Marston la siguió tras murmurar algo incomprensible en dirección a Edward para tranquilizarlo.

Edward continuó con el servicio religioso a trompicones.

Reddin, dándose cuenta de que había sido burlado por la astucia femenina, sonrió. Edward se preguntaba quién podría ser ese hombre de aspecto distinguido y boca despiadada. Pensó que sonreía a sus expensas, pero lo cierto era que Reddin lo contemplaba con bastante respeto.

Le parecía que era un hombre al que había que tener en cuenta.

«El párroco tiene carácter», reflexionó, escrutándolo, «y Dios

sabe que voy a ponerlo a prueba».

Volvió a sonreír como siempre hacía cuando domaba caballos.

Se levantó de repente y salió. La señora Marston, que estaba administrando a Hazel un cordial de frambuesa en el salón, lo oyó llamar y se dirigió a la puerta principal.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Reddin con sus modales más agradables—. ¿Necesitan un médico o alguna ayuda?

La señora Marston soltó una risita. Le gustaban los hombres jóvenes y Reddin le pareció «un muchacho agradable» a pesar de sus cuarenta años. Le agradaron sus buenos modales mientras esperaba sus órdenes, gorra en mano. Y, por encima de todo, sintió curiosidad.

—No, gracias —dijo ella—. Pero pase, de todos modos. Es muy amable por su parte. ¡Y qué día tan caluroso! Pero se está muy bien en el salón. ¿Tomará usted algo fresco? ¿Qué le apetece?

—Un jerez —dijo, con los ojos clavados en los de Hazel.

—Dudo que quede algo de la botella para el pudín de Navidad, pero iré a ver —dijo la señora Marston muy agitada. Qué cosa tan trágica para ella, que se enorgullecía de ser tan buena ama de casa, no tener jerez cuando se lo pedían.

Sus pasos se fueron alejando mientras bajaba las escaleras del sótano.

—¿Así que pensabas que me habías burlado? —dijo Reddin—. Ahora sabes que no he domado caballos toda mi vida para nada.

—Déjeme en paz.

—No lo dices en serio.

—¡Ajá! Claro que sí.

—¿Después de haber recorrido todos estos kilómetros para verte, día tras día?

—No me importa cuántos kilómetros haya recorrido —exclamó Hazel—. ¿Por qué viene? ¡Vuelva a la casa oscura de donde ha salido y déjeme en paz!

Reddin abandonó su patetismo.

Hazel estaba sentada en el sofá de crin de caballo y él en un

sillón en un extremo. Extendió un brazo y tiró de ella hacia atrás de modo que su cabeza golpeó el marco de caoba del sofá.

—¡Ni hablar! —exclamó Reddin.

La besó con violencia y con esos besos quiso resarcirse de los días que había pasado esperando durante las últimas semanas. Hazel se echó a llorar por el dolor del golpe; le dolían los besos y, además, Reddin le presionaba en el pecho con el hombro. La sacudieron extraños temblores. Le dio un puñetazo y él se echó a reír.

—¿Te portarás bien? ¿Harás lo que te diga? —preguntó Reddin.

—Le estaría muy agradecida —dijo ella con un hilo de voz— si dejara de aplastarme con el hombro.

Algo en la *petición* lo *conmovió. Permaneció* en silencio durante un rato en el sillón de Edward y se miraron el uno al otro inmóviles, como hechizados. Reddin lamentaba su violencia, pero no quiso decirlo.

Entonces oyeron los pasos de la señora Marston, que entró con un gran decantador.

—Tengo un poco de vino de grosella hecho con la receta de Susan Waine, pobrecilla —dijo la señora Marston—. Era prima de mi marido, una buena chica. Nunca hubo nada malo en su casa, y doce hijos tuvo Susan. Recuerdo muy bien que la alfombra (era de yute verde, reversible) quedó toda arrugada en su funeral por culpa de los pies de los portadores. Y George Waine dijo: «Eso le va a molestar a Susan», y entonces se acordó y rompió a llorar, ¡pobre hombre! Y lloró hasta que todos nos quedamos tristes y abatidos. ¿Por dónde iba? Oh sí, es un poco fuerte, ya lo verá, cumplirá cuatro años este próximo verano. Siento muchísimo no tener jerez, la culpa es de Martha, que lo terminó para devolver la botella, ¡Y resulta que me pide jerez!

—¿Sí? Oh, bueno, esto también me gusta, gracias.

Reddin se sintió incómodo al beber vino en casa de Marston. Le parecía poco deportivo engañar a la anciana. No tenía reparos con Hazel; si se mostraba sensata, le daría la vida que quería y otras

cosas que sus instintos le pedían a gritos. Posiblemente, Reddin tenía razón al imaginar que los instintos de Hazel traicionaban a su personalidad. Porque la Naturaleza —esa madre sardónica—, mientras llora con la cadencia plateada de diez mil ruiseñores, dice: «Tomad lo que queráis, hijos míos», y luego, en la oscuridad de su cueva de hechicera, vela para que sus hijos quieran lo que ella se ha propuesto.

—¿Es de su agrado, señor…? No he entendido bien su nombre —dijo la señora Marston.

—Reddin, señora. Jack Reddin, de Undern.

El nombre sonó en la silenciosa habitación con un ruido sorprendente, como un disparo en un bosque por la noche, cuando los pájaros duermen en el nido.

En ese momento entró Edward, que no había esperado a que el señor James terminara la colecta.

—¿Está bien Hazel, madre? —dijo desde la puerta principal.

—Oh sí, querido. No era más que el calor. Y aquí hay un caballero que desea verte, es el señor Reddin de Undern.

Edward se adelantó con la mano extendida y Reddin la estrechó. Sus ojos se encontraron; un curioso silencio cayó sobre la habitación; Hazel suspiró temblorosa.

—Encantado de verle en nuestro pequeño servicio religioso, señor Reddin —dijo Edward con cordialidad.

—Gracias —contestó Reddin con una sonrisa.

—Me alegro de que haya algo en nuestra sencillez que lo atraiga —Edward empezó a preguntarse si, al fin y al cabo, sus sermones no serían tan malos como creía.

Reddin volvió a soltar una carcajada que Edward achacó a la timidez.

—Espero que volvamos a tenerlo a menudo por aquí.

Reddin entornó un poco los ojos.

—Sí, gracias. Por supuesto que nos volveremos a ver.

—¿Desea usted quedarse a cenar?

—Gracias.

Reddin había cambiado de opinión: aquello ya no le parecía poco deportivo y no tenía el menor reparo en relación con Edward. Era una lucha de hombre a hombre y el ganador se llevaría a la mujer. Aquel era el código explícito de sus antepasados, y para él mismo y sus contemporáneos era un código tácito. Empezó a parecerle tan divertido como una carrera de obstáculos.

Edward se sentó junto a Hazel y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo está mi pequeña?

Ella lo miró, inmóvil, y sonrió. Reddin los miró durante un momento, interpretando sus actitudes a su manera. Para la mente impura, toda franqueza de palabra o de acción es sospechosa. Se volvió de repente hacia la señora Marston.

—No puedo quedarme, después de todo —dijo—. Acabo de recordar… algo. Muchas gracias… —Miró con aspecto reflexivo a Hazel—… por el jerez.

Y se fue.

—Querido —exclamó la señora Marston con aire triunfal—. ¿No digo siempre que el vino de grosella de la receta de Susan Waine es tan bueno como el champán? Ahora podéis ver que tengo razón. Le ha gustado al señor Reddin de Undern, un joven agradable, aunque tiene un gesto duro en la boca. Y recuerdo que cuando era niña había un hombre con una boca parecida que vino a la feria de mayo con una rueda mágica, y era sorprendente que la rueda nunca se detuviera frente a uno de los premios, excepto cuando él la hacía girar. Tenía tantas ganas de ganar un gato verde y amarillo, de porcelana auténtica, que me gasté hasta el último penique, pero la rueda no se detuvo allí.

—¡Pobre madre!

—Sí, querido. Lloré a moco tendido. Y nunca he confiado en la gente que tiene una boca así desde aquel día. Pero, por supuesto, el señor Reddin no tiene nada que ver y está muy por encima de los feriantes y sus ruedas.

—Ese hombre me es indiferente —dijo Edward.

—Y a mí —dijo Hazel en tono sincero.

CAPÍTULO 21



A la mañana siguiente, Hazel se levantó temprano. No podía dormir y se le ocurrió bajar al valle en busca de setas de primavera.

Salió con sigilo de la casa, que estaba silenciosa como la muerte, con la única excepción de los ronquidos de la señora Marston, suaves pero omnipresentes. Afuera, en el cementerio, donde aún no cantaban los pájaros, era como si los muertos se hubieran levantado en las horas descarnadas —entre las doce y las dos— y esperaran discretos y majestuosos, cada uno en su lecho, para bajar a romper su largo ayuno con la abeja y la serpiente de hierba en refectorios demasiado diminutos y demasiado inmortales para que los vivos los conocieran. Las lápidas parecían más altas, como si hubiera una presencia tras ellas; la exuberante hierba, gris y pesada por el rocío, parecía barrida por multitudes que desfilaban en silencio. Olía a humedad; el lugar tenía a la vez el aspecto desaliñado propio de algún pasado festejo y el aire expectante de un escenario preparado para un drama futuro.

Foxy soltó ladridos agudos, muy viva en el reducto de los muertos, y Hazel fue a explicarle por qué no podía ir con ella. Mantuvieron una larga conversación. Hazel susurraba y Foxy la miraba con ojos elocuentes. Foxy tenía una acusada personalidad.

Era siempre muy digna y podía ser graciosa, cariñosa o exigente en cuestión de comida sin perder un ápice de todo ello. Era dueña de sí misma; lo salvaje era su reino. De su actitud se entendía que, si se encontraba en una caseta de perro, era de incógnito y por elección propia. Hazel, sentada a la mesa de Edward, tenía la misma expresión.

Cuando la conversación terminó, y Foxy se acurrucó obedientemente a dormir con un movimiento tan rápido como un verso, Hazel bajó la colina. Se sentía valiente; ir al valle era desafiar a la civilización. Tenía el prendedor de la señora Marston —una mariposa dorada con varios bucles— para mantener las enaguas recogidas cuando fuera necesario. Cargaba también con la bolsita con la que Edward acostumbraba a llevar la comunión a una capilla lejana. Para ella, las setas estaban tan limpias como la comunión, eran no menos misteriosas e igual de accesorias para las necesidades humanas. Nada podía ser más mágico y sagrado que las setas sedosas y rosadas colocadas para ella en los prados durante la noche por las hadas o por alguien más grande y poderoso llamado Dios.

Mientras bajaba por la montaña, parecía que todo el campo estuviera nevado. La niebla, suave, lanosa y muy blanca, se extendía por la llanura lejana en franjas que llenaban el valle y cubrían las lejanas colinas casi hasta las cumbres. Las cimas del bosquecillo del cazador y la Montaña de Dios, así como la que se alzaba detrás de Undern, destacaban por su color verde oscuro. Los grandes rosales silvestres, engastados con pálidos capullos de coral, parecían élficos sobre la escena invernal.

A medida que Hazel descendía, la niebla se fue alzando como un muro a su alrededor, aislándola de Undern y de la Montaña. Se sentía como una niña que hubiera escapado de la escuela, libre y autónoma durante las horas nacaradas de la mañana. Cuando llegó a los prados, se recogió las faldas muy por encima de las rodillas, se quitó los zapatos y las medias, y se arremangó hasta los hombros. Corría como una ninfa, pequeña y esbelta, con sus piernas y brazos

gráciles brillando en el fresco y frío rocío. Buscó nidos y llamó a los cuclillos haciendo cucú, y encontró un polluelo, salvajemente egoísta, todavía joven para el vuelo, pero preparado psíquicamente para incontables hazañas.

—¡Qué orgulloso! —dijo Hazel—. Deberías estar en mi lugar con una vieja somnolienta que tuerce la boca, haga lo que haga, y un joven… —Se detuvo. No podía ni hablarle a un pájaro de Reddin. Bailó entre las margaritas cerradas, salvaje como un hada, y cuando salió el sol, su sombra la imitó con delicadas tonterías. En su mano, y en la de su sombra, se balanceaba la pequeña bolsa negra de la comunión.

Siguió adelante sin rumbo. Por fin encontró un viejo pasto donde pesados caballos de labranza la miraron por encima de sus flancos pulidos y un potro de ojos tristes se levantó para saludarla. Allí encontró champiñones en grandes cantidades. Los setos antiguos colgaban sobre el campo y le hablaban con voces fragantes. La gloria del espino cedía el terreno al nácar de las rosas silvestres. Alargó la mano para coger algunas y se le deshizo el peinado; prudente, guardó las horquillas en la bolsa para el viaje de vuelta. Era intensamente feliz, como lo está un pez cuando se zambulle de nuevo en el agua. Había nacido para eso, no para el consuelo temeroso de Dios o la marchita grandeza de Undern. Tenía un parentesco muy profundo con los árboles, una simpatía tan intuitiva con las hojas y las flores que parecía como si la sangre de sus venas no fuera lenta sangre humana, sino sabia volátil. Era de una raza que llegará en un futuro lejano, cuando hayamos superado nuestro egoísmo; el egoísmo descerebrado de un niño pequeño que arranca las alas a las moscas. Alcanzaremos el desapego filosófico y la empatía emocional. Incluso hemos superado con creces la época en que un gran genio como Shakespeare podía ser tan torpe en la interpretación de la vida que no fuera humana. Hemos dejado atrás los siglos sangrientos en los que matar era el único deporte, y hemos llegado a los tiempos mejor considerados en los que los amantes de las matanzas son conscientes de que es necesario un

esfuerzo distinto para conservar «los buenos viejos deportes ingleses»[9]. Nos esperan tiempos mejores. Ahora, aunque los libros más caros y mejor encuadernados de las librerías tratan sobre el asesinato y sus ramificaciones, nadie los lee. Se compran en Navidad para parientes necesitados y niños pequeños.

Hazel, en los campos y bosques, disfrutaba tanto de todo ello que caminaba en una exaltación mística.

Reddin, cuando estaba en los campos y bosques, solo se divertía a sí mismo. Llevaba consigo su propia atmósfera con él dondequiera que fuera y, ante sus pasos, la debilidad huía y la belleza se doblegaba.

El cielo florecía en los parterres de rosas, más frágiles y brillantes que las silvestres, y se fundía en lagunas más verdes y más pálidas que las nervaduras de una hoja de haya tierna. Los setos de hadas eran altos, estaban ruborizados de belleza; las aguas verdes y aéreas se hundían tanto en el misterio que parecía como si en cualquier momento Dios pudiera caminar por allí como en un jardín, delicado como una polilla. Abajo, junto al arroyo, Hazel encontró altas alismas, con copa triple, erguidas sobre el lodo como candelabros, y pequeños nomeolvides de hojas rugosas que miraban sus reflejos líquidos con complacencia. Observó cómo se bañaban los pájaros: los camachuelos de plumas lisas; los esbeltos mosquiteros; los zorzales con pecho de armiño; los lujuriosos mirlos de picos amarillos. Dejaban pequeños rastros ordenados sobre el barro blando, bebían, se bañaban, se acicalaban y dejaban otras huellas pulcras. Luego, tal como Hazel habría dicho, despegaban desde lo alto de la orilla y volaban bajo, a través del prado pintado, o volaban alto hacia el árbol esmaltado, y silbaban y cantaban hasta que el aire se llenaba de plata.

Hazel estaba de pie como si fuera Eva, con las manos entrelazadas, los ojos llenos de éxtasis, por completo olvidada de sí misma, encantada con aquellos juguetes vivientes.

—¡Eh, qué pájaro tan bonito! —exclamó cuando un gran cuclillo sedoso se posó en el barro, bebió con dignidad y alzó el vuelo

vacilante hacia un fresno lejano—. Foxy debería ver todo esto —añadió.

Las avefrías de cresta plateada daban vueltas y gritaban con melancólica cadencia, y un faisán leonado sacó a sus crías de paseo. Ahora que el rocío había desaparecido y las telarañas ya no cubrían de plata el campo, este era del color azul de las verónicas —cada flor pintada con un tono creciente: una manchita de blanco, esbeltos estambres y redondas bolas blancas de polen—, mundos de una actividad silenciosa y encantadora. Cada flor iba acompañada de una familia de capullos, joyas azules salpicadas de blanco, todas cerradas en su misterio. Contemplar el campo no solo lleno sino rebosante de flores era como contemplar diez mil santos extasiados, diez mil niños bailando. Hazel no sabía nada de santos. No tenía palabras para la maravilla que la rodeaba. Pero la sentía y la disfrutaba con una pasión que ninguna palabra podría expresar.

La señora Marston había dicho ya en varias ocasiones: «Me temo que a Hazel le gusta mucho perder el tiempo». Pero ¿qué es perder el tiempo? Comer y dormir; oír a hombres graves y laboriosos leer en voz alta unos libros igualmente graves y laboriosos que hemos oído ya cientos de veces; acosar a Dios (al que imaginamos como un ser con un gran oído) para pedirle bienes materiales; amasar propiedades… Según el mundo, todo lo dicho no es una pérdida de tiempo. Pero beber de la copa de la belleza; levantar el frondoso manto de la tierra y buscar al Dios que allí se encuentra (ya que allí, sin duda, mora), a los ojos del mundo es una pérdida de tiempo. Oh, sucio y pesado mundo de ojos turbios: ¿cuándo te lavarás y te quedarás limpio?

Hazel llegó a un lugar donde las aguas blancas cruzaban la carretera en un vado brillante y poco profundo. Ahí se quedó, apoyada en el puente de madera, escuchando cómo los pequeños guijarros chocaban unos contra otros; contemplando los destellos de rubíes, zafiros y esmeraldas iluminados por la luz tangencial; oliendo un aroma como el de ningún otro (con la única excepción del aroma del aire en una montaña desolada, o el de la nieve): el olor del agua

que fluye. Observó las lavanderas grises, pulcras y finas, que corrían alocadas por la grava húmeda como maestrillas alteradas. Entonces, en un enorme sauce plateado que, como una paloma, parecía empollar el vado, una curruca capirotada comenzó a cantar. Los trinos y borbotones de melodía perfecta, las doradas repeticiones, los ascensos que elevan el corazón y las caídas melancólicas que descienden suavemente como una flor, le parecieron tan maravillosos como el canto de un ángel. Ella y el pájaro, cobijados bajo las plumas plateadas de los árboles, vivieron un momento intenso de creación y receptividad hasta que, de repente, se oyó el ruido agudo de los cascos de un caballo, el canto se interrumpió, el sauce quedó vacío y el caballo de Reddin chapoteó en el vado.

—¡Oh! —gritó Hazel—. ¿Por qué ha interrumpido el canto? Era un pájaro precioso y ha echado a volar.

Reddin había estado cabalgando por sus tierras, una zona de pasto de ovejas que quedaba frente a la Montaña y dominaba el valle. Había visto a Hazel deambular por el camino, mostrando sus blancas extremidades, con *el pelo leonado suelto. Pensó que tenía que* estar viendo mal. ¡Piernas desnudas! ¡Brazos desnudos! El pelo suelto, ¡y sin sombrero! En su condición de caballero rural, aquello le parecía asombroso. Como hombre, espoleó el caballo cuesta abajo, corriendo el riesgo de sufrir una mala caída.

Hazel, a diferencia de las mujeres civilizadas, que viven perseguidas por los espejos, tendía a olvidarse de sí misma y de su aspecto. Eso era lo que le había pasado. Pero algo en el rostro de Reddin hizo que se diera cuenta. Se quitó a toda prisa la pinza que le levantaba la falda y se puso las medias y los zapatos.

—¿Qué canto? —preguntó Reddin.

—El de un pájaro en el árbol. ¿Por qué lo ha asustado?

Reddin estaba indignado. Al ver a Hazel vagar así tan cerca de su finca, había pensado que acudía con la esperanza de verlo. También había pensado que lo extraño de su atuendo era producto del esfuerzo por atraerlo.

Todas las cosas son puras para los puros.

—Pero seguro que querías verme. ¿No has venido por eso? —preguntó.

—No, he venido a recoger las setas pequeñas que salen con la lluvia tibia, pues no hay setas como las de primavera. Y vine a ver las flores, a escuchar los pájaros y a mirar los nidos.

—Podrías tener muchas flores y pájaros en Undern.

—Hay muchos en la Montaña.

—Entonces, ¿por qué has venido hasta aquí?

—Para estar sola.

—¡Qué desaire para mí! —exclamó Reddin sonriendo. Le gustaba la oposición—. Escucha, Hazel: sí vinieras a Undern, te haría disfrutar de la vida.

—Pero no quiero. Soy la esposa de Edward.

«Esposa». Al oírlo, su rostro enrojeció. Se volvió loco.

Se bajó del caballo y la besó.

—¡No quiero ser la señora de nadie! —gritó Hazel con enfado—. Ni la suya ni la de Edward. Pero me he casado con Edward y así son las cosas —dijo, dando media vuelta—. Que tenga usted un buen día —añadió con sus modales anticuados.

Hazel empezó a subir por el camino. Reddin observó la figura desamparada y fina, armada con la bolsa negra, cansado de tanta resistencia. Estaba enfadado y abatido. El amo de Undern había sido rechazado por segunda vez.

—Bueno —dijo, examinando la figura que se alejaba—, la próxima vez no te lo pediré, señora mía. Y no podrás negarte.

Reddin regresó a su casa, acompañado por ese compañero tan deprimente: la sensación de la propia mezquindad. No podía ignorar que el ejercicio de la fuerza contra los débiles era una de las cosas más viles de la tierra.

CAPÍTULO 22



Hazel cogía flores de arándanos y chupaba las gotas de miel como si fuera una abeja. Las flores eran como pequeños tulipanes rosados invertidos, mágicos y pálidos. El cielo también era como un tulipán rosa veteado y salpicado de púrpura y azafrán. En lo más hondo, como la miel de las flores, se hallaba el sol bajo y dorado. La tarde pasaba de puntillas sobre la cumbre de la ventosa colina.

Hazel había comido bastante miel y había dejado una huella apreciable en la producción de arándanos de una buena extensión de terreno, pues sorbía tan deprisa como una abeja. Era una de esas personas llenas de impaciencia durante las horas soleadas del día, que persiguen la alegría antes de la llegada de la noche. Tenía cierta premonición. Tomaba lo que sus ojos deseaban y lloraba cuando se sentía decepcionada. Pues está en las naturalezas tranquilas, envueltas en una quietud atemporal, que les guste tomar las cosas como vienen y no pedir nada. Hazel chupaba los tulipanes de las hadas como podría hacerlo un duendecillo de dientes afilados y a menudo se los comía enteros. Así que compartía ambos sacramentos, aunque los tomara sola, comulgando con pan y vino con miel y tomándolo de unas manos que no veía, de una presencia que no era capaz de calibrar. Ni siquiera se preguntaba si sería para

bien o para mal, apenas era consciente de ello. Cuando encontraba una gota de miel inusualmente grande en una flor, cantaba. Su canto era tan incoherente como el de las alondras que, con su rápida ondulación de notas y sus vuelos vacilantes, eran tan ávidas e inconstantes como ella misma. Su voz se elevaba por encima de los pastos, y las ovejas levantaban la vista en actitud contemplativa, como si fueran ancianas tejiendo punto en un concierto. Hazel se había hecho una corona con dos dedaleras y las profundas y oscuras campanas se agitaban sobre ella mientras caminaba, como un bufón en un mundo afligido, coronado de locura.

De repente, un grito resonó en la colina y silenció a Hazel y las alondras. Contra las flores que crecían en el oeste, negro sobre escarlata, vio a Reddin en su alto caballo negro galopando hacia ella. Las nubes se iban congregando a medida que se acercaba el final del día y corrían con él. Por un gran agujero redondo entre las nubes, la luz se derramaba sobre Hazel como concentrada por un espejo ustorio. La luz ardía sin cesar sobre ella y, cuando se movió, como dirigido por una mano invisible, apareció Reddin y el trueno de los cascos de su caballo resonó en los oídos de Hazel. Lanzándose así sobre los pastos, rompiendo el silencio de todo un año, era la encarnación del principio destructivo, de la crueldad de la mayor parte de la sociedad humana —voraz y carnívora—, curiosamente insensible a la sensibilidad del resto del mundo.

—Por un momento he pensado que era la jauría de la muerte —dijo Hazel, hablando primero, como siempre hace el más nervioso. Se quedó incómoda mirándolo como mira un conejo sorprendido a medio salir de su madriguera—. ¿Adónde va usted? —preguntó al fin.

—Estaba buscándote.

Hazel no apreció el halago, ya que le inquietaba su cercanía.

—¿Dónde está tu amo y señor?

—Edward no es mi amo. No tengo amo —Hazel se ruborizó de indignación.

—Sí, yo soy tu amo.

—Eso no es cierto y nunca lo será. Reddin no dijo nada. Se quedó mirándola desde lo alto. Veía su figura esculpida contra el cielo, esbelta y diminuta; sin embargo, el instinto poseía fuerza suficiente para arrancar mil árboles y convertirse en sujeto central. Reddin, montado a caballo, ofrecía la mejor estampa; su dureza y aspereza parecían cualidades necesarias, y su exceso de virilidad devenía en coraje y fuerza de voluntad.

Hazel le devolvió la mirada desafiante; pero al fin bajó los párpados y se dio la vuelta.

—Soy tu amo —repitió Reddin en voz baja.

Estaba tan seguro de ella como de los conejos y liebres que cazaba en las trampas de resorte cuando el hambre los llevaba en contra del instinto. Hazel se sentía ahora arrastrada contra el único instinto que había experimentado hasta la fecha: el instinto de huida y autoconservación de las criaturas salvajes. No dijo nada.

Reddin sentía un bullicioso triunfo como nunca había despertado en él Sally Haggard.

—Soy tu amo —volvió a decir y se rio como si disfrutara con la repetición—. ¡Ven aquí!

Hazel se acercó despacio, levantó la vista y rompió a llorar.

—¡Pero bueno! ¿Ya lloras? —dijo, preocupado—. Guarda las lágrimas para cuando tengas motivo para llorar.

Desmontó y deslizó la rienda sobre el brazo.

—¿Qué pasa, Hazel Woodus? —La rodeó con el otro brazo.

Las ovejas parecían más viejas que nunca; ya no parecían ancianas en un concierto, sino viejas que miraran a un blasfemo por encima de los libros de oraciones.

—No me llamo Woodus. Debería llamarme usted señora Marston.

Como respuesta, la besó de tal forma que ella gritó.

—Eso es para que veas si tengo ganas de llamarte señora Marston.

—Pues lo prefiero.

—¿Qué?

—Ser la mujer de Edward a ser la suya.

Reddin trituró una dedalera de un pisotón.

—Y Foxy tiene una gran perrera nueva, y yo un asiento en la capilla, un arbusto de lilas y un jardín, y una raíz de orgullo de virgen.

—¡Todo eso será mío! —dijo Reddin, y se detuvo, confuso por el simbolismo y sin saber bien lo que decía. Hazel también guardaba silencio jugueteando con una flor de dedalera.

—¿Qué haces? —preguntó Reddin.

Hazel se alegró de tener algo que decir.

—¡Mire! Cuando pones la flor a contraluz se ven dos cositas verdes como si fueran personitas dentro de una carpa. ¡Creen que están a salvo ahí dentro! —se inclinó y dijo—: ¡Os veo, os veo!

Reddin prefería volver a temas más satisfactorios.

—Son solo dos, como nosotros —dijo.

—¡Ajá! Estamos como bajo una tienda de campaña —respondió ella, mirando al arqueado cielo.

—Solo que no hay nadie mirándonos.

—¿Cómo lo sabe? —susurró ella con aire grave—. A lo mejor hay alguien al otro lado de ese cielo azul y nos observa como nosotros miramos la flor. Y si quiere, puede romperla y cogernos.

Reddin miró a su alrededor casi con aprensión. Luego, para poner fin a la superstición de la mejor manera, la atrajo hacia sí y la besó otra vez.

—Para eso están las tiendas y para eso estás tú —dijo Reddin. Pero sintió un escalofrío y Hazel se asustó tanto que pareció escapar a un lugar remoto.

—Tengo que irme a casa —dijo Hazel—: el sol está bajo.

—¿Irás al bosquecillo del cazador el domingo?

—¿Por qué iba a ir?

—Porque yo lo digo.

—Pero ¿por qué? —preguntó asombrada.

—Porque quiero que vayas.

—Pero tengo que ir a la capilla con Edward y cantar los himnos con la congregación, y canto más agudo que ninguna, aunque soy

nueva, y la anciana —añadió con cara traviesa—, la anciana se pone un vestido de seda que no para de crujir cuando se mueve.

Reddin perdió la paciencia.

—Tienes que salir en cuanto vayan a la iglesia.

—A lo mejor no vengo.

—Tienes que venir. Mira, Hazel, te gusta tener un enamorado, ¿verdad?

—No sé.

—¡Hazel! Te traeré un regalo.

—No lo quiero. ¿Qué es? —dijo con un suspiro.

—Algo bonito. Entonces, ¿me prometes que vendrás?

Sobrevino un largo silencio.

Hazel tenía la sensación de que la atrapaban sus ojos: no podía apartar la mirada. Y sus ojos le decían cosas extrañas, terribles, cosas para las que no tenía palabras; despertaban su vitalidad, la halagaban, le daban órdenes, suscitaban su curiosidad, le quitaban el aliento.

Permanecieron así largo rato, tan solos bajo el cielo llameante como un hombre y una mujer de la edad de piedra.

Al final, Reddin apartó los ojos, subió a la silla de montar y desapareció.

Cuando llegó a su casa, Vessons se acercó tambaleándose a la puerta.

—¡Cena y una copa de *whisky*! —ordenó su amo.

Vessons no contestó, pero miró al caballo.

—No le importa darme trabajo al final del día —dijo, conversando con el animal.

—¡A trabajar!

—¿Qué muchacha llorará por lo sucedido esta noche? —musitó Vessons.

CAPÍTULO 23



Hazel corrió a casa a través del rocío, veloz como una liebre rumbo a su madriguera. La señora Marston, en comunión con un pequeño fuego de leña y una gran Biblia, la miró por encima de los anteojos cuando entró.

—Acerca los pies al fuego, querida. Ya me lo temía, están mojados.

Hazel se cambió las medias junto al fuego y se sintió mimada y rica. ¡Un fuego para cambiarse en el salón! ¡Y varios pares de medias nuevas! Nunca había tenido más de un par y, además, con carreras.

—Estas sí que son buenas —dijo Hazel satisfecha—. Tienen los agujeritos que tienen que tener: por ahí se me ven las piernas desnudas y quedan muy bien.

—No digas esa palabra, querida.

—¿Qué palabra?

La señora Marston guardó silencio un momento.

—Esa que has dicho referente a las piernas —dijo—: no es apropiada para la esposa de un párroco.

—¿Y cuál digo en su lugar?

La señora Marston se vio en apuros.

—Bueno —dijo al fin—, Edward no debería haberte dado motivos para decir nada.

Hazel se sintió arder en un estallido de lealtad.

—Le debo mucho a Edward —dijo— y le agradezco que me haya comprado medias que me permiten enseñar las piernas desnudas. Ah, aquí llega Edward. Edward, ¿verdad que estas medias están muy bien?

Edward las miró y asintió con aire indiferente. Pero la arruga que había aparecido en su frente se hizo más profunda.

Una vez en su habitación, empapelada por el propio Edward con dibujos de ranúnculos y margaritas, y perfumada por un ramo de rosas que él le había regalado, Hazel pensó en el bosquecillo del cazador. A Edward no le gustaría que fuera, y Edward había sido amable con ella, más amable de lo que nadie había sido nunca. Y su amabilidad abarcaba también a Foxy. «Estoy segura de que Foxy le está muy agradecida». No, nunca podría contarle a Edward lo del bosquecillo del cazador. Y si le hacía alguna pregunta, le diría una mentira. No estaría contento y era capaz de enfadarse mucho. Y a la señora Marston no le gustaría nada; le hablaría del comportamiento de la esposa de un pastor. Reddin le había dicho que tenía que ir, pero no debía hacerlo. Olió las rosas.

«No», se dijo, «no iré al bosquecillo del cazador hasta el día del Juicio Final».

Amparada por esa decisión, rezó sus oraciones y otra más que había escrito Edward con gran pulcritud en tinta dorada, que, como decía su madre, escribía como en un pergamino.

Pero cuando se acostó no pudo quitarse a Reddin de la cabeza; cada encuentro que tenía con él la alteraba más que el anterior. Su personalidad la arrastraba. Era ya más fuerte que los impulsos fugitivos de Hazel, su reserva salvaje. Reddin era como la mano que rompe las hojas de acedera plegadas por la lluvia; estas se cierran para protegerse y solo es posible abrirlas rompiéndolas. Le tenía miedo, pero los días sin él eran como un plato sin sal. Había algo cruel en él: el instinto masculino exento de humildad; el instinto

patricio exento de empatía; el instinto cazador exento de piedad. Su voluntad hacía que terminara todo lo que empezaba. ¿Qué había empezado ahora?

La inocencia y el instinto, la ignorancia y la curiosidad luchaban en su pensamiento. La actitud de la civilización y de las distintas iglesias hacia el sexo no son de gran ayuda para una muchacha en un momento semejante. Porque, sí bien son partidarias de los niños e incluso del fomento de la natalidad, tratan el tema con un secretismo tal que implica la desaprobación de todos los aspectos físicos necesarios previos a los hijos. Tácitamente, aunque no de modo explícito, consideran que el sexo es vergonzoso. Hazel había entrado en contacto con los hechos de la vida en menor medida que la mayoría de las chicas de campo, si bien no era del todo ignorante. Pero la mujer menos ignorante no sabe nada en absoluto sobre el sexo hasta que lo ha experimentado. Así que Hazel dependía de la intuición. Y esta le decía que, si quería que la apacible vida en la casa parroquial continuara, debía mantenerse alejada del bosquecillo del cazador. Pero no podía. Era como si alguien hubiera tejido hilos invisibles entre ella y Reddin y los fuera tensando poco a poco.

Mucho después de que Edward hubiera cerrado la casa y la puerta, después de que el tictac del reloj hubiera dejado de ser incidental para convertirse en algo portentoso, Hazel seguía acostada, intentando pensar. Pero solo oía dos voces en interminable contradicción: «No tengo que ir; tengo que ir». Por fin se levantó y fue a buscar el libro de encantamientos, escrito con una mano infantil y analfabeta, y ennegrecido con el uso.

«Probaré uno de verano, ya que el sábado es víspera de San Juan», pensó.

Buscó en el libro y encontró una página titulada «El florecimiento del helecho» y decidió ponerlo en práctica el sábado.

«Y mañana consultaré a los arpistas y el viernes a la santa señal», pensó. «Y si dicen que vaya, iré, y si dicen que me quede, me quedaré».

Se quedó dormida con la sensación de haber delegado la

responsabilidad.

Su madre decía que antes de tomar una decisión había que ejecutar el sortilegio de los arpistas. El libro dictaba que, en una montaña solitaria, había que escuchar a las hadas con los ojos cerrados. Si la iniciativa era buena, se oía, procedente de muy lejos, un sonido de arpa. Seres de plata con arpas de oro, así decía el libro, invisibles en la colina púrpura donde tocan mientras asciende y desciende la luna. Y al amanecer lloran por los que no los han oído. Si los oyes, por débil que sea la música, puedes seguir adelante con el plan y no implicará lágrimas. Pero no debes cansarte de esperar ni contarle a nadie que las has oído.

La noche siguiente, Hazel se escabulló cuando caía un denso rocío y se sentó en un montículo a esperar la salida de la luna. Pero cuando la luna apareció —un finísimo medio aro de plata, un tenue reflejo en el oeste— no se oía otra cosa que el canto de las alondras. Seguían cantando, aunque el sol ya se había ido. Pronto se callaron y Hazel se vio envuelta en el silencio.

Esperó largo rato. La capilla y la casa del pastor se hundieron en una noche cada vez más profunda como si se sumergieran en el agua. Cuanto más se demoraba el presagio, más deseaba Hazel que llegara. Entonces el fatalismo se reafirmó y Hazel recayó en su estado de ánimo habitual.

«No me importa», se dijo, «no merece la pena esperar más, no van a tocar. El domingo me quedaré con Edward en la capilla y cantaré todavía más alto que la última vez».

En ese momento, una nota de música, procedente, al parecer, del espacio, flotó por encima de la colina. Luego unas cuantas notas más, tenues y argentinas, recorrieron el silencio como un chorro de agua. La melodía no se distinguía en la distancia, pero no cabía duda de que eran las notas de un arpa.

—¡Son ellas! —susurró Hazel—. ¡Tengo que ir!

Entonces recordó las órdenes de su madre y se puso en marcha. En casa, en su tranquila habitación, pensó en los extraños seres brillantes que tocaban en la montaña púrpura.

Nunca supo que el arpista era su padre que regresaba por los senderos de uno de los muchos festivales en los que actuaba en verano y se iba parando a descansar debido a la buena cerveza que había bebido. La brillante galaxia de hadas de Hazel era solo un hombre borracho. El destino de Hazel se decidió por un capricho pasajero de su padre, pero también esa había sido la causa de su llegada al mundo.

Cuando entró, Edward la esperaba sentado e inquieto, si bien intentando tranquilizarse, ya que Hazel era dada a vagabundear.

—¿Dónde has estado? —preguntó con cierta severidad, pues había sufrido a causa de la inquietud y de su madre.

—Solo he ido hasta el estanque, Edward.

—No vuelvas allí.

—¿No puedo pasear sola por la verde colina?

—No, pero puedes ir al bosque, es más seguro.

—¡Foxy es una perra mala! —les llegó la voz de la señora Marston desde arriba—. Ha mordido la cuerda y se ha llevado el cordero.

—¡Eh, lo siento mucho! —gritó Hazel—. Pero no es una perra mala, señora Marston, sino una zorra buena.

—Según la biología puede que lo sea, pero a mi modo de ver es una perra mala —dijo, y cerró la puerta para dar el asunto por zanjado.

—La vieja no puede soportar a Foxy —dijo Hazel—. Nadie quiere a Foxy.

Estaba obstinadamente convencida de que el mundo le guardaba rencor porque quería a Foxy. Tal vez había descubierto que el mundo guarda una espada afilada para los vulnerables y es fácil herir al amor.

—No llames a mamá «la vieja», querida.

—Bueno, es que lo es. Y dice que los animales no tienen alma. Será que la suya es muy pequeña.

—¡Hazel!

—Bueno, es la verdad de Dios.

—¿Por qué?

—Si tuviera un alma grande, sabría que Foxy también la tiene. Ahora que tengo una camisa de encaje, sé que muchas otras chicas también tienen una y, en cambio, antes no me lo creía.

Edward no encontró respuesta a eso.

—¿Eres feliz aquí, Hazel? —preguntó.

—¡Ajá! Claro.

—No echas de menos…

—¿A mi padre? Desde luego que no. —Levantó la vista con sus claros ojos dorados—. Para mí tú eres mi padre y mi madre.

—¿Solo eso, querida?

—Y mi hermano.

—Te has olvidado de otra cosa más: tu marido, Hazel —dijo con mirada melancólica—. Y, tal vez algún día, tu amante. Buenas noches, querida.

Hazel hizo un gesto infantil con la boca, agradecida y dispuesta a mostrarse cariñosa. Demasiado rápido, pensó Edward. Buscó con ansia una muestra de timidez: un parpadeo, un rubor creciente. Edward no era tonto ni tampoco un asceta. Antes de que llegara Hazel, cuando pensaba en el futuro, imaginaba una vida cuerda y normal en un varón. Ahora se encontraba con que la realidad no era como sus sueños. La cordura y la hombría seguían siendo necesarias, pero la alegría había desaparecido o, al menos, estaba velada.

«Todo saldrá bien», se dijo, y aguardó. Era como quien espera el amanecer. El sol estaba bajo el horizonte. En su pensamiento, llamaba a Hazel la bella durmiente. Y dejaría que durmiera tanto tiempo como quisiera. Se controlaba con firmeza y no intentaba despertarla por vías más fáciles que la del espíritu, tales como los sentidos o la vanidad, ni tampoco aprovechándose de su intelecto superior.

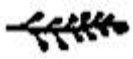
La ganaría jugando limpio o no la ganaría. Así que, aunque un mero vistazo a la habitación de Hazel, blanca y vacía, le provocaba temblores, y el contacto de su mano le disparaba las pulsaciones,

nunca buscaba excusas para tocarla ni ponía pretextos para entrar en su habitación. Lina ciudadela asaltada era, para él, algo estropeado en la captura. Así que esperaba a que se le abrieran las puertas. La ironía era que si hubiera escuchado la llamada del sexo —que le hablaba con su voz profunda y seductora, como una sibila vestida de púrpura—, si por una vez hubiera olvidado a su exigente yo espiritual, Hazel lo habría amado. No podemos amar aquello en lo que no hay nada de nosotros mismos, y no había fuego blanco de exaltación espiritual en Hazel. Lo más cerca que estaba de eso era su adoración de la belleza sensual, una llama verde de devoción sin pasión por la belleza de las cosas inanimadas. Pero quedaba más allá de la comprensión de Hazel que tuviera que haber nada entre un hombre y una mujer excepto un afecto obvio, algo fraternal, o una exaltación incómoda como la que sentía con Reddin. No sabía que puede existir un fervor de mente a mente, un abrazo más estrecho que el de los brazos, un estado físico continuo más apasionado que los momentos de pasión física. Si Edward se lo hubiera contado, en aquellos momentos no lo habría entendido. O lo habría mirado con sus ojos del color del otoño; habría encarnado todas las glorias espirituales con las que él soñaba y ella no habría entendido nada. En una ocasión, Edward intentó compartir con ella un pasaje de *La ley natural en el mundo espiritual*, de Drummond[10].

Lo leía con juvenil entusiasmo con muchos años de retraso, pues los libros solían quedar muy desfasados antes de que se filtraran a través de las bibliotecas rurales y llegaran hasta él. Lo leyó con su voz agradable, no del todo educada, dramática y tierna; Edward se ruborizó y desafió su crítica con ojos agudos y atentos.

—Me pregunto si nuestra Foxy está ladrando o es otro animal — fue la única respuesta de Hazel.

Aquella noche, Hazel pasó largo tiempo mirando por la ventana. «¡Oh, no puedo ir! ¡No puedo ir! Edward me aprecia mucho», se dijo. «Tal vez no habrá más señales».



El viernes esperó hasta que los demás se fueron a la cama y entonces se escabulló. Se adentró en el bosque silencioso como las polillas, sin rumbo, pero cumpliendo su destino. Era una noche muy cálida y húmeda, y las luciérnagas brillaban incandescentes en la larga hierba, todas ellas con su farolillo redondo, verdoso y extraordinario en su máximo esplendor. Hacían señas para atraer a las hadas, aunque brillaban en perfecta quietud. Hablaban de cosas maravillosas, aunque iluminaban la noche en silencio. Sin duda, tenía que ser una personalidad muy remota y poderosa la que había encendido aquellas lámparas. Se diría que para hacer esas cosas hacía falta una mano más cuidadosa, una mirada más atenta que para hacer los planetas; una mente más vasta, lo bastante grande para incluir lo diminuto. Pero Hazel no sentía ningún temor; era una criatura demasiado arraigada y terrenal para tener miedo del misterio. Es el espíritu el que suscita el temor. Estaba segura de que no eran la santa señal porque las había visto con frecuencia. La santa señal tenía que ser otra cosa muy distinta.

—Si tengo que ir al bosquecillo del cazador —dijo, mirando a través de las ramas negras y las ramitas que eran como grandes redes de caza extendidas sobre ella—; si he de ir, muéstrame la santa señal.

Deambuló por los estrechos senderos. Estaba muy oscuro, cálido y húmedo. Cuando salió la luna, vio cómo un estanque sobresaltaba el bosque con su brillo, como un relámpago sobre el acero. Los iris amarillos que se erguían en los márgenes tenían un pálido resplandor y eran como mariposas inmovilizadas por un encantamiento. Enormes sapos, vívidamente leonados como leopardos, macizos de helechos a medio crecer, llenos de hojas rizadas, se erguían orgullosos sobre las musgosas praderas.

Pero nada de aquello era «la señal».

«Si no llega pronto, me iré a casa», se dijo.

Y entonces, al doblar la siguiente curva, la vio. Al principio pensó

que se le estaba apareciendo un ángel. El fantasma tenía la estatura de un hombre y brillaba como las luciérnagas, pero daba tanta luz que se habría podido leer a su lado. Bañado en su propia luz, en el silencio negro e intacto, tenía un extraño aspecto. Parecía algo vivo —tenue pero apasionado—, como un espíritu cuando devuelve su cuerpo al aire. Hazel estaba aterrorizada. Por regla general, no tenía miedo en los bosques y campos, sino solo en las guaridas de los hombres. Pero al ver aquello, tras un momento paralizada, huyó presa del pánico. Así que nunca supo que su segunda señal era solo un árbol podrido que brillaba con la fosforescencia de la corrupción.

A la mañana siguiente preguntó a Edward:

—¿Es posible que a día de hoy una persona vea un ángel?

—Sí, si esa fuera la voluntad de Dios.

—Si viniera uno, ¿sería una señal?

—Supongo que sí, querida.

—¿Qué harías, Edward, si estuvieras obligado a averiguar una *cosa*?

Edward estaba pensando en el sermón sobre el poder de la oración.

—Debería rezar, querida —dijo sin hacerle mucho caso.

—¿Quién respondería?

—Dios.

—¿Y tú lo oyes cuando te habla?

—No, querida; por supuesto que no.

Edward quería tranquilidad para terminar su sermón, pero trató de ser paciente.

—Lo sabrías por intuición —dijo Edward—, verías pequeñas señales.

—¡La santa señal! —murmuró Hazel—. Anoche vi un ángel que brillaba en la oscuridad.

—Me temo que eres demasiado supersticiosa —dijo Edward, y retomó sus observaciones sobre la oración jaculatoria.

A algunas personas les habría resultado difícil decidir cuál de los dos era más supersticioso, más patético.

CAPÍTULO 24



En la madrugada de la víspera del solsticio de verano, Hazel se paseó por las laderas de las colinas. Allí las ovejas, doradas y evangélicas bajo la temprana luz, pastaban hierba húmeda, pálida y fina como la gasa. A diferencia de otras criaturas de la civilización más conscientes de sí mismas, Hazel no envidiaba su paz con palabras. Pero sí dijo con anhelo a una de ellas, especialmente gorda y satisfecha:

—Pareces cómoda, ¿a que sí?

Cuando se sentó a desayunar pensó lo mismo de la señora Marston.

Después recogieron grosellas negras; la señora Marston se sentó en un taburete plegable y se cubrió con un gran sombrero que siempre ladeaba un poco y le daba un aire elegante. Cada vez que un mirlo salía volando del bosquecillo de grosellas rojas a medio madurar, gritando con una vitalidad demoniaca, levantaba la vista y gritaba «pájaro malo». Recogía las grosellas con cuidado y las ponía en un cesto con aire de bendición. El día era caluroso y espléndido, un día de esos que resecan las hojas y agrietan el suelo de los parterres. Pero hacía fresco a la sombra del fresno que se alzaba cerca de las grosellas, y una brisa cargada con fragancia de tomillo

silvestre y musgo jugueteaba por el jardín cómo un niño invisible.

A las once apareció Martha con un pastel y leche, y Edward regresó de la cabecera de la cama del viejo Solomon. Luego siguieron recogiendo frutos mientras Edward leía fragmentos de *La ley natural*. A Hazel le relajaba la lectura, pero no prestaba atención al sentido de las palabras. Estas se mezclaban con el zumbido de las abejas —que, acaloradas, entraban y salían de las grandes peonías rojas—, con el sonido lejano de alguien cortando la hierba y con el soliloquio grave y comedido de un mirlo escondido en el castaño florido. Hazel tenía la sensación de que le gustaría estar siempre cosechando grosellas, parecerse cada día más a la señora Marston y, por lo menos, convertirse en abuela (tal vez por pura benignidad). No parecía haber lugar en su vida para Reddin ni tiempo para el bosquecillo del cazador. Pensó: «No quiero ir, me quedaré con Edward y no me pasará nada malo». Pero una voz perentoria le decía que debía ir y, una vez más, su alma se convirtió en el campo de batalla pasivo de extrañas emociones con las que nunca había soñado. Mientras luchaban como criaturas en la oscuridad, Hazel, sentada en la aromática sombra de las grosellas, se durmió profundamente; y como la señora Marston no había sido nunca capaz de interrumpir el sueño ajeno, durmió hasta que Martha hizo sonar la campana de la comida. Así que, de esa manera, el día apacible y dorado se prolongó hasta el verde atardecer. Hazel siempre recordaría ese día.

Cuando las sombras empezaron a alargarse y cayó el rocío, las margaritas que crecían sobre las tumbas llenaron la casa con su tenue e inocente fragancia y cerraron los pétalos forrados de rosa para pasar la noche; Hazel se sintió entonces muy desgraciada. Aquella noche iba a ejecutar el último sortilegio —el sortilegio de la flor del helecho— según el cual debería poner esa flor debajo de la almohada y soñaría con el hombre que sería su amante. Al hacerlo, tenía la sensación de que traicionaba a Edward. Ella y Edward estaban casados. ¿Cómo, entonces, podría tener otro amante que no fuera Edward? ¿Para qué iba a ejecutar aquel sortilegio? Se lo

preguntó durante las oraciones, pero no obtuvo respuesta a sus preguntas. La vida es una madre taciturna y enseña más a golpes que con instrucciones. Edward estaba leyendo el Salmo veintitrés, que siempre afectaba a su madre hasta las lágrimas, y adoptó una voz muy tierna:

—«Junto a aguas de reposo me pastoreará».

En la habitación flotaba una atmósfera de una profunda exaltación, una pasión de confianza.

«Estaba junto al agua», pensó Hazel, «y contemplé a los pinzones y a los carboneros volar. Y pensé que eran las aguas de reposo, pero vino el señor Reddin, asustó a los pájaros y enturbió el agua». Hazel no estaba tan segura como los demás de aquellas aguas de reposo.

—Qué bien lees, querido —murmuró la señora Marston—; casi igual que tu pobre querido padre.

Las buenas noches de Edward a Hazel fueron algo más bruscas de lo habitual. Hazel tenía un encantador aire de misterio. La inquietud mental le había dado un toque de espiritualidad a su rostro, y no hay nada que despierte la pasión como lo hace la espiritualidad. Llevaba puesto un vestido estampado de un cuidado diseño que recordaba a la porcelana antigua y se había prendido un ramillete de margaritas en el hombro.

Durante un segundo, mientras Hazel le ofrecía la mejilla para que la besara, en el umbral de su habitación iluminada por la luna, Edward vaciló. Luego se dio la vuelta de repente y cerró la puerta.

Su hora había llegado. Y la había dejado pasar.

Hazel se quedó junto la ventana leyendo el sortilegio.

—«En la víspera de San Juan, cerca de la medianoche, pon un blusón donde crece el helecho. Porque esta es la noche de la floración del helecho, que da una flor azul al filo de la medianoche, pero se marchita antes de la mañana. Vuelve cuando empiecen a cantar los pájaros. Si hay algo en el blusón, cógelo; es el polvo de la flor. Duerme sobre ella y la persona con la que sueñes será tu amante. Este sortilegio es cierto y no puede romperse».

Cogió una camisa limpia del cajón y, cuando el reloj del rellano dio la media, salió, se encaminó a la colina y dejó la prenda bajo una mata de helechos. Mientras se agachaba para alisarla, la luna emergió de las nubes y proyectó su sombra, negra y gigantesca, ladera arriba. Asustada, corrió a la *casa*, avivó el fuego y se preparó una taza de té para mantenerse despierta.

Mientras lo tomaba en el salón, tenuemente iluminado, donde los objetos familiares parecían inquietantes, pensó en Reddin y en su extraño comportamiento desde su boda.

«Pero todo esto enfadaría mucho a Edward si se enterara», pensó. «¿Para qué viene el señor Reddin, si puede ver que no lo quiero?».

Un lento rubor le recorrió el cuello y las sienes cuando adivinó a medías la respuesta.

Esperó a la hora, gris como una paloma, que precede al amanecer, una hora preñada de futuro. Es un momento lleno de esperanza; porque ¿qué gran hazaña no puede ejecutarse? ¿Qué idea etérea no podrá enjaularse en la música, la poesía o el color? ¿Qué rara emoción surgirá del dolor llegado el día venidero? Y, al mismo tiempo, es un momento lleno de pena; porque ¿cuántas cosas bellas serán pisoteadas, cuántos grandes sueños desgarrados, cuántos espíritus sensibles crucificados entre crepúsculo y crepúsculo? La jauría de la muerte caza a todas horas, con luz y en la oscuridad; no es un pálido fantasma onírico. No la integran sabuesos fantasmales con ojos de fuego —una melodía espantosa, una música espeluznante— sino nuestros compañeros, todos los que poseen fuerza sin piedad. A veces nuestros parientes y allegados más cercanos están en la primera oleada; lanzan un grito de aviso mientras nos deslizamos esperanzados para ponernos a cubierto; están presentes hasta el final. No es el asesinato lo que hace horrorosa a la jauría de la muerte, sino la ausencia de restricciones en relación con el asesinato. La redimiría un destello de intención

misericordiosa en medio de una acción implacable. Porque el mundo está basado y construido sobre la muerte, y no hay que cuestionar ni temer la realidad de la muerte. La muerte es un sueño oscuro, pero no es una pesadilla. La pesadilla es la falta de piedad de la humanidad, la propensión fatal de la humanidad a la tortura. Cuando un hombre o una mujer, enfrentados al terror indefenso, carecen del impulso de salvarse, el mundo se convierte en un infierno. Era todo esto lo que sentía Hazel, de modo tenue pero apasionado, y lo que hacía que se alejara de Reddin. Porque, a menos que Reddin careciera del impulso de protección y tuviera la mente de un demonio sin piedad, ¿cómo podía buscar placer en infligir torturas por completo innecesarias, tal como sucede en la caza del zorro?

Hazel vio cómo Venus se encogía y pasaba de ser un estanque plateado a convertirse en un punto plateado. Estaba inquieta y nerviosa. ¿Soñaría con Reddin? ¿Dormiría algo? El sillón de la señora Marston empezaba a vislumbrarse en la luz creciente y Hazel volvió a sentirse culpable.

El este se aceleró, como si alguien hubiera encendido una luz en ese extremo. Hazel abrió la ventana y entró la inexpresable dulzura del amanecer. El arbusto de siringa que crecía junto a la ventana de la cocina desprendía toda su fragancia, embriagadora y sensual. Inspiró profundamente y pensó en el traje verde de Reddin, en la extraña mirada de sus ojos cuando la observaba largo rato. La invadió una curiosa pasividad, ajena a su carácter, al pensar en Reddin. ¿Qué aspecto tendría, qué diría, la asiría con brusquedad si fuera al bosquecillo del cazador? Una euforia involuntaria la poseyó al pensar en ello. No se le ocurrió preguntarse por qué Edward no la besaba como lo hacía Reddin. Cuestionaba tan poco las decisiones de Edward como un niño las de sus padres.

De repente, el primer pájaro sobresaltó el crepúsculo con su canto argentino. Era una alondra, y su canción parecía aún más vacilante de lo habitual en el vasto silencio. Con la primera nota desaparecieron todos los pensamientos de Hazel sobre Reddin. Parecía que la claridad, la frescura y la música en sus pensamientos

estaban vinculadas con Edward. Pensaba solo en él mientras corría montaña arriba por la alfombra de diminutas estrellas de galio.

«Tal vez no haya flor, y entonces se rompa el encanto», pensó esperanzada. «Si se rompe el sortilegio no soñaré nada y no iré».

Pero cuando llegó a la prenda blanca que yacía húmeda y pálida en la penumbra, respiró alterada. Allí en el centro había un diminuto pétalo azul. Su misma pequeñez era prueba de la magia: era una flor propia de las hadas. La cogió con reverencia y se fue a casa con aire tan solemne como una niña en la iglesia. Cuando se acostó con el pétalo azul bajo la almohada, se durmió al instante. Soñó con Reddin, pues él tenía más influjo sobre sus pensamientos que Edward; este apelaba a sus emociones mientras que Reddin despertaba sus instintos. Se despertó al oír la llamada de Martha y se dijo a sí misma con una mezcla de angustia y euforia:

«Las señales dicen que vaya. Tengo que ir. Foxy quiere que vaya». Hazel ignoraba que la tercera señal no era una flor de las hadas, sino solo un pétalo de polígala azul —hermana pequeña de la flor del helecho— desprendido por sus propias manos nerviosas la noche anterior.

CAPÍTULO 25



El domingo por la tarde, como de costumbre, la campanita empezó a sonar lastimeramente en el aire suave como una pálida rosa silvestre. La señora Marston había salido por la puerta de su casa en dirección a la de la capilla con muchos suspiros por haber visto perturbada su siesta y con órdenes a Martha de encender un poco de fuego en el salón. Edward se había ido con su sermón a la parte trasera de la casa donde había menos lápidas y le resultaba más fácil caminar mientras leía. Hazel subió corriendo a su habitación y se puso su vestido blanco, que la señora Marston consideraba «demasiado vaporoso» para ir a la iglesia. Se asomó a la ventana y miró hacia la colina púrpura; luego cogió un manojo de las rosas de té que la rodeaban. Eran de un color crema intenso con un toque rosa. Se prendió el ramito en el pecho; hacían juego con el rostro ruborizado. Se estaba volviendo casi delicada en sus modales, lo que la hacía mucho más atractiva para ambos hombres. Se puso luego el amplio sombrero blanco del día de la boda, se deslizó escaleras abajo y salió por la puerta de la cocina mientras Martha estaba en el salón. Cerró la puerta tras ella como si dejara atrás una vida entera. Sentía, sin saber por qué, la sensación de emoción ante un gran acontecimiento, algo inminente, en su cita con Reddin.

No se encontró con nadie mientras corría por el sendero, pues los asistentes a la capilla ya estaban todos en el interior. Los setos estaban llenos de unas flores llamadas arcángeles y de vezos de color morado. Cuando llegó a la linde del bosquecillo del cazador, sintió miedo; el bosque era extenso y estaba lleno de sombras; los árboles producían un rumor triste y se balanceaban con un abandono lleno de desamparo. En las zonas umbrías, los jacintos, rotos, pero aún no marchitos, formaban una alfombra morada, solemne como un paño mortuorio. La asperilla blanca brillaba junto al camino y la asediaba con su aroma. Las tempranas rosas silvestres crecían aquí y allá, abrumadas por su propia belleza, con raros carmines y tintes de nácar y nieve, demasiado frágiles para enfrentarse a la tormenta eléctrica que avanzaba con lenta pompa más allá del horizonte. Apresuró el paso, abandonó el sendero trillado y se arrastró bajo las amplias faldas de las hayas y sobre los blancos alerces postrados cuya resina corría tan despacio como la oscura sangre de unas criaturas hermosas, derrotadas, moribundas. Comenzó a subir agarrándose a los troncos grises y brillantes de los fresnos de montaña. Los helechos, que al principio le llegaban a la cintura, en la parte superior del bosque eran como pequeños aros, ahí donde la dorada tormentila alfombraba el suelo y la pimpinela amarilla cerraba los ojos inquietos.

Hazel salió a la cima desnuda de la colina donde los nudosos espinos, tras dejar caer las flores ya pasadas, estaban teñidos de rosa como si los colores de los atardeceres que habían conocido se hubieran llevado su blancura. Hazel se sentó en lo más alto y vio a los elegantes caballos de granja muy por debajo, alimentándose con sus sombras, a los vencejos volando también con sus sombras, y las colinas observando las suyas con total tranquilidad. Las sombras acompañan siempre: desinteresadas, mudas, pero al final victoriosas, abrumándolo todo. Mientras estaba allí sentada, su sombra yacía oscura detrás de ella, haciéndose más grande que la propia Hazel a medida que el sol descendía.

Balidos y mugidos; el rumor vespertino de las grajas ascendía

hasta ella; el relincho de un caballo, agresivamente macho. Desde cierta distancia llegaba la voz fuerte y recia de un hombre cantando. No era un canto de adoración, en honor a la memoria o al amor; el hombre cantaba por la misma razón por la que la gente canta tan alto en la iglesia: por un apremio urgente de gastar un exceso de vitalidad. La voz rodó bajo el cielo morado como si fuera el primer hombre, apenas salido del embrutecimiento, persiguiendo a su compañera en un mundo que era por completo su feudo. Un mundo que la revelaba mientras ella huía a través de la puerta de la mañana y la puerta de la noche, rodando sus vaporosas cortinas mientras ella avanzaba. El cantor era Reddin, que había salido de su sombría mansión, igual que sus antepasados cazadores, para apoderarse a su antojo de lo que tenían los individuos indefensos y someter la voluntad ajena. No se confesaba ni siquiera a sí mismo sus intenciones. Sus pensamientos sobre el sexo eran tan lascivos que, al igual que tantos otros, consideraba que cualquier franqueza al respecto era de lo más indecente. El sexo era para él algo que provocaba rubor. Es difícil que quienes se dedican a la cría de caballos entren en el reino de los cielos. Demasiado a menudo banalizan el significado grave y majestuoso de la unión de los sexos: eso que sostiene el destino de la dorada pompa de la vida, eso que sacrifica el presente por el futuro. Solo lo ven como un estímulo para el apetito. De la misma manera que Sally Haggard solía gastarse la mayor parte del dinero ganado por el semental de Reddin, «El orgullo de Undern».

Puso el caballo al galope al llegar al bosquecillo del cazador para acallar la voz que hablaba en su interior y decía cosas que no quería oír; que hablaba del amor y la ternura, de la humildad del amor y de cómo ello no restaba esplendor a la hombría, a la fina furia de la pasión, sino que más bien las glorificaba. Algo en su sentimiento por Hazel respondía a esa voz y eso lo preocupaba. Por herencia y educación le habían enseñado a detestar y desconfiar de todo lo que tuviera sabor a emoción o a ideas, a considerar poco viril todo lo que era propio del espíritu. Por eso cantó más fuerte al ver en la cima de

la colina el aleteo del vestido blanco de Hazel con ánimo de acallar la voz que hablaba con firmeza del amor mutuo como la única razón, la única consagración de la pasión entre el hombre y la mujer. Los latidos de los cascos retumbaban como un pulso.

Hazel se levantó. De repente sintió miedo del lugar, más miedo del que había sentido nunca por la jauría que, aquella tarde, había olvidado.

Pero antes de que pudiera alejarse, Reddin le gritó y subió por el camino de herradura. Hazel vaciló, osciló como la aguja de una brújula y terminó por detenerse.

—¿Qué quiere de mí, señor Reddin?

—¿No lo sabes?

—Si lo supiera, no tendría que preguntar.

—¿Para qué suelen querer los hombres a las mujeres?

—No soy una mujer. No quiero serlo. ¿Pero qué es, de todos modos?

Reddin buscó en el bolsillo y sacó un paquetito.

—¡Toma! Para que no digas luego que solo tú me has dado algo —dijo.

Hazel abrió el paquete. Contenía dos pesados brazaletes de oro de estilo antiguo. Ambos tenían un gran rubí que miraba sin pestañear desde su engaste de oro pálido.

—¡Eh! ¡Son como gotas de sangre! —exclamó Hazel—. Como cuando padre empieza a matar el cerdo. Mi padre es muy duro y muy bruto. Se lo agradezco mucho, señor Reddin, pero no las quiero. No soporto la vista de la sangre.

—¡Pero qué tonta eres! —dijo Reddin—: valen muchas libras.

Le cogió las muñecas y ajustó un brazalete en cada una. Ella forcejeó, pero no pudo liberarse.

Hazel se echó a llorar, fuerte y fácilmente, como hacía siempre. Todas sus emociones eran repentinas, transparentes y violentas. Y como su educación distaba de ser refinada, empezó a maldecir.

—¡Malditos sean sus puños y sus asquerosos brazaletes! —gritó —. Quítemelos. Si no me los quita, me voy.

Reddin se rio y en sus ojos comenzó a brillar un resplandor; nada podía encajar mejor con su estado de ánimo.

—Tienes que llevarlos para demostrar que eres mía.

—¡No!

—Sí.

—¡Nunca lo seré!

—Sí, y ahora mismo.

Hazel lo insultó como una gatita salvaje y tironeó de las pulseras como si fuera un gato intentando quitarse una cinta atada al cuello.

Reddin volvió a reírse sin perder la calma.

Sabía que no había ni un alma cerca, pues los habitantes de la granja que estaba al pie del bosquecillo habían ido a la iglesia.

—Mira, Hazel —declaró con tono amable—: tienes que ceder, ¿no lo ves?

—No veo nada.

—Tienes que venir a vivir conmigo a Undern. Y podrás ponerte esos bonitos vestidos.

—Tengo frío —dijo Hazel—, el sol está bajando; será mejor que me vaya a casa.

—Vamos, entonces. Arriba. Llegaremos enseguida. Cenarás algo y…

—¿Para qué voy a ir a Undern si yo vivo en la Montaña?

—Pronto me pedirás que te lleve conmigo —afirmó con la cruda sabiduría de los de su clase—. Te gusto más que ese párroco blandengue, incluso ahora.

Hazel negó con la cabeza.

—De todos modos, soy un hombre.

Hazel lo miró y admitió que lo era. Pero ella no lo quería; quería ser libre y tomarse el tiempo necesario para descubrir hasta qué punto le gustaba Edward.

—Bueno, que le vaya bien —dijo Hazel—. Me voy.

Corrió cuesta abajo hacia el bosque.

Reddin enganchó las riendas a un árbol y la siguió. La cogió y la arrojó sobre los helechos. De repente, a Hazel le pareció que el

mundo entero, el bosque, ella misma, todo era Reddin. Él era su cielo, su capa. El tenso silencio del lugar pesaba sobre ella.

Lejos, en la Pequeña Montaña de Dios, Edward predicaba su sermón sobre el poder de la oración y sobre cómo podíamos plantar un seto de oración alrededor de los seres queridos para protegerlos de todo mal.

El reloj de Alderslea, en el fondo del valle, dio las ocho con sones amortiguados. Las campanadas se grabaron a fuego en el cerebro de Hazel. Los chorlitos lloraron con tristeza, como espíritus de criaturas derrotadas por su inferioridad numérica.

Edward era un sueño; la Pequeña Montaña de Dios era una antigua leyenda; algo ya olvidado y envuelto en la bruma.

El crepúsculo fue haciéndose más denso y los pájaros empezaron a chillar bajo el rocío. Llegaron voces procedentes de la granja. Habían vuelto de la iglesia. Hazel se sintió aplastada, magullada, asaltada.

—¡Ahora, arriba, Hazel! —dijo Reddin, que tenía ganas de cenar y había saciado su deseo de Hazel—. Levántate, arréglate y ven a casa.

Sintió pena por ella.

Hazel no hizo ningún comentario, no objetó nada. De modo instintivo sentía que ahora pertenecía a Reddin, aunque su espíritu seguía siendo de Edward. Miró a Reddin, pasiva, dubitativa; la tarde se había convertido en algo irreal.

Así que se miraron con desconfianza, como dos criaturas caídas en una trampa. Ambos se sintieron atrapados por algo inmenso e intangible. Reddin estaba aturdido. Por primera vez en su vida había sentido pasión en lugar de mera lujuria. Las mismas ideas que habían luchado dentro de él en su camino hacia aquel lugar alzaban de nuevo sus voces.

Miró fijamente a Hazel, sintió escozor en los ojos y un ahogo en la garganta.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes respirar? —preguntó Hazel.

Reddin no podía hablar.

—Tienes lágrimas en los ojos.

Reddin levantó la mano.

—Dime qué te pasa.

Reddin negó con la cabeza.

—¿Por qué no, mi…? ¿Por qué no? —Hazel no llamaba nunca a Reddin «mi alma».

Pero Reddin no podía o no quería hablar.

Hazel también tenía los ojos rojos con lágrimas de dolor. Se echó a llorar de nuevo en sintonía con una pena que no podía comprender.

Así que se sentaron bajo las ramas negras que se agitaban despacio bajo la amenaza de la noche que se avecinaba, llorando como niños asustados bajo una mano levantada para golpearlos. Todo lo que habían hecho estaba mal; todo lo que habían hecho había sido inevitable. Dos alerces doblados por los vendavales gemían mientras los troncos se rozaban, hiriéndose mutuamente cada vez que el viento los mecía. En la indiferente altivez de las oscuras escarpaduras, en los soportales y las avenidas que no llevaban a ninguna parte, se agazapaban estas dos encarnaciones de la atribulada tierra, sensibles por un momento, capaces de sentir tristeza, crueldad, terror y rebeldía para luego no volver a ser otra cosa que la misma tierra.

Los presentimientos de ese instante —los presentimientos que siguen al momento del clímax de la misma manera que los grajos siguen al arado— los perseguían ahora, aunque no daban con palabras para expresar lo que sentían, solo experimentaban la presión de la noche. Esta parecía acercarse, ciega, impasible, pero por completo consciente de su presencia bajo el dosel de hojas. Parecía como si algún Ser estuviera escuchando; no solo escuchando, sino imponiendo, sin esfuerzo, pero de modo inevitable, su velado propósito. Hazel y Reddin —no menos él que ella— parecían privados de identidad, como si fueran médiums hipnotizados. La dureza y la fuerza de Reddin adquirían un aspecto lamentable ante aquel poder clarividente.

Cuando por fin pudo respirar con calma y dejó de lamerse subrepticiamente las lágrimas que le rodaban por las mejillas, se puso furioso: consigo mismo por llorar, y con Hazel por ser testigo de su vergüenza. No tenía nada de particular que ella llorara, pensaba Reddin: las mujeres siempre lloraban en momentos como aquel. Y él no sabía distinguir entre las lágrimas de dolor y las de comprensión.

—No me mires tan fijamente —espetó Reddin—. Me he resfriado, no es motivo para mirarme de esa manera.

—Pero por qué…

—¡Cállate!

Treparon por el bosque crepitante acompañados del espantoso sonido de unos pies que parecían caminar de puntillas y disolverse en el silencio: los numerosos ruidos apagados de un bosque: piñas que caen, ramitas que se rompen, el viento en las viejas hojas arrancadas, el tenue susurro de los árboles. Pasaron por el lugar donde Hazel había conversado con Edward cuando trabajaba descortezando árboles. Los alerces postrados brillaban, tan blancos como el hombro de Hazel a través del vestido rasgado. Recordó la mirada de Edward y volvió a llorar.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Reddin.

—Estuve aquí mismo antes de que las campanillas murieran, junto con Edward.

—¿Por qué pronuncias así el nombre de ese tipo? No es mejor que otros nombres.

Hazel no supo qué responder y siguieron en silencio hasta llegar al atormentado espino donde estaba atado el caballo; la crin negra y el lomo liso estaban cubiertos de pétalos marchitos.

Reddin la subió y luego montó él.

Hazel se apoyó en Reddin, silenciosa y pasiva, mientras él la rodeaba con un brazo y guiaba al caballo para bajar por el difícil camino.

Una estrella brillaba entre los árboles, pero no era una estrella amiga. Parecía más una mirada fija que una lágrima.

Cuando el resto de las estrellas salieron, como un ejército al toque de diana, parecieron frías y distantes, y se fueron desplazando por lo alto con un irónico desdén, demasiado terrible para resultar ofensivo.

Reddin puso el caballo al galope. Quería un movimiento feroz para calmar la tristeza que le producía el llanto silencioso de Hazel.

Una sensación de pena inmanente la embargaba, la soledad gris y el miedo al futuro. Reddin intentó consolarla.

—No me digas lo que tengo que hacer —sollozó—. Le das a la lengua con tanta habilidad como Edward.

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé. Quiero ver a Foxy.

—La iré a buscar por la mañana.

—No, no vayas. Está a salvo en casa de Edward. Déjala descansar. Yo también quiero ir a casa de Edward.

—¿Quién viene lamentándose en la oscuridad de la noche? —dijo la voz de Vessons mientras se acercaban a la puerta del vestíbulo—. Pensaba que era la dama que ni todo el oro consuela, esa que grita «¡Perdida, estoy perdida!» en el soto de Undern.

CAPÍTULO 26



Undem mostraba su ánimo habitual en el mes de junio. Los claveles se asomaban por encima de los setos y las rosas blancas alzaban los brazos sobre el porche. Todo era pesadamente fragante y amortiguaba los sentidos. Había nidos en los árboles y en la casa; la colina se alzaba en lo alto, profundamente recogida; los murciélagos se desplazaban con un vuelo lento y errático. Era como un lugar hechizado construido para una hora, un eón o un momento en las fronteras del país de los elfos, lleno de sortilegios y hechicería antigua, a punto de desmoronarse en cuanto se dijera una palabra, pero invencible en todos los otros sentidos. El aroma caliente de los árboles y el jardín se mezclaba con el olor del estiércol, las pocilgas, la cocción de la comida para los cerdos y el tabaco Tom Moody de Vessons. Todo ello hacía que Hazel se sintiera desvanecer, algo impropio de ella.

Vessons se quedó observándolos de la misma manera que aquella noche sombría, la primera ocasión en que Hazel fue a la casa.

—¿Dónde está el reverendo? —Las incontables arrugas que transcurrían entre el labio superior y la nariz se hicieron más profundas.

Sin recibir más respuesta que el ceño fruncido de su amo, se llevó el caballo.

Reddin, con una especie de gentileza desmañada, anunció:

—Te voy a enseñar la casa.

Atravesaron las habitaciones llenas de ecos y se asomaron por los bajos ventanales llenos de arañas, donde jóvenes hojas de hiedra, suaves y vivas, se habían abierto paso entre las grietas. Se detuvieron bajo techos oscuros por el humo de fuegos y lámparas que habían estado encendidos incontables años para algún festejo antiguo y lamentable. En armarios entreabiertos por una mano apresurada que llevaba ya tiempo quieta, colgaban vestidos con manchas de flores o de vino en sus pliegues descoloridos. Las puertas crujían y suspiraban tras su paso, los suelos gemían y por toda la casa, aunque el aire del verano era ligero, se oía el quejido del viento. Era como si todas las tormentas que habían soplado a su alrededor, el terror que se había sentido y las lágrimas que habían caído en ella se arrastraran como espíritus olvidados hasta refugiarse en los recovecos más recónditos y se quejaran ahora desde allí para siempre. Un oyente solitario en una noche de tormenta percibiría voces extrañas: sollozos de niños; canciones de comensales; gritos de mujeres trabajadoras; jóvenes voces de hombres gritando triunfantes; las largas entonaciones de la oración; el estertor de la muerte.

Y mientras Reddin y Hazel —tal vez la pareja más extraña de todas las que habían poseído la casa y habían sido poseídas por esta — atravesaban las oscuras habitaciones, no parecían estar solos. A Hazel le inquietaba la sensación de estar siendo observada, como si la vigilaran. Un rumor suave, como de una multitud muda en movimiento, se arrastraba por los corredores a su paso.

—¿Hay fantasmas? —susurró—. Preferiría dormir al raso. En este sitio tan oscuro me siento como si fuera trigo en el molino.

—Dicen que está embrujada, pero yo no lo creo —Reddin miró por encima del hombro.

—¿Quién la ha embrujado?

—Gente que fracasó. Débiles. Hombres que perdieron su dinero o a sus mujeres, y esposas e hijas de la familia que murieron jóvenes.

—¿Por qué fracasaron?

—Por tener malas ideas. Por no saber lo que querían.

—¡Caramba! Foxy y yo no siempre sabemos lo que queremos.

—Tú me quieres a mí.

—Quizás.

—Si no me quieres, tienes que aprender a hacerlo. Y si no sabes lo que quieres, te irá mal en la vida.

—Pero cuando lo sé, la gente me lo quita.

Un aullido largo y lastimero recorrió los pasillos.

Hazel soltó un grito.

—¿Será la dama que no se consuela con oro? —susurró.

—No, niña tonta. Es una lechuza común. Pero se dice que grita en la noche del solsticio de verano.

—Las cosas lloran como si tuvieran una vieja herida —murmuró Hazel—. La de hoy es la Noche de San Juan, ¿cómo era esa mujer? ¿Era pequeña, como yo?

—No lo sé.

—¿Se apoderó de ella algo más fuerte?

—Un hombre —Reddin se rio.

—¿Murió joven?

—Sí, murió a los diecinueve años.

—¡Y eso es lo que me pasará a mí! —Hazel gritó de repente—. Oscura y fuerte en la plenitud de la vida.

Se tiró en un sofá azul descolorido y se echó a llorar.

La sensación de no estar sola —los murmullos audibles, las manos extendidas, el firme magnetismo de incontables ojos invisibles— era tan intensa que Hazel no pudo soportarla, e incluso Reddin se alegró de seguirla de regreso hacia la zona habitada de la casa.

—Este es el dormitorio —anunció Reddin, abriendo la puerta de una gran habitación empapelada en gris descolorido y llena del olor de los días pasados.

El gran lecho con cuatro postes, tapizado con una cretona de rosas sobre fondo negro, la sobrecogió. Reddin abrió un baúl y sacó el vestido verde. La observó con un aire de orgulloso propietario mientras se lo ponía. Hazel bajó por las escaleras como una hoja desprendida de un árbol.

Vessons, que llevaba una botella de cerveza en cada mano, quedó tan atónito ante la pálida aparición que casi se le cayeron.

—Me ha parecido que era un fantasma —exclamó—, un fantasma sin consuelo.

—No tengo consuelo —dijo Hazel a Reddin cuando Vessons se hubo retirado. Su voz albergaba el rumor de las lágrimas, como una marea oscura al romper sobre las rocas—. Y cuando vivía en la casa de la Montaña y necesitaba consuelo, Edward me leía muy bien lo de «Consolaos, consolaos, pueblo mío»[11].

—¿Prefieres a Marston que a mí?

—No lo sé.

Hazel se sentó con tristeza en aquel hogar que no era su hogar. Recordó la correa que estaba tejiendo para Foxy. Además, había tomado por costumbre cantar himnos por las tardes acompañando a Edward. Echaba de menos esas cosas. Incluso echaba de menos las cosas irritantes de aquella pacífica existencia: la forma de la señora Marston de aclararse la garganta con un carraspeo suave y pertinaz; la costumbre de Martha de ordenar todos sus pequeños tesoros en la rejilla de la cocina; el absurdo empeño de Edward en que llevara las uñas limpias; la eterna discusión: «Foxy es una perra mala»; «No es una perra mala, es una zorra buena». «Pues a mí me parece que es una mala perra».

Se había liberado de todo aquello. Estaba fuera del puerto, en alta mar. Se sentía muy sola, tal como podrían sentirse *los* muertos sin los grilletes de la vida. Sin duda, era agradable llevar el vestido verde. Pero echaba de menos sus pequeños deberes: recoger la cena cuando Martha ya se había ido; ir a buscar las velas (la señora Marston siempre negaba con la cabeza al ver la tercera, no por economía, sino por filoprogenitividad vicaria).

La última lectura del Libro por parte de Edward la había inquietado; le había parecido una verdadera lata. En cambio, ahora la consideraba un privilegio. Para la mayoría de las chicas, la Pequeña Montaña habría sido el purgatorio. Para ella era maravillosa. Era la primera vez que compartía la peculiar belleza del hogar, el sacramento cotidiano del amor. Edward nunca olvidaba besarlas a las dos cuando entraba; les llevaba flores y siempre estaba construyendo pequeñas sorpresas para ellas. Estas no siempre le salían bien, ya que su habilidad no corría a la par que su entusiasmo, pero Hazel no era crítica.

Hazel, al igual que las demás criaturas, se sentaba a la sombra de Edward como en un refugio. La señora Marston compartía este sentimiento. En cuanto Edward entraba en la casa por la noche, se quedaba dormida y dejaba de sobresaltarse imaginando que se colaban hombres negros por la ventana de la cocina, Foxy se metía en la despensa, o una gran tempestad los enviaba a la perdición porque las fiestas de guardar ya no se celebraban como antes.

En el salón, a su hora, Vessons trajo la cena y la dejó caer sobre la gran mesa redonda, chapada de caoba, pesadamente victoriana y ornamentada con pies de latón. Llevó pan y queso, tocino y una buena cantidad de cerveza.

Hazel no vio nada malo en ello, pues, aunque había empezado a acostumbrarse a las comidas respetables de la clase media, las costumbres del Callow le resultaban más familiares. Mientras cortaba el tocino, Reddin levantó la vista para decir con inusitada consideración:

—¿Querrás té y tostadas? —Para él, las tostadas eran un triunfo de la imaginación. Tenía bastantes dudas sobre si pedir a Vessons que las preparara, así que repitió la pregunta—: ¿Quieres té y tostadas?

Vessons entró en la cocina y cerró la puerta. Esperaron un rato y Hazel, que, cualesquiera que fueran su destino, sus defectos y sus penas, tenía siempre tanta hambre como Foxy, miró con anhelo el queso y la cerveza de Reddin. El agotamiento físico la hizo derramar

lágrimas de apetito. Por fin Reddin se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—¿Dónde está ese té? —preguntó.

—¿Té?

—¡Sí, tonto!

—No sé nada de ningún té.

—Te dije que lo prepararas.

—A mí no.

—Y tostadas.

—He apagado el fuego.

Acababa de apagarlo.

—Mira, Vessons, ahora en Undern hay un ama. La complaces o te vas. Ella me dice lo que quiere, yo te lo digo y tú lo haces.

—A mí no me va a dar órdenes ninguna mujer —dijo Vessons con gesto hosco—. ¡Jamás de los jamases! Jamás he tenido una mujer, ni siquiera por los placeres de la cama y de la mesa. ¡Nunca jamás! Virgen seré hasta el día de mi muerte.

A Reddin la retahíla de Vessons le pareció tan divertida que se echó a reír y se le olvidó el enfado.

—Vessons, prepara el té.

—¿Va a quedarse por aquí mucho tiempo? —preguntó Vessons con astucia.

—Sí, para siempre.

Hazel lo oyó.

«Para siempre». ¿Quería quedarse para siempre en aquel caserón lleno de susurros? ¿Con quién querría estar para siempre? Con Reddin no. ¿Con Edward? Pero Edward carecía de la pasión del bosque, de la lujuria de la tierra. No era partidario de la tremenda compañía extática de las criaturas salvajes y acosadas. Si Reddin era definitivamente antagonista, un cazador, Edward era neutral, un observador. No eran sus camaradas. No vivían la vida de Hazel; era ella quien tenía que vivirla. Deseó no haber visto nunca a Reddin, no haber ido nunca al bosquecillo del cazador. Al menos, la casa de Edward era tranquila.

—¿Y qué dirá su señoría, Sally Virtudes? —oyó decir a Vessons.

Hazel no oyó la respuesta de Reddin, que contestó con tono; feroz y en voz baja. Se preguntó quién sería Sally Virtudes, pero estaba demasiado cansada para pensar mucho en ello.

Después Reddin tomó un poco de *whisky* y Vessons bebió a la salud de su señor. Reddin tocó con dos dedos *Un buen día para ir de caza* en el viejo piano y cantó con una ronca voz de tenor. Vessons se unió desde la cocina con una voz exenta de toda musicalidad y el rugido del coro resonó por toda la casa.

—¡Eh, basta! ¡No puedo soportarlo! —gritó Hazel; pero no la oyeron.

Vessons llegó y se detuvo en la puerta con la tetera en una mano y la expresión de agonía aguda que siempre tenía cuando Reddin cantaba.

—Nos dejaremos en casa
las penas y las tristezas.

—¡Pero no será así para los zorritos! —gritó Hazel, arrancó la partitura del piano y pasó corriendo junto a Vessons, tirándole la tetera de la mano. Metió la partitura en la rejilla de la cocina.

Vessons se quedó petrificado.

—Tiene los modales de los gatos monteses y las solteronas de todo el mundo —dijo con un cumplido involuntario—. Y diré que; además, ¡tiene el carácter de las once mil vírgenes!

Reddin pensó que la escena no era lo bastante festiva. Se preguntó por qué él mismo no se sentía más alegre. Le habría gustado que estuvieran alegres como en una boda, pues sentía que el día tenía un carácter nupcial en todo menos en el nombre.

Pero el caserón, como un ser aletargado tras un largo jolgorio, vestido con trajes rotos y manchados, no parecía preparado para la alegría. Andrew estaba claramente en contra. El sabueso había gruñido ante la intrusa y Hazel…

Miró a Hazel con los ojos entornados. ¿Era consciente de lo que

había sucedido? Le pareció que no. Quizás la intuición se lo susurrara. Sin duda, evitaba sus ojos. Se sentó a beber el té, que Reddin, con mucho esfuerzo de autoridad, por fin hizo aparecer. Estaba demacrada y su rostro parecía muy delgado. El pánico le rondaba los ojos y la comisura de los labios.

Se dio cuenta de que le tenía miedo… temía su mirada, su contacto. Al momento quiso ejercer su poder. Se acercó; con una mano le cogió la barbilla y le puso la otra en el hombro.

Los párpados de Hazel temblaban.

—¿Qué quieres? ¿Hacerme daño? —preguntó Hazel. Se echó a llorar con desesperación—. ¡Oh, quiero estar con Edward y la vieja! Quiero volver a la Montaña. Edward estará buscándome por todas partes.

—¡Santo Dios, seguro que sí! —dijo Reddin—. Y estará poniéndolo todo patas arriba. Tienes que escribirle una carta, Hazel, para decirle que estás a salvo y feliz, y que no tiene que preocuparse.

—Pero no es verdad.

Reddin frunció el ceño ante la espontaneidad de la respuesta, pero le hizo escribir la nota.

—Ensilla la yegua, Vessons, y lleva esto a la Montaña.

—No le importa cuánto… —empezó Vessons. Pero Reddin le cortó en seco.

—Vete —dijo Reddin, y Vessons supo por el tono que más le valía obedecer—. Mete la nota por debajo de la puerta del párroco, llama y esfúmate, Vessons —ordenó Reddin—. Tú puedes subir a la cama si quieres, Hazel.

Al quedarse solo, caminó arriba y abajo por la habitación, desconcertado e inquieto.

Según su parecer, había hecho a Hazel el mayor honor que un hombre puede hacer a una mujer. No podía ver en qué había fallado. Le irritaba la idea de haberla molestado. Tal como él lo veía, se había limitado a satisfacer una necesidad de su naturaleza, una necesidad simple y perentoria como comer y beber. No comprendía

que el mero hecho de que no se hubiera tomado la molestia de averiguar si esa era también una necesidad de la naturaleza de Hazel —eso y solo eso— convertía su acto en un crimen imperdonable.

No le preocupaba haber ido en contra de los valores de su Iglesia. Como muchos fieles, poseía el feliz don de mantener en compartimentos estancos la fe y la práctica, el dogma y los actos. ¿Cuántos fervientes parroquianos son o han sido en algún periodo de su vida como él?

«Por supuesto, en otros tiempos fui un poco bruto», pensó. «Pero eso es cosa del pasado y, además, ya está hecho. Y, por otra parte, ella no lo sabe».

Siguió reflexionando.

«Supongo que fui un poco brusco, pero a estas alturas ya debería haberlo olvidado. Me gustaría que no hablara tanto del párroco».

Corrió escaleras arriba.

—Siento haber sido brusco, Hazel —dijo avergonzado.

Hazel estaba junto a la ventana abierta, vestida con un camisón que había encontrado en uno de los arcones, una prenda frágil y amarillenta con muchos volantes de encajes finos como telarañas, hecho y llevado por alguna mujer muerta en una olvidada noche de bodas. Era un claro símbolo de la vida de Hazel que hubiera llegado, tanto a Undern como a la Montaña, tan desprovista de las galas de una mujer como lo está de savia una hoja en invierno.

Hazel estaba hablando cuando él entró. Se quedó quieto, asombrado y receloso.

—¿Con quién hablas? —preguntó.

Hazel se volvió.

—Con el Señor que está en los cielos —contestó—. Estaba diciendo la oración que Edward me enseñó. La he rezado tres veces, ya que esta noche empieza el verano y los fantasmas y la jauría de la muerte rondan por todas partes. Él tendrá que escuchar la oración de Edward.

A la luz parpadeante de la vela, parecía pequeña y patética. Hazel se volvió de nuevo hacia la ventana, y Reddin bajó las escaleras, bastante abrumado y avergonzado.

La casa parecía más sombría que nunca, llena de lamentos y susurros apagados. Los rostros de las rosas que rodeaban la ventana parecían tristísimos a la luz de la lamparilla. El susurro de las hojas tenía un sonido de recriminación. Los pálidos álamos del prado parecían acusarlo. Era casi como si la francmasonería de la naturaleza se hubiera levantado en armas para defender a Hazel. Esta tenía su savia en las venas y compartía con ella el culto silencioso a la libertad y la belleza; ahora se había sumergido tan profundamente en la vida humana que se había perdido. Era como si todas las encarnaciones de la perfección que había visto en las hojas y en las flores (y había visto muchas, aunque no lo expresara), todos los momentos de profunda camaradería con las cosas terrenales y cubiertas de rocío, todos los recuerdos iluminados de colores y luces que su vivida mente había reunido y atesorado en su furor de amor y arrebato, aparecieran ahora y se pasearan con desdén por aquella vieja guarida de cruda humanidad; subieran las escaleras, se detuvieran junto a la cama de cuatro postes donde tantos Reddin habían muerto y nacido; contemplaran este rostro que había conocido los sueños (por infantiles que fueran) de su magia eterna; se apenaran como el árbol por la hoja que ha caído. Se afligían, pero no perdonaban. Porque (como saben el siervo del color y el siervo de la poesía) los espíritus de la belleza y la magia son hostiles a la vida ordinaria y al destino del hombre. Rompen hogares. Arrastran a mil vagabundos hacia lo desconocido. No toleran que se les sirva a medias.

Se produce la más rara de las excepciones cuando un hombre ama a una mujer y, sin embargo, sobresale en su arte, y una mujer tiene que poseer un talento asombroso si sigue siendo poeta después del parto.

Aunque a veces estos espíritus orgullosos toleran e incluso son compañeros del amor humano, solo cuando se trata de una pasión

pura y ardiente reconocen a un espíritu hermano. En el encuentro sexual entre Hazel y Reddin no hubo nada de esto. Aunque había sacado lo mejor de Reddin, lo mejor era muy pobre. Y Hazel se había comportado de manera por completo pasiva.

Así que los seres de la naturaleza se pusieron en pie, lloraron por ella y renegaron de su compañía para siempre jamás. Hazel podría mirar a la prímula a los ojos, pero no recibiría a cambio ninguna mirada de comprensión.

Ninguna elevación del corazón vendría cuando se elevaran las hojas, ninguna punzada de dolor misterioso con el canto de los pájaros, la desaparición de las estrellas, la caída del rocío. Incluso su amor por Foxy se convertiría en algo trillado y ya no sabría, cuando su pájaro ciego intentara cantar, todo lo que significaba y todo lo que el animal soñaba. Aquella noche Hazel se olvidó de asomarse y escuchar las suaves voces de los árboles. Rezó la oración y luego se sintió tan cansada y tan dolorida, le dolía tanto la espalda que lloró hasta quedarse dormida.

«¿Por qué he ido al bosquecillo del cazador?», se preguntó. Pero la respuesta era demasiado profunda para ella, el impulso traidor de todo su ser era demasiado misterioso. No pudo responder a su pregunta.

Reddin paseó por el salón de la planta baja bebiendo *whisky* y, furioso por sus escrúpulos, acabó cansándose de la casa silenciosa.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no voy a subir? —dijo.

Abrió la puerta de Hazel.

—Oye, la casa es mía y tú también. Vengo a la cama.

Se encontró con la más intimidatoria de las respuestas ante todas las bravatas: el silencio.

Hazel estaba dormida; y durante toda la noche, mientras él roncaba, gimió y se agitó entre sueños.

CAPÍTULO 27



A la mañana siguiente temprano, Vessons llamó a las vacas para ordeñarlas y se inclinó a contemplarlas sobre la cancela verde por el liquen.

Todos los colores eran tan brillantes que resultaban grotescos y llamativos. Sobre los campos de un intenso color verde, el cielo lucía como un cristal azul, y por el este se alzaban dos largas nubes bermellón. Detrás de la colina negra se había asomado ya el sol, y la sombra de Vessons, de pie como un mono sobre el travesado inferior de la verja, se proyectaba sobre el trébol húmedo que tenía detrás: parecía una criatura púrpura, élfica, dotada de una dignidad prensil. Las vacas no aparecieron tras la primera llamada. Levantó la cabeza y volvió a llamar en un tono agudo y lastimero, como se razona con un niño inquieto: «¡Vamos, vamos!». Luego se fundió de nuevo con el paisaje. Tras un intervalo, una pulida vaca roja y blanca apareció a cinco campos de distancia, avanzando con serenidad a su propio ritmo. A larga distancia la siguieron otra blanca y una ruana. Caminaban por las sombras, pasando por el centro exacto de las numerosas cancelas que se mantenían siempre abiertas, igual que las puertas de los salones contiguos durante una recepción. Vessons esperó con paciencia —más como un esclavo que como señor— sin

decir nada más que otro quejumbroso: «¡Vamos!» una sola vez, cuando la última vaca se entretuvo demasiado con un matojo de hierba frondosa en el seto. Este era el ritual diario. Cada mañana salía de la casa y gritaba a un paisaje que parecía vacío; cada mañana las vacas aparecían serpenteando por las siete cancelas, procedentes de las frondosas y secretas inmediaciones donde pasaban la noche.

Con sus ojos misteriosos, ociosos, vivamente rojos y blancos, seguían al viejo como las reinas podrían ir tras un ujier.

Hazel bajaba por el sendero procedente de la casa. Con la mañana, había regresado su abundante vitalidad. El mundo exterior era nuevo y brillante, y por timidez, había querido estar levantada y vestida antes de que Reddin despertara.

Le hizo mucha gracia observar la sumisión de Vessons a las vacas.

—¿Las llama «señoras»?

Vessons la miró de pies a cabeza. Estaba muy enfadado, no solo por su comentario, sino ante la dificultad de replicar, ya que suponía que Hazel era ahora el «ama». Su simpatía por ella se había esfumado por completo; no se debía, como podría parecer natural, a la noche que acababa de pasar en Undern, sino a su matrimonio con Edward. Sentía que Hazel le había dado la espalda. Él la había tomado por una camarada y se había pasado al enemigo. Además, le había molestado que la noche anterior lo hubieran mantenido despierto hasta tan tarde.

Masticó la paja que tenía en la boca hasta que la última vaca hubo desaparecido.

—Se ha levantado usted muy temprano para ser una mujer casada o lo que sea usted, señora.

Hazel se rio. Había vivido tan completamente alejada de la influencia de los cánones de la sociedad que la burla no hizo mella en ella.

—¡Ja! ¡Está celoso! —dijo ella.

Luego, con una imitación de una exactitud despiadada de su voz

y su expresión, Hazel añadió:

—¡Una mujer en Undern! ¡Eso jamás de los jamases!

Vessons tembló bajo sus burlones ojos ambarinos, su risa picara y, mirando a un lado y a otro con furia reprimida, contestó:

—Esos pájaros van a por las cerezas. Voy a buscar una escopeta y los mataré a tiros.

—Si mata a un mirlo, la leche se convierte en sangre —sentenció Hazel; pero Vessons no hizo caso.

Durante toda la mañana, en cualquier momento que tuvo libre, así como después de la comida (que sirvió en completo silencio y que resultó por completo incomestible), anduvo acechando detrás de los árboles y arrastrándose tras los setos para disparar a los pájaros. Incluso Reddin se asombró y no tuvo valor para discutir con él. La figura tambaleante del viejo entró y salió de las sigilosas sombras de la tarde, negras y solemnes, con su rostro implacable y su corazón ultrajado. Disparó a los zorzales mientras aleteaban tras alimentarse de frambuesas silvestres; a pequeños y sedosos mosquiteros, petirrojos y golondrinas —le daba igual su carácter sagrado—, a una paloma en su nido, a los mirlos, a un mirlo acuático, a un jilguero y a gran cantidad de gorriones. Por su culpa el jardín y los campos se sumieron en el silencio y solo un aleteo de alas aterrorizadas era señal de su paradero. Apiló sus trofeos —todo el delicado plumaje de verano erizado— en la mesa de la cocina, sucios y ensangrentados.

Hazel y Reddin fueron de ventana en ventana, en silencio, observando sus movimientos. Undern se volvió más fantasmal que nunca y, a medida que los disparos sonaban con estruendo en el silencio, la casa empezó a parecer una criatura moribunda que se agitara bajo los golpes.

—¡Preferiría que me disparara a mí y no a los pájaros! —exclamó Hazel—. Vaya donde vaya, me encuentro con gente que mata cosas. ¿Para qué lo hacen?

—Hay que matarlas.

—Parece que la tierra está toda ensangrentada —dijo Hazel—. Y siempre matan a los más pequeños. ¡Allí! Tiene un mosquitero.

¡Vaya! Es como si los hubiera matado yo; lo ha hecho porque he venido a Undern.

—¡Silencio! —dijo Reddin con brusquedad—. Lo que temo es que se pegue un tiro, se está comportando de un modo muy raro.

La última vaca se había acercado a la cancela antes de que Vessons la abriera y las ordeñó esa noche. Después entró con los cubos, los dejó en el suelo del salón y le dijo con furia a Hazel:

—Hay sangre, ¿verdad?

Hazel reconoció con voz débil que no era así.

—Y ahora —dijo Vessons, volviéndose hacia Reddin—, le doy preaviso. Que conste que Andrew Vessons anuncia su marcha a John Reddin, caballero de Undern.

Con trágica dignidad se dio la vuelta para marcharse.

No vio ni a Hazel ni a Reddin, sino solo el cisne, el cisne del tejo, su creación, ahora condenada a quedar para siempre inacabada. Las generaciones venideras contemplarían el cisne sin pico y creerían que lo había dejado así de modo intencionado. Las lágrimas acudieron a sus ojos… lágrimas ardientes y difíciles. La habitación se llenó de tristeza y Reddin se sintió incómodo y asombrado.

—¿Por qué, Vessons? —preguntó en un tono más bien tímido.

Vessons no se volvió. Tanteó el tirador de la puerta. Reddin se levantó y se dirigió hacia él.

—¿Por qué, Vessons? —repitió poniéndole una mano en el hombro—. Tú y yo no podemos separarnos, lo sabes, ¿verdad?

—Pues tenemos que hacerlo.

—¿Pero por qué, hombre? ¿Qué te pasa, Andrew?

Vessons se sorprendió al oír su *nombre* de pila, se ablandó y accedió a explicárselo.

—La culpa es suya —dijo indicando a Hazel con la cabeza—. Se ha burlado de mí.

—¿De verdad, Hazel?

—¡Dígaselo, señora! —Vessons la fulminó con la mirada.

—Solo he dicho…

—Ha dicho ¡jamás de los jamases! —gritó Vessons—. Ah, eso es

lo que ha dicho: ha repetido «jamás de los jamases», que es lo que yo había dicho antes —explicó con el orgullo de haber creado él la frase original.

Reddin no podía hacer nada: uno estaba rojo y furioso; la otra, deshecha en lágrimas.

—¡No acataré la voluntad de ninguna mujer! —declaró Vessons.

—¡Escucha, Vessons! Sé razonable. Escúchame. Yo soy tu señor, ¿verdad?

—¡Ajá! Hasta dentro de un mes.

—Bueno, recibes órdenes mías; eso es lo que importa. Soy el amo aquí.

En su voz se oían los ecos de sus antepasados, unos antepasados que gobernaban y se aprovechaban de hombres y mujeres tan buenos o mejores que ellos mismos.

—Así que no hay nada más que añadir —dijo Reddin con la franca sonrisa ganadora que era uno de sus pocos encantos.

Vessons lo miró fijamente durante un rato y, mientras lo observaba, se le ocurrió una idea. Le pareció, además, que era una buena idea. Le permitiría conservar el cisne y el amor propio y, por otra parte, deshacerse de Hazel. Mientras le daba vueltas, su rostro se arrugó despacio en una sonrisa. Se tocó el flequillo, cosa que solo hacía los días de pago, y se retiró, murmurando:

—Se retira el preaviso.

Lo vieron pasar por la ventana con la escalera y las tijeras, sin duda para seguir recortando el cisne.

Reddin pensó en lo fácil que era manejar a los subordinados: un poco de autoridad, un poco de tacto. Se volvió hacia Hazel, que sollozaba en el alto sillón de roble negro con cojines de color rosa descolorido. Lloraba no solo porque Vessons había salido victorioso, sino porque ahora quedaba claro el lugar que ella ocupaba en la casa y no era el que habría deseado; además, los modales de Reddin hacia ella la asustaban después de lo sucedido la víspera.

La tarde anterior, en la incómoda oscuridad del bosquecillo del cazador, por unos instantes le había parecido que Reddin era un

compañero de fuga, otra criatura indefensa que huía del poder vago y desconocido al que Hazel temía.

Entonces Hazel se había compadecido de él —intensamente y sin pensar en sí misma— y había apretado la cabeza de Reddin sobre su pecho como tantas veces hacía con Foxy. Pero se diría que, ahora, él lo había olvidado, parecía una vez más formar parte de los que son rápidos, fuertes y pisotean a las criaturas más pequeñas.

Sollozó de nuevo.

—Mira, Hazel —dijo Reddin en un tono que pretendía ser amable pero firme—, escúchame: no estoy enfadado contigo, pero tienes que dejar a Vessons en paz.

—¡Quieres a ese viejo más que a mí!

—¡No seas tonta! Él sirve para unas cosas y tú sirves para otras.

Reddin habló con una brutalidad en gran medida inconsciente; se limitó a expresar la teoría de los de su clase y filiación política que, ya sea de forma tácita o explícita, sostenía que la mujer, los criados y los animales estaban en el mundo para su beneficio.

—No soy pasto ni estoy hecha para que me pisoteen —dijo Hazel —, y si no eres capaz de hablarme con cortesía, me iré.

—No puedes —respondió Reddin—: ya no puedes irte.

Hazel sabía que era cierto y la conciencia de que su propia naturaleza física había traicionado su libertad la enfureció aún más.

—No puedes irte —continuó Reddin, acercándose a la butaca para acariciarla—. ¿Quieres que te explique por qué?

Hazel se incorporó y lo miró con los ojos sombríos, la frente congestionada de tanto llorar. Reddin pensó que estaba esperando una respuesta, pero Hazel rara vez hacía o decía lo que él esperaba. Dejó que hincara en tierra una rodilla junto al sillón y luego, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Quién lloró en el bosquecillo del cazador?

Reddin se levantó de un brinco como si se hubiera arrodillado sobre un alfiler. Había estado intentando olvidar el incidente y esperaba que ella también lo hubiera olvidado. Le avergonzaba amargamente aquel momento de su vida.

—¡No, Hazel! —exclamó.

Reddin se asustó al recordar su comportamiento. Volvió a plantearse la extraña duda surgida aquella tarde. ¿Era él la persona que había imaginado? ¿Era el mundo lo que él había pensado? Los recelos se apoderaron de él. Tal vez no debería haber llevado a Hazel a la casa ni al bosquecillo. Un código más antiguo que el de la Iglesia y el Estado empezaba a alzarse ante él, condenándolo.

De repente quiso tranquilizarse.

—Tú querías venir, ¿verdad? No me aproveché mucho de ti, ¿verdad? —preguntó—. ¿Quieres quedarte?

—No, no quería venir hasta que me obligaste. Te has aprovechado de mí, pero quizás no has podido evitarlo. A lo mejor te has visto obligado.

—¿Por quién? —preguntó Reddin, intentado bromear.

Hazel lo miró con ojos oscurecidos e inquietos.

—Por algo fuerte que da miedo. Y que nos arrastra a todos —dijo.

Hazel imaginó el mundo entero dando vueltas enloquecidas, como el caballo exhausto y aterrorizado que Reddin había estado domando con una cuerda aquella misma mañana. Pero no sabía qué poder era el que estaba en el centro y quebraba sin esfuerzo el espíritu de la criatura enloquecida, huidiza y atada.

Reddin se quedó pensativo hasta que Hazel, que se recuperó antes que él a su manera mercurial, dijo:

—Ahora que estoy aquí, tendré que quedarme. ¿Crees que al viejo le importará que cocine algo para cenar? La comida de hoy era como para los cerdos.

Pero cuando fueron a investigar, encontraron a Vessons preparando una cena espectacular, tan caliente y sabrosa como era capaz de cocinar un viejo victorioso y penitente. Demostró con sus modales que lo pasado, pasado estaba, y la noche cayó en paz sobre Undern. Pero fue una paz rara y tórrida, como el silencio que precede al trueno.

CAPÍTULO 28



El viernes siguiente a la llegada de Hazel, Reddin tuvo que marcharse, en gran medida en contra de su voluntad, para acudir a una feria de caballos. Estaba bastante sorprendido por lo mucho que le dolía alejarse de Hazel. Hasta aquel momento no había estado nunca enamorado en ningún sentido. Había tomado de las mujeres lo que quería en una especie de semiconsciencia animal que equivalía a una inocencia absoluta. A su entender, la virilidad no era algo que hubiera buscado: allí estaba y había que satisfacerla. Ahora estaba molesto al comprobar que se sentía culpable al recordar a esas mujeres y que deseaba a Hazel, no como a ellas, de vez en cuando, sino todo el rato. Se había acostumbrado a decir en las cenas de granjeros, después de entregarse a los placeres de la mesa:

—¡Oh, maldita sea! ¿Para qué sirven las mujeres entre la salida y la puesta de sol?

Su tosquedad era recibida con risas y reprobación. Ahora sentía que la reprobación era más justa que las risas. También era curioso lo aburrido que le parecía todo cuando Hazel no estaba presente. Hazel tenía algo original que decir sobre todo, y sus disputas eran las más animadas que había conocido. Hazel era lo bastante

primitiva para ser femenina, lo bastante original para ser como un chiquillo y lo bastante misteriosa para ser excitante.

—Ay, señor: no he visto nunca nada igual: todo el día Hazel, Hazel, Hazel. Si ya estaba medio echado a perder, ahora se ha echado a perder por completo —dijo Vessons hablando con el cisne.

Vessons y Hazel pasaron la tarde discutiendo sobre las abejas. Cuando Reddin se fue, Hazel olvidó el papel de señora de la casa y trató a Vessons como a un igual porque era muy aburrido ser otra cosa. Vessons toleraba su presencia por los comentarios ácidos que se permitía en esas ocasiones, pero, sobre todo, por el placer sardónico que le producía recordar lo pronto que pondría en práctica su plan.

Estaban en el jardín vallado y las abejas iban y venían tan deprisa que, cuando Hazel entornaba los ojos, veía largos hilos negros meciéndose entre las puertas de la colmena, los campos lejanos y la cima de la colina. Colgaban formando conos en los bajos muros frontales y se amontonaban en las colmenas con esa agitación aparentemente sin propósito que precede a la creación. Pero nadie podía saber si alguna de ellas pretendía crear una ciudad nueva ese día. Vessons dijo que no. Hazel, siempre con ganas de divertirse, dijo que sí y que oía a la reina dentro de la colmena con su peculiar zumbido, esa extraña música, oscura y dulce, que, como el torbellino enloquecedor de las gaitas o el violín de Ned Pugh[12], tiene el poder de atraer a los seres vivos lejos de la comodidad y se lleva a enjambres enteros hacia lo desconocido.

—Yo no oigo nada —insistió Vessons con obstinación.

—¡Vamos! Está usted sordo, señor Vessons.

—Así que estoy sordo, ¿verdad? A lo mejor oigo tanto como quiero, y más. ¡Vaya si oigo!

—Bueno, entonces, ¿por qué no lo oye? Escuche con atención, ¿sabe a lo que me refiero?

—¿Que si lo sé? —dijo Vessons con una voz llena de rabia—. ¿Qué si lo sé? ¿Yo? Si soy capaz de hacer que mil abejas, una tras otra, pasen por el cuello de una botella de litro como si fueran vacas

listas para el ordeño. ¿Yo? A lo mejor le gustaría enseñarme algo de apicultura —dijo con humildad llena de ironía—. A lo mejor resulta que me enseña algo.

Y se puso a arrancar las tapas de las colmenas.

—¡Oh, señor Vessons, no se enfade tanto! —dijo Hazel con temor a tener otra escena como la del lunes—. Usted las maneja con mucha pulcritud —añadió, con un patético intento de tacto—, es tan cuidadoso como mi padre.

—Quiero que sepa —dijo Vessons— que soy mucho más pulcro y ordenado. ¡Ajá! Mucho más. Abejas y vacas, y cisnes recortados en un tejo —continuó reflexivamente—: puedo arreglármelas mejor que cualquier hombre casado. El esfuerzo que unos ponen en el matrimonio, yo lo pongo en el trabajo. Y ahora le pregunto —dijo, mirándola con la expresión de un fanático—: ¿ha habido alguna vez un apicultor o un general o un capitán de navío de mérito que estuviera casado? ¡Jamás! ¡El matrimonio mata el pensamiento! ¿Por qué las abejas son listas? ¿Por qué las colmenas están siempre llenas de miel al final del verano? ¡Porque todas las abejas son solteronas!

—La reina no lo es y todas proceden de ella.

Vessons la miró fijamente por un momento; luego, constatando su derrota, giró sobre los talones y se fue a dar de comer a los terneros. Tenía una ingeniosa manera de hacerlos entrar. No tenía perro; uno de sus sueños era tener uno. Pero se las apañaba muy bien. Primero abría la puerta de la becerrera; luego soltaba a los cerdos; luego cogía un cubo e iba al campo donde estaban los terneros, seguido por una multitud turbulenta, chillona y feroz de cerdos. Caminaba alrededor de los terneros y estos huían hacia la casa, mucho más asustados de los cerdos de lo que estarían de un perro. Esta representación de la economía rural satisfizo a Vessons y, restablecida la paz, tomaron el té amistosamente.

Cuando Reddin regresó a su casa y se encontró con un agradable aroma a tostadas y la imagen de Hazel con las trenzas recién peinadas y recogidas sobre la cabeza, se sintió muy satisfecho de sí

mismo. Se recostó en el sillón rojo y la rodeó con un brazo. Sonrió con sus duros ojos azules y su boca inflexible; le pareció que podría tener éxito en el matrimonio, aunque el párroco (como llamaba siempre a Edward) no hubiera sido capaz. Las mujeres, reflexionó, eran bastante fáciles de manejar. «Solo tienes que enseñarles de entrada quién manda y todo irá bien». Ahí estaba Hazel, radiante, suave, sumisa, toda la áspera cáscara espinosa había desaparecido después del domingo. No obstante, Reddin seguía sorprendido por su propio comportamiento en el bosquecillo.

En fin, mejor olvidarlo.

El té caliente le resultó agradable en la garganta; la tostada ofreció la adecuada resistencia a sus fuertes dientes. Se sentía satisfecho con la vida. Más adelante, sin duda, Hazel tendría un hijo. Eso también sería bueno. Dos posesiones son mejor que una, y bien podía permitirse tener hijos. No se le ocurrió preguntarse si a Hazel le gustaría lamentar el dolor que le esperaba. Se sentía muy generoso mientras pensaba: «Cuando no pueda ir por ahí, me sentaré con ella algunas veces». Resultaba ya extraordinario que lo dijera; cuando Sally Haggard se había encontrado en esa situación, no le había hecho el menor caso.

—Tengo algo para ti —dijo, buscando en el bolsillo.

—¡Oh! ¡Es un erizo! —gritó Hazel encantada.

Reddin comenzó a tirar de las espinas y a retorcerlas con las manos enguantadas.

—¡No hagas eso! —gritó Hazel.

Reddin tiró y tiró hasta que por fin el erizo soltó un grito: un lamento desgarrador, más espantoso, triste y antiguo que el grito de la polilla esfinge de la calavera africana, ese débil chillido fantasmal de bruja torturada. Contenía siglos de dolor, el terror milenario de la debilidad sometida e indefensa bajo el cuchillo. Algo vengativo y terrorífico que mira al cazador desde los ojos de los animales atrapados y hace que el cuco huya despavorido ante la aparición de los pajarillos. Hazel conocía bien ese sonido. Era la consigna de los hijos de la desesperación, la contraseña de la hermandad a la que

ella pertenecía.

Antes de que el grito hubiera dejado de llenar de horror toda la silenciosa habitación, Hazel se había arrojado sobre Reddin; había dejado de ser un modelo de obediencia femenina y se había convertido en una criatura desesperada luchando en la más embriagadora de todas las cruzadas, la del auxilio del débil.

Sobre la cabeza de Reddin, momentos antes tan relajada, sobre su cara, instantes antes tan tranquila, llovieron los golpes de los pequeños y duros puños de Hazel. Sus puñetazos distaban de ser tan insignificantes como los de la mayoría de las mujeres, pues tenía las manos musculosas y fuertes de cavar y trepar, y en su corazón crecía la piedad que impele a las manos más trémulas a realizar actos poderosos.

—¡Qué demonios! —balbuceó Reddin—. ¡Basta, pequeña zorra!

Atrapó una de sus manos, pero la otra era demasiado rápida para él.

—¡Deja de torturarlo!

El erizo rodó por el suelo y el sabueso se acercó a olfatearlo.

Reddin le cogió la otra mano.

—¿Qué pretendes? —preguntó, muy enfadado, sintiendo un hormigueo en las orejas.

—¡Déjalo en paz! No te ha hecho ningún daño. ¡Mira! El perro —gritó—. ¡Échalo!

—Voy a divertirme viendo cómo lo mata el perro.

Hazel palideció.

—¡Ni se te ocurra! Antes muerta. Ya lo cuidaré yo. —Extendió una pierna y dio una patada al perro.

El humor de Reddin cambió. Se echó a reír.

—Eres mucho más entretenida que el erizo —dijo—. Por mí, puede quedar libre.

La puso sobre sus rodillas y la besó.

—Entonces, echa al perro.

Cuando el perro salió, el erizo —convertido en una bola hermética como una esfinge— quedó en paz y Hazel volvió a ser

(como Reddin pensaba) la compañera ideal.

Durante el alboroto no habían oído las ruedas en el camino, así que los sobresaltó la aparición de Vessons por una pequeña abertura de la puerta, su firmeza al cerrarla como ante un asedio y su susurro estentóreo:

—¡Y ahora vienen las Clomber! —exclamó, como si dijera «dejas entrar a una mujer y ya no sabes qué va a pasar en la casa».

—Diles que estoy enfermo… ¡muerto! —dijo su amo—. Diles que estoy en el baño… lo que sea, ¡pero que se vayan!

Escucharon el recitativo de Vessons.

—El amo lo siente mucho, señoras, pero tiene unos cólicos demasiado fuertes para recibirlas. No para de jadear, maldecir, jadear, maldecir, ¡hasta el punto de que tengo que rezar por un buen vómito!

Las Clomber, que lo habían seguido, pasaron por delante de Vessons y entraron a grandes zancadas.

—¿Qué demonios quieren? —murmuró Reddin. Se levantó malhumorado.

—He oído —dijo la mayor de las señoritas Clomber, que había leído a Sordello[13] y era una mujer ilustrada— que el joven Lochinvar[14] se ha echado novia.

Una frase a su altura, pues no solo tenía verdadero sabor literario, sino que, además, estaba llena de ironía, ya que ella sabía quién era Hazel.

—¿Cómo? —preguntó Reddin, estrechando la mano a su manera tosca, propia de los aficionados a las carreras de caballos.

—¡Preséntenos, señor Reddin! —dijo Amelia Clomber con una sonrisita afectada. Resultaba penoso verla así: su boca estaba hecha para expresiones más adustas.

Las hermanas observaron a Hazel y esta se encogió ante su mirada. Algo en su expresión hacía que se sintiera como si fueran sus jueces y como si supieran todo lo que había sucedido en el bosquecillo del cazador.

Ambas la examinaron con aborrecimiento. Creían que aborrecían

a la pecadora, pero, en realidad, detestaban a la mujer que a las pocas semanas de conocer a Reddin había atraído su interés y había caído derrotada de ese modo que, incluso en mujeres tan insensibles como las Clomber, constituye la única victoria deseada.

Se habían presentado allí, según se dijeron antes y después de su visita, a arrebatar un tizón de un incendio[15], si bien ninguna mencionó el deseo que albergaban ambas en el corazón: ser la señora de Undern.

La mayor toleraba mal que la más joven llevara un vestido ceñido; esta, llamada Amelia, tenía buena figura y la mayor no. Siempre se sonrojaba ante la frase «tenemos una pequeña hermana que no tiene pechos»[16].

Amelia era consciente de su ventaja y daba conversación a Reddin; a este le venía bien, ya que no soportaba a su hermana, que siempre empezaba sus observaciones con un «¿Ha leído…?» y, como él nunca leía nada, le parecía que se estaba burlando de él.

—¿Y cuál era su apellido de soltera? —preguntó la señorita Clomber a Hazel, bajando los párpados como persianas.

—Woodus.

—¿Y dónde fue el casamiento?

—En la Montaña.

—¿Seguro? Allí no hay ninguna iglesia.

—Sí, está la iglesia de Edward.

—¿Edward?

—¡Ajá! El pastor.

—Se refiere a la capilla. Así que en eso cree. El señor Reddin se ha vuelto muy religioso.

Reddin parecía sumamente incómodo.

—¿Y cuándo tuvo lugar este feliz acontecimiento?

Un gato con un ratón no era nada comparado con la señorita Clomber ante un pecador.

En ese momento, Reddin vio adonde quería ir a parar la señorita Clomber. Reddin había pasado fuera todo el día y acababa de comer en abundancia; tenía sueño y nunca se resistía a un deseo físico. Así

que cortó un comentario de Amelia en el sentido de que el matrimonio con la mujer adecuada era algo muy reconfortante para un hombre y dijo:

—No estoy casado, si a eso se refiere.

—Entonces, ¿qué es…? —dijo la señorita Clomber, convencida de que ya lo había acorralado.

—Es mi amante —declaró Reddin con descaro.

Pensó que al oírlo se irían, pero se mantuvieron firmes. Tenían, como dijo después la señorita Clomber, un alma que salvar. Ambas se daban cuenta de lo agradable que podría ser la suerte terrenal de una persona comprometida con esta ocupación celestial.

—¡Ja! Usted sí que llama a las cosas por su nombre, señor Reddin —dijo la señorita Clomber lanzando una mirada gélida a Hazel—; no teme decir las cosas como son, como diría nuestro admirado poeta Browning.

—En el seno de una verdadera mujer —declaró Amelia con autoridad, como un pescadero podría hablar del pescado—, no hay lugar para la culpa.

—¡Maldito lo que me importan las mujeres verdaderas!

La señorita Clomber vio que la causa estaba perdida aquel día.

En ese momento, la señorita Amelia lanzó un grito desgarrador. El erizo, animado por el hecho de verse entregado a sí mismo y por el ligero crepúsculo que empezaba a invadir las estancias más septentrionales de Undern, donde la noche llegaba temprano, había empezado a arrastrarse. Guiado subrepticiamente por el pie de Hazel, se había deslizado bajo la falda de Amelia y había depositado su fría e inquisitiva cabeza en su tobillo, casi desnudo y en misión de conquista.

Hazel se echó a reír a carcajadas, y la señorita Amelia la odió todavía más que antes.

Vessons, en la cocina, movió la cabeza con un gesto de negación.

—Nunca había oído tanto ruido como el que hay por aquí desde que llegó esa chica. ¡Nunca jamás!

—¡Déjelo! —le dijo la señorita Clomber a Hazel en el umbral de la

puerta. Iba a añadir «por mi bien», pero cambió el «mi» por el «su», y añadió—: Está haciendo que viva en pecado.

—¿Yo? —Hazel tenía la sensación de que siempre pasaban cosas malas por su culpa. Y añadió con un suspiro—: No puedo dejarlo.

—¿Por qué no?

—Él no me lo permitiría jamás.

Con esa frase, por completo espontánea, se vengó con creces de las Clomber, ya que resonó en sus oídos toda la noche, y, además, tenían la seguridad de que era cierta.

CAPÍTULO 29



El domingo, Vessons decidió llevar a cabo su plan: ir a la Montaña y revelar el paradero de Hazel. Si hubiera esperado, los cotilleos lo habrían hecho por él. Salió por la tarde, después de «lavarse» y vestirse con un traje de color gris y blanco, polainas *beige*, chaleco rojo y la gorra de *jockey* que solía llevar. Llegó a la puerta trasera justo cuando Martha se sentaba a cenar.

—¿Y bien? —dijo Martha, que quería tomar su comida e irse a casa.

—¿Y bien? —repitió Vessons.

—Cuando digo «y bien» quiero decir «¿qué quiere?».

—Pues diga lo que quiere decir.

—¿Con quién quiere hablar? ¿Conmigo?

—Con el señor.

—El amo ha salido.

—Esperaré, entonces.

Se sentó junto al fuego y miró tan fijamente a Martha mientras se servía el té que esta le ofreció un poco en defensa propia. Vessons acercó la silla. Ahora que lo trataban con hospitalidad, sintió que debía ser agradable y lisonjero.

—¿Es usted soltera, supongo? —preguntó.

—Ajá —contestó Martha con timidez—, soy soltera; pero no tengo nada en contra del matrimonio.

—¡Oh! —dijo Vessons con tono ácido—. Lo siento por usted, entonces.

—¿Quizás es usted un hombre casado?

—Jamás.

—¡Más vale tarde que nunca!

—Si me he mantenido al margen en el calor de la juventud, ¿le parece probable que caiga cuando lleguen los tiempos más fríos? Soltero seré hasta el día de mi muerte.

—¿Y si conociera a una mujer agradable y ordenada que tuviera algo ahorrado? —A Martha, un novio de sesenta y cinco años le parecía mejor que nada.

—Tanto si conozco a una veintena de mujeres agradables y ordenadas como si conozco a doce docenas de mujeres agradables y ordenadas no supondrá la menor diferencia.

—¿Y si ella supiera hacer cerveza de la fuerte?

—Puedo hacer cerveza yo mismo. Ninguna mujer entrará en mi cocina ni por todo el oro del mundo.

Martha suspiró y cambió de tema.

—¿Para qué quiere hablar con el señor?

—No cuentes las noticias hasta que estés en presencia del rey —declaró Vessons.

—¡Martha!

La señora Marston estaba en la puerta de la cocina con la más espléndida de sus cofias —una pagoda de encaje blanco— y habló con una voz que, tal como ella misma definió después, fue «bastante seca», ya que el tono melifluo habitual se había atenuado un poquito.

Vessons se levantó y se tocó la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué desea, buen hombre?

—Traigo noticias, señora.

—¿Para mi hijo?

—¡Ajá!

—Puedes irte, Martha —dijo la señora Marston, y Martha se marchó sin darse la menor prisa.

—Dígame —invitó la señora Marston con interés.

—Quiero hablar con el señor.

—No puede ser.

Los dos ancianos se miraron con silenciosa obstinación, y Vessons reconoció que, a pesar de los suaves contornos de la señora Marston, esta era tan terca como él. Carraspeó varias veces.

La señora Marston sacó un caramelillo que él comió a regañadientes, desmenuzándolo con prisa nerviosa. Tenía tanto miedo de que le diera otro que le contó las noticias.

—Gracias —dijo ella, conservando la dignidad de forma maravillosa—. La señora de Edward Marston, por supuesto, escribió al pastor, pero olvidó dar su dirección.

—Son cosas que pasan —dijo Vessons mientras salía.

Edward tardó un rato en regresar a casa. Desde el domingo anterior, pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo las laderas. No fue hasta que hubo terminado el escaso alimento cuando su madre le anunció con toda tranquilidad, mirándolo por encima de los anteojos:

—Sé dónde está Hazel.

—¿Lo sabe, madre? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Te lo estoy diciendo ahora, querido. No hay nada de qué preocuparse. Aún no has terminado de cenar. ¿Un poco de conserva?

Edward, en un arrebato repentino que la sobresaltó, arrojó el recipiente de mermelada a la otra punta de la habitación y manchó de rojo la pared. La señora Marston dejó de desmenuzar una tostada e interrumpió los movimientos rotatorios de la boca. Luego dijo muy despacio:

—Tu pobre padre siempre decía, querido, que algún día te rebelarías. Y ya lo has hecho. ¡El mejor cuenco! Por supuesto, no digo nada de la mermelada, solo es mermelada, al fin y al cabo, ¡pero el cuenco de cristal tallado…!

—¿No puede seguir con la historia, madre?

—Sí, querido, sí. Pero me aturullas como el vendedor ambulante de Silverton; nunca puedo comprar el plato que sostiene porque se mueve tanto que tengo miedo de que lo rompa, y, efectivamente, lo rompe. Y ahora tú también.

Edward empujó hacia atrás la silla con desesperación.

—¡Por piedad! —exclamó.

—Te lo estoy diciendo. Nunca pensé que Hazel fuera una chica leal, ya lo sabes.

—¿Dónde está? ¿Por qué me tortura, madre?

—Ha venido un viejo. Un viejo muy poco de fiar, me temo. Con modales desafiantes y eso nunca es agradable. ¡Y se ha metido en la cocina con Martha! La edad no es obstáculo para el mal y Martha estaba muy sonrojada. Además, se oían muchas risas.

—¡Madre! Si sigue así, me volveré loco.

—Vaya, Edward, parece que tengáis todos fiebre. En fin, estamos todos más tranquilos sin ella y le deseo al señor Reddin que le vaya bien con ella.

—¿Reddin? ¿Qué Reddin?

—El señor Reddin de Undern. ¿Quién si no?

—¡Maldito sea ese hombre!

—¡Edward! ¡Qué cosas dices! Con lo agradable que parecía. —Prosiguió apenada—: Le gustó mucho el vino de grosella y me llamó «señora» varias veces, que es más de lo que hace Martha. ¿Adónde vas?

—A Undern.

—¿Para qué?

—Para buscar a Hazel.

La señora Marston se incorporó como un rayo.

—¡Pero, por supuesto, nunca volverá a cruzar la puerta de esta casa!

—La traeré de vuelta esta noche, por supuesto.

—¡Pero, querido! Tendrás que divorciarte de ella, por muy desagradable que sea por los papeles. Recuerda que lleva allí una

semana.

—¿Y qué?

—¡Una semana, querido!

—Madre, no pensaba oír de sus labios las habladurías de este asqueroso mundo.

La señora Marston se estremeció un poco. No hay nada en el mundo tan puro, tan maravilloso, tan fuerte como el amor de un joven: nada tan espiritual, nada tan valiente.

La señora Marston, según sus propias palabras, «derramó lágrimas».

—No llore, madre, pero ayúdeme —dijo Edward—. Prepárese para acogerla, para quererla. Es tan pura como una gota de rocío. Lo sé. Y la quiero más que a mi vida.

—Pero si ella no te quiere, Edward, ¿qué puedes hacer?

—Ir a buscarla y salvarla —le espetó Edward.

Cerró con un portazo y se fue sin sombrero por el camino que discurría entre las ceñudas lápidas. Pero se dio media vuelta y sugirió que, a su regreso, hubiera algo de té preparado.

Mientras bajaba por la pendiente, las lechuzas chillaban en el bosque y el cielo estaba teñido de gris y carmesí, como mármol manchado de sangre. Los gritos de las lechuzas también eran duros como el mármol y de una ferocidad pulida. Querían una presa.

Caminó rápido por los campos solitarios por donde Hazel había pasado la mañana en que salió a buscar setas. Las rosas que entonces estaban en capullo ahora se caían.

Al cruzar Alderslea, la gente lo miró pasar acalorado y sin sombrero.

De Alderslea a Wolfbatch había algunos kilómetros; de allí a Undern el camino cruzaba Bitterly Hill, donde perdió el sendero. Así que ya estaba bastante oscuro cuando pasó junto al estanque de Undern, negro e inquietante, rodeado de árboles esqueléticos. El perro lanzó un fuerte aullido desde el interior de la casa. Solo había una ventana iluminada.

Edward golpeó con la aldaba y el sonido resonó en el caserón

hueco.

Dentro se oyó el ruido de una puerta que se abría y la voz de Hazel gritó:

—Yo no iría. Seguro que es un vagabundo.

Entonces Reddin se echó a reír y Edward apretó las manos con rabia ante su aplomo. El cerrojo se corrió y apareció Reddin en el umbral, perfilado por una luz pálida.

—¿Quién es? —preguntó en tono más bien jovial. Se sentía en paz con el mundo ahora que Hazel estaba allí.

—¡Animal! —exclamó Edward secamente.

—Pase, muchacho, para que pueda verlo. Nadie me insulta dos veces.

Hazel había oído la voz de Edward.

Corrió hacia la puerta y el vestido verde manzana crujió a su alrededor.

—¡Edward! ¡Edward! ¡No lo insultes! ¡Te hará daño! Es más fuerte que tú. ¡Vete, Edward!

—¡No me iré sin ti!

—Eso me gusta —dijo Reddin—. ¿No ve que lleva mi vestido? Es mía y nunca fue suya.

Reddin miró a Edward con aire triunfal.

—¡Calla, Jack! ¿Por qué me avergüenzas? —dijo Hazel, estrujándose las manos.

Edward no le hizo caso.

—No sé a qué maldades recurrió ni cómo trajo aquí a la pobre niña —dijo Edward, controlándose con esfuerzo—. Pero ha intentado robarme y la ha insultado…

—Oh, no venga aquí hablando como un marido herido —dijo Reddin—; usted sabe que no es su marido.

—¡Mantenga su sucia boca cerrada ante la inocencia! Ha intentado robarle la libertad, el alma…

Hazel lo miró asombrada. Los ojos de Edward contemplaban a Reddin con aire sombrío; tenían una expresión intensa, mezcla de amor e ira.

—¡Tan joven! —Edward continuó—. Tan joven y tan salvaje como un pajarillo. ¿Quién podría impedir que siguiera su propio camino? Quería ser libre en el bosque. La dejé; y allí estaba usted como un lobo furtivo.

Miró a Hazel con tanta ternura que esta se tapó el rostro con la falda y se echó a llorar.

—¡Cállese de una vez! —dijo Reddin—. Si quiere pelea, dígalo, pero no me predique toda la noche.

Estaba ofendido. Pensaba que había mostrado especial consideración hacia Edward al enviarle la carta. Además, estaba convencido de que se había limitado a tomar lo que Edward no quería. Que Edward pudiera amar a Hazel era algo que le resultaba del todo incomprensible. Si un hombre quería a una mujer, la poseía y se complacía en ella. El amor abnegado era para él algo inconcebible. De modo que, ahora, cuando Edward hablaba de su amor, Reddin pensó que fingía.

—¿Por qué no la dejó en paz?

—Las mujeres no quieren que las dejen en paz —declaró Reddin con una carcajada muy desagradable.

—¡Oh! ¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera presente! —gritó Hazel.

—Si ella lo amara, no diría nada —continuó Edward, mirando fijamente a Reddin—. El hecho de que sea su marido no habría sido obstáculo si usted la hubiera amado y ella lo hubiera amado a usted.

—¡Qué buen pastor!

—Pero no es así. Solo quería… ¡Oh! ¡Me da asco!

—¡Claro que sí! Bueno, yo soy lo bastante hombre para tomar lo que quiero; usted no.

—La cogió por la fuerza y la habría traicionado. Pero ¡gracias a Dios!, la inocencia de una niña es una maravilla poderosa.

Reddin se quedó atónito. ¿De veras era Marston tan tonto como para creer todavía en Hazel?

—Esa joven inocente… —empezó a decir Reddin, pero Hazel le golpeó en la boca—. ¡Menuda fiera! De acuerdo, tendría que haber

dicho «señora» —prosiguió, sorprendentemente alegre.

—Bien, Hazel —dijo Edward en un tono prosaico—. ¿Nos vamos a casa ahora mismo?

—¡No me preguntes, Edward! Tengo que quedarme.

—¿Por qué?

Hazel guardó silencio. No podía explicar aquel extraño instinto, más fuerte que su impulso salvaje, que Reddin había despertado en ella y que la ataba al lugar con cadenas invisibles.

—¡Vuelve a casa, pequeña Hazel! —suplicó Edward.

—No puedo —susurró ella.

—¿Por qué? Si quieres, puedes. ¿No quieres?

—Sí, sí quiero.

Estaba dividida entre su deseo de irse y su incapacidad para dejar a Reddin.

La luz se apagó en el rostro de Edward.

—¿Amas a este hombre? —preguntó.

—No.

—¿Te hace mejor persona vivir con él?

—No. Me ha hecho mejor persona vivir contigo.

Reddin se enfureció tanto que la golpeó, y la expresión de sumisión de Hazel mientras se acobardaba bajo el golpe fue peor para Edward que el golpe en sí mismo. Olvidó sus opiniones sobre la violencia y pegó a Reddin.

—Salga fuera —exclamó Reddin en tono de alivio. La situación ahora se planteaba en términos que él podía comprender.

—Si quiere pelear, estoy de acuerdo. Resolvámoslo como caballeros. ¿Por qué sonríe? —preguntó Edward con expresión hosca.

—¡No os peguéis! ¿Para qué? —rogó Hazel.

—Porque es usted un marido celoso.

A Edward le desesperó que su actitud, al ir a buscar a Hazel, se interpretara como la de un marido vulgar. Pero, después de todo, ¿qué importaba? Nada importaba salvo Hazel. La miró echada en un sillón sollozando. Se acercó a ella y le acarició el hombro.

—Nadie está enfadado contigo, querida —dijo—. Después, cuando estemos en casa, me lo contarás todo.

—¡Si gana usted! —añadió Reddin.

Edward se inclinó y besó la mano de Hazel. La duda momentánea sobre ella —cruel como el infierno— se había disipado. Ella era su dama y él iba a luchar por ella. Hazel lo miró y en ese instante estuvo casi a punto de amarlo.

Salieron. Era una noche negra y sin luna. Se detuvieron cerca de la ventana iluminada.

—¡Sube la persiana! —gritó Reddin.

Hazel la subió. Se enfrentaron en el cuadrado de luz. Ambos estaban muy serenos. Parecía difícil empezar. A Reddin aquello le pareció cómico y se echó a reír.

Edward lo miró con disgusto. Reddin empezó a sentirse como un tonto.

—Empecemos —dijo.

Al ver que Edward esperaba que él asestara el primer golpe, y al no estar lo bastante enfadado para hacerlo, Reddin dijo con grosería:

—¡No sirve de nada pelear, párroco! Es mía… de la cabeza a los pies.

Recibió entonces el mejor golpe que Edward era capaz de dar. Lucharon con la respiración entrecortada, pues ninguno de los dos estaba muy en forma. A Edward le parecía ridículo pelearse; a Reddin le parecía ridículo aquel adversario.

Salieron del rectángulo de luz y volvieron a entrar en el tenso silencio de la noche. Una rata chapoteó en el estanque y se hizo de nuevo el silencio. Edward no podía hacer mucho más que defenderse, y los ojos de Reddin brillaban con expresión de triunfo. Dentro de la casa, Hazel se apoyó un poco en el cristal. Era como si el mal y el bien, los ángeles y los demonios lucharan por ella. Y, ganara quien ganara, quedaría igualmente desamparada. Ella no quería el cielo; ella quería la tierra y los caminos verdes de la tierra.

—¡Oh, matará a Edward! —gimió.

Edward se tambaleó tras un golpe y Hazel se tapó los ojos. De repente pensó en Vessons. ¿Dónde estaba? Corrió a la cocina llamándolo. No estaba allí. Fue a los establos. No estaba por ninguna parte. Atraída por una curiosidad irresistible, se apresuró a volver al frente de la casa. Bajo el tejo se encontró con Vessons.

—¡Chist! —susurró Vessons—. ¡No diga nada! Lo que funciona con las peleas de perros es la pimienta.

Levantó el pimentero de la cocina. En la otra mano tenía el atizador.

—¡Ahora los separaré, señora, ya verá!

—¡Rápido, entonces!

Pero mientras hablaba, Reddin asestó un golpe en la mandíbula de Edward y este cayó.

Hazel se precipitó hacia ellos.

—¡Asesino! —gritó; Hazel mordió la mano de Reddin mientras este la extendía para atraparla y se inclinó hacia Edward.

El vencedor en la lucha estaba destinado a perder con Hazel, pues ella sentía una afinidad permanente con todas las criaturas derrotadas.

Hazel corrió al estanque a buscar agua.

—¡Cójalo! —le gritó a Vessons—. ¡Es un asesino!

Reddin se quedó parado, confuso y desconcertado ante la inesperada reacción de Hazel. Vessons se inclinó sobre Edward. Encendió una cerilla, la acercó al extremo de la nariz y se rio cuando Edward hizo una mueca de dolor.

—Esto sí que es extraordinario, ¡un pastor del Señor! —comentó Vessons—. ¿Se quedará el caballero a cenar? —preguntó a Reddin.

—¡No! —exclamó Hazel—. El señor Reddin cenará siempre solo hasta el día en que se muera. Por favor, prepare el caballo, señor Vessons.

—Como usted diga, señora.

Reddin estaba tan desconcertado por el giro de los acontecimientos y le dolía tanto la cabeza que no sabía qué decir. Observó cómo Vessons traía el caballo, parpadeó al ver que Hazel

desgarraba el vestido de seda al quitárselo y se ponía el abrigo de Edward, y miró en silencio a este mientras lo ayudaban a subir al cabriolé. Hazel se sentó entre los dos hombres.

—¡Vamos! —ordenó Vessons al caballo con voz inexpresiva, y el carruaje trotó por la cancela y salió a la colina.

«¡Aunque me cueste el empleo, me da lo mismo!», se dijo Vessons: «Ya encontraré otro mejor».

—Maldita sea —exclamó Reddin al verlos desaparecer en la oscuridad. Entró en la casa y se terminó el *whisky* en un estado de aturdimiento que concluyó en el sueño.

CAPÍTULO 30



Mientras el caballo trotaba por el duro camino, los conejos se escabullían al ver pasar la luz del fanal. Hazel ató un pañuelo alrededor de la cabeza de Edward.

En Alderslea, todas las ventanas estaban a oscuras excepto la de una tenue buhardilla donde una anciana se estaba muriendo. Comenzaron a subir por el camino que conducía a la Montaña. El ganado miraba por encima de los setos, respirando trabajosamente por la curiosidad. En un prado, un rebaño de ovejas con cuernos corría de un lado a otro y cruzaba por un hueco en el seto tosiendo y dando pisotones a intervalos y, mientras la luna se alzaba, parecían diablos fantásticos haciendo brujería con sus propias sombras.

Los fanales palidecieron a la luz de la luna y el mundo pareció ensancharse hasta el infinito, como la vida al llegar el amor. El paisaje se extendía a sus pies como una vasta laguna blanca y la colina se inclinaba un poco hacia el cielo plateado. Vessons bajó del cabriolé para aliviar el esfuerzo del caballo; Edward miró a Hazel y murmuró:

—¡Mi pequeña!

—No hables —dijo Hazel rápidamente—. No te conviene.

Tenía miedo de romper el silencio mágico, temía que la nueva paz que le había llegado con la presencia de Marston se desvaneciera como la luna tras una nube y volviera a sentir la fuerza de la cadena que la arrastraba de vuelta a Reddin.

Edward guardó silencio, dándole vueltas a una pregunta: ¿por qué Hazel no le había pedido ayuda? Reddin debía de haberla visto varias veces, tenía que haberla perseguido. Se inquietó mucho. Tenía que preguntárselo a Hazel.

Se detuvieron ante el cementerio de blancos centinelas. Vessons subió por el camino y llamó a la casa silenciosa. Luego arrojó puñados de gravilla blanca a las ventanas. Las gallinas menorquinas cacarearon al instante.

—Mala suerte —dijo Hazel.

La señora Marston sacó la cabeza, muy somnolienta, y preguntó quién era.

—¡El héroe conquistador! —exclamó Vessons, mientras Edward y Hazel ascendían por el camino, sumido en profundas sombras. Vessons subió al cabriolé y se alejó.

«Bueno, Undern volverá a ser como antes», pensó.

«Esto estaba mucho más tranquilo sin esa niña traviesa», pensó la señora Marston mientras se vestía, triste y aletargada.

—¡Bien, Edward! —exclamó cuando bajó con su chal carmesí con borlas en los flecos—. ¡Pero qué pasa aquí! Un pastor de la iglesia con un pañuelo de bolsillo alrededor de la cabeza llega a su casa en plena noche con un viejo salvaje. ¿Qué ha pasado? Oh, querido, ¿se te ha roto alguna arteria? ¡Nos preguntábamos dónde estabas, Hazel Marston!

—Tengo muchos escalofríos, madre —dijo Edward.

—¡Algo caliente y dulce! —La señora Marston se marchó y se quedaron solos por primera vez.

—Hazel, ¿por qué no me hablaste de ese hombre? Eso no fue justo ni correcto por tu parte.

—No había nada que contar —dijo Hazel, moviéndose inquieta.

—Pero debe de haberte visto varias veces.

—Estuve a punto de contártelo, pero pensé que te enfadarías.

—¡Enojado! ¡Contigo! ¡Oh, pensar que estabas en tal peligro!

—¿Qué peligro?

—De cosas que, gracias a Dios, ni sueñas. Imagino que falsificó la carta, ¿no? O te asustó para que la escribieras.

—Ajá.

—¿Pero por qué te fuiste?

—Me subió al caballo y me llevó.

—Ese hombre es un salvaje.

Hazel contuvo la apresurada negación que tenía ya en los labios.

—¡Qué mala suerte has tenido al cruzarte en su camino! —dijo Edward.

—¡Ajá!

—¿Pero por qué no quisiste venir enseguida cuando fui a buscarte? ¿Tanto miedo le tienes?

—¡Sí!

—Bueno, ya se ha acabado. No volverá a asomar la cara por aquí; hemos terminado con él.

Hazel suspiró. Pero no habría sabido decir si era su yo espiritual suspirando de alivio por estar con Edward o su yo físico que deseaba a Reddin.

—Solo tú podrías superar una experiencia así sin cambios, mi dulce niña —dijo Edward.

—¡Tengo que ir a ver a Foxy! —gritó desesperada—. Me necesita.

—Lo que necesita Foxy es una buena paliza —dijo la señora Marston con aire benevolente y mirando con misericordia por encima de los anteojos. Por lo general, su ira era poco más que una gotita ácida en un tarro de miel.

Cuando Hazel salió, la señora Marston dijo:

—Supongo que la enviarás bien lejos de aquí.

Edward salió al cementerio sin decir palabra. Se sentó en una de las lápidas en forma de ataúd.

—¡Que Dios me mande tranquilidad! —rogó.

La señora Marston se acercó y lo envolvió con su chal. Edward se

levantó, deseoso de tener algo de paz, y dijo que se iba a la cama.

—¡Sabia decisión! Yo también. Mañana estarás tan bien como siempre. —Y luego añadió en un susurro—: Supongo que no dejarás que se quede, ¿no?

—¿Quién? ¿Hazel? Por supuesto que Hazel se quedará aquí.

—Eso no está bien.

—Querrá decir usted que eso no le gusta. Nunca le ha gustado la chica y quiere librarse de ella. Pero no acierto a comprender cómo se puede juzgar tan mal a un alma tan hermosa. Ya le digo que es tan pura como una margarita. Vaya, ni siquiera podía soportar, en su reserva de doncella, la idea del matrimonio. Es una pura blasfemia decir esas cosas.

—La blasfemia, querido, no tiene nada que ver con la relación con los demás: no estar de acuerdo con el Señor es blasfemia.

—Debo pedirle, de todos modos, que nunca me vuelva a mencionar el nombre de Hazel hasta que piense de otra manera.

Cuando, después de dar las buenas noches a Hazel y Foxy, Edward se fue a la cama, la señora Marston negó con la cabeza.

—Edward ya no es como antes —declaró.

Esperó hasta que Hazel volvió a entrar en la casa.

—No eres esposa digna de mi hijo —dijo—, ya que has pecado con otro hombre.

—Yo no he hecho ni he dicho nada; todo ha sido obra de otros, así que no entiendo cómo podría haber pecado yo. No puedo soportarla, ¡ojalá se muriera ahora mismo!

Subió corriendo a su habitación y se tiró sobre la cama sollozando. Estaba aturdida, como si fuera un niño en una gran juguetería y tuviera que elegir deprisa. La vida había ido demasiado rápida con ella. Sabía que algunas cosas podrían haberle gustado, pero no había tenido tiempo de averiguar cuáles eran.

Deseó poder contárselo todo a Edward. Pero ¿cómo iba a explicarle esa extraña fuerza interior que la había llevado hasta el bosquecillo del cazador? ¿Cómo podía hacerle comprender que no quería y, aun así, se había visto obligada a ir? No podía contárselo.

Aunque estaba furiosa con Reddin en nombre de Edward, aunque odiaba a Reddin por lo tosco y cruel que era, le había dolido separarse de él.

¿Cómo podía ser? No lo sabía. Solo sabía que, mientras yacía en su camita, deseaba a Reddin, su presencia corporal, sus besos o sus golpes. Reddin la había traicionado por completo al apelar a fuerzas que él mismo no podía calibrar ni comprender. Su delito era que había convertido en su pareja física a una mujer que no podía ser su pareja espiritual (ya que el espíritu de ella no se había despertado y el de él ni se sabía dónde estaba). Todas las divinas paradojas del sexo —la pericia del amante y su profunda humildad, su idealización de la novia y la entrega absoluta de esta—, Reddin las había arrastrado por el barro. Así que en lugar de la misteriosa y trascendente iluminación que la pasión aporta a una mujer, Hazel solo tenía confusión, oscuridad y la sensación de que algo tiraba de las raíces de su ser hacia las tinieblas.

Sus ojos necesitaban que la intensa mirada de él los intimidara. Los moratones de sus brazos ansiaban sus duras manos. Sus mismas lágrimas deseaban su rudeza para fluir.

—¡Oh, Jack Reddin! ¡Jack Reddin! ¡Me has hechizado! —gimió—. Quiero estar con Edward y tú me has obligado a estar contigo. No me gustas, pero no puedo pensar en otra cosa.

Aquella noche libró una dura batalla. El deseo de levantarse e irse sin dilación a Undern era tan fuerte que solo podía compararse con la fuerza que ejerce la materia sobre la materia. Intentó invocar la voz de Edward: tranquila y tierna, con un tono casi religioso cuando hablaba con ella. Pero solo oía la voz de Reddin, enérgica y dictatorial, diciendo: «¡Aquí el amo soy yo!». Y cada uno de sus nervios asentía desafiando a su espíritu melancólico y afirmaban que él era el amo.

El hecho de que al llegar la mañana siguiente Hazel siguiera en la Montaña fue muestra de su extraordinario poder de resistencia y se debió, sin duda, a que Reddin al «darle una buena paliza al párroco» le había abierto los ojos por completo a su insensibilidad innata y a

su hostilidad, por temperamento y tradición, a las creencias de Hazel en relación con el amor y la piedad. Pronto, en el misterioso bosque, las lechuzas volvieron a casa —misteriosas como el mismo bosque—, fuertes criaturas empujadas a la destrucción perpetua de los indefensos, destruidas a su vez y arrastradas por el viento con unas pocas plumas desgarradas.

CAPÍTULO 31



Edward no advirtió la tensa relación entre la señora Marston y Hazel. Suponía que las sospechas de su madre se habían desvanecido ante la franca presencia de la joven.

En apariencia había pocos cambios en la actitud de las dos mujeres; la señora Marston mostraba su enfado, y Hazel su antipatía con pequeños alfilerazos femeninos y, en ausencia de Edward, Martha insistía repetida y enfáticamente en que una mujer tenía que ser respetable. Cuando Edward regresaba, parecía volver la paz, pero en cuanto cruzaba la puerta, las armas se mostraban de nuevo.

Poco a poco, Hazel fue deseando haberse quedado en Undern.

Encontraba preferible la rudeza de un hombre a las bofetadas aterciopeladas de una mujer; las exigencias de Reddin le dolían menos que la crítica silenciosa. En Undern su cuerpo no era suyo; aquí, recibía ataques en el corazón y el espíritu. No podía explicar a la señora Marston que algo la había obligado a irse. La señora Marston se habría limitado a responder: «¡Tonterías!». No podía explicarle que el contacto con Reddin era como una droga. Si la señora Marston hubiera sentido alguna vez esa locura pasiva —cosa que parecía imposible, de modo que la existencia misma de Edward era una paradoja—, seguro que la había olvidado tiempo atrás.

Además, Hazel no tenía palabras para expresar estas cosas; ni siquiera ella misma las tenía claras.

Nunca intentó explicarle nada a Edward. Temía su ira y sentía que solo con un completo silencio podría conservar la mirada de reverencia amorosa de sus ojos. Se daba cuenta de que Reddin la miraba de modo muy distinto. En el caso de Reddin no le importaba, pero en el de Edward… era importantísimo.

Solo una vez advirtió una aguda mirada de crítica en los ojos de Edward y sintió que se le estremecía el corazón.

—¿Por qué, después de que te arrastrara a Undern contra tu voluntad, llevabas el vestido de aquel hombre? No era digno. ¿Y por qué le pediste que no te avergonzara? No podía avergonzarte, no habías hecho nada malo.

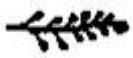
—Dijo cosas tan horribles, Edward, y el vestido… el vestido era tan bonito…

—¡Pobre niña! ¡Querida pequeña! Era de un color muy bonito, ¿verdad?

—¡Ajá!

—Tendrás uno igual.

Y Edward se fue silbando.



Cuando llevaba de vuelta casi seis semanas, y los días de agosto abrasaban la Montaña, la tensión se hizo insoportable. Hazel no se encontraba bien.

Reddin no había dado señales de vida. Eso, al principio, la tranquilizó; luego la molestó y terminó por dolerle. De un modo misterioso, sentía que tenía que estar con él.

«Es tan orgulloso que nunca me pedirá que vuelva. Y si me voy con él no habrá paz. ¡Oh, Jack Reddin, Jack Reddin! ¡Me has hechizado! En tu casa no había paz de día ni descanso por la noche y, sin embargo…».

Y cuando salía a dar un paseo, tenía la sensación de que sus pies

la encaminaban a Undern.

Entonces, de repente, una mañana Reddin pasó a caballo por delante de la casa. La señora Marston lo vio.

—Edward tiene que saberlo —dijo la señora Marston muy nerviosa—. Tienes que irte a algún sitio, Hazel.

—¿Irme? ¿Por qué?

—Fuera tentaciones. ¿Por qué no te vas a casa de tu tía?

—La tía Prowde no querrá. Y a Edward no le gustará que me vaya. —Estoy segura de que Edward piensa como yo.

—¿Segura como del Evangelio?

—No seas irreverente.

—No creo que usted sepa lo que piensa Edward tan bien como lo sé yo.

—Por supuesto, sé lo que Edward piensa mucho mejor que tú. Le conozco de toda la vida.

Después, cuando la señora Marston no estaba en la habitación, Martha dijo en su habitual tono despectivo:

—Supongo que ya sabe, señora, cómo le van las cosas.

—¿Cómo le van las cosas a quién?

—Pues a ese tal señor Reddin.

—¿Qué ha hecho?

—No me gusta chismorrear, pero he pensado que tenía que saberlo. —Parecía triunfante—. Anda detrás de una tal Sally que vive por ahí cerca y dicen que él es el padre de todos sus mocosos.

—¿El señor Reddin? ¿Está… casado con ella, Martha?

—¡Pues tanto como lo estaba con usted, supongo!

—¿Y ella… vive en Undern?

—No lo sé.

—¿Es guapa?

—No siempre son las más bonitas las que tienen amantes.

—¿Pero es más guapa que yo?

—He oído que es más grande y mejor plantada.

—¿Pero tiene el pelo *crobizo*?

—¿Cómo voy a saberlo?

Aquella noticia dejó a Hazel desolada. Ahora que esperaba un hijo suyo, Reddin se había convertido en algo necesario para ella. Ignoraba el motivo de esa necesidad, que no era espiritual, sino puramente fisiológica. No lo odió al conocer la noticia; tal odio sería anormal. Tampoco lo quería; eso habría sido todavía más anormal. Pero tenía que estar en su casa; tenía que coser para él, compartir sus quehaceres diarios, dormir en la gran cama con dosel y no en la pequeña cama virginal de la Montaña. Sería penoso dejar a Edward. Él era un refugio entre su espíritu vacilante y las tormentas de la vida. Hazel había dudado, posponiendo lo inevitable; sentía que Undern siempre estaba ahí, como una habitación vacía, esperando que volviera, por lo que no se había apresurado. Ahora la habitación estaba ocupada y había alguien en su lugar. Al instante sintió que tenía que marcharse. Febrilmente decidió ir esa misma noche, atisbar en el caserón (nadie más que ella había bajado alguna vez las persianas de Undern en los últimos años) y ver por sí misma. Tanto la señora Marston como Martha parecían estar empujándola.

Cuando, después del té, salió a escondidas de la casa, estaba llorando; lloraba por dejar a Edward, el maestro y el camarada de su yo desconocido. Era como si renunciara a la inmortalidad. Sin embargo, se sintió aliviada al irse: eso sí, siempre que pudiera quedarse en Undern. Tanto sus lágrimas como su alivio eran naturales. El drama era que su cuerpo y su alma se oponían, ya que pertenecían a dos hombres diferentes.

Dejó una pequeña nota emborronada para Edward.

«No me tengas en mal concepto, Edward. Tengo que marcharme a vivir a Undern, aunque preferiría quedarme contigo».

Atravesó los prados llenos de dulces sombras donde los pájaros saltaban en el frescor de las franjas verdes. Ahí crecían el trigo alto que una vez había sido su camarada y los setos de madreselva que tanto regocijo infantil le producían. Le pareció que tenían una actitud crítica y distante. Todo era tan triste, como un amigo querido con el semblante alterado. Era una exiliada incluso en lo que veía y oía. Le resultaba extraño *como un* pueblo bajo las aguas. Allí estaba todo,

claro y con el mismo campanario que antaño, pero a varias brazas de profundidad, donde las campanas sonaban tan débiles que la voz de Reddin las ahogaba. Salía de los prados y bosques del Edén del pasado, pero se le negaba el Edén del futuro que podría haber tenido en el amor de Edward. Aunque le quedaba el presente —Reddin—, a menos que otra mujer se lo hubiera robado.

Se sentó entre las densas sombras de los árboles al otro lado del estanque de Undern. Incluso aquel día dorado, el agua parecía fría y espantosa. Observó a las lavanderas pavonearse magistralmente, a las pollas de agua con el aire preocupado de limpiadoras sobrecargadas de trabajo y contempló toda la misteriosa vida de un estanque en verano al atardecer, pero aquel día Hazel no tenía ninguna sonrisa para las aves. Las golondrinas se deslizaban y daban vueltas sobre el agua; su silencio ya no era íntimo, sino ajeno. Miró hacia Undern. Había rosas por todas partes, pero el caserón imponía su personalidad y confería un aire de profunda tristeza a las rosas rojas y a las clemátides, como si se hubieran mecido con el viento, hubieran caído tiempo atrás y no fueran más que fruto del recuerdo. Las sombras de las golondrinas iban y venían sobre el blanco muro occidental, y el humo se elevaba, azul y recto, desde el fuego de la cocina de Vessons. Vio bajar a las vacas por el sendero verde y luego vio avanzar las sombras por las praderas de modo triunfal. Cuando todo fue sombra y el cielo quedó de repente tan vacío de golondrinas como lleno había estado al amanecer, se dirigió hacia la casa con sigilo.

Apareció una luz en el salón. Se acercó y miró hacia el interior.

Reddin estaba en el sillón, leyendo el periódico, con una pipa en la comisura de los labios. No había nadie más.

—¡Jack Reddin! —gritó Hazel.

—¡Hola! —Reddin se dio la vuelta—. ¿Así que has vuelto? Pensaba que vendrías antes.

Eso fue todo lo que dijo. Pero Hazel se convenció de que él se alegraba de que hubiera ido porque le pidió el té a gritos a Vessons. Estaba segura de que estaba contento de verla. Sin embargo, había

algo vagamente insolente en sus modales. Una mujer nunca podría estar segura de aquel hombre. En el momento en que ella se comprometiera, quedaría en desventaja porque él la despreciaría.

—¡Ven aquí! —ordenó Reddin—. Supongo que has olvidado lo que es un beso, ¿verdad? ¿Y vivir con un hombre? No puedes volver a marcharte.

—¿Por qué?

—¡No seas boba! ¿Crees que te aceptará de nuevo después de esto? Él piensa que la primera vez fue culpa mía, pero la segunda ya no lo pensará —dijo riéndose.

—Esta vez es culpa tuya tanto como lo fue la otra. He venido las dos veces por tu culpa. ¡Ahí está Vessons! Deja que me levante.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

Vessons entró.

—Este juego de ir y venir me está mareando.

—Jack —dijo Hazel cuando Vessons se hubo ido—, Martha me dijo que había una mujer en la casa.

—Martha es una mentirosa.

—¿No ha habido ninguna mujer?

—No. Nunca ha habido nadie más que tú.

—¿Y no te has encariñado con otra?

—Solo contigo.

—Martha dijo que había una mujer que tenía muchos hijos pequeños tuyos.

—¡Maldita sea!

—Y pensé que vivía aquí, como si estuviera casada, y se ponía el vestido verde.

—Nadie más que tú lo llevará y solo tú serás la madre de mis hijos.

Tal como había previsto Reddin, Hazel se sintió abrumada, de modo que no siguió haciéndole preguntas.

—Oh, no —exclamó Hazel—, no puede ser.

Reddin alzó las cejas ante la falta de comprensión de Hazel, pero consideró mejor no decir nada más.

Tenía que deshacerse de Sally. Supuso que le costaría caro. Estaba harto de verlos, tanto a ella como a los niños. No eran niños agradables. Contempló a Hazel. Si su conjetura era cierta, tendría que intentar legalizar las cosas durante los próximos meses. Deseaba con ansia tener un hijo… nacido dentro del matrimonio. Tendría que ir y rogar al párroco que se divorciara de ella. Sería muy desagradable, pero tendría que hacerlo. Esperaría y vería.

Mientras tanto, Vessons también hacía planes; su boca obstinada y su rostro en forma de pera tenían un aire más adusto que nunca.

Hazel recibió una carta de Edward por la mañana; era muy corta. Hazel no pudo deducir lo que Edward pensaba de ella.

Solo le decía que, si alguna vez necesitaba ayuda, podría acudir a él. Hazel se echó a llorar y la escondió. Imaginaba perfectamente a Edward mientras la escribía. Sabía que estaba triste, pero no tenía la menor idea de que se sentía por completo abrumado y destrozado. No tenía la menor idea de lo que sentía por ella.

Hazel estaba muy contenta de estar lejos de la señora Marston y de Martha. Aquel hogar con solo dos hombres era un gran descanso después de aguantar a las dos mujeres, aunque Vessons seguía mostrando su desaprobación. Si no hubiera sido por su apasionado anhelo espiritual por Edward, habría sido feliz, pues la ley profunda de su ser se cumplía ahora al volver con Reddin. A él, por su parte, le gustaba verla por ahí. Aparecieron rosas por las habitaciones; era extraño para él, que nunca había tenido a una mujer en su casa, encontrar su dormitorio perfumado con flores. Le gustaba contemplarla mientras se peinaba.

Siempre fingía estar dormido por la mañana para que ella se levantara primero, tímidamente ansiosa por vestirse antes de que él se despertara. Así que, por las mañanas, la observaba a través de las pestañas. Nunca se le ocurrió que, dado el obvio deseo de intimidad de Hazel, fuera inadecuado o poco delicado observarla. «Tengo derecho a hacerlo. Es mía», era su única idea.

Una semana después de la llegada de Hazel, Reddin reunió fuerzas y se fue a ver a Sally Haggard. Vessons, atento al hecho, al

regreso de su señor pasó por la casita de Sally y la encontró llorando. Ver llorar a aquella mujer de cejas densas y huesos grandes sobresaltó tanto a Vessons que la contempló en silencio.

—Viejo tonto, ¿no sabes hablar? —dijo Sally.

—Me atrevo a decir que ahora quiere que te vayas, ¿verdad? —preguntó Vessons.

—Ajá.

—¿Por culpa de la mujer joven que ha traído?

—Sí, ¿de qué sirve decirlo? Le he sido fiel. No he ido con otros. Todos los críos son suyos. Y ya no vendrá más, se ha ido —dijo, rompiendo a llorar.

—He venido para decirte cómo conseguir que la mujer se vaya. Si te lo digo, tienes que jurarme que nunca irás a vivir a Undern.

—¡Lo juro!

—Bien, entonces ve a verla alguna vez cuando el amo no esté, y lleva a los niños.

—Muchas gracias.

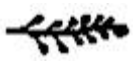
—¡Pero no vayas hasta que yo te lo diga! No corramos riesgos hasta que él esté fuera todo el día. Si se entera, me echa. Mira, está como un chaval con un ratoncito blanco. Y el párroco también: son como dos zorzales con un solo gusano.

—¿Y dices que ella es poquita cosa?

—Ajá, y no para de cambiar de opinión, va de uno a otro.

—¿Por qué no puede quedarse con el pastor?

—¡Solo el Señor lo sabe! Lo digo por su bien, por el del amo y el tuyo, y no hablemos del mío propio. Esa mujer no para de hacer preguntas y está todo el día con la tetera. Y venga Andrew esto y Andrew aquello, y todo con un tremendo olor a flores en la casa, que parece que estemos de entierro.



Vessons esperaba ansioso su oportunidad; pero Reddin temía dejar sola a Hazel por si aparecía Sally; así que pasaron todos los

días de septiembre y Vessons y Sally siguieron esperando.

CAPÍTULO 32



Mañana tras mañana, Hazel observaba las matas de fucsias, cuajadas de pequeñas flores rojas que se mecían en un hermoso abandono con su copa púrpura y sus estambres carmesíes. Las grandes abejas negras tiraban de ellas como un ternero de su madre. Su peso empujaba las esbeltas ramas casi hasta el suelo.

Así siguieron los ricos fastos de la belleza y las melosas vidas silenciosas, y así habrían continuado para siempre. Y, de repente, una mañana todo terminó; una de las duras heladas tempranas de Undern se lo llevó todo: las copas enceradas, las hojas con nervaduras rojas. Las abejas se fueron y Hazel, buscándolas, encontró unas cuantas medio vivas resguardadas en grietas y muchas otras muertas de frío. Puso las que estaban vivas en una cajita y la dejó cerca del fuego del salón. No tardó en oírse un zumbido grave y satisfecho mientras se recuperaban una por una y se disponían a explorar el techo. En ese momento llegó Reddin, que acababa de pasar otra vez por la casa de Sally, y estaba muy disgustado por su negativa a marcharse antes de noviembre.

—¿Qué demonios es ese zumbido? —preguntó.

—Son abejas. Las he traído para que disfruten un poco antes de morirse.

—¡Qué niñería! —dijo, ahuyentando a una abeja inquisitiva—. ¡Se quedarán aquí todo el invierno! Nos picarán. —Entonces vio el hospital lleno de abejas junto al fuego—: ¿Más abejas? ¡Santo Dios! —exclamó y arrojó la caja al fuego.

Hazel guardó silencio horrorizada. Por fin jadeó:

—¡Las estaba cuidando como una madre!

—¡Te gusta mucho ser madre! ¿No te gustaría tener un hijo para ser madre?

—No. Preferiría ser la madre de las abejas y los zorros, ya que nadie los cuida. No me gustan mucho los bebés… todos calvos y arrugados. Martha me dijo que se sufría muchísimo y merecía la pena, pero a mí no me gustan. Creo que son feos. Una vez vi un bebé en un cochecito delante de una cabaña de la hondonada —Reddín dio un brinco— y era más feo que un cerdo. Creo que eres una bestia cruel, Jack Reddin, al quemar mis abejas cuando ellas estaban tan confiadas pensando que me ocupaba de ellas.

Hazel no le dirigió la palabra durante el resto del día. Reddin se aburría tanto que al anochecer se fue a ver a Vessons y le pidió una caja llena de abejas.

—La señora las quiere —dijo tímidamente.

Vessons estaba dispuesto a mostrarse amable en las *cuestiones* menores. Cogió unas pocas de la colmena.

—Aquí las tiene —dijo condescendiente—, pero no me pida más.

No se acordaba del hecho de que, en realidad, las abejas eran de Reddin. Este se las dio a Hazel.

—Ten las abejas —espetó Reddin—; ahora puedes volver a portarte bien.

—¡Pero estas son *abejas de* la colmena! —exclamó Hazel—. Ya estaban preparadas para pasar el invierno. No quiero estas, sino las que se mueren de frío.

—¡Caramba! ¿Cómo iba a saberlo? —preguntó Reddin irritado.

—No, claro que no podías saberlo —contestó Hazel—. ¡Eres muy tonto, Jack Reddin!

Así transcurría la vida en Undern, y Hazel se adaptó a ella tan

bien como pudo. Resultaba extraño que, cuanto más tiempo vivía allí, más pensaba en Edward. Siempre veía su rostro con arrugas de tristeza, muy pálido en lugar de bronceado por el aire libre, tal como lo había conocido. Era como si su pensamiento cruzara el valle, llegara hasta allí y depositara en ella su melancolía. Algunas veces echaba mucho de menos a Foxy, pero no quería que estuviera en Undern, no se fiaba de aquel sitio. No salía nunca de la casa porque la gente se quedaba mirándola y cuando Reddin, no sin dificultad, la convencía para que recorriera los campos con él en un poni que había comprado a buen precio para ella, no quería salir nunca de la finca.

No fue hasta casi finales de octubre cuando Vessons tuvo su oportunidad. Reddin tenía que ir a una feria muy importante. Quería que Hazel fuera con él, pero ella dijo que estaba cansada y, adivinando la causa, dejó de insistir de inmediato.

A pesar del ferviente deseo de Vessons de que se fuera, Reddin salió tarde. Galopó la mayor parte del camino, decidido a regresar pronto. Le gustaba volver a casa a tomar el té y ver a Hazel esperándolo a la luz de la chimenea.

En cuanto se hubo marchado, Vessons partió hacia la casa de Sally, deseoso de que esta se diera prisa. Pero esta no quiso. Era día de lavado y, además, insistió en arreglar bien a los niños, ignorando que, precisamente, su extrema fealdad era una baza a su favor. No llegó hasta las tres a la puerta del caserón con un bebé en brazos y otros cuatro niños expectantes tras ella; Vessons, mientras tanto, se ocupaba entre bambalinas de organizar la escena.

Hazel había estado mirando dos de los pocos libros de Undern *El caballo* y *El perro*, ambos ilustrados. Vessons tenía opiniones personales sobre los libros. Consideraba que eran útiles.

—No hay nada como un libro —decía Vessons—, una novela bien gorda o un libro de sermones para conseguir un buen fuego rojo e incandescente. Un libro delante y un poco de aire detrás, ¡y ya está!

Así que Hazel había estado mirando el *Libro del caballo* hasta conocer de memoria todas las imágenes. Se había quedado dormida

sobre él y se levantó de un salto, alarmada, al oír a Sally.

—¿Quién viene? —preguntó con voz asustada mientras los visitantes la observaban fijamente.

—Soy Sally Haggard y estos son mis hijos —dijo Sally en dialecto, mirándolos con orgullo—. ¿No crees que se parecen a alguien?

Hazel los observó con timidez.

—Se parecen a ti —dijo.

—¿No se parecen al señor Reddin?

—¿Al señor Reddin?

—¡Ajá! Deberían parecerse, son suyos.

—¿Suyos?

—Sí. Y deja de repetir como un loro.

—¿Eres la mujer que, según Martha, vivía con Jack?

—Ha vivido conmigo.

—Pues entonces deberías ser tú la señora Reddin, llevar este vestido y vivir en Undern —declaró Hazel.

—¿Eh? —Sally se quedó atónita.

—Él me dijo que no había nadie más que yo.

Sally se rio.

—¿Te creíste esa mentira? ¡Qué niña tan boba!

—¿Son todos suyos?

Los niños estaban sentados cerca de su madre en sillas altas. Miraban boquiabiertos a Hazel con expresión hosca y crítica. Una pregunta irreprimible brotó de Hazel.

—¿Para qué los has tenido?

Sally se quedó mirándola fijamente.

—¿Para qué? —repitió Sally—. Por Dios, muchacha, no me digas que eres tan inocente.

—No tendré nunca hijos —prosiguió Hazel con gran firmeza mientras miraba a los niños.

—¡Por Dios! —murmuró Sally—. ¡La tiene más engañada que a mí! Ven a ver el bebé, querida —prosiguió Sally con una voz asombrosamente suave. Miró a Hazel con interés—. ¿Es que no lo sabes? —preguntó.

—¿Qué?

—Vas a tener un niño.

Hazel se levantó de un brinco, segura de que no era cierto. Pero Sally, tras convencer a los niños para que jugaran, conversó con ella largo rato en voz queda y terminó por persuadir a una Hazel blanca, enferma y temblorosa de que era cierto. Sally, que era mujer poco sensible, no se daba cuenta del espantoso terror que le causaban sus escabrosos detalles sobre el próximo acontecimiento.

Hazel parecía tan enferma que Sally intentó consolarla.

—A lo mejor es un niño y estarás encantada de ver crecer a un hombre alto y bien plantado como Reddin.

Hazel rompió a llorar y los niños detuvieron el juego para mirarla y reírse.

—Pero no quiero que sea como Jack —sollozó Hazel—. Quiero que sea como Edward, ¡y nadie más!

—¡Vaya! Eres una chica rara. Si te gusta ese tal Edward ¿por qué te liaste con Jack?

—No lo sé.

—Bueno, lo mejor que puedes hacer es volver con tu Edward y ese hijo ilegítimo —dijo Sally—. Y si no te quiere en su casa…

—Seguro que me quiere. —Una tierna sonrisa se dibujó en el rostro de Hazel—. Saldrá a la puerta de la casa, me cogerá de la mano y dirá: «Entra, pequeña Hazel, y toma una taza de té». Y todo será igual que antes.

—¡Pues tiene que ser bien tonto! Pero tanto mejor para ti. En tu caso, yo volvería esta misma noche. ¿Y qué hay de esa taza de té? ¡Me parece que es ya hora de que coma y beba algo en este salón!

Tomaron el té; y Vessons, que merodeaba por el patio, estaba desesperado. No podía aparecer, pues Hazel no debía conocer su papel en el asunto.

—¡Demonios! Si han empezado con el té, todo ha terminado para mí —comentó dirigiéndose al cisne al pasar junto a él.

Empezaba a anochecer y Sally no salía de la casa. Las dos chimeneas humeaban hospitalariamente y Vessons quería comer

algo. Se sentía muy mal. Se dirigió al rincón más alejado de la finca y comenzó a cortar un seto mientras observaba el camino. Pronto apareció Reddin, y Vessons no pudo reprimir una risita.

—¡Mejor él que yo! —exclamó.

Reddin, tras haber llamado infructuosamente a gritos a Vessons, llevó al caballo al establo y luego se dirigió a la casa. Al entrar en el salón, consciente del agradable aroma a té y tostadas, se encontró con la mirada solemne de siete pares de ojos y, por un momento, a pesar de lo dura que tenía la piel, se sintió muy aturdido.

Luego avanzó hacia Sally con el bastón bien agarrado en una mano.

—¡Fuera de aquí! —ordenó.

El bebé lanzó un grito. Sally se levantó y alzó el brazo para esquivar el golpe.

—Jack —dijo Hazel—, esta mujer tiene más derecho que yo a estar en Undern. ¡Deja que se quede! Es una buena mujer.

Reddin jadeó. ¿Por qué Hazel siempre hacía y decía justo lo contrario de lo que esperaba?

—Pero si tú eres la última persona… —empezó.

—Crees que debería estar celosa de mí, Jack Reddin —dijo Sally —. ¡Pero ninguna de los dos está celosa! ¡Te lo digo bien claro! Ella es demasiado buena para ti. Me has mentido; estoy acostumbrada. Y también le has mentido a ella, con lo inocente que es.

—¿Por qué me has contado mentiras, Jack? —preguntó Hazel.

Bajo la mirada inquebrantable de las dos mujeres y los aullidos incesantes del bebé, Reddin se sintió derrotado por completo.

—Malditas seáis —exclamó, y se dirigió enardecido a buscar a Vessons. Sería magnífico poder desahogarse con él. Cuando por fin encontró a Vessons, desbrozando inofensivamente los setos, su desconcierto fue total.

—¿Cómo te has atrevido a dejar entrar a Sally? —dijo.

—¿Sally?

—Sí. ¿Por qué demonios has venido hasta aquí y has dejado la casa?

—El seto necesitaba un buen corte.

Lo dijo con un tono tan inocente que Reddin sospechó.

—No la habrás traído tú, ¿verdad?

—Ahora va a resultar que soy yo quien trae a Undern a esas mujeres tan revoltosas —dijo con tono razonable pero ofendido.

—Me parece que mientes, Vessons.

Vessons abrió la boca para decir: «Preaviso de fin de contrato»; pero al comprender que en el estado de ánimo de su amo tal vez aceptara la renuncia, se calló.

Cuando Reddin entró, Sally se había ido y Hazel se ocupó de él, como de costumbre. Los únicos indicios de lo sucedido eran el silencio forzado y el despliegue de tazas y platos.

—Será mejor que entiendas de una vez por todas —dijo al fin Reddin— que nunca permitiré que esa mujer viva aquí.

—¿Y si yo me voy?

—¡Nunca! Antes la mataría.

—¿Por qué me dijiste mentiras?

—Porque eres muy guapa y te deseaba.

Los halagos cayeron en saco roto.

—Esas criaturas son feísimas —comentó Hazel con cansancio.

Reddin se acercó a ella.

—¡Pero la tuya será bonita! —dijo.

—¡No te me acerques! —gritó Hazel con ferocidad—. Esa mujer ha dicho que voy a tener un hijo. Ha sido una mala jugada y eres una bestia cruel, Jack Reddin: has quemado mis abejas, matas a los conejos y vas a hacerme tener una criatura.

—¡Pero si eso es lo que quieren todas las mujeres!

—Deberías habérmelo dicho. Dice que es un dolor mortal parir un bebé y tengo miedo, mucho miedo.

—Hazel —dijo Reddin con humildad—, bien puedo decirte ahora que pretendo casarme contigo. El párroco tiene que divorciarse de ti. Nos casaremos y pasaré página.

—¡Nunca me casaré contigo! —exclamó Hazel—. ¡Por nada del mundo! No me gustas. Me gusta Edward. Y si tengo que tener un

bebé, quiero que sea como Edward y no como tú.

Tras decir esas palabras, Hazel salió de la habitación y él se dio cuenta de que llevaba puesto el vestido con el que había llegado y no el de seda.

Se sentó junto al fuego, pensativo; pero al final consiguió animarse con la idea de que Hazel lo superaría con el tiempo. Sin duda, estaba disgustada por la presencia de Sally.

«Y, por supuesto, el pastor nunca la aceptará de vuelta y el padre de Hazel tampoco», pensó. «Sí, todo saldrá bien».

Confirmó esta idea el hecho de que, al día siguiente Hazel se comportó como de costumbre, tal vez algo más callada.

CAPÍTULO 33

Aquella noche estalló una gran tormenta. Undern crujía y gemía; las chimeneas apagadas rugían y las puertas de los pasillos vacíos daban tales portazos que la casa parecía habitada. Se habría dicho que todos los habitantes que alguna vez habían vivido en aquel caserón habían vuelto, ignorando en su lúgubre dignidad de muerte eterna la presencia de los seres vivos. Hazel siempre había tenido miedo de la casa y se quedó despierta hasta que Reddin quiso irse a la cama para no tener que recorrer sola los largos pasillos. Pero aquella noche también tenía miedo de Reddin: no se trataba de un poco de temor, sino de un terror irracional.

Todo se mezclaba en su pensamiento, igual que los sonidos que arrastraba el viento; el rostro de Reddin, distorsionado por la rabia, mientras avanzaba hacia Sally con el brazo en alto; el aullido del bebé; el sonido de las abejas al arder, estallando como si fueran semillas de manzana. Recordó una escena de la semana anterior y le pareció que habían transcurrido años. Tras un día caluroso y amarillo, acompañado por el sonido de los cortes, entraron en un campo que estaban segando. Solo quedaba un pequeño cuadrado de trigo anaranjado; el resto del campo mostraba el pálido desorden de la destrucción. Los dos grandes caballos estaban en una esquina, brillando oscuros bajo la luz tangencial. Los hombres que habían atado las gavillas estaban de pie, algunas mujeres y niños repasaban los rastrojos y varios perros descansaban a la sombra. Todos parecían estar esperando algo. De hecho, esperaban a Reddin, que

acudía siempre al trágico final de la siega. Hazel sabía qué drama se iba a representar; sabía para qué servían los palos nudosos; sabía qué era lo que se agazapaba en el alto y amable trigo, palpitante, ignorando que no había escapatoria.

—¡Está lleno de conejos, señor! —gritó uno de los hombres, cuya cara era mucho más brutal que la de su perro mestizo.

Hazel sabía que el pequeño cuadrado tenía que estar repleto de los conejos que, con los ojos desorbitados, muertos de miedo y con una fatídica insensatez, habían ido corriendo desde todos los extremos del campo hacía la zona intacta mientras la siega avanzaba en círculos.

—Jack —dijo ella—, nunca te he pedido un regalo.

—No. No quisiste las pulseras, tonta.

—Ahora quiero pedirte uno.

—¿Ah, sí?

—¡Ajá! Si me lo das, Jack, haré lo que quieras. ¿Qué es lo que más quieres en este mundo?

Reddin reflexionó. Se sentía muy en forma y casi demasiado vivo.

—Volver al bosquecillo del cazador, a ese lugar donde nos pusimos tan tristes.

Hazel no quería pensar en aquella tarde ni volver a ver el lugar.

Desde aquel día, en la habitación pintada de gris, había vivido momentos casi tan malos como aquel, pero nada parecido a la tarde de aquel domingo.

La segadora se movía de nuevo. Pronto los conejos empezarían a huir.

—Haré lo que sea e iré adonde digas si haces lo que te pido, Jack.

—¿Y bien?

—¡Llámalos! Diles que dejen la última parte para mañana. Deja que los conejos se escapen durante la noche y vivan un poco más.

—¡Qué tontería!

—¡Llámalos, Jack! Tú puedes. Eres el amo.

—No.

Hazel sollozó.

—Entonces, me voy.

—No. Tienes que quedarte. Tienes que curarte de esta maldita tontería y aprender un poco de sensatez.

Mientras Hazel luchaba por liberarse, dos conejos salieron disparados y se desató el infierno. Nadie habría dicho que la gran calma del atardecer bajo el cielo abovedado, los árboles apacibles y omniscientes, los colores graves y satisfechos podrían tolerar tal atrocidad. Las mujeres y los niños chillaron y Hazel se quedó como única representante de Dios en un mundo insensible. ¿O eran todos los demás quienes lo representaban y ella era algo ajeno, una voz disidente que había que silenciar?

Escenas como esa, multiplicadas hasta el infinito, hacen que nos planteemos preguntas semejantes.

Un conejo cruzó corriendo el campo hasta llegar cerca de ellos, y Reddin, tras soltar a Hazel, le asestó un golpe con el bastón. Hazel recordaba la mirada del conejo, con los ojos blancos muy abiertos, mientras huía por delante de ella a una velocidad insensata, así como su convulso revolcón y su recuperación tras el primer golpe; pero luego cayó otro. Hazel ya no estaba allí.

Volvió a pensar en lo que le había dicho Sally y sintió una rabia profunda ante lo que Reddin le había hecho, ante la tortura a la que, según Sally, la había condenado de modo consciente.

Ahora que lo conocía mejor, sus actos cotidianos de insensibilidad le molestaban todavía más. Se iría. Allí no la querían. Sally se lo había dicho. Había recibido cartas de su tía, del vicario de Reddin, de la mayor de las señoritas Clomber. En todas ellas la consideraban culpable por estar en Undern. Bueno, ella no quería estar en Undern, así que se marcharía.

—Hazel, criatura, ¿qué te pasa? —preguntó Reddin, levantando la vista de las cuentas trimestrales que estaba haciendo—. ¿No tienes una media que remendar o una cinta de pelo para hacer?

—Me pasan muchas cosas.

—Ven aquí, y veré si puedo arreglarlas.

—¡Escucha! —exclamó de repente Hazel—. ¡Es como si la jauría de la muerte aullara con el viento!

—Cualquiera pensaría que estás mal de la cabeza, Hazel. Pero ven y dime qué es lo que te preocupa.

—Tú tienes la culpa.

—Oh, bueno, enfurrúñate tanto como quieras.

Volvió enfadado a sus cuentas. En la cocina Vessons, muy poético, cantaba *Los tres alegres cazadores*.

A los pocos minutos, Hazel se levantó y encendió una vela. Caminó hacia la puerta vestida con el traje de muselina como si fuera el espectro de alguna infeliz criatura del pasado.

—¿Adónde vas? —preguntó Reddin.

—Pensaba irme a la cama.

—No he terminado todavía.

—Iré sola.

—¡Muy bien, sigue enfurruñada si te apetece! A mí me da lo mismo.

Pero le molestaba. Quería que Hazel le tuviera cariño, que le tuviera apego. Cuando por fin subió por la casa llena de aullidos, creyó que estaba dormida. Hazel estaba quieta en la cama grande y no hizo el menor gesto.

Reddin no tardó en roncar, pues las cuentas suponían un esfuerzo intelectual agotador. Se las habría dejado a Vessons, pero este tenía que contar haciendo muescas en palos de madera y ese trabajo habría interferido con cualquier otra tarea. Las cuentas de la feria del queso solían llevarle mucho tiempo. Se le oía decir con voz resonante: «Uno más uno más uno…». Hasta que el cántico terminaba en: «¡Maldita sea! ¿Cuánto suman?».

Así que Reddin hacía las cuentas y dormía después el profundo sueño de los trabajadores intelectuales.

Hazel contempló desde la cama con dosel la habitación oscura, llena de crujidos, y la noche, más oscura y rugiente. A medida que pasaban las horas tenía cada vez más miedo de Reddin y de Undern.

La presencia de Reddin hacía pedazos las cosas que ella amaba,

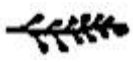
delicadas y frondosas, como si fueran de papel de seda y él las pisoteara. Los placeres de Hazel parecían carecer de importancia cuando Reddin estaba con ella y, ante sus sonoras carcajadas, se marchitaban sus maravillosos días feéricos. Lo único que sabía era que, ahora que vivía en Undern, nunca salía al verde amanecer ni volvía a casa envuelta en flores como los pensamientos o las bocas de dragón silvestres.

Reddin le había impuesto un cambio más profundo que el de virgen a esposa. Le había robado una cosa más frágil y más rara que la virginidad: el amor sacramental de la Naturaleza. Tan solo los matrimonios más hermosos y elevados no privan de ello a las almas, incluso cuando se trata de una alegría antigua. Reddin la había agraviado tan profundamente como un ser humano puede engañar a otro. Su robo era tan cruel como el de quien destruye el Dios de un hombre. Y lo más extraño era que nunca, en toda su vida, Reddin habría podido adivinar que había robado algo o que hubiera habido algún tesoro que robar. Tal vez, cuando fuera anciano y hubiera superado los deseos carnales, se arrepintiera de la parte física del asunto. Sin embargo, ese era el menor de los daños. De hecho, si hubiera sido capaz de ganarse el amor de Hazel, lo habría conseguido a través de la bondad y no de la maldad. Que una mujer, en la evolución de la vida, pierda la virginidad y se convierta en madre es algo tan natural y tan puramente físico que apenas necesita comentario; pero que se le arrebate la parte inmortal, que deje de formar parte de un mundo donde la personalidad es la única cosa rara y preciosa… eso sí es una tragedia.

Reddin no podía evitar su exceso de virilidad ni podía dejar de tener una naturaleza insensible que le hacía disfrutar del lado físico del sexo sin lo espiritual; probablemente no podía evitar ser el tipo de hombre que produce imperialistas, reaccionarios o los materialistas más feroces. (Siempre hablaba de los chinos paganos, de las clases inferiores, de los brutos extranjeros, de los fanáticos locos y de los sentimentalistas tontos, y solo daba alguna vez muestras de compasión hacia estos últimos). Parecía por completo

incapaz de ver nada más allá de sus estrechos puntos de vista.

Y era una verdadera pena que nunca intentara cambiar lo más mínimo. Era una lástima que, después de tantos siglos, tantos apareamientos y nacimientos, tantos antepasados con escudo y blasones hubieran producido algo como Reddin: una persona exactamente igual que todos ellos.



La lluvia repiqueteaba en la ventana y el viento rugía en los olmos. Los árboles que rodeaban el estanque de Undern se agachaban y se mecían como segadores. Hazel sabía que, aquella noche, la Montaña sería todavía más inhóspita. Sin embargo, ella la veía con colores paradisiacos: su jardincito, su labor de punto, la tranquilidad de los domingos, las oraciones nocturnas… Y, sobre todo, la presencia de Edward, en cuya aura nada malo podía sucederle. Deseaba con ansia todo aquello.

No era su hogar tal como lo era la naturaleza salvaje, pero era un refugio. No era el éxtasis, sino la paz.

Dado el rechazo que sentía por Reddin y el terror que le inspiraba Undern, se olvidó de todo excepto de la sensación de protección que le ofrecía Edward. Olvidaba la crítica silenciosa y aplastante de la señora Marston y la desagradable superioridad moral de Martha. Se le olvidó que había pecado de tal manera contra la Montaña que la antigua vida no podría volver nunca.

La recordaba como en la noche de su boda: las prímulas, rojas, blancas y lilas; el olor relajante de las sábanas limpias, que le inspiraba sentimientos religiosos; el tranquilizador tictac del reloj de pared; los pasos suaves de la señora Marston; Foxy y el conejo, el mirlo y la gata tuerta.

Encendió una cerilla sin hacer ruido y se deslizó por la habitación hasta la vieja cómoda de caoba. Sacó la carta de Edward, escondida bajo la ropa de un cajón. La leyó despacio, pues, como repetía Abel, no era lo que se dice una erudita. Edward la quería, eso estaba muy

claro. El consuelo fluyó de la media docena de líneas.

Ni se planteó el aspecto ético de la cuestión.

No estaba hecha para las comodidades ni los deberes de la vida social y no se le ocurrió pensar —ni se le habría ocurrido, aunque hubiera recibido mejor educación— en el efecto que sus acciones podrían tener en la humanidad: no le interesaba.

El ciclo sin fin del nacimiento, el apareamiento y la muerte, tan absorbente para la mayoría de las mujeres, no significaba nada para ella. La libertad, los caminos verdes, los placeres infantiles de descubrir helechos y musgos, la ausencia de hambre o de dolor y la presencia de Foxy y otros protegidos salvajes: esas eran sus realidades. Sentía un miedo más profundo que la mayoría a la muerte y a cualquier tipo de violencia o dolor contra ella o sus seres queridos. Su idea de Dios siempre había sido difusa, pero ahora había tomado la forma de una especie de Edward omnipotente.

Después de leer la carta, se acercó a la ventana. Un amanecer torturado ascendía por el cielo. Vastas nubes negras, con forma de yunques preparados para algún terrible herrero, se extendían por el horizonte y, poco después, el este brilló como una fragua. El vendaval no había amainado, sino que arreciaba en sucesivas ráfagas de ventisca. Hazel no le tenía miedo ni tampoco temía a los gimientes bosques. El viento siempre había sido su compañero de juegos. La ancha llanura que se extendía ante las ventanas de Undern estaba envuelta en una lluvia que, más que caer, se desplazaba horizontalmente. Los sauces, que la tarde anterior estaban hermosos con el pálido dorado del otoño, habían quedado desnudos en un instante, como si fueran los prisioneros de un conquistador salvaje dispuesto a sacrificarlos. El aire estaba lleno de hojas que se arremolinaban como si hirvieran en un caldero. Desde los campos y los refugios, desde las solitarias colinas situadas detrás de la casa, desde el jardín y el huerto, llegaba el lamento de los vencidos.

Mientras Hazel lo contemplaba, uno de los olmos situados junto al estanque cayó con estruendo. Reddin se agitó en sueños y

murmuró algo, inquieto. Hazel esperó, congelada por el temor hasta que Reddin volvió a estar tranquilo.

Oía aullar al perro, aterrorizado por el ruido del árbol. Se vistió a toda prisa, bajó las escaleras, salió por la puerta trasera y abandonó el caserón de ventanas vigilantes, con aquella calma antigua que no implicaba paz, y a sus espaldas se corrieron las cortinas grises de la lluvia.

Encontró un pequeño refugio en los senderos profundos, pero, cuando llegó a los bosques que conducían a la Montaña, el viento los agitaba como si fueran espigas de trigo. Los alerces yacían como palillos chinos, unos sobre otros. Algunos se apoyaban en los que aún quedaban en pie, y las copas de estos últimos producían un rugido como el de la marea entrante sobre las rocas. Mientras trepaba, la rodeaban crujidos y gemidos, choques repentinos, estallidos que parecían disparos: una figura diminuta envuelta en el caos.

Cuando llegó al cementerio, vio que allí también reinaba la confusión. Se habían caído varias cruces y estaban destrozadas; el laburno, lleno de vainas grises con semillas, yacía tendido y, en su caída, había arrastrado la mitad de una lápida, de modo que el suelo bostezaba oscuramente, si bien de aquella tumba no parecía que hubiera surgido un resucitado de entre los muertos. En mitad del camino había una lápida y la inscripción «En la seguridad y la esperanza de la resurrección» estaba medio borrada.

Hazel se arrastró hasta el porche de la capilla para refugiarse, completamente agotada. Se quedó dormida y la despertó la campana del desayuno. Fue a la puerta principal y llamó.

CAPÍTULO 34



Edward bajó las escaleras y, al verla, sintió tal torrente de alegría y juventud que se obligó a detenerse y recordar que aquella alegría y juventud no eran para él, que su único amor se había ido con otro hombre por voluntad propia y ahora, para él, solo tenía que ser una pobre niña acogida por caridad. Estaba muy alterado. Su rostro asustó a Hazel.

—¿Has venido para quedarte, Hazel, o solo de visita? —preguntó.

—¡Oh, no me mires así y no hables con tanta severidad, Edward!

—No era consciente de que era severo.

Edward estaba muy pálido. La miró con una expresión que Hazel no supo analizar. Porque al verla tan dulce en su desaliño, con una súplica tan encantadora, lo había asaltado la misma tentación que lo atormentó el día de su boda. Solo que ahora se resistía por motivos distintos.

Hazel, su Hazel, no era una compañera adecuada para él. Esas palabras ardían en su cerebro; luego, ferozmente, las negó. No quiso creerlas. Las circunstancias, Hazel, su madre, incluso Dios podrían gritarle esa mentira: no quería creerla.

Pero tenía que hablar con ella, tenía que saberlo.

—Hazel —dijo—, después del desayuno quiero que vengas

conmigo a la Montaña.

—Sí, Edward —contestó ella obediente.

Hazel adoró su severidad. Adoraba su expresión cansada. Ansiaba con esperanza y pasión que la tocara.

Porque ahora, cuando ya era demasiado tarde, ella lo amaba —no con amor terrenal, que para ella era ya algo imposible— sino con un amor profundo, similar al de los santos o a la pasión que la Magdalena pudo sentir por Cristo. El amor terrenal debería haber sido también para Edward y habría seguido los pasos del otro amor, como van las crías tras la madre. Pero Reddin se había entrometido.

—Primero —dijo Edward—, debes comer algo y tomar una taza de té.

Seguía tratándola con ternura, pero Hazel advirtió que ya no decía «querida» ni le cogía la mano para hacerla entrar.

El desayuno fue una agonía para Edward, pues su madre, que desde el principio había tratado a Hazel con silencioso desprecio como a una pecadora, se detuvo al entrar con las tostadas y exclamó:

—No comeré con esa mujer.

—¡Madre!

—Si traes a esa mujer a casa, dejaré de ser tu madre.

—¡Madre! Por el amor de Dios…

—Es una mujer malvada —prosiguió la señora Marston con voz tranquila pero terrible—: es una adúltera.

Edward se levantó de un salto.

—¡Cómo se atreve! —exclamó.

—¿Vas a echarla, Edward?

—No.

—¡Eddie! ¡Hijo mío! —dijo con voz temblorosa.

—No.

—¡Mi niño, por el que sufrí durante dos días y una noche para traerlo al mundo!

Edward se tapó la cara con las manos.

—¿Me antepondrás a… ella?

—No, madre.

—Y te amamanté, Eddie, aunque estaba muy débil.

Se hizo un breve silencio. Edward enterró la cara entre los brazos.

—El derecho está de mi parte, Edward, y lo que deseo es la voluntad de Dios. ¿Antepondrás el deber?

—No. Antepondré el amor.

—Me estoy haciendo vieja, querido. No me quedan muchos años más. Ella tiene toda la vida por delante. ¿Me pondrás a mí primero?

Edward alzó la cabeza. Parecía envejecido y agotado.

—¡No! ¡Y otra vez no! —repitió—. ¡Deje de torturarme, madre!

La señora Marston se volvió sin decir palabra para salir. Hazel se levantó de un salto y rompió a llorar con desconsuelo.

—¡Oh, déjame ir! —gritó Hazel—. ¡Me iré muy lejos! ¿Para qué me sacaste del Callow? Nadie me quiere. En el Callow estaba bien, deja que me marche.

Contempló a la señora Marston con ojos aterrorizados.

—La vieja es tan horrible como la muerte —dijo Hazel—. Tan horrible como el señor Reddin cuando es cariñoso. ¡Me da miedo, Edward! Preferiría irme.

Pero el brazo de Edward la rodeaba. Puso una mano sobre la suya, temblorosa.

—¡No asuste a mi pequeña! —ordenó a su madre; y esta se marchó a la cocina, donde, helada de dolor, permaneció toda la mañana en una especie de letargo.

Martha creyó que le iba a dar un ataque, pero no se atrevió a decir nada a Edward porque, mientras atisbaba por el pasillo, había visto la expresión de su cara antes de que cerrara la puerta.

Edward dio de comer y beber a Hazel y luego salieron a la colina.

—Ahora, Hazel —dijo—, debemos ser sinceros el uno con el otro. ¿Te fuiste con ese hombre por voluntad propia?

Hazel guardó silencio.

—Supongo que así fue porque, si no, ¿por qué te habrías marchado otra vez? —Los ojos de Edward exigían una respuesta y

Hazel se estremeció.

—Sí, Edward, pero no quería. No quería.

—¿Cómo pueden ser ciertas ambas cosas?

—Lo son.

—¿Cómo te obligó a ir, entonces?

Hazel intentó explicarse de otro modo.

—Igual que la agachadiza saca a su pareja de la hierba —contestó.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Entonces cómo…?

—Hay cosas más fuertes que las palabras; las palabras no son nada.

—Sigue.

—Era como si hubiera un secreto entre nosotros y yo tuviera que encontrarlo. No me mires así, Edward.

—¿Lo has descubierto?

Hazel se ruborizó dolorosamente y se dio la vuelta. Pero Edward, que debido al dolor no sentía piedad, la obligó a volverse y mirarlo.

—¿Lo has descubierto? —repitió.

—Ya no hay secreto —susurró.

—¿Entonces es cierto lo que dijo, que eras suya de pies a cabeza?

—¡Oh, Edward, déjame! ¡No puedo soportarlo!

—¡Ojalá hubiera podido matarlo! —exclamó Edward—. ¿Así que fuiste suya en cuerpo y alma?

—No lo fui en el alma.

—Has dicho muchas mentiras.

—¡Oh, Edward, no me hables así!

—¡Qué tonto fui! Seguro que os molestó que interrumpiera vuestra luna de miel. ¡Claro que volviste con él! ¡Qué tonto he sido! Y yo pensaba que eras pura como un ángel.

—No lo pude evitar, Edward; las señales decían que tenía que ir y él me tiró sobre los helechos.

Algo se rompió en la mente de Edward y desapareció el autocontrol que lo había dominado toda su vida.

—¿Por qué no lo hice yo? —exclamó—. ¿Por qué no lo hice? ¡Dios santo! ¡Pensar en lo que he sufrido y en todo lo que he renunciado! —Se echó a reír—. Y era bien fácil: bastaba con tirarte sobre los helechos.

Hazel se estremeció ante el filo cortante de su voz y también al darse cuenta de que Edward era, en cierto modo, igual que Reddin.

—¿Por qué me asustas? —susurró.

—Pero no es demasiado tarde —continuó Edward, y su rostro, que estaba gris, se tornó escarlata—. No, no es demasiado tarde. No soy maniático: estás ya usada, pero me servirás.

La estrechó contra él y la besó.

—Soy tu marido —dijo— y a partir de hoy tendré lo que me corresponde. Me has mentido, me has sido infiel, me has hecho sufrir a causa de tu pureza… inexistente. Esta noche duermes en mi habitación, ya que has dormido en la suya.

—¡Oh, déjame ir, Edward! ¡Déjame ir!

Ahora sí que estaba perdida. El Edward justo y cariñoso ya no existía, ¿adónde debía huir? No conocía a aquel hombre que la estrechaba en un abrazo desesperado. Aquello era más terrible para ella que todo lo demás —más terrible, con mucha diferencia, que Reddin— porque Reddin nunca había sido un dios para ella.

—Me arrodillé junto a tu cama y luché contra mis instintos, que eran buenos. Tenía derecho. Renuncié a más de lo que puedes llegar a imaginar.

—Te estoy muy agradecida, Edward —dijo ella temblando.

—He deshonrado mi vocación y esta mañana he ofendido a mi madre de manera irreparable.

—Será mejor que me vaya, Edward. El sol no tardará en ocultarse.

Era mediodía, pero Hazel sentía el frío de la oscuridad.

—Y ahora —terminó Edward— que ya no tengo madre ni amor propio ni siento ningún respeto por ti, al menos tendré placer… e

hijos.

Estas palabras lo ablandaron un poco.

—Hazel —añadió—, te perdonaré por asesinar mi alma cuando me des un hijo. Casi volveré a creer en ti el año que viene, Hazel.

Se arrodilló a su lado rodeándola con los brazos. Ella estaba asombrada por la pasión que sentía y de la que nunca lo había creído capaz.

—Esta noche —dijo, y la ternura volvió a su voz—, es mi noche de bodas. Puedo perdonar mucho, Hazel, porque amo mucho. Pero no puedo renunciar a nada más.

Hazel no había oído nada de lo que había dicho después de «cuando me des un hijo».

Estas palabras resonaban en su cerebro. Se sentía aturdida. Al final levantó la vista con temor.

—Pero —dijo Hazel—, cuando tenga el bebé, no será tuyo, sino de él.

—¿Qué?

—Será… será suyo.

—¿Qué? —repitió Edward como un tonto, como un niño. No entendía nada.

—Han pasado cuatro meses desde San Juan —dijo Hazel— y Sally dijo que yo esperaba un hijo de…

—No hace falta que sigas, Hazel.

El rostro de Edward parecía crispado. La pasión desapareció y en su lugar se manifestó una expresión letal. Se la habían robado total y cruelmente. Ya no podía creer en Dios, ¿cómo podían suceder cosas semejantes? Se le había negado su derecho de hombre. Y no se le escatimaba la última tortura: presenciar la parodia de su situación y ver que su propio amor los había destruido a los dos. De esa ruina absoluta se recuperó sin alegría, sin esperanza, pero con una ternura tan vasta y desinteresada que casi tomó el lugar de lo que había perdido.

Hazel fue de nuevo su inspiración, no como un ideal, sino como una niña abandonada. En la piedad que sentía por ella se olvidó de

todo. Tenía algo por lo que vivir de nuevo.

—¡Pobre niña! —dijo—. Quédate en casa. Yo cuidaré de ti.

—Pero… ¿Y la anciana?

—Tú vas primero.

Hazel le cogió las manos y se lanzó sobre su hombro en un arrebato de lágrimas. Si para Edward aquel era un momento trágico, también lo era para ella.

—¡Oh, Edward, Edward! —exclamó—. A ti te habría querido por amante. Soy tuya en cuerpo y alma. Quiero tener un hijo tuyo y no me daría miedo el dolor del que hablaba Sally si fuera tuyo. ¿Por qué no me dijiste nada en primavera, Edward? Ahora es invierno, es tarde y hace frío.

—¡Ea, ea! No sabes lo que dices. ¡Vamos a casa!

Hazel se dio cuenta de que Edward no la escuchaba. Estaba cansado y no podía asimilar nada más. Solo sabía que debía cuidar de Hazel como Cristo cuidó de los corderos de su redil. Y oscuramente, en su pensamiento ensombrecido, surgió un credo nuevo y amargo: «Cristo no existe».

CAPÍTULO 35



Martha les salió al encuentro en el umbral, sollozando entre hipidos y furiosa.

—¡Vaya, Martha! —Edward la miró asombrado. Suelen ser los personajes secundarios y no los protagonistas quienes expresan sus lamentos en las tragedias—. ¿Qué te pasa, Martha? ¿Has perdido a alguien querido?

Edward sabía muy bien de qué pérdida se trataba.

—No he perdido nada, señor; gracias a Dios conservo mi buen nombre, no como otras; pero tengo la obligación de dar preaviso de mi marcha, aunque usted es un buen amo y no puedo encontrarle defectos. Pero dado que la señora se va…

—¿La señora?

—Ajá. La madre que Dios le dio, señor. Se irá la próxima vez que pase el tractor con remolque, tiene ya la carta escrita y todo. Y cuando ella se vaya, yo me iré también. Porque he sido siempre respetable y no serviré a ninguna mujer ligera de cascos ni viviré en una casa entregada al pecado.

Edward vio a Martha bajo una nueva luz, como ahora veía todas las cosas.

—¡Qué mente tan sucia tienes, Martha! —dijo con una voz rara y

cansada—. El pensamiento de las personas respetables es obsceno. ¡Eres una mala mujer!

Pero Martha, lanzando un grito, había huido de la casa. Le dijo a su hermano que el amo estaba loco, hechizado. Y no regresó nunca.

Edward encontró a su madre en la cocina.

—Madre, espero que no se vaya de veras.

—Sí, Edward, a menos que… —Un destello de esperanza iluminó sus ojos—… a menos que la hayas echado.

—Deje que se lo explique, madre. La cosa no es como parece a los ojos del mundo.

—Es una adúltera. Y tú… oh, Edward, pensaba que eras un buen hombre, ¡como tu padre! Ni siquiera habéis tenido la decencia de esperar a que naciera el hijo del otro, como haría el más simple de los labriegos.

El rostro de Edward expresó desesperación, tortura y horror como ningún otro podría haberlo hecho. La miró durante largo rato, hasta que ella dijo:

—¡No me mires así, Edward! ¿Qué miras?

—El mundo. ¿Así que eso es lo que piensa de mí?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? ¿Por qué dices «el mundo» de forma tan extraña?

—¡El mundo! —repitió Edward—. Un lugar lleno de lodo negro y seres que se reproducen. Sin alma, sin Dios, sin gracia. Nada más que lujuria, aliento fétido y malos pensamientos.

—No quiero oír ni una palabra más. Me quedaré en mi habitación hasta que me vaya.

La señora Marston se levantó y subió las escaleras. Rechazó el brazo que Edward le ofrecía. Durante los dos días siguientes, él la atendió con la ternura habitual, pero ella apenas le dirigió la palabra y se abrió entre ellos un distanciamiento más amplio que la muerte. Rezaba por él noche y día, pero con pocas esperanzas.

Mientras tanto, Hazel se ocupaba de la casa. Ponía en ello toda la adoración que sentía por Edward, toda su pasión de ternura. Y Hazel, que hasta entonces echaba a perder toda la comida que

tocaba, cocinaba ahora casi con talento. Encontró un delantal de Martha y lo lavó; leyó las recetas de la señora Marston hasta que le dolió la cabeza; recorrió la Pequeña Montaña de Dios a diario para comprar manjares. Cuando le pidió dinero a Edward, este le dio las llaves de su escritorio. Cuatro veces al día subían apetitosos platos al dormitorio de la señora Marston y estos volvían a bajar casi intactos. Se los comía Hazel, pues sentía ya la urgente necesidad de la maternidad y no quería despilfarrar el dinero de Edward. Cuatro veces al día disponía los guisos favoritos de Edward en el salón, junto al brillante hogar. En cuanto Hazel volvía a la cocina, Edward los tiraba al fuego.

Fue Hazel quien empaquetó el equipaje de la señora Marston mientras la anciana dormía, y encendía el fuego en su habitación en mitad de la noche.

Luego, tras cerrar la puerta de su dormitorio, se arrojaba sobre la cama llorando apasionadamente al pensar en lo que podría haber sido si, cuando Edward dijo: «Esta es mi noche de bodas», hubiera podido darle otra respuesta.

Sabía que nada, excepto lo que ella había dicho, habría causado ninguna impresión en Edward; sabía que él no la habría escuchado. Le alegraba saberlo. El miedo que le tuvo durante unos instantes había desaparecido. Todo lo que Edward decía y hacía estaba bien. Ahora todo el amor de su ser era suyo. Edward había ocupado el lugar de la naturaleza, la alegría y los placeres infantiles. Hazel no estaba hecha para el amor humano. Pero a través de su dolor, lo amaba mejor que los que estaban destinados a ello.

Hazel acababa de conocer todos los dulces instintos del amor y de la esposa: la belleza de la pasión, el orgullo de la entrega, el olvido del yo que crea el yo; la llamada del espíritu, desde su delicado minarete de mármol, a la carne sobre la hierba y la respuesta melancólica y ascendente de la carne al espíritu… Y mientras yacía y lloraba, y recordaba cuántas veces Edward se había detenido en el umbral y había cerrado la puerta, deprisa pero con suavidad, se daba cuenta de cómo era Edward y de lo que

significaba para ella. Entonces se levantaba y se quedaba ante la ventana, estremecida por los vientos otoñales, y contemplaba las estrellas, que le devolvían una dura mirada.

«Si hay alguien ahí», decía, «por favor, que pase el tiempo deprisa hasta que llegue el bebé, y que Edward tenga su noche de bodas tal como quería y vea a sus hijos correr arriba y debajo por el sendero».

Y al examinar con la vista todos los signos de su amor, le parecía insoportable la mirada inocente de los ranúnculos y las margaritas en las paredes, y enterraba la cara, enrojecida con las fluctuantes posibilidades de un éxtasis sobrenatural. Luego se dormía y soñaba una vez más que Edward estaba en el umbral, la besaba y regresaba a su fría habitación; pero ella… había hecho un buen fuego en la chimenea; la habitación estaba llena de prímulas, rojas y blancas y lilas; el reloj de pared tocaba una melodía embriagadora en lugar de limitarse a dar las campanadas y había sábanas claras como antaño. Hazel olvidaba su timidez, se olvidaba de temer sus críticas; le cogía las manos, se volvía y, ante el rostro de Edward, se despertaba temblorosa y feliz.

La señora Marston se fue sin despedirse de Hazel. Edward llevó el baúl por el sendero de la cantera y la ayudó a subir al remolque del tractor. Se quedó mirando cómo este se alejaba dando tumbos hasta el recodo del camino; la señora Marston sentada, como había hecho en aquella brillante mañana de mayo, majestuosa con su sombrero ribeteado de uvas y la capa bordada. Su rostro y su actitud expresaban la profunda aunque no formulada convicción de que Dios «ya no era como antes».

Luego Edward dio media vuelta y volvió a casa, entumecido, sin vitalidad ni esperanza.

Una nueva Hazel le salió al encuentro en el umbral; ya no era una niña temerosa, torpe y despectiva, sino una mujer de aspecto grave y dulcemente maternal. Ella le hizo pasar. El té estaba servido con la meticulosa reverencia de un sacramento.

—¡Ahora quítate los zapatos! —ordenó Hazel.

La frase le recordó a su madre y, al mismo tiempo, al atento amor de Hazel. Edward se echó a llorar con el rostro en su regazo.

—Edward, ya verás como vuelve cuando se le pase el enfado.

—Las buenas personas no olvidan nunca sus enfados.

—Verás, le escribiré una carta, Edward, y le diré que soy una chica mala y tiene que enseñarme a comportarme bien. Vendrá como viene Foxy cuando le ofreces un hueso, Edward.

El consuelo se apoderó del corazón de Edward.

—Y cuando nazca el bebé, lo mandaré con él y quizás después… —Hazel no supo cómo seguir.

—¿Qué, Hazel?

—Tal vez, Edward, después… mucho mucho tiempo después… —Hazel se echó a llorar, tapándose la cara—. ¿No puedes ver, alma mía, que te quiero de verdad?

Edward la miró a los ojos y lo vio. De un modo tan extraño como si recordara un viejo cuento olvidado, le llegó la frágil esperanza de que existiera la posibilidad de la alegría. Y con ella, algo de la fe, débil y maltrecha por los elementos pero aún viva, en la belleza y la verdad de Hazel. Edward no sabía que pudiera suceder. Pero así era. No sabía cómo Hazel, a la que todos vilipendiaban, podía brillar con pureza ante él mientras el mundo se arrastraba por el barro. Pero así era.

—¡Escúchame, Edward! —prosiguió Hazel—. Voy a cuidar de ti como si fuera tu madre hasta que ella vuelva. Y algún día, cuando tengas la amabilidad de perdonarme, ya no seré una madre para ti, sino… lo que tú quieras que sea. Y, tal vez, tendrás tu noche de bodas, alma mía, y pequeñines correteando por el sendero.

—Sí, tal vez. Pero no hablemos de esas cosas todavía, al menos durante años. Son infames.

Hazel sintió una puñalada en el corazón, pero se limitó a decir:

—Ahora soy una madre para ti, pero no por muchos años, alma mía.

—Eso es lo que quiero —dijo Edward y se durmió mientras ella le acariciaba la cansada cabeza.

La paz se instaló de nuevo en la capilla y en la casa parroquial, así como una felicidad amortiguada. El tiempo veraniego regresó durante un intervalo fugaz. Las abejas silvestres se deleitaron de nuevo con las flores tardías, pero obtenían placer con tristeza porque las flores estaban pálidas y lavadas por la lluvia, y el aroma y la miel habían desaparecido.

—Ojalá pudiera recogerlas todas antes de las heladas y cuidarlas todo el invierno —dijo Hazel—. Pero han conocido buenos tiempos. No es tan duro morir cuando has vivido bien. Antes de que sea vieja y me muera, me gustaría haber conocido buenos tiempos, Edward, junto a ti.

—¿Qué clase de buenos tiempos?

—Oh, salir una mañana de mayo, tú y yo, y quizás Foxy atada con una cuerda, buscar nidos, llevar telarañas en las botas, plantar prímulas, rojas y blancas y lilas en mi jardín, tal como hiciste, y luego yo prepararía el desayuno y tú las tostadas, pero se te quemarían porque mientras tanto estarías leyendo algún libro difícil y quizás nos reiríamos un poco. Y luego saldrías a leerle a algún enfermo, yo esperaría fuera, complacida como una reina, y escucharía tu voz tranquila a través de la ventana. Cogeríamos lilas por las tardes y setas al final del año. Esos días se acercan, ¿verdad? Nada me importa si sé que nos esperan.

—Quizás sí —dijo Edward, sonriendo un poco ante las sencillas ambiciones de Hazel, empezando incluso a vislumbrar la posibilidad de que los esperara a ambos un futuro como aquel.

Dos días transcurrieron así de tranquilos, pues nadie se acercó a ellos, y mientras estaban solos había paz. No caminaban más allá del jardín, excepto cuando Hazel iba a la tienda. Edward no iba con ella; le daba reparo encontrarse con alguien.

Por las tardes, junto al fuego del salón, Edward le leía en voz alta. Sin embargo, no leía oraciones, y ella se preguntaba en silencio a qué se debería ese cambio. Sentía una gran paz durante estas veladas, con Foxy echada a sus pies, junto a la chimenea. Ninguno de los dos miraba ni hacia atrás ni hacia delante, sino que vivían en

un presente amurallado, un cielo cuyas defensas no tardarían en caer.

A la tercera mañana llegó Reddin. Hazel había ido a la tienda y, en el camino de regreso, se detuvo un rato a observar, con un sentimiento de antigua camaradería, a los centenares de golondrinas que revoloteaban por los acantilados de la cantera. El pecho de los pájaros era de un blanco deslumbrante en el aire claro y cálido. No se fijaban en ella y parecían tener arrebatos de alegría mientras volaban arriba y abajo por las blancas y lisas paredes de la cantera, multiplicadas por sus sombras azules. Anidaban en las grietas como vilanos atrapados en una mata de hierba, y allí tomaban el sol y gorjeaban. Había tantas y sus sombras las multiplicaban en tal medida que parecían la idea perfecta del pájaro, no aves reales. Eran tan rápidas, vivas y cálidas, con el pecho manchado de rojo y el cuerpo azulado; tejían caminos incansables, laberínticos, como encajes de bolillos invisibles, que parecían alejar el invierno. Reconfortaron inexpresablemente a Hazel. Sin embargo, al día siguiente, con toda probabilidad, se habrían ido y no quedaría ni una sombra. Hazel deseó poder atraparlas mientras pasaban y rozaban la hierba con el pecho brillante. Sabía que eran pájaros sagrados, «pájaros con fuego y cola de horquilla». Si lo sagrado guarda proporción con la vitalidad y la alegría, Hazel y la tribu de las golondrinas deberían ser santos extraordinarios.

Mientras Hazel estaba fuera, Reddin llamó a la puerta de la casa y Edward abrió. Algo en la mirada de Edward hizo que Reddin se apresurara a hablar. Había triunfado en su último encuentro gracias a los músculos. Edward triunfó ahora gracias a la desesperación.

—Me ha parecido que tenía que venir, Marston. Tal como están las cosas, lo correcto es que me case con ella… si usted se divorcia.

Miró a Edward con interrogación, pero Edward miró más allá de él con una extraña expresión de náusea absoluta, pérdida desesperada y aversión a todos los seres de este mundo. Reddin prosiguió:

—Su lugar está conmigo. Es mi deber cuidar de ella ahora,

puesto que es mío el hijo que va a tener.

No pudo evitar esta pulla de su virilidad contra la ausencia de virilidad de Marston. Además, si conseguía que se enfadara, tal vez volvería a luchar y una pelea era mucho mejor que aquel silencio incómodo.

—Por supuesto, yo pagaré todos sus gastos y su manutención, dondequiera que ella esté; no me importa pagar por mis placeres.

Los ojos de Edward ardieron, pero no dijo nada.

—Por supuesto, en su posición no puede esperar que nos ocupemos de ella —Edward apretó los puños—, pero tengo la intención de portarme con decencia. Nunca me he comportado mal con una mujer en ese estado; algunos individuos lo hacen, pero yo tengo memoria y agradezco los favores recibidos.

No era fácil saber por qué Reddin mostraba sus peores modales ante Edward; lo cierto es que el silencio alteraba sus nervios y el nerviosismo saca a relucir la verdadera naturaleza de las personas.

—Bueno, piénselo bien —concluyó Reddin—. Según parece, hoy debe dar un sermón. Volveré el sábado… nos veremos en el bosque. Vendré y puede pensarlo mientras tanto. Ahora mismo me da igual que ella venga o no. Más adelante, si la echo de menos, sin duda podré convencerla para que vuelva conmigo. Pero si usted acepta el divorcio, me la llevo ahora y me caso con ella en cuanto se lo concedan. ¡Maldita sea, Marston! ¿No puede hablar? Yo hablo claro, de hombre a hombre.

Edward lo miró, y fue una mirada tal que Reddin enrojeció hasta las orejas.

—Usted no es un hombre —reflexionó Edward con total desapego—; es poco más que unos órganos sexuales.

Entró y cerró la puerta.

Edward no le dijo nada a Hazel de la visita de Reddin. Él mismo la había olvidado ya cuando Hazel llegó a casa; el encuentro se deslizó en la cansada confusión de la vida tal como la veía ahora: toda la vida, es decir, todo lo que no era Hazel. Brutalidad, lujuria, crueldad: todo eso resumía el mundo de la gente buena y de la

gente mala. Él casi prefería a los malos; sus ojos eran menos horribles, tenían menos del brillo de la serpiente y más de la lascivia del mono.

Se acobardaba menos ante Reddin que ante su propia madre.

Hazel llegó corriendo hacia él a través de las tumbas. Llevaba un pequeño paquete atado con cuidado y escribió en él con laborioso afecto en el salón. Era tabaco. Había decidido que Edward tenía que fumar porque lo tranquilizaría.

Esa noche se sentaron cogidos de la mano junto al fuego y ella le habló de su tía Prowde, de cómo conoció a Reddin, y cómo él amenazó con contarle a Edward su primera estancia en Undern. Se asombró al ver que a Edward se le iluminaba la cara.

—¿Por qué no me lo contaste antes, querida? Eso lo cambia todo. La primera vez no fuiste por decisión propia, te tenía atrapada.

—Parece como si el mundo no fuera más que una trampa, Edward.

—Sí. Pero voy a dedicar mi vida a mantenerte a salvo, pequeña Hazel. Espero que no te haga infeliz irte de la Montaña.

—¿Irme de la Montaña?

—Sí. Tengo que dejar de ser pastor de la iglesia.

—¿Por qué?

—Porque ahora sé que Jesucristo no era Dios, sino solo un corazón valiente y amoroso acosado hasta la muerte.

—¿Por eso ya no rezas?

—Sí. Y no puedo aceptar dinero por decir mentiras.

—¿Qué harás si no eres pastor, Edward?

—Picar piedra… cualquier cosa.

Hazel dio una palmada.

—¿Podré llevar un martillo y romper piedras yo también?

—Algún día. Solo tendremos una pobre comida y una pobre cabaña, Hazel.

—¡Será como el cielo!

—Estaremos juntos, pequeña.

—¿Por qué se te humedecen los ojos, Edward?

—Por la dulzura de saber que no te fuiste por tu propia voluntad.

—¿Por qué te estremeces?

—Ante el oscuro poder de nuestros semejantes contra nosotros.

—No me dan miedo, Edward. Quizás salga bien y tengas todo lo que te gustaría tener.

—Solo te quiero a ti.

—Y yo a ti.

Aquella noche los dos tuvieron sueños felices.

En el exterior, las estrellas estaban ferozmente heladas. El mundo se endureció. En el aire amargo y quieto, bajo la luz verdosa de la luna, la capilla y la casa parroquial adquirieron un aspecto irreal, como si estuvieran construidas con un material efímero y se alzaran fuera del espacio, en una orilla pálida y desmoronada.

En el exterior, los muertos dormían solos y sin sueños. Dentro, los enamorados también dormían solos, pero soñando con el momento en el que la noche los uniera.

A medida que la luna se ponía, las sombras de las lápidas se fueron alargando grotescamente, arrastrándose como si fueran a dominar el mundo.

En mitad de la noche Foxy se despertó, ladró y gimoteó, agitada por un oscuro terror, y nada pudo consolarla.

CAPÍTULO 36



A la mañana siguiente, Hazel se asomó a un mundo frío y hostil. El viento había entrado en sus cuarteles de invierno y, desde lo alto de la Montaña, asaltaba la casa parroquial y azotaba el bosque. Por ese motivo Edward y Hazel no oyeron los sonidos —algunos de los más horribles de la campiña inglesa— que, a medida que avanzaba la mañana, surgieron del bosque: gemidos ávidos y feroces producidos por los perros que buscaban el rastro. Se produjo un alboroto momentáneo, pero se extinguió y el jefe de la cacería se sintió decepcionado. No lo habían encontrado. El cazador que hacía el papel de jefe era un hombre grande y carnoso con pestañas blancas y ojillos porcinos que podrían albergar un alma… o tal vez no. La señorita Amelia Clomber lo admiraba y acababa de cabalgar hasta él para decir: «Un buen terreno. Todo el mundo está aquí». Entonces vio a Reddin a lo lejos y esperó a que se acercara. Estaba sonrojada, sin aliento y callada, algo extraordinario en su caso. Reddin, sin duda, tenía mejor aspecto que nunca; el nuevo brío y la juventud que Hazel le habían dado realzaban el azul de sus ojos y habían conferido una arrogancia masculina a su porte. Por esos ojos y esa arrogancia, a Amelia Clomber le habría bastado un gesto para convertirse en su amante.

Reddin no tenía la menor conciencia de ello. Nunca había sido un hombre vanidoso y para él las mujeres eran lo que un reloj para un niño: algo que se destroza sin que merezca la pena examinarlo. Además, tenía el pensamiento ocupado en su próxima entrevista con Edward. No tenía la menor idea de lo que tenía que decir o hacer. Solo se le ocurría responder a golpes a las palabras de Edward, pero en la ocasión anterior los golpes le habían hecho perder a Hazel y él la deseaba todavía. Le sorprendía, dado que ya había satisfecho su pasión. Sin embargo, reflexionó, la pasión estaba en suspenso. El siguiente mayo…

Si la señorita Clomber le hubiera visto los ojos en ese momento, se le habría declarado. Pero Reddin estaba mirando hacia las alturas, ahí donde se encontraba la casa de Edward. Su imaginación albergaba un atisbo de cosas mejores.

Hazel había sido dulce durante el momento de la conquista; muchas otras mujeres no lo eran. Y era menuda, salvaje y frágil. Le inspiraba pena. Reflexionó que, si vendía el caballo de tiro, podría pagar a un médico de primera para que la asistiera en el parto y dos enfermeras. «Venderé el caballo», decidió. «Bien puedo andar un poco más, me vendrá bien».

—¡Buenos días, señor Reddin! —gritó la señorita Clomber con toda la dulzura que pudo.

—¡Que su sombra no decrezca! —contestó jocosamente Reddin.

«¡Ojalá se muera de parto!», pensó la señorita Clomber con crueldad.

En su casa de la Montaña, Edward y Hazel estaban estudiando un mapa para decidir en qué parte del condado vivirían. Alrededor del fuego se congregaban Foxy, la gata tuerta y el conejo acurrucado en una cesta. De un gancho colgaba el pájaro en su jaula, gorjeando de satisfacción. En el alféizar de la ventana, en una maceta apuntaban las flores blancas de los crocus.

Pero, de repente, unos golpes fuertes e imperiosos cayeron sobre su amor —el inicio de la felicidad de Edward y la risa de Hazel—. Edward se dirigió a la puerta. Ahí estaba el señor James

acompañado del viejo de las greñas que compartía los premios de miel con Abel, dos campesinos del otro lado de la Montaña, el hermano de Martha y el hombre de los tirantes rojos que había ganado la carrera cuando Reddin se detuvo.

Soltaron unas tosecillas.

—¿Desean pasar? —preguntó Edward.

Entraron con paso indeciso y expresión incómoda.

Hazel les deseó buenos días.

—Me parece que esta joven debería ausentarse —dijo el señor James.

—¿Prefieres irte o quedarte, Hazel?

—Prefiero quedarme contigo, Edward.

Hazel había adivinado que algo amenazaba a Edward.

Se sentaron, muy adustos. Foxy se escondió bajo la mesa. El anciano hirsuto observó al pájaro.

—Un bonito animal de compañía —declaró—. Me recuerda a un zorzal que tuve…

—Venga, venga, Thomas: vayamos al asunto —dijo el señor James.

—Sí. Vaya al grano —dijo Edward.

James comenzó.

—Hemos venido a verle, pastor, seis hombres temerosos de Dios, de los que soy portavoz, dada mi condición de diácono. Y esperamos que la reunión vaya bien y que el señor bendiga nuestro esfuerzo. ¿Empezamos rezando un poco?

—Creo que no.

—Como quiera, pastor. Hay veces en que la gente evita la oración como el enfermo evita la medicina.

James tenía una voz resonante; acentuaba casi todas las sílabas y entonaba con expresividad.

—Le traemos el mensaje del Señor. Hablo en su nombre.

—¿Está seguro?

—¿Acaso no nos ha respondido a todos y cada uno con voz fuerte durante nuestras vigilias?

—¡Ajá! ¡Nos ha respondido! ¡Cierto! ¡Sí, sí! —murmuraron los demás.

—Y lo que debemos decirle —continuó James—, es que la adúltera debe marcharse. Debe expulsarla de manera pública y definitiva; y se considerará que, si ella confiesa abiertamente su pecado, estará usted en paz.

Edward se puso delante de Hazel.

—Si cuando esta mujer pecó con el señor Reddin y llevó a ese caballero respetable a cometer un pecado, la hubiera usted escarmentado y castigado, si le hubiera dado el pan y el agua de la aflicción y nos hubiera pedido consejo…

—¡Ajá! ¡Nuestros sabios consejos! —dijo uno de los granjeros, un hombre de ojos taimados.

—Si lo hubiera hecho —prosiguió James—, todo habría ido bien. Pero ahora perdonarla sería la muerte.

—¡Ajá, la muerte eterna! —dijeron los ecos.

—Y ahora —a Hazel le pareció que el rostro de James tenía la misma expresión que cuando se embolsó el dinero de los premios— solo hay un remedio posible: tiene que ir a un reformatorio, allí le impondrán disciplina y harán que se arrepienta.

Hablaba como si deseara presenciar ese momento.

Todos se inclinaron hacia delante. Los más jóvenes se compadecieron de Edward, pero ninguno de Hazel. Cuando se inclinaron se estableció una curiosa semejanza entre ellos y la jauría que recorría el valle.

—¿Y después? —preguntó Edward, con el rostro desencajado; los temblores le agitaban los nervios bajo la piel.

—Entonces esperaremos que haga una declaración en un sermón, o cualquier otro modo que elija, para apartar de usted esos pecados y declarar que nunca volverá a hablar o escribir a esta mujer y que se encuentra en paz con el Señor.

—¿Y luego?

—Entonces, señor —el señor James se levantó—, estaremos orgullosos de recuperar a nuestro pastor y seremos conscientes de

que todo ha sido producto de su juventud y de la maldad de una mujer.

Sintiendo que tal vez eso no era suficiente para convencer a Edward, el hombre de los ojos astutos añadió:

—Y si el Señor, con toda su sabiduría, ve adecuado llevársela, entonces podrá usted elegir esposa en nuestra comunidad —dijo el hombre pensando en su hija y no añadió nada más.

Edward habló en voz baja, pero ninguno de los hombres presentes olvidó jamás sus palabras.

—¡Alimañas asquerosas! —dijo Edward sin acritud, pero con un cansancio infinito—. Me gustaría echarlos a tiros. Pero ustedes gobiernan el mundo, diosecillos panzudos. No hay otro Dios. Su última sugerencia es digna de ustedes —dijo, mirándolos con una sonrisa tan peculiar y una expresión en los ojos tan extraña que el viejo apicultor dijo más tarde que fue «como un puñetazo en la barriga»—. No basta con que el amor desinteresado no sea capaz de redimir. No basta —prosiguió, mientras su rostro temblaba horriblemente— con que se permita al amor torturar a la amada; además tienen que venir con sus pensamientos y sus ojos sucios a «ver el cadáver». Y ustedes no saben nada… nada.

—Conocemos los hechos —afirmó James.

—¡Hechos! ¿Qué son los hechos? Lo azotaría desnudo por los campos, James, por su estupidez.

Los miembros del grupo sonrieron. James era un hombre corpulento, pero se encogió y sus sentimientos encontraron alivio en el despecho.

—Si no echa a la mujer, apelaré al Presbiterio —dijo, recomponiéndose con esfuerzo.

—¿Para qué?

—Para que lo echen.

—No es necesario. Nos vamos. ¿Qué voy a hacer aquí? No existe el día del Señor y no hay casa del Señor porque no hay Señor. ¡Conviertan la capilla en un establo!

Parpadearon. Sus cerebros no asimilaron el significado de

aquellas palabras, que eran como el viento frío que sopla de montaña en montaña sin tocar la llanura. Se ciñeron a lo que eran capaces de comprender.

—Si se queda con esa mujer, se condenará —dijo James—. Supongo —continuó, y su tono era, como contó después a su esposa con complacencia, «muy desagradable»— que no sabe lo que dice todo el mundo, y que en esta reunión tan sorprendente, he llegado a creer que es la auténtica verdad.

—No lo sé ni me importa.

—Dicen que ha hecho un buen negocio.

—¿Qué quiere decir?

James vaciló. Los pensamientos sucios estaban muy bien, pero era incómodo verbalizarlos.

—En fin, dicen que había un acuerdo entre ustedes por la chica —el anciano apicultor intentó hacerlo callar en vano— y que algunos cheques con la firma de John Reddin fueron a parar a su banco, ¡Válgame Dios!

Poco a poco, Edward fue comprendiendo el significado de aquellas frases. Se sentó y se tapó la cara con las manos. Estaba destrozado, no tanto por el insulto como por la idea inalterable de que había expuesto a Hazel a todo aquello. Todos sus problemas y errores se los achacaba a sí mismo y culpaba a su amor por ellos. Mientras él intentaba hacer feliz a Hazel, en realidad le causaba una herida mortal, y nadie se lo había advertido. Por eso estaba seguro de que no existía Dios.

Los hombres formaron un círculo y contemplaron el resultado de sus palabras con cierta compunción. El viejo apicultor carraspeó varias veces.

—Por supuesto —dijo este último—, sabemos que eso que dicen no es verdad, pastor. El señor James no debería haberlo contado —añadió, mirando a James con aire desafiante en sus suaves ojos castaños.

Edward no lo oyó. Hazel estaba desconcertada por el significado de todo aquello. ¿Por qué se comportaba James de aquella manera?

El amor le dio una rapidez mental que no poseía de forma natural y por fin lo comprendió. Era uno de los pocos insultos que podían conmoverla, porque se dirigía a su femineidad primitiva. Su único instinto era la huida. Pero ahí estaba Edward. Le dio la espalda al semicírculo de ojos y puso una mano temblorosa en el hombro de Edward. Él la agarró.

—¡Perdóname, querida! —susurró—. Y vete, ahora, vete al bosque; hace menos frío que aquí. Cuando acabe con ellos nos iremos, lejos del infierno.

—No me importan —dijo Hazel—. ¿Por qué iban a importarme, alma mía?

Entonces vio lo apagado y lívido que se había puesto el rostro de Edward, y se encendió la rabia angustiada de la amante contra lo que había herido a su amado.

—¡Malditos sean! —exclamó Hazel, deteniendo los ojos, con el contorno oscurecido y agrandados por las lágrimas, en cada uno de los hombres, uno a uno—: Malditos sean por atormentar a mi Edward, el mejor hombre de todo el país… ustedes no son nada, nada en absoluto.

Rondaba su mente el eterno enigma: ¿por qué las personas mezquinas y despreciables podían tener el poder de atormentar a la bondad?

—¡El mejor! —exclamó James, evitando sus ojos, como todos los demás—. ¡Un impío!

—Me he convertido en un incrédulo; pero no porque sea indigno de su Dios, sino porque él es indigno de mí —dijo Edward—. Hazel, espérame en la linde del bosque.

Hazel salió con sigilo de la habitación. Mientras se iba, le oyó decir:

—La belleza del mundo no es para la gente hermosa. Es para los caballeros obtusos y de mirada enfermiza como ustedes: embrutecidos e insensibles. Su Dios apesta a carroña, James. *Nunc Dimittis*[17].

Hazel pasó junto a la lápida en la que se había sentado el día de

su boda. Cruzó la cancela por la que ella y su madre habían pasado como novias y bajó por la verde ladera que llevaba hacia la cantera, camino del bosque. Las golondrinas se habían ido. Llegó al tejo negro de Reddin, situado en el límite del bosque, y se sentó allí, desde donde podía observar la puerta de la casa. A pesar de su fino oído de pájaro, estaba demasiado abrumada por la escena que acababa de presenciar para advertir el creciente tumulto amenazador y pavoroso que llegaba por el bosque. Al principio era solo un rumor, como si algo maligno, encarcelado para mantener la seguridad del mundo, gimiera y luchara contra el amor en una estrecha caverna subterránea. Pero cuando llegó más cerca pareció salir de su prisión con siniestras intenciones. El viento ya no tenía poder para disimular su ferocidad, aunque todavía sonaba en un tono menor, todavía vacilante y disperso. Tampoco tenía todavía ningún objetivo; solo clamaba vagamente tras la sangre y no tras la médula misma del alma. Sin embargo, cuando Hazel lo advirtió de repente, un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¡Perros de caza! —exclamó.

Miró a través de los árboles, pero no había nada a la vista, pues el bosque era escarpado. Con un súbito terror recordó que había dejado a Foxy suelta en el salón. ¿La habrían dejado salir? Corrió hacia la casa.

—¿Está Foxy aquí? —preguntó.

Edward levantó la vista de las cuentas de la capilla en relación con las cuales James estaba intentando intimidarlo.

—No. Supongo que ha salido contigo.

Hazel corrió a la parte trasera de la casa, pero Foxy no estaba allí. Silbó, pero ninguna criatura suave y de blanco pecho dobló la esquina trotando. Hazel volvió corriendo a la colina. El sonido del cuerno de caza se oía intermitentemente con afinada crueldad.

Volvió a silbar.

Reddin, subiendo por el bosque a cierta distancia de la jauría, oyó el silbido y, al ver el vestido de Hazel ondear a lo lejos, dedujo lo que había ocurrido.

—¡Maldición! —exclamó.

Foxy no le importaba en absoluto y el afecto de Hazel por el animal le parecía una tontería, pero comprendía muy bien que, si algo le ocurría a Foxy, Hazel le echaría la culpa a él. Entre él y Hazel se extendía una zona de terreno escarpado, de modo que tenía que dar un rodeo para alcanzarla. Espoleó el caballo, arriesgándose a caer por culpa de las madrigueras de los conejos y de las grandes cuerdas de madreselva que colgaban entre los árboles.

Hazel corría de un lado a otro, llamando frenéticamente a Foxy.

De repente, el sonido, que había sido quejumbroso, interrogativo y oscilante, cambió, igual que un órgano cuando se activa un registro.

La jauría había encontrado un rastro.

Pero el olor, al parecer, era tenue. La esperanza revivió en Hazel.

«Tal vez sea el rastro de ayer», pensó, «a lo mejor Foxy vuelve ahora mismo».

Viendo cabalgar a Reddin con tanta celeridad, un pequeño clérigo pensó que Reddin debía de haber visto al zorro, e hizo una señal. Cabalgaba un animal alto y huesudo y parecía un mono.

Hazel no lo vio ni a él ni a Reddin. Con el corazón desfallecido, se había dado cuenta de que los perros ya no seguían un rastro antiguo. No solo acosaban una vida, sino que se iban acercando. Y quienquiera que poseyera esa vida estaba poniéndola en peligro al ir contra el viento.

Con el corazón en un puño, Hazel se dio cuenta de quien se trataba. Y se dio cuenta también de que su olvido momentáneo era la causa de aquel horror. El terror se apoderó de ella ante la aproximación de los perros, pero no estaba dispuesta a abandonar a Foxy.

Entonces, con la temible incoherencia propia de un sueño, Foxy salió trotando del bosque y fue hacia Hazel. El animal estaba inquieto. Miró a Hazel en busca de auxilio del mismo modo que la señora Marston solía mirar a Edward.

Y mientras Hazel, con la garganta seca, susurraba «¡Foxy!» y la

atrapaba, los perros llegaron a lo alto de la pendiente en una oleada. Cabalgando tras ellos, de todas direcciones, los cazadores salieron del bosque. El color escarlata acuchilló las sombras impenetrables. Procedentes de la profunda penumbra, con rostros y expresiones feroces, ojos frenéticos por la excitación y bocas abiertas y cavernosas, parecían diablos que surgieran del infierno. La señorita Clomber, con el pelo suelto y las horquillas arrancadas por las ramas, llegó enseguida, decidida a estar presente en el momento de la muerte.

El alboroto era tan tremendo que Edward y los seis hombres justos salieron para ver qué pasaba. La religión y la sociedad actuaban con la debida solemnidad en la Pequeña Montaña de Dios.

Hazel no veía nada, no oía nada. Corría con todos los nervios en tensión, con toda el alma en los pies. Pero había perdido la ligereza de antaño, pues el hijo de Reddin le había robado parte de su vitalidad. Foxy, presa del pánico, forcejeaba y le dificultaba la carrera. Estaban a medio camino de la cantera y la casa quedaba el doble de lejos.

—¡No puedo! —jadeó Hazel con un largo y terrible suspiro. Sentía que el corazón le iba a estallar.

Una imagen se grabó a fuego en su cerebro, envuelta en sangre y agonía. En sus oídos resonaban los chillidos de los condenados. Vio a Foxy, su suave amiguita, tan digna, tan convencida de la amabilidad humana, en la mano del cazador de rostro morado que la sujetaba sobre la jauría mientras esta deliraba por su cuerpo convulso. Sabía cómo mirarían los ojos de Foxy y casi se desmayó al pensarlo. Vio descender el cuchillo… vio a Foxy, que había sido encantadora y cariñosa con ella, cortada en dos y arrojada a la jauría: una criatura viva, desgarrada en fragmentos. Oyó su grito.

Sí; Foxy la llamaría, tal como ella había llamado al Todopoderoso en la oscuridad. ¿Y ella? ¿Qué iba a hacer? Sabía que no podría seguir viviendo con ese grito en sus oídos. Se aferró más al cálido cuerpo.

Aunque sus pensamientos habían durado solo un instante, la

jauría estaba ya cada vez más cerca.

En el exterior de la capilla, James dijo:

—¡Qué espectáculo tan espléndido! Ya verificaremos las columnas de los peniques después de la muerte.

Todos se dieron codazos delante de Edward. Pero él ya lo había visto. Agarró la pala que había en el porche y apartó a James del camino con el lado plano.

—¡Ya voy, querida! —gritó.

Pero ella no lo oyó. Tampoco oyó a Reddin, que seguía lejos y espoleaba el caballo hasta la sangre, como en la leyenda de la jauría de la muerte, gritando:

—¡Ya voy! ¡Dejádmela a mí!

Ni oyó al clérigo menudo que con su aguda voz nasal gritaba:

—¡Suéltela, los perros la atacarán a usted! —mientras la gran cruz le iba dando saltos sobre la barriga.

La muerte que iba a tener Foxy, a menos que Hazel pudiera salvarla, ahogaba todas las imágenes y sonidos.

Hazel miró hacia atrás. El terrible torrente de rojos, blancos y negros estaba ya muy cerca. Detrás se alzaban los diablos vociferantes.

Era la jauría de la muerte.

No había esperanza. No podría llegar a la casa de Edward. La verde pradera se alzaba ante ella como la subida al Calvario.

Los miembros de la cacería, el jefe y los cazadores, tardaron en comprender lo que estaba sucediendo. Además, estaban en desventaja, ya que la carrera había sido muy inusual, contra el viento y subiendo una empinada colina. No pudieron contener a los perros a tiempo. Edward era el único lo bastante cerca para intervenir; si Hazel lo hubiera visto y hubiera ido hacia él, habría podido actuar.

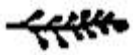
Pero Hazel solo vio la jauría de la muerte; y cuando Reddin volvió a gritar cerca de ella, con intención de cogerla y montarla en el caballo, se volvió bruscamente. Se dio cuenta de que era el Cazador Negro. Con un grito tan espantoso que las manos de Reddin

aflojaron las riendas, Hazel giró hacia la cantera.

Allí cantaban algunas alondras, pero huyeron ante el tumulto que se avecinaba.

Por un instante, los cazadores y los hombres justos, Reddin el destructor y Edward el salvador, la vieron balancearse, pequeña y oscura, recortada contra el cielo. Entonces, cuando la jauría, con la ferocidad del triunfo, se abalanzó sobre ella, desapareció.

Se fue con Foxy hacia el silencio eterno. Ya no volvería a chupar la miel de las rosadas flores ni a danzar como una hoja al viento. Más tarde, Abel haría un pequeño ataúd que dejaría mucha madera sobrante para las colmenas.



Durante un rato, se hizo el silencio en la Pequeña Montaña de Dios.

Después, una voz, terrible y penetrante, cargada de un horror indecible —la voz de un alma enloquecida por la tortura— estremeció el corazón de todos los hombres y mujeres presentes. Incluso los perros, que ladraban en el borde de la cantera, retrocedieron erizados.

Resonó en los arcos helados del cielo y retumbó sin respuesta sobre la tierra helada. El pequeño clérigo, que había sacado un libro de oraciones del bolsillo, lo dejó caer.

Se oyó de nuevo el grito y, ante su horrible reiteración, el grupo de hombres justos y la partida de caza dejó de estar integrada por seres humanos de cualquier clase, época o credo, y todos ellos se convirtieron en criaturas dominadas por una pasión primigenia: el miedo. Se encogieron y se estremecieron como perros apaleados cuando el terrible grito despertó de nuevo ecos estremecedores:

—¡Bajo tierra!





MARY GLADYS WEBB (Leighton and Eaton Constantine, Reino Unido, 1881 - St Leonards, Reino Unido, 1927). Su madre era descendiente de Walter Scott y su padre, que era profesor, le infundió su amor por la literatura y la naturaleza. Muy observadora de las gentes, los animales y los paisajes de Shropshire, se hizo vegetariana a una edad muy temprana. Empezó a escribir cuando tenía diez años, pero siempre acababa quemando todos sus poemas. Sin embargo, una vez su hermano leyó uno que había escrito sobre un accidente ferroviario que había tenido lugar en Shrewsbury y, sin decirle nada, lo llevó al Shrewsbury Chronicle, que lo publicó anónimamente. Mary quedó asombrada ante la buena acogida que tuvo. En 1912 se casó con Henry Webb, un profesor, y en 1916 publicó su primera novela, *The Golden Arrow*, a la que seguiría *Bajo tierra* en 1917. Ninguna tuvo éxito y Webb empezó a pedir anticipos y préstamos a su editor. Sin embargo, enseguida volvía a quedarse sin dinero, debido, sobre todo, a su generosidad hacia la gente más desfavorecida. En 1921 el

matrimonio se mudó a Londres con la esperanza de alcanzar algún reconocimiento literario, pero solo lo obtuvo de unos pocos escritores como Rebecca West o Arnold Bennett, mientras que los lectores se resistían a interesarse por su obra. Desde los veinte años Mary Webb había desarrollado la enfermedad de Graves-Basedow, y ese sufrimiento, así como su añoranza de Shropshire, le servirían de inspiración para *Precioso veneno* (1924). A pesar de ganar el Prix Femina Vie Heureuse con esta novela, no alcanzó el éxito hasta después de su temprana muerte en 1927, cuando el primer ministro Stanley Baldwin se refirió a ella como «un genio olvidado».

Notas

[1] *Eisteddfod* es un término galés para un festival cultural popular, especialmente de música y poesía. *(N. de la T., como todas las demás).* <<

[2] Canción popular galesa (traducible como «La fresneda»). <<

[3] Mateo, 25:40 <<

[4] Lucas, 21:18 <<

[5] Gálatas, 5:9 <<

[6] Juan, 10:16 <<

[7] 2 Samuel, 12:24 <<

[8] Juan, 17:12 <<

[9] La autora alude, principalmente, a la caza del zorro, afición propia de la aristocracia inglesa que no se abolió en Inglaterra hasta 2004. <<

[10] Henry Drummond, biólogo, escritor y evangelista escocés (1851-1897), fue una de las figuras religiosas más influyentes de la época victoriana. <<

[11] Isaías: 40:1 <<

[12] Ned Pugh es un personaje de las leyendas de Shropshire y Gales. Por lo general es un violinista o un gaitero que se adentró en una cueva hacia el país de las hadas y no se le volvió a ver, si bien su música se oye bajo tierra. <<

[13] Sordello da Goito o Sordel de Goit fue un trovador italiano del s. XIII perteneciente a la escuela poética provenzal del amor cortés. <<

[14] Personaje de *Marmion: A Tale of Flodden Field*, poema épico de Walter Scott (1771-1832). <<

[15] Alusión a Zacarías, 3:2 <<

[16] Cantar de los Cantares, 8:8 <<

[17] Cita de la versión latina del evangelio de san Lucas (2:29), también llamado canto de Simeón. Significa «Ahora, señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz». Se cita como declaración ante el proyecto de abandonar la vida o alguna ocupación. <<